

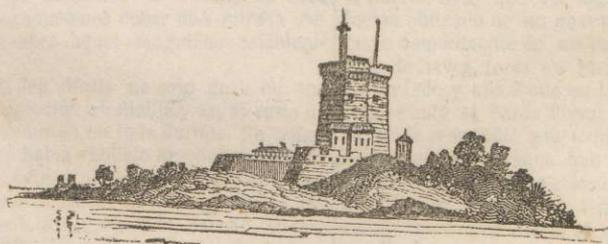
IMPRESIONES
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL CAPITAN ARENA.



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES
DE VIAJE

POR ALEJANDRO DUMAS.

ABOGADO DE CASTILLA

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL CAPITAN ARENA.



MADRID, 1887.

ESTABLIMIENTO TIPOGRAFICO DE N. P. DE P. MELLAO,

Calle de Santa Teresa, núm. 22.

IMPRESIONES DE VIAGE.

EL CAPITAN ARENA.

POR ALEJANDRO DUMAS.

LA CASA DE LOCOS.

A las nueve de la mañana fué el capitán Arena á prevenirnos que nuestro buque estaba dispuesto, y no aguardaba mas que nuestra llegada para darse á la vela. Dejamos al punto el hotel, y nos dirigimos al puerto.

La vispera habíamos ido á visitar la casa de locos: permitásenos echar una mirada retrospectiva sobre aquel magnífico establecimiento.

La *Casa dey Matti* no solo goza de una inmensa reputacion en Sicilia y en el resto de Italia, sino tambien en toda Europa. Un señor siciliano que habia visitado muchos establecimientos de este género, indignado de la manera que eran tratados los desgraciados enfermos, resolvió consagrar su palacio, su fortuna y su vida á la curacion de los dementes. Muchos pretendieron que el baron Pisani era tan loco como los otros, pero su locura al menos era una locura sublime.

El baron Pisani era rico, tenia una magnífica vila, y contaba apenas treinta y cinco años; hizo el sacrificio de su juventud, de su palacio, de su fortuna. Su vida se convirtió en la de un enfermero, su palacio se trasformó en un edificio compuesto de cuatro ó cinco salones, y de toda su fortuna no se reservó mas que seis mil libras de renta.

El mismo fué quien se quiso encargar de hacernos los honores de su establecimiento. Habia elegido para esta visita el domingo, dia

festivo para sus administrados. Nos detuvimos ante una casa de muy bonito aspecto, que nada tenia de particular sino que las ventanas tenian rejas; pero era preciso estar prevenido para aperebirse de ello. Aquellas rejas pintadas representaban, las unas cepas cargadas de racimos, las otras combólulos de largas hojas y campánulas azules; todo esto perdido entre flores y frutos naturales que solamente tocándolos podian distinguirse de las flores y los frutos pintados.

Un conserge en traje ordinario nos abrió la puerta, solo que en lugar del aparato de fuerza obligado de un guardiano de locos, armado comunmente de un palo y con un manojo de llaves, tenia un ramillete prendido en un lado y una flauta en la mano. Al entrar le preguntó el baron Pisani cómo seguian las cosas: le respondió que todo iba bien.

La primera persona que nos encontramos en el corredor fué una especie de demandero que llevaba una carga de leña. Al ver á monsieur Pisani se fué hácia él, y dejando su carga de leña en tierra, le cogió la mano sonriendo y se la besó. El baron le preguntó por qué no estaba en el jardin divirtiéndose con los demas: mas le contestó que como se aproximaba el invierno no podia ya perderse tiempo para bajar la leña del granero á la cueva. El baron le animó en aquella buena disposicion y el demandero volvió á tomar su haz y continuó su camino.

Era aquel uno de los mas ricos propietarios de Castelveterano, que no habiendo sabido jamás ocuparse en nada habia caido en una especie de esplin que le habia conducido directamente á la locura. Entonces se lo habian llevado al baron Pisani, quien hablándole aparte

le había explicado que trasformándose en nodriza, y habiéndose descubierto aquella sustitución, se vería obligado en adelante á trabajar para vivir. El loco no hizo caso y se había cruzado de brazos esperando que sus domésticos le llevasen como de costumbre su comida. Pero á la hora acostumbrada no se habían presentado los criados y el hambre comenzó á hacerse sentir; á pesar de eso el castelveteranés se había mantenido en sus trece y pasado la noche en llamar, gritar, golpear las paredes y reclamar su comida: todo había sido inútil, las paredes se habían hecho sordas, y el prisionero había quedado en ayunas.

Por la mañana entró el celador á eso de las nueve, y el loco le había pedido imperiosamente su almuerzo. El celador le pidió con mucha calma uno ó dos escudos para ir á comprarlo á la ciudad; el hambriento rebuscó en sus bolsillos y no encontrando nada le pidió prestado; á lo que el celador había respondido que el crédito le reservaba para los grandes señores; pero que nadie prestaba á canallas como él. Entonces el pobre diablo reflexionó profundamente, y concluyó por preguntar al guarda lo que necesitaba hacer para procurarse dinero. El guarda le dijo, que si quería ayudarle á trasladar al granero la leña que estaba en la cueva, le daría por cada docena de viages dos reales; que con estos dos reales compraría un pan de dos libras, y que con él satisfaría su apetito. Esta condicion le pareció demasiado dura al ex-aristócrata; pero en fin, como todavía le pareció mas duro no almorzar, habiéndose pasado la víspera sin comer, siguió al guarda, bajó con él á la cueva, é hizo doce viages, cargado de leña, hasta el granero, recibió sus dos reales, y compró con ellos un pan de dos libras que devoró al punto.

Desde aquel momento ya no hubo dificultad. El loco se había dedicado á trasportar su leña para ganarse la comida. Cuando hacia treinta y seis viages en lugar de doce, la comida era tres veces mejor que el almuerzo. Satisfaciéndole aquel modo de mejorar, en los dias siguientes despues de pasar una noche perfectamente tranquila, se había puesto á la obra por su propia voluntad.

Desde entonces no se le podia separar de aquel ejercicio, á que se dedicaba como se ha visto, aun los domingos y dias festivos; y cuando toda la leña había sido trasladada de la cueva al granero, la volvía á bajar del granero á la cueva, y *viceversa*.

Hacia un año que se dedicaba á aquel oficio, y la parte melancólica de su locura había desaparecido completamente; estaba, si no grueso, al menos robusto, porque su salud física se había restablecido perfectamente, gracias al asiduo trabajo á que se dedicaba. En breves dias se proponia el baron atacar la enfermedad moral diciéndole que se estaba buscando papeles que podrian probar completa-

mente ser falsa la acusacion de sustitucion de que era victima. Mas por bien curado que quedase su pensionista, nos aseguró el baron Pisani que no le dejaria salir sino bajo la formal promesa de que á cualquiera parte donde fuese, subiria todos los dias de la cueva al granero doce haces de leña, ó los bajaria del granero á la cueva, ni uno mas, ni uno de menos.

Como todos los locos estaban en el jardin, á escepcion de tres ó cuatro á quienes no se atrevian á dejar en comunicacion con los demas porque estaban atacados de locura furiosa, nos condujo el baron al establecimiento para verle antes de enseñarnos sus habitaciones. Cada enagenado tenia su cuartito triste ó alegre segun su capricho. Uno que pretendia ser hijo del rey de la China tenia una gran cantidad de estandartes de seda, llenos de dragones y serpientes de todas formas, pintados en la parte superior, con toda clase de ornamentos imperiales de papel dorado. Su locura era bondadosa y alegre, y el baron Pisani esperaba curarle haciéndole leer un dia en la Gaceta que su padre acababa de ser destronado y había renunciado á la corona por sí y su posteridad. Otro cuya locura era creerse muerto, tenia una cama en forma de ataúd, de la que no salia sino vestido de fantasma; su cuarto estaba todo revestido de crespon negro con motas plateadas. Preguntamos al baron como pensaba curar á éste.—Nada mas fácil, nos respondió; adelantare el juicio final tres ó cuatro mil años. Una noche le despertaré al son de la trompeta, y haré entrar un ángel que le mandará se levante de parte de Dios.

Hacia tres años que estaba este en la casa; y como iba cada vez á mejor, no tenía ya que esperar mas que cinco ó seis meses la resurreccion eterna. Al dejar esta habitacion oímos salir de un cuarto inmediato verdaderos ruidos. El baron nos preguntó entonces si queríamos ver su modo de tratar á los locos furiosos: respondimos que estábamos á sus órdenes siempre que nos garantizase de que saldríamos con nuestros ojos: se echó á reir, cogió una llave de manos del celador, y abrió la puerta.

Esta puerta daba á una habitacion acolchada por todas partes, y en la que no había cristales, sin duda por temor de que se hiriese el que la habitaba rompiéndolos. Esta falta de abrigo contra la intemperie, no era, por otra parte, mas que un inconveniente insignificante, porque la habitacion estaba al Mediodía, y el clima de la Sicilia es templado constantemente.

En un rincon de la habitacion había una cama y en la cama un hombre vestido con una camisa de fuerza que le comprimaba los brazos contra el cuerpo y le fijaba el tronco al catre. Había sufrido un acceso terrible un cuarto de hora antes, y los guardas se habían

visto obligados á recurrir á aquella medida represiva, raras veces usada por lo demas en aquel establecimiento. Aquel hombre podria tener de treinta á treinta y cinco años: debia haber sido estremadamente hermoso, con esa belleza italiana que consiste en ojos de mirada ardiente, nariz aguileña, y barba y cabellos negros; era robusto como un Hércules.

Cuando oyó abrir la puerta redobló sus rugidos; mas apenas al levantar la cabeza encontraron sus miradas las del baron, cuando sus gritos de rabia se cambiaron en gritos de dolor, los que bien pronto degeneraron á su vez en lamentos. Aproximóse á él el baron y le preguntó qué habia hecho para que le hubiesen asegurado de aquel modo. Respondió que le habian arrebatado á Angélica y que entonces habia querido aplastar á Medoro. El pobre diablo se figuraba que era Orlando, y desgraciadamente su locura, como la de su patron, era una locura furiosa.

El baron le tranquilizó bondadosamente, asegurándole que Angélica habia sido arrebatada con violencia, pero que á la primera ocasion que se le presentase se escaparia de manos de sus raptoros para ir á reunirsele. Aquella promesa renovada con una voz llena de persuasion, calmó poco á poco al desolado amante, quien pidió entonces al baron le desatase. Este le hizo ofrecer bajo palabra de honor que no trataria de aprovecharse de su libertad para correr tras Angélica; el loco se la dió con la mejor buena fé. Entonces el baron soltó las hebillas que le sujetaban y le quitó la camisa de fuerza, compadeciéndose de la desgracia que acababa de sucederle. Estas simpatias por sus desgracias imaginarias, produjeron su efecto; aunque libre, ni aun intentó levantarse; únicamente se sentó en la cama. Muy pronto sus lamentos degeneraron en gemidos, y sus gemidos en sollozos; mas á pesar de que sollozaba, ni una lágrima deramaban sus ojos. En el espacio de un año que llevaba en el establecimiento, habia intentado el baron por todos los medios imaginables hacerle llorar, pero jamás lo habia podido conseguir. Tenia pensado anunciarle un dia la muerte de Angélica y hacerle asistir al entierro de un maniqui; esperaba que esta última crisis le afectaria de tal modo, que concluiria por hacerle llorar. Mr. Pisani no dudaba de su curacion si llegaba á llorar.

En la habitacion situada enfrente habia otro loco furioso, al que columpiaban dos guardas en una hamaca á que estaba atado. A través de los hierros de su ventana habia visto á sus camaradas pasearse en el jardin, y queria ir á pasearse con ellos; pero como en su última salida habia faltado poco para que moliese á palos á un loco melancólico que no hacia daño á nadie y se paseaba comunmente recogiendo las hojas secas que encontraba en su camino y que trasladaba con mucho cuidado á su celda para componer con

ellas un herbario, se habian opuesto á su deseo, lo cual le habia puesto tan colérico, que se habian visto obligados á atarle en su hamaca, que es la segunda medida de represion; la primera se reducía al encerrarle, la tercera á la camisa de fuerza. Por lo demas, estaba frenético, hacia todos los esfuerzos imaginables para morder á sus guardas, y gritaba como un endemoniado.

—¡Cómo es eso! le preguntó el baron entrando, ¿qué hay? parece que hoy estamos de mala data.

El loco miró al baron, y sus aullidos se convirtieron en quejidos semejantes á los de un niño que llora.

—No me quieren dejar ir á jugar, dijo; no quieren dejarme ir á jugar.

—¿Y para qué quieres ir á jugar?

—Me fastidio aqui, me fastidio; y se puso á dar vajidos como un niño de pecho.

—En realidad, dijo el baron Pisani, no debes divertirme sujeto de este modo; espera, espera. Y le desató.

—¡Ah! dijo el loco saltando á tierra y estirando brazos y piernas. ¡Ah! ahora quiero ir á jugar.

—Es imposible, dijo el baron, porque la última vez que te se ha permitido has sido un bribón.

—Entonces ¿qué voy á hacer? preguntó el loco.

—Escucha, replicó el baron, para distraerte un rato, ¿quieres bailar la tarantela?

—¡Ah! sí, la tarantela, exclamó el loco con un aire alegre en el que no quedaba la menor huella de su cólera pasada; la tarantela.

—Id á buscar á Teresa y Gaetano, dijo el baron Pisani dirigiéndose á uno de los guardas: luego, volviéndose hácia nosotros:

—Teresa, continuó, es una loca furiosa, y Gaetano un antiguo maestro de guitarra que se ha vuelto loco. Es el músico del establecimiento.

Un instante despues vimos llegar á Teresa; dos hombres la llevaban y hacia esfuerzos inauditos para escaparse de sus manos. Gaetano la seguia gravemente con su guitarra, pero sin que hubiera necesidad de que nadie le acompañase, porque su locura era de las mas inofensivas. Mas apenas vió Teresa al baron, corrió á sus brazos llamándole su padre; luego llevándole á un rincón del cuarto, se puso á referirle en voz baja las fechorias que la habian jugado desde por la mañana.

—Está bien, hija mia, está bien, dijo el baron, he sabido todo eso al momento, y he ahí por qué he querido recompensarte concediéndote un instante de recreo: ¿quieres bailar la tarantela?

—¡Ah, sí! ¡ah, sí! la tarantela, exclamó la jóven yendo á colocarse delante de su pareja, que hacia un momento se habia empezado á mover y que saltaba solo mientras que Gaetano templaba el instrumento.

—Vamos, Gaetano, vamos, presto, dijo el baron.

—Un instante, magestad, es necesario que el instrumento esté afinado.

—Me cree rey de Nápoles, replicó el baron; se hubiese creído rebajado entrando al servicio de un particular, pero yo le he hecho primer músico de mi capilla, le he dado el título de gentil hombre, le he condecorado con el gran cordon de San Genaro, de modo que está sumamente satisfecho. Si le habláis, tened la bondad de darle el tratamiento de excelencia. Y bien, maestro, ¿estamos?

—Ya lo veis, magestad, dijo el músico comenzando la tarantela.

Ya he dicho el efecto mágico que produce esa música en los sicilianos, pero jamás había visto un resultado semejante al que obraba sobre los dos locos; desapareció el ceño de su rostro en el mismo instante, hicieron sonar sus dedos como castañuelas, y empezaron un baile cuyo compás fué apresurando el baron gradualmente: al cabo de un cuarto de hora los dos estaban sudando, mas no por eso dejaban de continuar siguiendo el compás cada vez mas precipitado, con una exactitud maravillosa. En fin, el hombre cayó el primero rendido de fatiga; cinco minutos despues la muger se tendió á su vez; pusieron al hombre en su cama y se llevaron á la muger á su habitacion: el baron Pisani respondia de ellos por veinte y cuatro horas. En cuanto al guitarrista, se le envió al jardín para ser en él la delicia del resto de la sociedad.

El señor baron Pisani nos hizo entonces pasar á un gran salon donde, cuando por casualidad hace mal tiempo, se pasean los enagenados: este salon estaba lleno de flores, y las paredes completamente cubiertas de frescos representando casi todos objetos burlescos. En él es donde, sobre todo el buen doctor que conoce á fondo el género de locura de cada uno de sus pensionistas, hace los mas curiosos estudios; los coge del brazo, les conduce ya ante un fresco, ya ante otro, y se los explica ó hace que se los expliquen ellos: uno de aquellos frescos representa al gentil paladin Astolfo yendo á buscar en la luna la redoma que contiene la razon de Orlando. Pregunté al baron cómo era que se habia atrevido á colocar en una casa de locos un cuadro que hace alusion á la locura.

—No digais nada malo de este fresco, me respondió el baron; ha curado á diez y siete.

Ademas de las flores colocadas en los alfeizares de sus ventanas, y los frescos pintados en las paredes, contenia aquel salon cierto número de bastidores para bordar, de enseres de tejedor y tornos para hilar; cada uno de estos instrumentos tenia alguna obra comenzada por los locos. Una de las primeras reglas de la casa es el trabajo; el que no conoce ningun oficio, cava la tierra, saca agua de las bombas ó trasporta leña. Los domingos

y los dias festivos, aquellos que quieren distraerse, leen, bailan, juegan á la pelota ó se mecen en columpios, porque el baron pretende que una ocupacion cualquiera es uno de los mas poderosos remedios contra la locura, y que es preciso que los locos trabajen siempre ó se diviertan, que fatiguen el cuerpo ú ocupen la imaginacion. Por lo demas, la esperiencia está á su favor: estableciendo la justa proporcion, cura un número de enagenados doble de los que curan los médicos que aplican á sus dementes el tratamiento ordinario.

Del salon de trabajo pasamos al jardín: es un delicioso parterre, regado por fuentes y resguardado por grandes árboles, donde todos aquellos infelices desventurados se pasean, casi siempre aislados unos de otros, abandonándose cada uno á su género de locura, y siguiendo las calles de árboles, estos con mucho ruido, aquellos silenciosos. El carácter principal de la locura es la necesidad de la soledad; casi nunca dos locos conversan juntos, ó si lo hacen cada uno sigue su idea y responde á su pensamiento y jamás al de su interlocutor, por mas que no suceda así con los estraños que van á verlos, pareciendo al primer aspecto algunos con completos sentidos y razon.

El primero que nos encontramos era un jóven de veinte y seis ó veinte y ocho años, llamado Lucca. Antes de su locura era uno de los mas distinguidos abogados de Catania. Un dia habia tenido en el teatro una disputa con un napolitano, quien en lugar de guardar en su bolsillo la tarjeta que Lucca le habia deslizado en la mano, habia ido á quejarse á la guardia; y como ésta se componia de soldados napolitanos, y no deseando otra cosa estos que hacer daño á un siciliano, fueron á intimar á Lucca saliese de la butaca. Lucca, que no habia turbado ni por un momento la tranquilidad pública, los despidió enviándolos enhoramala; un napolitano le cogió por el cuello; un puñetazo bien aplicado le echó rodando á diez pasos de distancia, mas al punto cayeron todos sobre el rebelde, quien se defendió algun tiempo y concluyó al fin por recibir un culatazo que le rompió la cabeza y le derribó sin sentido. Entonces le llevaron y le depositaron en uno de los calabozos de la cárcel. Cuando fué el juez al dia siguiente á hacerle el interrogatorio, estaba loco.

Su locura era de las mas poéticas: tan pronto se creía el Tasso, como Shakespeare ó Châteaubriand. Cuando le vimos se habia decido por Dante, y siguiendo una calle de árboles con un lápiz y papel en la mano, componia su canto XXXIII del Inferno.

Me aproximé á él por detrás y vi que estaba en el episodio de Ugolin; mas sin duda le faltaba la memoria porque repitió dos ó tres veces golpeándose la frente:

—*La bocca sollevò dal fiero pasto; pero sin poder pasar adelante. Imaginé que era un*

medio excelente de atraerme sus simpatías indicar-le las primeras palabras del verso siguiente, y cuando se golpeaba la frente de nuevo en señal de angustia, añadió:

—*Quel peccato forbendola.*

—¡Ah! gracias, exclamó, gracias; sin vos sentía oscurecerse todas mis ideas, y creí que iba á volverme loco. *Quel peccato forbendola.* Eso es, eso es, y continuó:

—*A' capelli....* hasta el fin del segundo terceto.

Entonces, aprovechándome del punto que suspendía el sentido y permitía al compositor respirar:

—Perdonad, caballero, le dije, mas tengo entendido que sois el Dante.

—El mismo soy, me respondió Lucca, ¿qué queréis?

—Hacer conocimiento con vos. He estado en Florencia con objeto de tener ese honor, pero vos no estábais ya allí.

—¿No sabeis, pues, respondió Lucca con ese tono breve que es uno de los caracteres de la locura, que me han expulsado de Florencia, me han acusado de haber robado el tesoro de la república? ¡Dante ser ladrón! He cogido mi espada, los siete primeros cantos de mi poema, y he partido.

—Esperaba, repliqué, encontraros entre Feltre y Montefeltro.

—¡Ah! si, dijo, si, en casa de Can Grande della Scala.

El Gran lombardo,

Che' n su la Scala porta il santo uccello.

Pero no he permanecido allí mas que un instante; me hacia pagar demasiado cara su hospitalidad: me obligaba á vivir allí con adaladores, bufones, cortesanas y poetas; ¡y qué poetas! ¿Por qué no habeis venido por Ravena?

—He estado allí, pero no he encontrado mas que vuestra tumba.

—Y sin embargo, no estaba yo dentro de ella. ¿Sabeis cómo salí?

—No.

—He encontrado un medio de resucitar siempre que me muera.

—¿Es un secreto?

—Nada de eso.

—Pues no me disgustaría conocerlo.

—Nada mas fácil: en el momento de morir recomendé que se cavase mi sepulcro muy profundo, muy profundo: ¿sabeis que el centro de la tierra es un inmenso lago?

—¿Si?

—Inmenso. El agua, como sabreis, va so-cavando siempre la tierra, el agua avanza, avanza, avanza hasta que llega donde estoy; entonces me lleva hasta la mar. Llegado al fondo de la mar, me tiendo con los dos talones apoyados en dos ramas de coral. El coral crece; porque como sabeis el coral es una planta: crece, crece, crece, pasa por mis ve-

nas, y hace mi sangre, entonces sube siempre, sube, sube, sube, y cuando llega al corazón resucito.

—Mi querido poeta, dijo apresuradamente el baron interrumpiendo nuestra conversacion, ¿no sereis tan amable que toqueis una contradanza á estas pobres gentes?

—Si tal, mi querido baron, replicó Lucca cogiendo el violin que le presentaba el baron Pisani y afinándole, si tal; ¿dónde están? ¿dónde están? y subió sobre una silla, como tienen costumbre de hacerlo los músicos ambulantes.

—Maestro, dijo el baron llamando á Gaëtano que acudió con su guitarra; maestro, una contradanza.

—Si, magestad, respondió Gaëtano subiéndose sobre una silla próxima á la de Lucca, y dándole el *Lá*.

Y los dos se pusieron á tocar una contradanza.

Al punto acudieron de todos lados del jardín, en los trages mas estravagantes, una docena de locos de ambos sexos, entre los que reconcí al primer golpe de vista al hijo del emperador de la China y al pretendido muerto; el primero llevaba en la cabeza una magnífica corona de papel dorado; el otro iba envuelto en una gran sábana y marchaba con paso grave y lento como conviene á un fantasma: los demas eran el loco melancólico, que acudia visiblemente con sentimiento, y á quien de cuando en cuando tenian necesidad de empujar dos guardas; una muger que se creia Santa Teresa y que tenia éxtasis, y por fin una jóven de veinte á veinte y un años, y en la que bajo sus marchitas facciones podia adivinarse la belleza pasada; tambien acudia con trabajo y mas bien arrastrada que conducida por una muger que parecia encargada de su cuidado; por fin se colocó en su sitio como los demas y el baile comenzó.

Estraña contradanza, en la que cada actor parecia obedecer mecánicamente á la presion de algun resorte secreto que le ponía en movimiento, mientras que su imaginacion seguía la atroz pendiente por donde le arrastraba la locura; comparsa alegre en apariencia, sombría en realidad, donde todo era insensato musica, músicos y bailarines; espectáculo terrible de presenciar en cuanto dejaba ver hasta lo mas profundo de la miseria humana.

Me separé un instante. Temia volverme loco tambien.

El baron se llegó á mí.

—He interrumpido vuestra conversacion con ese pobre Lucca, me dijo, porque no quiero que se pierda en sus metafisicas esencias. Los locos metafisicos son los mas dificiles de curar, porque no se puede decidir donde concluye la razon ni donde empieza la locura. Que se crea Dante, el Tasso, Ariosto, Shakespeare ó Châteaubriand, no hay ningun inconveniente en eso. He salvado á casi todos los

que no tenían mas que una especie de enagenacion, y salvaré á Lucca, estoy seguro de ello. Pero á la que yo no salvaré, continuó el baron moviendo la cabeza y estendiendo la mano hácia los bailarines, es á esa pobre loca que lucha por dejar su puesto y volverse á aislar. Y mirad, héla allí que se ccha hácia atrás, la crisis la acomete: jamás podrá oír la música, jamás podrá ver bailar sin volver á caer en su locura. — Está bien, está bien, dejadla quieta, gritó el baron á la muger que tenía cuidado de ella, y que queria obligarla á seguir la contradanza. Costanza, Costanza, ven, hija mia, ven. Y dió algunos pasos hácia ella, mientras que la jóven, aprovechándose de su libertad, acudia ligera, como una gacela asustada, y mirando atrás para ver si era perseguida, iba á arrojarle en sus brazos sollozando.

— ¡Y bien! hija mia, dijo el baron, veamos, ¿qué sucede?

— ¡Oh padre mio, padre mio! no quieren quitarse las caretas, no quieren decir sus nombres mas que á él, le llevan á la habitacion inmediata; ¡oh! no le dejéis ir con ellos, ¡en nombre del cielo! le matarán. ¡Albano, Albano! ¡Ah!... ¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio! Todo ha concluido... ¡Es demasiado tarde! Y la jóven se dejó caer casi desmayada en los brazos del baron, quien por mas habituado que estuviese á aquel espectáculo, no pudo menos de sacar el pañuelo de su bolsillo y enjugar una lágrima que corria por su megilla.

Entretanto los demas continuaban bailando, sin cuidarse para nada del dolor de la jóven doncella; y aunque su crisis habia comenzado en medio de ellos, ninguno habia indicado apercibirse de ello, ni aun el mismo Lucca, que tocaba el violin con una especie de frenesí, llevando el compás con los pies, y anunciando á voz en grito figuras que nadie seguia. Sentí que un vértigo se apoderaba de mí, era una de esas escenas como las que refiere Hoffmann ó como se ven en sueños. Pedí permiso al baron para leer los reglamentos de su casa, de que me habian hablado como de un modelo de filantropía; sacó de su bolsillo un librito impreso; y me retiré á un gabinete de estudio que el baron se habia reservado y cuya puerta mandó me franqueasen.

Fijaré dos ó tres artículos de aquel reglamento.

CAPITULO V.

Artículo 45.

«Se ha abolido ya en las casas de locos el uso cruel y odioso de las cadenas y de los latigazos, que en lugar de tranquilizar y hacer mas dóciles á los desgraciados enagenados aumentan su furor inspirándoles sentimientos de venganza. No obstante, si á pesar de la bondad que se emplee con ellos, se

abandonan á las violencias, se buscarán recursos en los medios de restriccion, no olvidando jamás que los locos no son culpables dignos de castigo, sino pobres enfermos, á quienes es necesario socorrer y cuya posicion reclama todos los miramientos debidos á la desgracia y al sufrimiento.

Artículo 46.

«De todos los métodos de restriccion que están en uso actualmente en los hospicios y establecimientos de dementes en las naciones mas civilizadas de la Europa, no se adoptaran mas que tres: el encierro en la habitacion, la ligadura en una hamaca y la camisa de fuerza, convencido como está el director de la casa de locos de Palermo, no solo de la ineficacia, sino aun del peligro real de las máquinas de rotacion, de los baños de sorpresa, de los catres de fuerza, medios de represion mas crueles todavia que el empleo de las cadenas, abolidas en algunos establecimientos.

Artículo 48.

«Sin embargo, como algunas veces es indispensable emplear la fuerza con los enagenados, en los casos estremos se empleará. Entonces la represion se hará, no con ruido y dureza, sino con energia y humanidad al mismo tiempo, y haciendo comprender tanto como sea posible á los dementes, el dolor que sus guardas experimentan por verse obligados á servirse con ellos de semejantes medios.

Artículo 51.

«El empleo de la camisa de fuerza jamás será mandado sino por el director, y aun en ese caso se tomará todas las precauciones en el momento de hacer uso de ella, sobre todo, cuando la aplicacion deba hacerse á una muger á la que la opresion de las correas podria hacer mucho daño comprimiéndola los músculos del pecho.»

Acababa la lectura *della Istruzioni* (este es el titulo de aquel reglamento), cuando el baron entró acompañado de Lucca, completamente tranquilo por medio de la música que acababa de tocar, y que habiendo sabido mi nombre, queria en su cualidad de colega en poesia, ir á saludarme. Conocía mi *Antony* y *Carlos VII*, y me suplicó escribiese algunos versos en su album. Le pedí la reciprocidad; pero me exigió de plazo hasta el dia siguiente por la mañana, queriendo hacerme los versos espresamente para el objeto. Habia quedado perfectamente tranquilo, hablaba con dulzura y gravedad á la vez, y salvo la conviccion que habia conservado de que era el

Dante, no tenia en aquel momento ninguna de las maneras de un loco.

Habia llegado la hora de retirarnos; por otra parte, uno de los espectáculos que puedo soportar menos tiempo y que me causan mas disgusto, es el de la locura. El baron, que estaba dedicado á nosotros, nos ofreció acompañarnos y aceptamos.

Al atravesar el patio, volví á ver la jóven doncella que estando en el jardín se habia arrojado en los brazos del baron; estaba arrojada ante el pilon de una fuente en la que se miraba como en un espejo, divirtiéndose en sumergir en el agua los largos rizos de sus cabellos, y cuyas mojadas puntas aplicaba en seguida á su abrasada frente.

Pregunté al baron que acontecimiento habia producido aquella locura, de la que él mismo no veia ninguna esperanza de curacion. El baron me refirió lo siguiente:

—Costanza (se recordará que éste era el nombre que el baron habia dado á la jóven demente) era la única hija del último conde de La Bruca; habitaba con él y con su madre, entre Siracusa y Catania, uno de esos antiguos castillos de arquitectura árabe, de los que aun subsisten algunos en Sicilia. Pero por mas aislado que estuviere el castillo, la fama de la belleza de Costanza se habia extendido de Messina á Trápani; y mas de una vez jóvenes sicilianos, bajo el pretexto de que la noche les habia sorprendido en el camino, llegaron á pedir al conde de La Bruca una hospitalidad que él jamás rehusó. Este era un medio de ver á Costanza. La veian, y casi todos se iban enamorados de ella.

Uno de aquellos huéspedes interesados fué el caballero Bruni. Era un hombre de veinte y ocho á treinta años, que tenia sus posesiones en Castro Giovanni, y que pasaba por uno de esos hombres violentos y apasionados que nunca retroceden para satisfacer un deseo de amor, ó para ejecutar un acto de venganza.

Costanza no reparó en él mas que lo que habia reparado en los otros; y el caballero Bruni pasó una noche y un dia en el castillo de La Bruca, sin dejar despues de su partida el menor recuerdo en el corazon y en la imaginacion de la jóven doncella.

Preciso es decirlo tambien: aquel corazon y aquella imaginacion estaban ocupadas en otra parte. El conde de Rizzari tenia su castillo situado algunas millas tan solo del que habitaba el conde de La Bruca. Una antigua amistad unia entre sí á los dos vecinos, y hacia que estuviere casi siempre el uno en casa del otro. El conde de Rizzari tenia dos hijos, y el mas jóven de estos llamado Albano amaba á Costanza y era amado de ella.

Desgraciadamente es una posicion social bastante triste la de un segundogénito siciliano. El primogénito está encargado de mantener el honor del nombre, y por consecuencia en él recae toda la fortuna. Este amor de

Costanza y Albano, lejos de agradar á los dos padres, les alarmaba por el porvenir. Pensaron que puesto que Costanza amaba al hermano segundo, podría amar al hermano mayor; y el pobre Albano, bajo pretexto de que completase sus estudios, fué enviado á Roma.

Albano partió, tanto mas desesperado cuanto que la intencion de su padre era conocida. Se destinaba al pobre jóven al estado eclesiástico, y cuanto mas se concentraba en sí mismo, mas adquiria la conviccion de que no tenia la menor vocacion por la Iglesia. Era preciso, sin embargo, obedecer: en Sicilia, país atrasado un siglo, la voluntad paterna es todavía cosa sagrada. Los dos jóvenes se juraron derramando lágrimas, ser para siempre el uno del otro; pero al hacerse aquella promesa los dos conocian su valor. Aquella promesa les tranquilizaba, pues, muy poco acerca del porvenir.

En efecto, apenas llegó Albano á Roma y se instaló en su colegio, cuando el conde de La Bruca anunció á su hija era necesario renunciarse para siempre á casarse con Albano, destinado por su familia á abrazar el estado eclesiástico; pero que en cambio, y á modo de compensacion, podia considerarse desde luego como la esposa de don Ramiro, su hermano mayor.

Don Ramiro era un bello jóven de veinte y cinco á veinte y ocho años, valiente, elegante, diestro en todos los ejercicios corporales propios del caballero, y á quien hubiese hecho justicia cualquiera muger cuyo corazon no hubiese estado dispuesto en favor de otro. Pero el amor es tan ciego en sus antipatias como en sus simpatias. Costanza, á todas aquellas brillantes cualidades, preferia la tímida melancolia de Albano; y en lugar de dar gracias á su padre por la eleccion que se habia tomado el trabajo de hacer por ella, lloró tanto y por tanto tiempo, que por via de transaccion fué cosa convenida que se casaria con don Ramiro, pero se decidió, que este matrimonio no se verificaria hasta dentro de un año.

Algun tiempo despues de tomada esta decision, el caballero Bruni pidió la mano de Costanza con las formas mas directas y mas positivas; pero el conde de La Bruca le respondió que con gran sentimiento suyo, se veia obligado á rehusarle el honor de su alianza, porque su hija estaba prometida al primogénito del conde Rizzari, y solo se aguardaba para verificar aquel matrimonio que Costanza cumpliera los diez y ocho años.

El caballero Bruni se retiró sin decir palabra. Algunas personas que conocian su carácter vengativo y sombrío, aconsejaron al conde de La Bruca desconfiase de él. Pero pasaron seis meses sin que se oyese hablar nada del caballero. Al cabo de este tiempo se supo que no solo parecia consolado de la negativa que habia sufrido, sino que vivia casi públicamente

con una antigua querida de don Ramiro, á quien éste habia cesado de ver desde el momento en que se decidió su matrimonio con Costanza.

Pasaron otros cinco meses. El término pedido por Costanza se aproximaba á su fin; se ocupaban de los preparativos del matrimonio y don Ramiro marchó para ir á comprar en Palermo los regalos de boda que pensaba ofrecer á su prometida.

Tres dias despues se supo, que entre Minco y Aulone habia sido atacado don Ramiro por una cuadrilla de ladrones. Acompañado de dos fieles criados, y lleno él mismo de valor, habia querido defenderse don Ramiro; pero despues de matar á dos bandidos, una bala que habia recibido en la frente le habia tendido muerto. Uno de sus criados habia sido herido; el otro, mas afortunado habia conseguido librarse de las balas y de la persecucion de los bandidos, y era el mismo que llevaba aquella noticia.

Los dos condes montaron á caballo con todos sus servidores, y al dia siguiente al medio dia, estaban en Minco. En aquella aldea fué donde encontraron junto al cadáver de su señor al fiel criado herido: algunos mozos de mulas que pasaban por casualidad por el camino una hora despues de la refriega, los habian llevado allí á los dos.

El conde Rizzari, á quien quedaba una sola esperanza, la de la venganza, adquirió al punto del herido todos los informes que podian guiarle en la persecucion de los asesinos: desgraciadamente los informes eran muy vagos. Los ladrones eran en número de siete, y contra la costumbre de los bandidos sicilianos, llevaban, para mayor seguridad sin duda, una mascarilla en su rostro. Entre los siete bandidos habia uno tan bajo y débil, que el herido creyó que debia ser una muger. Cuando el jóven conde fué muerto, uno de los bandidos se aproximó al cadáver, le miró atentamente, y luego haciendo seña al mas pequeño y miserable de sus camaradas, de que se acercase:

—¿Es ciertamente él? preguntó.

—Sí, respondió lacónicamente aquel á quien iba dirigida la pregunta. Luego se retiraron los dos aparte, hablaron un instante en voz baja, y saltando sobre los caballos ensillados que les esperaban tras el ángulo de una roca, desaparecieron, dejando á los demas bandidos el cuidado de registrar los bolsillos y maleta del jóven conde, lo que cumplieron religiosamente.

En cuanto al herido, se habia fingido muerto; y como en su cualidad de criado le suponian naturalmente con menos dinero que su señor, le habian registrado muy poco los bandidos, satisfechos sin duda con lo que habian hallado en poder del conde; despues de hecho aquel breve registro, que le habia costado sin embargo su bolsa y su reloj, habian marchado

llevando á la montaña los cadáveres de los dos camaradas.

No habia medio de perseguir á los asesinos; los dos condes confiaron, pues, este cuidado á la policia de Siracusa y de Catania: resultó que los asesinos permanecieron ignorados y quedaron impunes. En cuanto á don Ramiro, fué trasportado su cadáver á Catania, donde recibió una sepultura digna de él en el panteon de sus antepasados.

Este suceso, por terrible que fuese para las dos familias, tenia sin embargo, como todas las cosas de este mundo, su lado bueno y su lado malo: gracias á la muerte de don Ramiro, Albano habia llegado á ser el primogénito de la familia; ya, pues, no podia pensarse en que abrazara el estado eclesiástico: al presente le correspondia mantener el nombre y perpetuar la raza de los Rizzari.

Fué, pues, llamado á Catania.

No trataremos de indagar lo que pasaba en el corazon de los dos jóvenes; el corazon mas puro tiene su pequeño rincon gangrenado por el que participa de las miserias humanas, y en ese pequeño rincon fué donde sintieron Costanza y Albano al volverse á ver revivir la esperanza de ser algun dia el uno del otro.

En efecto, nada se oponia ya á su union: esta idea se presentó á los padres como se habia ocurrido á los hijos, solo si que la boda se fijó para cuando terminase el luto, es decir, para dentro de un año.

Por entonces, habiendo sabido el caballero Bruni que por la muerte de don Ramiro habia quedado Costanza libre, renovó su demanda; desgraciadamente como la primera vez llegó demasiado tarde; se habia dispuesto otra cosa con gran satisfaccion de los dos amantes, y el conde de La Bruca respondió al caballero Bruni que habiendo llegado á ser primogénito del conde Rizzari el que antes era su hijo segundo, le sucedia no solo en su título y en su fortuna, sino tambien en la union proyectada hacia largo tiempo entre las dos casas.

Como la primera vez, se retiró el caballero Bruni sin decir una sola palabra; tanto que los que conocian su carácter no podian comprender aquella moderacion.

Los dias y los meses pasaron muy diferentes para los dos jóvenes; que los dias y los meses del año anterior: el plazo fijado para la conclusion del luto era el 42 de setiembre: el 43 debian estar unidos los dos jóvenes.

Aquel dia feliz, que en su impaciencia creian no llegaria jamás, llegó al fin.

La ceremonia se verificó en el castillo de La Bruca. Toda la nobleza de las cercanias estaba convidada á la fiesta; á las once de la mañana fueron unidos en la capilla Costanza y Albano, quienes no hubiesen cambiado su suerte por el imperio del mundo.

Terminada la misa, todos se dispersaron por los vastos jardines del castillo, aguardando allí que la campana indicase la hora de co-

mer. La comida fué homérica; ochenta personas estaban reunidas á la mesa.

Las puertas del comedor daban por un lado al jardín espléndidamente iluminado, del otro á un vasto salon que estaba preparado para el baile; al otro lado de este salon estaba la alcoba nupcial que debían ocupar los jóvenes esposos.

Comenzó el baile con ese frenesí enteramente peculiar de los sicilianos; entre ellos todos los sentimientos se llevan al esceso: lo que para los demas pueblos no es mas que un placer, entre ellos adquiere el carácter de una pasión; los dos recién casados daban el ejemplo, y todos parecían felices con la dicha de ellos.

A media noche entraron dos enmascarados disfrazados de aldeanos sicilianos, y llevando entre sus brazos un maniquí vestido con una larga bata negra, el cual representaba un hombre. El maniquí estaba disfrazado como ellos y llevaba bordada en plata sobre el pecho la palabra *Tristizia*; en ese suave patois siciliano que añade todavía mas valor á la lengua italiana, esa palabra quiere decir *tristeza*.

Los dos enmascarados entraron gravemente, depositaron el maniquí sobre una otomana, y prorumpieron á su alrededor en lamentaciones, como es costumbre hacerlo con los muertos cuando se les va á enterrar. Desde aquel momento la intencion era patente; despues de un año de dolor, se abria para las dos familias un porvenir de alegría, y los enmascarados hacian alusion á este dolor pasado y á este porvenir, llevando la *tristeza* á la tierra. Aunque sin duda podían haber escogido alguna alegoria de mejor gusto que aquella, no fueron acogidos con menos cortesía los recién llegados por el amo de la casa, y todas las danzas cesaron en el mismo instante reuniéndose alrededor de ellos para no perder nada del espectáculo á la vez fúnebre y cómico con que tan inopinadamente habian ido á regocijarse á la sociedad.

Entonces los enmascarados, viéndose el objeto de la atencion general, comenzaron una espresiva pantomima, mezclando los lamentos al baile. De cuando en cuando interrumpian su representacion para aproximarse al maniquí de la Tristeza é intentar despertarle dándole fuertes sacudidas, pero viendo que nada podia sacarle de su letargo, volvian á emprender su danza, que cada vez iba tomando un carácter mas sombrío y mas fúnebre. Hacian figuras desconocidas, el compás era lento, las vueltas prolongadas, y todo ejecutado al sonido de un canto triste y monótono que comenzó á hacer sentir en el corazon de los circunstantes un terror secreto que concluyó por esparcirse en todo el salon y hacerse general.

En un momento de silencio en que el canto acababa de cesar, y cuando los concurren-

tes escuchaban todavía, saltó una cuerda del harpa, produciendo ese estremecimiento seco y claro que va al corazon. La jóven desposada lanzó un débil grito. Sabido es que este accidente es mirado generalmente como un presagio de muerte.

Entonces levantándose en el salon una voz general, exigieron á los dos bailarines se quitasen sus antifaces.

Mas uno de ellos levantando el dedo como para imponer silencio, respondió en su nombre y en el de su compañero que no se querían dar á conocer mas que al jóven conde Albano. Su demanda era justa, porque es una costumbre en Sicilia cuando se asiste disfrazado á un baile ó una reunion, no descubrirse mas que al dueño de la casa. El jóven conde abrió, pues, la puerta de la habitacion inmediata, para hacer ver á los enmascarados que si les exigian descubriesen su secreto, al menos seria conocido solo de él. Los dos bailarines cogieron al instante su maniquí y entraron bailando en la habitacion; el conde Albano les siguió y la puerta se cerró tras ellos.

En el mismo momento, y como si únicamente la presencia de los estrangeros hubiese impedido continuar la fiesta, la orquesta dió la señal de la danza: las parejas volvieron á sus puestos, y el baile volvió á empezar.

Sin embargo, cerca de veinte minutos se pasaron sin que volviesen ni los enmascarados ni el conde. La contradanza terminó con una sensacion general de malestar; y como si todos los que allí estaban hubiesen sentido que una desgracia de que no podian darse cuenta pesase sobre la atmósfera de la fiesta. En fin, cuando la desposada alarmada iba á suplicar á su padre entrase en la habitacion, la puerta se volvió á abrir y los dos enmascarados volvieron á aparecer.

Habian cambiado de traje é iban vestidos de negro á la española: bajo aquel atavío mas suelto que el anterior, pudo notarse por la flexibilidad de talle de uno de ellos, que debía ser una muger. Llevaban un crespon en el brazo, otro en su gorra, y el maniquí como cuando habian entrado; solo que el rojo sudario que le envolvía le cubria mas por la parte superior y por la inferior que cuando apareció por primera vez. Como entonces, depositaron su maniquí sobre una otomana, y volvieron á comenzar sus simbólicas danzas, pero estas danzas tenian un carácter mas fúnebre todavía que antes. Los dos bailarines se arrodillaban, arrojaban tristes lamentos levantando al cielo los brazos y espresando por todas las actitudes posibles el dolor que habian empezado parodiando. Bien pronto comenzó aquella pantomima tan estrañamente prolongada á preocupar á los circunstantes, y especialmente á la novia, quien inquieta no viendo volver á su marido, pasó á la habitacion inmediata, donde creia encontrarlo;

mas apenas habia entrado en ella, cuando se oyó un grito, y al instante volvió á aparecer en el dintel, pálida, temblorosa y llamando á Albano. El conde de La Bruca acudió al punto hácia ella para preguntarle la causa de su terror; mas incapáz de responder á aquella pregunta, vaciló, pronunció algunos sonidos inarticulados, señaló á la habitacion, y cayó desmayada.

Este accidente atrajo la atencion de toda la concurrencia sobre la jóven: todos se aproximaron á su alrededor, unos por curiosidad, otros por interés. Al fin recobró sus sentidos, y mirando á su alrededor llamó con un grito de terror profundo á Albano, á quien nadie habia vuelto á ver.

Solo entonces pensaron en los dos enmascarados y se dirigieron todas las miradas hácia el lado donde los habian dejado para preguntarles qué habian hecho del jóven conde; mas los enmascarados, aprovechándose de la confusion y desórden general, habian desaparecido.

Solo el maniqui habia quedado sobre la otomana, rígido, inmóvil y envuelto en su purpúrea mortaja.

Se aproximaron á él, levantaron un estremo del sudario, y tocaron una mano de hombre, pero fria, crispada; en un instante le quitaron el lienzo que le cubria, y hallaron un cadáver. Le arrancaron el antifaz y reconocieron al jóven conde Albano.

Habia sido estrangulado en la habitacion inmediata tan de sorpresa, con tal rapidez sin duda, que no se habia oído un solo grito; los asesinos, con una sangre fria que hacia honor á su impasibilidad, habian depositado una corona de ciprés sobre el lecho nupcial.

Esta corona, mas todavía que la ausencia de su desposado, era la que habia afectado tan horrorosamente á Constanza.

Todos los hombres que habia en el salon, parientes, amigos, criados, se precipitaron en persecucion de los asesinos; mas todas las pesquisas fueron inútiles: el castillo de La Bruca estaba aislado, situado al pie de las montañas, y no habian necesitado mas de dos minutos los terribles enmascarados para ganar aquellas montañas y ocultarse á los ojos de todos.

Constanza, á la vista del cadáver de su querido Albano, fué atacada de atroces convulsiones que duraron toda la noche. Al dia siguiente estaba loca.

Esta locura, al principio furiosa, habia adquirido poco á poco ese carácter de profunda melancolía; mas, como he dicho, el baron Pisani no esperaba fuese mas lejos la curacion.

En 1840 volvió á ver á Lucca en París; estaba perfectamente curado, y conservaba muy presente y claro el recuerdo de la visita que le habia hecho. Mi primera pregunta fué por su compañera la pobre Constanza; mas meció

la cabeza tristemente: la doble prediccion del baron se habia verificado en ambos. Lucca habia recobrado su razon, pero Constanza continuaba loca.

COSTUMBRES Y ANÉCDOTAS SICILIANAS.

La Sicilia está, como todo pueblo que ha sido sucesivamente conquistado por otros pueblos, no poco deseoso de libertad; pero allí, como en todas partes, hay dos clases de libertad: la libertad de la inteligencia; la libertad de la materia. Las clases superiores están por la libertad social; las clases inferiores están por la libertad individual. Dad al pueblo siciliano la libertad de recorrer la Sicilia con un cuchillo en su cinto y una escopeta á la espalda, y estará ya contento; quiere ser independiente, sin comprender todavía lo que es ser libre.

Demos una idea de la manera como responde á este doble deseo el gobierno napolitano.

Hay en Palermo una gran plaza que se llama el Mercado Nuevo. Era en otro tiempo un monton de casas agrupadas con desigualdad, surcado por calles estrechas y sombrías, y habitado por una poblacion particular, parecida á la de los catalanes de Marsella, á cuya poblacion dan el nombre de *conciapelle*. De tiempo inmemorial no pagan ninguna contribucion, y aunque no haya ningun documento mas auténtico sobre esta franquicia, hay fuertes razones para creer que se remonta á la época de las Visperas sicilianas; y que fué concedida en recompensa de la conducta que los *conciapelle* habian observado en aquel gran acontecimiento. Por lo demas, siempre estaban armados: el niño casi al abandonar la cuna, recibia una carabina, que no abandonaba hasta el momento de bajar al sepulcro.

En 1821 se levantaron los *conciapelle* en masa contra los napolitanos é hicieron prodigios, pero cuando los austriacos volvieron á colocar á Fernando en el trono, el general Nunziante fué enviado para castigar á los sicilianos por aquellas nuevas Visperas. Se le indicaron los mas incorregibles *conciapelle* de la ciudad de Palermo, y se decidió que el azote de la venganza real cayese sobre ellos.

En su consecuencia, la noche menos pensada, y mientras los *conciapelle*, confiados en sus antiguas franquicias dormian al lado de sus carabinas, el general Nunziante hizo colocar piezas de artilleria á la entrada de cada calle y rodear todo el cuartel por un cordón de soldados: al despertar se encontraron cogidos los pobres diablos.

Por valientes que fuesen los *conciapelle*,

no habia medio de defenderse; así que les fué forzoso rendirse á discrecion. El primer cuidado del general Nunziantie fué quitarles sus armas; cargó treinta carretas con fusiles, desterrando á sus dueños fuera de los muros de Palermo, con el permiso de entrar en esta ciudad tan solo durante el dia para sus negocios, pero con espresa prohibicion de pasar alli la noche.

Luego, apenas estuvieron fuera de las puertas, á pretexto de atraso en el pago de contribuciones, fueron confiscadas y en seguida derribadas sus casas.

El lugar que ocupaban forma hoy, como hemos dicho, la plaza del Mercado Nuevo de Palermo. Frecuentemente la he atravesado, y casi siempre he encontrado la escalinata que conduce á la Strada-Nova llena de esos desgraciados que sentados en las gradas, permanecen horas enteras mirando inmóviles y sombríos aquel terreno inhabitado donde estaban en otro tiempo sus casas.

Las fiestas de Santa Rosalía escitan un grande entusiasmo en Sicilia en donde no son muy escrupulosos con respecto á Dios Padre, á Jesucristo ó á la Virgen Maria, y donde sin embargo, el culto de los santos ha degenerado en una verdadera adoracion: así sus fiestas se asemejan á una serie de paganas saturnales. Cada ciudad tiene un santo predilecto, para quien exigen de todo forastero le conceda la misma veneracion que alli se le concede; así, como los honores que se rinden al patron son algunas veces de una naturaleza muy estraña, es generalmente bastante peligroso para todo el que no entienda el patois gutural, abundante en *z* y *g*, que habla el pueblo en Sicilia, es peligroso decimos, aventurarse en medio de la multitud los dias en que los santos salen á tomar el aire. Cuando llegué á Siracusa, hacia poco tiempo que un inglés habia sido victima de un error cometido por él en presencia de uno de aquellos bienaventurados.

El inglés era un oficial de marina que habia bajado á tierra para cazar en las cercanías de la ciudad de Augusto. Despues de haber empleado con bastante fruto cinco ó seis horas en aquel ejercicio, volvía con su escopeta al brazo y su morral á la espalda; de repente, al volver una calle, vió venir hácia él una multitud frenética dando desaforados gritos y llevando sobre unas andas movibles tiradas por caballos enjaezados y rodeado de una nube de incienso, la estatua colosal dorada de San Sebastian. El oficial al aspecto de aquella ruidosa procesion se colocó arrimado á la pared, y con curiosidad de ver una cosa tan nueva para él, se detuvo para dejar pasar al santo; mas como iba vestido de uniforme y llevaba escopeta, su inmovilidad pareció irrespetuosa á la multitud, que le gritó presentase las armas. El inglés no entendia una palabra de siciliano, de modo, que se quedó tan in-

móvil como un dios Término, á pesar de la órden recibida. Entonces el pueblo se puso á amenazarle, repitiendo con aullidos la órden ininteligible para él, de hacer los honores militares al bienaventurado mártir. El inglés comenzó á inquietarse por aquel alboroto y quiso retirarse; pero le fué imposible atravesar la amenazadora barrera que se habia formado á su alrededor, y de la que con gritos siempre crecientes y gestos cada vez mas animados, le mostraban los unos su carabina y los otros le indicaban el santo. Sin embargo, el inglés que no comprende es á él á quien se dirige toda aquella cólera, puesto que nada ha hecho para escitarla, cree que el santo es el objeto de ella: ha leído en la relacion de mistress Clarke que los italianos tienen costumbre de injuriar y golpear á los santos de que están descontentos. Este recuerdo es un rayo de luz para él: San Sebastian habrá cometido alguna falta por la que se le quiere castigar; como continuaran las demostraciones hácia su escopeta, cree que para contentar á aquella turba no tiene mas que añadir una bala á las flechas de que el santo está cubierto; en consecuencia, apunta al santo y le hace saltar la cabeza.

No habia llegado todavia al suelo la cabeza del santo cuando el inglés habia recibido veinte y cinco cuchilladas.

Sin embargo, no se crea que las aventuras concluyen siempre de un modo tan trágico en Sicilia, y que si los estrangeros corren alli algunos peligros, no tengan estos peligros su compensacion.

Uno de mis amigos visitaba la Sicilia en 1829 con dos compañeros de viage, franceses como él, y como él audaces. Llegados á Catania á fines de enero, saben nuestros viajeros que el 3 de febrero habia brillante feria y solemne procesion, con motivo de la fiesta de Santa Agueda, patrona de la ciudad. Al punto se reúne el triumvirato y decide que la ocasion es demasiado solemne para perderla, y que permanecerán por consiguiente alli.

La semana intermedia entre el dia de la determinacion tomada y el de la fiesta se pasó en intentar subir al Etna, cosa imposible en aquella época, y en ver las curiosidades de Catania, cosa que se hace en un dia. Se comprende, pues, que teniendo tiempo de sobra no faltaban los tres compañeros á un paseo ni á un corso. Toda la ciudad los conocia.

Llegó el dia de la fiesta. He hecho yo asistir á mis lectores á demasiadas procesiones para que les describa esta: gritos, guirnaldas, fuegos artificiales, cohetes, músicas, bailes, iluminaciones, nada faltaba alli.

Despues de la procesion comenzó la feria. Esta feria, á la que asiste no solo la ciudad entera, sino tambien toda la poblacion de las aldeas, es el pretexto de una costumbre singular.

Las mugeres se envuelven en un gran

manton negro, y llevan la cabeza cubierta; y de este modo, tan disfrazadas como si llevasen un dominó, y tuviesen un antifaz en el rostro, las *tuppanelles* que es el nombre que se le da, detienen á sus conocidos pidiéndoles para los pobres; esta estacion se llama *la limosna de la feria*. Comumente nadie se niega: es un principio del carnaval.

La procesion habia pues, concluido y comenzaba la feria, cuando mi amigo, á quien llamaré Horacio, si se me permite no siéndome posible pedirle permiso para poner aquí su verdadero nombre porque creo se halla en Siria al presente; cuando mi amigo decia, que en su ignorancia de aquella costumbre habia salido con solo algunas pesetas y tenia ya exhaustos sus bolsillos, fué asediado por dos *tuppanelles*, en cuya voz, en cuyo aire y en la coquetería de sus mantos guarnecidos de encage, creyó reconocer eran jóvenes. Las postulantes, como es sabido, tienen siempre una influencia favorable sobre el donativo, Horacio mas que ningún otro era accesible á aquella influencia: así escudriñó escrupulosamente los bolsillos de su chaleco y pantalon, por ver si algun ducado habia escapado al saqueo. Inútil investigacion; Horacio se vió obligado á confesarse á sí mismo que no poseia en aquel instante un maravedí.

Era preciso hacer esta confesion á las dos *tuppanelles* por mas humillante que fuese; mas á pesar de su veracidad, fué recibida con una incredulidad estremada. Horacio protestó; juró, ofreció buscar á sus amigos para pedirles dinero, ó volver á la fonda para registrar su maleta, todas estas proposiciones fueron rechazadas; se las habia con dos acreedoras inexorables, que respondian á todas sus escusas: Nada de plazo, nada de piedad, dinero al instante ó sino prisionero.

La idea de ser prisionero de dos jóvenes, y probablemente lindas, no era una perspectiva tan espantosa para que Horacio rechazase este mezzo término, propuesto por una de ellas como medio de transigir el asunto. Se reconoció pues prisionero, socorrido ó no socorrido, y conducido por las dos *tuppanelles*, atravesó por entre el gentío de la feria y se encontró al fin en la esquina de una pequeña calle que era imposible reconocer en la oscuridad, con un carruage elegante, pero sin armas, donde le hicieron subir. Ya en el carruage una de sus conductoras se desató del cuello un pañuelo de seda y le vendió los ojos. Luego se colocaron las dos á su lado, cada una le cogió una mano con el objeto sin duda de que no intentase desatarse la venda y el carruage echó á andar.

Tanto como es posible medir el tiempo en semejante situacion Horacio calculó que habian caminado como media hora; pero como se comprende, esto nada significaba porque sus guardianas habian podido mandar á su cochero diese rodeos para desorientar al

prisionero. Al fin se detuvo el carruage. Horacio creyó que habia llegado el momento de ver donde se encontraba; hizo un movimiento para llevar la mano derecha á su venda; mas su vecina le detuvo diciéndole: ¡Todavía no! Horacio obedeció.

Entonces le ayudaron á bajar, le hicieron subir tres escalones, luego entró y una puerta se cerró detrás de él. Anduvo todavía unos veinte pasos encontrando al fin una escalera. Horacio contó veinte y cinco escalones, al final de los que se abrió una segunda puerta y le pareció entrar en un corredor. Siguió aquel corredor doce pasos, y habiendo atravesado una tercera puerta, sintió que pisaba sobre una alfombra. Allí sus conductoras, que no le habian abandonado, se detuvieron.

—Dadnos vuestra palabra de honor, le dijo una de ellas, de que no os quitareis la venda hasta que den las nueve en el reloj. Son las nueve menos diez minutos: por tanto no tenéis mucho que aguardar.

Horacio dió su palabra de honor; al punto le dejaron sus dos conductoras. No tardó en oír el rechinamiento de una puerta que se cerró. Un instante despues dieron las nueve. A la primera campanada, Horacio se quitó la venda.

Estaba en un retreito redondo al estilo de la época de Luis XV; estilo que es todavía generalmente el de lo interior de los palacios sicilianos. Este retrete estaba entapizado con una tela de satin color de rosa á grandes ramos, de los que pendian flores y frutos de colores naturales; el mueblage, forrado de una tela semejante á la que cubria las paredes, se componia de un sofá, uno de esos bis-á-bis que se han vuelto á usar en nuestros dias, y tres ó cnatro sillas y sillón, y en fin de un piano ó una mesa llena de novelas francesas é inglesas, y en la que habia todo lo necesario para escribir.

La luz la recibia por el techo, y los cristales á través de los que pasaba se levantaban por lo exterior.

Terminaba Horacio su inventario, cuando entró un criado llevando una carta en la mano: el criado estaba enmascarado.

Horacio cogió la carta, la abrió apresuradamente y leyó lo que sigue:

«Sois nuestro prisionero, segun todas las leyes divinas y humanas, y sobre todo, segun la ley del mas fuerte.

«Podemos á nuestra voluntad haceros agradable ó dura vuestra prision; podemos haceros conducir á un calabozo ó dejaros en la habitacion en que estais.

«Elegid.»

—¡Pardiez! exclamó Horacio, mi eleccion está hecha; id á decir á esas damas que elijo el retrete, y que como presumo que es bajo alguna condicion como me dejan la eleccion,

decidas que las suplico me hagan conocer esa condicion.

El criado se retiró sin pronunciar una sola palabra y un instante despues volvió con una segunda carta: Horacio la cogió con no menos precipitacion que la primera, y leyó lo siguiente:

«He aqui las condiciones bajo las que vuestra prision se os hará agradable:

«Dareis vuestra palabra de no intentar de aqui á quince dias ninguna tentativa de evasion; dareis vuestra palabra de no intentar mientras esteis aqui, ver el rostro de las personas que os detienen prisionero.

«Dareis vuestra palabra de apagar todas las luces asi que os acostéis, y que no ocultareis ninguna; mediante lo que, pasados los quince dias, quedareis en libertad sin rescate.

«Si estas condiciones os convienen, escribid al pie de ellas:

«Aceptadas bajo palabra de honor.» «Y como se sabe que sois francés, se fiará en ese juramento.»

Teniendo en cuenta que en último resultado no eran demasiado duras las condiciones impuestas, y que parecian prometer ciertas compensaciones á su cautividad, Horacio tomó la pluma y escribió:

«Acepto bajo la palabra de honor, recomendándome á la generosidad de mis bellas carceleras.»

«Horacio.»

En seguida entregó el tratado al criado, quien desapareció al punto.

Un instante despues, le pareció al prisionero oír el ruido de la plata y los vasos: se aproximó á una de las puertas de su retrete y aplicando á ella el oído adquirió la certeza de que ponian una mesa. La singularidad de su situacion le habia impedido hasta entonces acordarse de que tenia apetito, y agradeció á sus huéspedes hubiesen pensado en ello por él.

Por otra parte, no dudaba que las dos tuppnelles le harian compañía durante la comida. En este caso, muy diestras habian de ser si á él, acostumbrado á los bailes de la Opera, no le dejaban ver una mano, alguna parte, aunque pequeña, de sus hombros, ó la puntita de la barba, con ayuda de lo que podria, como Cuvier, construir toda la persona. Desgraciadamente esta primera esperanza se desvaneció. Cuando el criado abrió la puerta de comunicacion entre el retrete y el comedor vió el prisionero que no habia mas que un solo cubierto, por mas que á juzgar por la cantidad de platos parecia la cena dispuesta para tres ó cuatro personas.

No por eso dejó de ponerse á la mesa con buenas disposiciones para honrar la comida.

Fué secundado en esta loable intencion por el doméstico enmascarado, el cual con la costumbre de un servidor de buena casa, no le dejaba ni aun tiempo para desear. Resultó de aqui que Horacio cenó muy bien, y gracias al vino de Siracusa y el malvasia de Lipari, se encontró á los postres en una de esas situaciones de espíritu de las mas risueñas en que puede encontrarse un prisionero.

Concluida la cena, volvió Horacio á su retrete. La segunda puerta estaba abierta; daba á una encantadora alcobita, cuyas paredes estaban completamente cubiertas de frescos. Esta habitacion comunicaba con un gabinete de tocador. Allí concluía el departamento, porque el tocador no tenia salida visible. El prisionero tenia, pues, á su disposicion cuatro piezas: el gabinete, la alcoba, el retrete que hacia de sala y el comedor. Es todo lo que necesitaba un soltero.

Dieron las doce de la noche en el reloj: era la hora de acostarse. Asi despues de haber hecho un escrupuloso registro en sus habitaciones y asegurarse de que la puerta del comedor estaba cerrada, el prisionero entró en su alcoba, se metió en la cama, y segun la órden que le habian dado, apagó sus dos bujias.

Por mas que el prisionero reconociese la superioridad del lecho en que estaba tendido sobre todos los demas que habia encontrado desde que estaba en Sicilia, no por eso estaba menos desvelado, sea que la especialidad de su posicion alejase el sueño, sea que esperase alguna nueva sorpresa. En efecto, al cabo de media hora ó tres cuartos, le pareció oír el rechinar de una hoja de la ensambladura de la pared, luego un ligero crujido como el que produciria una falda de seda, y por fin pasos breves hicieron crujir el pavimento y se aproximaron á su lecho; mas á corta distancia se detuvieron los pasitos, y todo volvió á entrar en el silencio.

Horacio habia oído hablar mucho de aparecidos, de espectros y de fantasmas, y habia deseado siempre ver uno. Era la hora de las evocaciones, y por tanto concibió la esperanza de que su deseo seria al fin satisfecho. En consecuencia, estendió el brazo hácia el sitio donde habia oído ruido, y su mano encontró otra mano. Pero aquella vez tambien la esperanza de hallarse en contacto con un habitante del otro mundo habia salido fallida. Aquella mano pequenita, delicada y temblorosa, pertenecía á un cuerpo y no á una sombra.

Felizmente el prisionero era uno de esos optimistas de carácter feliz que jamás piden á la Providencia mas de lo que está en disposicion de concederle. De lo cual resultó que el nocturno visitante, cualquiera que fuese, no tuvo por qué quejarse de la recepcion que le hicieron.

Al despertarse buscó Horacio á su alrededor, mas no halló á nadie. Habia desaparecido todo rastro de la visita. No obstante, le pare-

ció que habia oido decir como en un sueño:
—Hasta mañana.

Horacio saltó de la cama, corrió á la ventana y la abrió; daba á un patio rodeado de altas paredes, por encima de las que era imposible ver nada; el prisionero quedó, pues, en la duda de si estaba en la ciudad ó en el campo.

A las once se abrió el comedor y Horacio volvió á ver á su criado enmascarado y el almuerzo servido. Mientras almorzaba quiso preguntar al criado; mas en cualquier idioma que fueron hechas las preguntas, inglés, francés ó italiano, el fiel servidor respondia su eterno *Non capisco*.

Las ventanas del comedor daban al mismo patio que las de la alcoba. Las paredes tenian por todos lados la misma altura; nada nuevo habia, pues, que saber por aquel lado.

Durante el almuerzo habia sido arreglada la alcoba como por arte de encantamiento.

Repartió el dia entre la lectura y la música. Horacio tocó al piano todo lo que sabia de memoria, y recorrió todo lo que recordó de romances, tocatas, partituras, etc. A las cinco fué servida la comida.

El mismo trato excelente, el mismo silencio. Horacio hubiera preferido encontrar una comida no tan buena, pero tener alguien con quien hablar.

Se acostó á las ocho, esperando anticipar la aparicion con que pensaba indemnizarse de la soledad del dia. Como la vispera, apagó las bujias escrupulosamente, y como la vispera tambien, oyó al cabo de media hora el débil rechinar de la ensambladura, el crugido de la seda y el ruido de los pasos sobre el pavimento; como la vispera, estendió el brazo y encontró una mano, pero le pareció que no era la misma mano que la noche anterior, la otra mano era pequeñita y los dedos afilados, esta era regordeta. Horacio era hombre muy á propósito para apreciar aquella atencion de sus huéspedes, que habian querido se sucediesen las noches sin semejarse unas á otras.

Al dia siguiente recibió la mano pequeña, al otro la mano gordita, y asi sucesivamente durante catorce dias, ó mas bien catorce noches.

La décima quinta encontró las dos manos en lugar de una. Hácia las tres de la mañana las dos manos le pusieron cada una su sortija; luego, habiéndole hecho dar de nuevo su palabra de honor de no intentar levantar el pañuelo que iban á ponerle ante los ojos, sus dos huéspedes, le invitaron á prepararse á partir.

Horacio dió su palabra de honor. Diez minutos despues tenia los ojos vendados: al cuarto de hora estaba en el carruaje entre sus carceleras. Una hora despues, el carruaje se detenia, y una doble presion de manos le dirigia un último adios.

Abrióse la portezuela. Horacio, apenas en tierra, arrancó la venda que le cubria los ojos,

mas no vió otra cosa que el mismo cochero, el mismo carruaje y las dos tuppanelles: pero apenas tuvo tiempo de verlas, porque en el momento en que levantaba el pañuelo, volvia á partir el carruaje á galope. Por lo demas, le habian dejado en el mismo sitio donde le habian recibido.

Horacio aprovechó los primeros rayos de la aurora que empezaba á aparecer para orientarse. No tardó en encontrarse en la plaza de la Feria, y reconoció la calle que conducia á su alojamiento: al verle el mozo dió un gran grito de alegría.

Se le habia creido asesinado. Sus dos compañeros le habian aguardado ocho dias, pero viendo que no volvia á aparecer y que no se oia hablar de él, habian concluido por perder toda esperanza: entonces habian hecho al juez su declaracion, habian puesto los efectos de su camarada bajo la custodia del dueño de la fonda, y para el caso poco probable de que Horacio volviera á aparecer, dejaron una esquelita, en la que indicaban el itinerario que pensaban seguir.

Horacio se puso en su seguimiento, mas no los alcanzó hasta Nápoles.

Como habia dado su palabra, no hizo ninguna pesquisa para saber á quienes pertenecian la mano fina y la mano gordita.

En cuanto á las dos sortijas, eran tan exactamente parecidas, que no se podian distinguir una de otra.

Algunos años antes de nuestro viage habia acaecido un suceso que produjo grande escándalo: este suceso era nada menos que una guerra entre dos conventos de la misma orden. Sin embargo, el uno era un convento de capuchinos y el otro un convento de la Orden Tercera. La escena habia pasado en San Felipe de Argiro.

Los dos edificios estaban juntos: la pared de los dos jardines era medianera, y sin duda á causa de esta proximidad, se odiaban los vecinos.

Los capuchinos tenian un magnífico perro de presa llamado Dragon, al que dejaban por la noche en su jardin, por temor de que fuesen á robarles la fruta. No sé cómo sucedió, pero es lo cierto que un dia se pasó del uno al otro jardin. Cuando los monges aborrecen, su odio se estiendo á todo; no pudiendo vengarse en sus vecinos, se vengaron en Dragon, el cual fué molido á palos y arrojado por encima de la pared.

A la vista del cadáver, hubo gran desolacion en la comunidad, que juró vengarse aquella noche misma.

En efecto, todo el dia lo pasaron los capuchinos en hacer provisiones de armas y municiones: reunieron todo lo que pudieron encontrar, sables, escopetas, pólvora y balas, y se dispusieron á asaltar en la misma noche el convento de los hermanos de la Orden Tercera.

Estos por su parte fueron advertidos, y se pusieron á la defensiva.

A las seis, los capuchinos, conducidos por su guardian, escalaron la pared y bajaron al jardín de los hermanos de la Orden Tercera; estos les esperaban con su guardian á la cabeza.

Comenzó el combate y duró mas de dos horas: en fin, el convento de la Orden Tercera fué tomado por asalto despues de una heróica resistencia, y los frailes vencidos se dispersaron por los campos.

Dos capuchinos fueron muertos en el campo: el padre Benedetto di Pietra Perzia y el padre Luigi di San Filippo. El primero habia recibido dos balazos en el bajo vientre, y el segundo cinco, dos de los que le atravesaron el pecho de parte á parte. Por parte de los hermanos de la Orden Tercera quedaron dos hermanos legos tan gravemente heridos, que el uno murió de sus heridas y el otro se libró con trabajo: las heridas leves no se contaron; pocos combatientes hubo de uno y otro bando que no hubiesen recibido alguna.

Como se comprende bien, se echó tierra al negocio: llevado ante los tribunales hubiera sido demasiado escandaloso.

Remontémonos un poco mas alto.

Habia en Messina á fines del último siglo un juez llamado Cambo; era un eterno trabajador, un hombre probo y concienzudo, un magistrado estimado, en fin, de todos los que le conocian, y á quien no se podia poner otra tacha que la de tomar demasiado al pie de la letra la legislacion que regia entonces en Sicilia.

Una mañana que Cambo se habia levantado antes de ser completamente de día con objeto de estudiar, oye pedir socorro en la calle, corre á su balcon y abre su ventana precisamente en el momento en que un hombre daba á otro una puñalada. El herido cayó al suelo muerto ya, y el asesino, que era desconocido para Cambo, pero cuyo rostro habia tenido tiempo de ver, huyó dejando el puñal en la herida: cincuenta pasos mas lejos, estorbándole la vaina, la arrojó tambien; luego, metiéndose en una calle transversal, desapareció.

Cinco minutos despues, sale de una casa un mozo de tahona, tropieza con el pie en la vaina del puñal, la recoge y examina, la mete en su bolsillo y continúa su camino; llegado ante la casa de Cambo, quien continuaba oculto detrás de la celosia de su balcon, se encuentra con el asesinado. Su primer movimiento es ver si puede darle socorro; levanta el cuerpo y ve que no es ya mas que un cadáver; en aquel momento se oyen los pasos de una patrulla, el mozo de tahona teme que va á encontrarse mezclado como testigo en una causa de asesinato, y se refugia en un portal estrecho que estaba entreabierto. Pero el movimiento no es tan rápido que no haya sido observado: acude la patrulla, ve el cadá-

ver, rodea la casa donde cree haber visto penetrar al asesino. Es arrestado el mozo de tahona, le cogen la vaina que lleva, se compara con el puñal que ha quedado sepultado en el pecho del cadáver, vaina y hoja se ajustan perfectamente. Nadie duda ya que se han apoderado del culpable.

El juez lo ha visto todo; el asesinato, la fuga del asesino, el arresto del inocente; y sin embargo se calla, no llama á nadie, y deja conducir á la cárcel al mozo de tahona sin oponerse á ello.

A las siete de la mañana es oficialmente prevenido por el capitán de justicia de lo que ha pasado: examina los testigos, entabla el sumario, se persona en la cárcel, interroga al preso, y escribe sus preguntas y respuestas con la mas escrupulosa exactitud; escusado es decir que el desgraciado tahonero se encierra en la mas absoluta negativa.

Comienza el proceso: Cambo preside el tribunal; son oídos los testigos, que continúan acriminando al acusado; pero el principal cargo que resulta contra éste es la vaina encontrada en su bolsillo y que se adapta tan perfectamente al puñal encontrado en la herida. Cambo acusa al presunto reo de muchos modos, le envuelve con esas mil preguntas en las que el juez hace caer al culpable. El tahonero niega siempre, á falta de testigos presenta como tal al cielo, jura que no es culpable, y sin embargo, gracias á la elocuencia del agente del ministerio público, ve reunirse contra él una gran cantidad de pruebas semi-pletas, suficientes para que se pida la aplicacion del tormento. La demanda se hace á Cambo, quien escribe debajo de ella la palabra *concedido*.

A la tercera vuelta de las cuerdas es tan fuerte el dolor, que el desgraciado panadero no puede sufrirle mas, y declara que él es el asesino. Cambo pronuncia la pena de muerte.

El condenado hace una instancia pidiendo gracia: la instancia es negada.

Tres dias despues de negarse la demanda, es ahorcado el sentenciado.

Seis meses pasan: el verdadero asesino es detenido en el momento de cometer otro asesinato. Condenado á su vez, confiesa entonces que un inocente ha sido muerto por él; que él es quien ha cometido el primer asesinato por el cual fué ahorcado el desgraciado tahonero.

Solo si lo que le admira es, añadió, que la sentencia fuese pronunciada por el juez Cambo, quien debió ver todo, porque él le distinguió perfectamente á través de sus celosias.

Infórmanse del juez si el sentenciado intenta confundir á la justicia. Cambo responde que lo que dice es la verdad exacta, y que él ha sido efectivamente desde el principio hasta el fin espectador del sangriento drama que ha pasado bajo su balcon.

El rey Fernando sabe aquella estraña cir-

cunstances, se hallaba entonces en Palermo. Hace venir á Cambo á su presencia.

—¿Por qué, le dice, estando tú enterado hasta de las mas insignificantes circunstancias del asesinato has dejado condenar á un inocente y no has denunciado al verdadero culpable?

—Señor, respondió Cambo, porque la legislación está terminante: ella previene que el juez no puede ser ni testigo ni acusador; yo hubiera, pues, faltado á la ley si hubiese acusado al culpable ó atestiguado en favor del inocente.

—Pero, dijo Fernando, hubieras podido muy bien al menos no condenarle.

—Imposible hacer otra cosa, señor: las pruebas eran suficientes para que se le diese tormento, y durante el tormento ha confesado que era culpable.

—Es verdad, dijo Fernando, no es culpa tuya, es del tormento.

El tormento fué abolido, y el juez conservado en su puesto.

Era muy gracioso el rey Fernando: le volveremos á hallar en Nápoles y hablaremos con él.

Una de las cosas que me admiraron mas al llegar á Sicilia es la diferencia del carácter napolitano del siciliano: una travesía de un día separa las dos capitales, un estrecho de cuatro millas separa los dos reinos, y sin embargo, se les creería á mil leguas una de otra. En Nápoles encontrareis los gritos, la gesticulación, el ruido eterno y sin causa; en Messina ó en Palermo hallareis el silencio, la economía de gestos, y casi la taciturnidad. Preguntad al palermitano y os responde con un gesto, una palabra, ó por estraordinario una frase; preguntad al hombre de Nápoles, y os responderá mucho prolijamente, y muy luego es él quien á su vez os pregunta sin que podais libraros de ello. El palermitano grita y gesticula tambien, pero es en un momento de cólera y de pasión; el napolitano lo hace siempre. El estado normal del uno es el ruido; el estado habitual del otro es el silencio.

Los dos caracteres distintivos del siciliano son la bravura y el desinterés. El príncipe de Butera, á quien se puede citar como el tipo del gran señor palermitano, dió dos ejemplos de estas dos virtudes en un mismo día.

Habia conmocion en Palermo; este alboroto era producido por una crisis monetaria. El pueblo se moría de hambre, de modo que se habia hecho la cuenta de que mas vale morir de un balazo de fusil ó de cañon, porque la agonía era menos prolongada y dolorosa.

Por su parte el rey y la reina, que no tenían demasiado dinero para sí, no podían comprar trigo y no querían disminuir los impuestos, habían, pues, hecho colocar un cañon en cada calle, y se disponían á responder al pueblo con esta última *ratio regum*.

Uno de los cañones defendía la estremidad

de la calle de Toledo, en el sitio en que desemboca en la plaza de palacio: marchaba el pueblo hácia palacio, y por consiguiente marchaba hácia el cañon; el artillero con la mecha encendida estaba dispuesto, el pueblo continuaba avanzando; el artillero aproxima la mecha, mas en aquel momento el príncipe Hércules de Butera sale de una calle trasversal, y sin decir nada, sin hacer una señal, va á sentarse sobre la boca del cañon.

Como era el hombre mas popular de la Sicilia, el pueblo le reconoce y prorrumpe en gritos de alegría.

El príncipe hace señas de que quiere hablar; el artillero estupefacto, despues de haber aproximado tres veces la mecha, sin que el príncipe se haya dignado siquiera inquietarse por ello, la inclina hácia tierra. El pueblo se acalla como por encanto; escucha.

El príncipe le dirige un largo discurso, en el que hace ver al pueblo como la corte, espulsada de Nápoles, minada por los ingleses y reducida á sus rentas de Sicilia, muere de hambre tambien; refiere que el rey Fernando va á cazar para comer, y que algunos dias antes ha asistido á una comida con el rey cuya comida se componia tan solo de la caza que él habia muerto.

El pueblo escucha, reconoce la justicia de las consideraciones espuestas por el príncipe de Butera, quita el cebo á sus fusiles, los coloca á la espalda y se dispersa.

Fernando y Carolina han visto todo desde sus balcones; hacen ir á su presencia al príncipe de Butera, el cual á su vez les pronuncia un discurso sumamente sensato sobre el desorden del tesoro. Entonces los dos soberanos ofrecen á una voz al príncipe de Butera el puesto de ministro de Hacienda.

—Señor, respondió el príncipe de Butera, jamás he administrado mas que mi fortuna, y me la he comido.

Dichas estas palabras, se despide de los dos soberanos á quienes acaba de salvar, y se retira á su palacio de la Marina, mas rey que el mismo rey Fernando.

En 1818, tres años despues de la restauracion de Nápoles, fué introducida en Sicilia la abolicion de los mayorazgos y de las sustituciones; esta introduccion arruinó al instante á todos los grandes señores sin enriquecer á sus colonos, y solo los acreedores sacaron ganancia de aquella medida.

Desgraciadamente estos acreedores eran casi todos judfos y usureros que prestaban á ciento y á ciento cincuenta por ciento á bombres que se hubieran creído deshonrados, mezclándose en sus negocios; algunos jamás habian visto sus dominios viviendo continuamente en Nápoles ó en Palermo. Preguntábase al príncipe de P... donde estaba situado el terreno cuyo nombre llevaba.

—No lo sé muy bien, respondió; se me figura que está entre Girgenti y Siracusa.

Estaba entre Messina y Catania.

Antes de la introduccion de la ley francesa, cuando un baron siciliano moria, su sucesor, á quien no se obligaba á aceptar la herencia á beneficio de inventario, comenzaba á apoderarse de todo, en seguida enviaba á pasear á los acreedores. Estos proponian entonces contentarse con los intereses; la demanda parecia razonable, y se accedia á ella; frecuentemente, cuando esta proposicion se hacia, los acreedores, gracias al tipo enorme á que habian prestado el dinero, volvian á adquirir su capital; todo lo que recibian era, pues, un beneficio indudable y líquido, con el que se contentaban como un medio muy bueno de arreglo.

Mas desde el momento en que la abolicion de los mayorazgos y de las sustituciones se introdujo, cambiaron las cosas: los acreedores se echaron sobre las tierras; los hermanos menores se convirtieron á su vez en acreedores de los primogénitos; fué necesario vender para hacer las particiones, y de la noche á la mañana hubo mas vendedores que compradores: resultó de aqui que el precio de las tierras, bajo un ochenta por ciento; ademas, aquellas tierras gravadas, y sobre las que habia litigios, cesaron de ser cultivadas, y la Sicilia que con el sobrante que dejaban sus doce millones de habitantes alimentaba en otro tiempo á la Italia, ni aun recogió ya bastante trigo para que subsistieran los ciento once mil hijos que le quedan.

Escusado es decir, que los impuestos continuaron siendo los mismos.

Así, que pocos paises hay en todo el mundo tan pobres y desgraciados como la Sicilia.

De esta pobreza resulta la falta de las artes, de la literatura, del comercio, y por consecuencia de la civilizacion.

He dicho en alguna parte, no recuerdo bien en cual, que en Sicilia no eran los posaderos los que alimentaban á los viajeros, sino que por el contrario los viajeros eran los que daban de comer á los posaderos. Este dicho que al primer golpe de vista puede parecer una paradoja, es sin embargo la verdad exacta: los viajeros comen lo que llevan, y los posaderos se alimentan con los restos.

Resulta de aqui que uno de los ramos menos adelantados de la civilizacion siciliana, es seguramente el de la cocina. No querrá creerse lo que dan de comer en las mejores fondas con nombres supuestos de platos delicados y conocidos, pero á los que no se parece en nada el objeto servido, al menos por el sabor. Habia visto yo á la puerta de una tienda una morcilla negra y al volver á la fonda la pedí para el dia siguiente. Me la presentaron y tenia el aspecto mas apetitoso, aunque su olor no correspondia de ningun modo á lo que yo me esperaba. Como ya es-

taba yo algo acostumbrado á las sorpresas culinarias que os encontrais en Sicilia á cada nueva presa que haceis con el tenedor, no probé mi morcilla mas que con la punta de la lengua. Lo habia acertado: si hubiese mascado un bocado entero, me habria creído envenenado. Llamé al fondista.

—¿Cómo llamais á esto? le pregunté señalando al objeto que tan fraudulentamente me habia engañado.

—Me respondió, morcilla.

—¿Estais seguro de ello?

—Perfectamente seguro.

—¿Pero con qué se hace la morcilla en Palermo?

—¿Con qué? ¡Pardiez! con sangre de cerdo, chocolate y cohombres.

Sabia ya lo que deseaba saber, y no tenia necesidad de preguntar mas.

Se me figura que los palermitanos han oido hablar en alguna ocasion á cualquier viagero inglés de cierto plato que se llamaba budin, y no sabiendo como adquirir noticias sobre un compuesto tan complicado habrán encargado su diseño á Paris.

Por este diseño habrán compuesto el budin que se conoce hoy en Palermo.

Una de las grandes pretensiones de los sicilianos es la belleza y escelerencia de sus frutas; sin embargo, las únicas buenas que se encuentran en Sicilia son las naranjas, los higos y las granadas; las demas ni aun pueden comerse. Desgraciadamente los sicilianos tienen acerca de esto una respuesta poco plausible para las quejas de los viajeros; os muestran el desgraciado pasage de su historia en donde Narses atrajo á los lombardos á Italia enviándolos frutas de Sicilia. Como está impreso en un libro nada hay que contestar sino que las frutas sicilianas eran mejores en aquella época que lo son hoy, ó que los lombardos jamás habian comido mas que manzanas de las que se hace la sidra.

ESCURSION A LAS ISLAS EOLIAS.

LIPARI.

Como nos habia dicho el capitán, encontramos á nuestros hombres en el puerto. A veinte ó treinta brazas mas adentro, nuestro pequeño Speronare se mecía esbelto y ligero, en medio de los buques de alto bordo, á la manera de un alcion en medio de una banda-

da de cisnes. Nos esperaba la lancha amarrada al muelle; entramos en ella; cinco minutos despues estábamos á bordo. Esperimenté un gran placer, lo confieso, al encontrarme en medio de mis buenos y bravos marineros sobre la cubierta tan limpia y perfectamente lavada de nuestro Speronare. Eché una mirada dentro de nuestro camarote; nuestras dos camas estaban colocadas en su sitio: Despues de habérmnos metido entre tantas sábanas de una limpieza problemática, era súmamente agradable ver aquellas tan blancas como la nieve. Faltó poco para que me acostase solo por el gusto de sentir su fresca impresion.

Todo esto debe parecer muy extraño al lector, pero me comprenderá fácilmente el que hubiere atravesado la Romania, la Calabria ó la Sicilia.

Apenas estuvimos á bordo, cuando nuestro Speronare se puso en movimiento y nos alejamos de la costa, deslizándose el buque al esfuerzo de cuatro remeros. Entonces Palermo comenzó á desarrollarse á nuestra vista en su magnífica estension, apareciendo primero una masa un poco confusa, ensanchándose luego, prolongándose despues, y por último desparramándose en blancas vilas ocultas bajo los naranjos, las verdes encinas, y las palmeras. Pocos momentos despues, todo aquel espléndido valle, que los antiguos llamaban *Concha de Oro* se abrió desde Montreal hasta el mar; desde la montaña de Santa Rosalia hasta el cabo Zafarano. Palermo la feliz se hacia la coqueta para causarnos un último pesar á nosotros á quienes no habia podido retener, y que probablemente la abandonábamos para no volverla á ver jamás.

Al salir del puerto sentimos algo de viento é izamos la vela; pero hacia el medio dia cesó aquel viento de repente y se vieron obligados nuestros marineros á volver á coger el remo. El dia era magnífico; el cielo y las olas parecian de su mismo color azul; el ardor del sol estaba templado por una suave brisa que pasaba veloz besando la superficie del mar, y refrescaba la atmósfera. Hicimos tender un lienzo sobre el techo de nuestra cámara para no perder nada de aquel poético horizonte; hicimos encender nuestras pipas y nos acostamos. Muy dulces eran aquellas horas de viage, en las que soñábamos sin pensar, en las que nos venia á la memoria el recuerdo de nuestro lejano pais y de los amigos ausentes, como esas nubes de formas humanas que se deslizan dulcemente bajo un cielo azul, cambiando de aspecto, componiéndose, descomponiéndose y volviéndose á componer veinte veces en una hora. Deslizábanse entonces sin sentir el tiempo ni el ruido de sus veloces alas; llegaba la noche sin saber como, iluminadó una á una sus estrellas el sombrío Oriente, mientras que en el Occidente, apagándose poco á poco la luz del sol, flotaba en olas de oro, y pasaba por todos los colores

del prisma, desde el púrpura mas rojo hasta el mas claro violado: entonces se elevaba del agua como un armonioso vapor; los pescados saltaban fuera del liquido azulado, semejando relámpagos plateados; el piloto se levantaba sin abandonar el timon y el *Ave Maria* comenzaba en el mismo instante en que se extinguia el último vislumbre de los rayos del dia

Como casi siempre sucede, solo se levantó el viento al salir la luna: en el húmedo calor de la atmósfera reconocimos el sirocco; el capitán fué el primero que nos invitó á volver á la cámara, y seguimos su consejo, á condicion de que la tripulacion cantaria á coro su acostumbrada cancion.

Nada tan encantador como aquel canto en medio de la noche y cuyo compás era acompañado por la suave ondulacion del buque. Recuerdo que muchas veces le oia en medio de mi sueño, y entonces sin despertarme completamente, sin volverme á dormir del todo, seguia durante dos horas su vaga melodia. Acaso si lo hubiésemos oido en circunstancias diferentes y en otra parte que no fuera donde nos hallábamos entonces, ni aun siquiera hubiésemos fijado en el nuestra atencion. Pero en la noche, en alta mar, elevándose de nuestro pequeño y frágil buque, en medio de las potentes olas se impregnaba de un perfume de melancolia que no he encontrado en ninguna parte mas que en ciertas melodias del autor de la *Norma* y los *Puritanos*.

Cuando nos despertamos, el viento nos habia arrojado hácia el Norte, y dábamos bordadas para doblar á Alicudi, lo cual nos permitian con gran trabajo el sirocco y el greeco que soplaban á un tiempo. Para ponerlos acordes ó darles tiempo de cesar, mandamos al capitán se aproximase lo mas cerca posible á la isla y se pusiese al paio. Como no hay en Alicudi ni puerto, ni rada, ni ensenada, no habia medio de abordar con el Speronare, sino únicamente con la pequeña chalupa; aun así era bastante difícil á causa de la violencia con que el agua se estrellaba en las rocas, las cuales por otra parte, lisas y resbaladizas como el hielo, no ofrecian seguridad alguna al pie que se atreviese á saltar sobre ellas.

Sin embargo, no por eso dejamos de abordar con el auxilio de Pietro y de Giovanni: es verdad que Pietro cayó al mar, pero como nuestros hombres no llevaban nunca mas que el pantalon y la camisa y nadaban como peces, habiamos concluido por no hacer caso de esta clase de accidentes.

Alicudi es la antigua Ericodes de Strabon, quien por lo demas, como los antiguos, no conocia mas que siete islas Eolias: Strongyle, Lipari, Vulcania, Didyme, Phœnicodes, Ericodes y Evonimos. Esta última, que acaso era entonces la mas considerable de todas, ha si-

do de tal modo corroida por el fuego interior que la devoraba, que sus aplanados cráteres han abierto diferentes pasos á la mar, y sus diferentes cimas, que se elevan aisladas hoy por encima de las olas, forman las islas de Panaria, Bassiluzzo, Lisca-Nera, Lisca-Bianca y Datoli. Otras rocas esparcidas, formando sin duda parte de la misma tierra, se elevan todavía negras y peladas sobre la superficie del mar, bajo el nombre de Formicali.

Difícil es ver una cosa mas triste, mas sombría ni mas desolada que esta desventurada isla, que forma el ángulo occidental del archipiélago Eolio. Es un rincón de la tierra que se olvidó al tiempo de la creacion y permaneció tal como se hallaba en el tiempo del caos. Ningun camino conduce á su cima ó costea su base; algunas sinuosidades escavadas por las aguas de la lluvia, son los únicos sitios practicables que se ofrecen á los pies magullados por los ángulos de las piedras y las asperezas de la lava. Ni un árbol, ni un poco de verdor en toda la isla donde puedan descansar los ojos; únicamente se ve en el fondo de algunas grietas de las rocas, en los intersticios de las escorias algunos, aunque muy raros, tallos de esos arbustos que hicieron la diese el nombre Strabon en varios pasages, de Eri-cusa. Este es el solitario y pedregoso camino de Dante, donde entre rocas y asperezas, no se puede adelantar el pie sin el auxilio de la mano.

Y sin embargo, sobre aquel pedazo de lava rojiza viven en miserables cabañas ciento cincuenta ó doscientos pescadores, que han tratado de utilizar las escasas porciones de tierra reservadas de la destruccion general. Uno de esos desgraciados volvia allí con su barca: le compramos por tres carlinos (cuatro reales, sobre poco mas ó menos) todo el pescado que habia cogido.

Volvimos á subir á nuestro buque con el corazón oprimido al ver tantas miserias. Verdaderamente, cuando se vive en cierta sociedad y de cierto modo, hay existencias que son incomprensibles. ¿Quién ha fijado esas gentes sobre aquel volcan estinguído? ¿Han nacido allí como los brezos que la han dado su nombre? ¿Qué causa impide que abandonen aquella espantosa residencia? ¿No hay un rincón en el mundo donde estuvieran mejor que allí? ¿Esa roca abrasada por el fuego, esa lava endurecida por el aire, esas escorias agrietadas por el agua de las tempestades es, pues, una patria? Naciendo allí, se concibe; se nace donde se puede; pero que teniendo la facultad de moverse, el libre arbitrio que hace se pueda elegir lo mejor, y una barca para llevarnos á cualquiera otra parte, que con estas circunstancias se permanezca allí, es lo que no se puede comprender, es lo que aquellos mismos desgraciados, estoy seguro de ello, no sabrían explicar.

Una parte del día avanzamos dando bor-

das; teníamos siempre el viento contrario: pasábamos sucesivamente revista á las Salinas, Lipari y Vulcano, descubriendo á cada paso entre las Salinas y Lipari á Stromboli, cuyo humeante penacho flotaba al horizonte. Luego, cada vez que nos volvíamos del lado de Vulcano, envuelto en un vapor caliente y húmedo, veíamos mas distintamente sus tres cráteres inclinados hácia el Occidente, uno de los que ha arrojado un mar de lava, cuyo color sombrío contrasta con la tierra rojiza y con los bancos sulfurosos que le rodean. Son dos islas reñidas en una sola por una erupcion que ha llenado el intervalo; solo que la una era conocida desde los tiempos mas remotos, y esta es Vulcano, mientras que la otra no data mas que del año 550 de Roma. La erupcion que las unió se verificó á mediados del siglo XVI: forma dos puertos; el puerto de Levante y el de Poniente.

En fin, despues de ocho horas de esfuerzos inútiles, conseguimos deslizarnos entre Lipari y Vulcano, y una vez resguardados por esta última isla, ganamos al remo el puerto de Lipari, donde anclamos á eso de las dos.

Lipari, con su castillo fuerte edificado sobre una roca y con sus casas siguiendo las sinuosidades del terreno, presenta un aspecto de los mas pintorescos. Por lo demas, tuvimos todo el tiempo necesario para admirar su situacion, por las dificultades sin número que se nos opusieron antes de dejarnos entrar. Las autoridades, á quienes habíamos tenido la imprudencia de confesar que no nos llevaba allí el comercio de la piedra pomez, único de la isla, y que no comprendian hubiese quien fuera á Lipari por otra cosa, no querian de ningun modo dejarnos entrar. En fin, á través de una reja alargamos nuestros pasaportes, que por temor al cólera los tomaron de nuestras manos con tenazas gigantescas, y despues de cerciorados de que veniamos de Palermo y no de Alejandria ó de Tunes, nos abrieron un verjajo y consintieron en dejarnos pasar.

Estaba muy lejos esta hospitalidad de parecerse á la del rey Eolo.

Se recordará que Lipari no es otra que la antigua Eolia, donde abordó Ulises despues de haberse librado de Polifemo. Hé aqui lo que dice Homero sobre este punto:

«Llegamos felizmente á la isla Eolia, isla accesible y conocida, donde reina Eolo, el amigo de los dioses. Una muralla indestructible de cobre engastada en rocas resbaladizas y escarpadas, encierra toda la isla. Los doce hijos del rey constituyen la principal riqueza de su palacio; seis hijos y seis hijas, todos en la primavera de su edad. Eolo los reúne, y sus horas pasan cerca de un padre y de una madre dignos de su veneracion, y de su amor, en festines eternos y espléndidos por su abundancia y variedad.»

No fué bastante para Eolo recibir bien á Ulises y festejarle dignamente todo el tiempo

que él y sus compañeros permanecieron en Lipari. En el momento de la partida le regaló cuatro odres donde estaban encerrados los principales vientos: Eurus, Auster y Aquelon. Solo el Céfiro había quedado en libertad, y había recibido de su soberano la orden de llevar con felicidad al rey fugitivo hácia Itaca. Desgraciadamente, la tripulación del bagel que montaba Ulises tuvo curiosidad de ver lo que encerraban aquellos odres tan bien inflados, y el día menos pensado los abrieron. Los tres vientos, tanto mas alegres por verse libres, cuanto que hacia ya algun tiempo estaban encerrados en sus odres, se lanzaron con un solo movimiento al espacio, donde ejecutaron á modo de distraccion una tempestad tal, que todos los bageles de Ulises fueron destrozados, y tan solo él se salvó sobre una tabla.

Aristóteles habla así de Lipari:

«En una de las siete islas de la Eolia, dice, se cuenta que hay una tumba de la que se refieren prodigios; porque se asegura que se oye salir de aquella tumba un ruido de tambores y platillos, acompañado de gritos atroces.»

Cada lienzo da frente á un pequeño vallado, y está horadado á distancias iguales por agujeros revestidos de tubos de barro dispuestos de modo que el viento que se introduce en las cavidades, produce vibraciones semejantes á las repercusiones de las harpas eolias. Esta construccion medio enterrada, se halla todavía en el sitio donde se ha vuelto á encontrar.

Apenas estuvimos en el puerto de Lipari, nos pusimos en busca de una posada; desgraciadamente era una cosa que no se conocia en la capital de Eolo. Buscamos de un extremo á otro de la ciudad: ni la mas pequeña muestra, ni el mas pequeño ramo.

Estábamos así, Milord sentado sobre sus patas traseras, y Jadin y yo mirándonos sumamente embarazados, cuando vimos un corro bastante considerable delante de una puerta; nos aproximamos, atravesamos por entre el gentío, y vimos un niño de seis á ocho años, muerto y tendido sobre un miserable lecho; sin embargo, su familia no parecia muy afectada; la abuela se ocupaba en los cuidados de la casa, y otro niño de cinco ó seis años jugaba arrastrándose por el suelo con dos ó tres lechoncillos. Unicamente la madre estaba sentada al pie de la cama y en lugar de llorar hablaba al cadáver con una volubilidad que me impedia entender una palabra. Pregunté á un vecino la causa de aquella conversacion y me respondió que la madre hacia al hijo sus encargos para el padre y el abuelo que habian muerto el uno haria un año y el otro tres: estas comisiones eran bastante singulares, el niño estaba encargado de decir al autor de sus dias que su madre esta próxima á volverse á casar; y que la marrana habia parido seis marranillos bellos como ángeles.

En este momento eniraron dos francisca-

nos para llevar el cadáver. Lo pusieron sobre unas angarillas descubiertas; la madre y la abuela le abrazaron por última vez; distrajeron al hermano mas pequeño de sus ocupaciones para hacer otro tanto, lo que ejecutó poniendo una fisonomia compunjada, no porque su hermano mayor hubiese muerto, sino porque le distraian de su ocupacion; colocado el cuerpo del niño sobre las angarillas le cubrieron solo con un trapo desgarrado, y le llevaron.

Apenas el cadáver hubo atravesado el umbral de la puerta, cuando la madre y la abuela se pusieron á hacer la cama, y á borrar el último vestigio de lo que habia pasado.

Nosotros queriendo ver cumplir enteramente la ceremonia funcraria, seguimos el cadáver.

Se le condujo á la iglesia de los franciscanos, inmediatamente en el convento de los buenos padres sin que ningun pariente le siguiese le dijeron una misa rezada, luego levantaron una piedra y le arrojaron en una fosa comun donde todos los meses sobre la capa que se reñia de cadáveres se echaba otra de cal.

Terminada la ceremonia, estábamos ocupados en examinar la pequeña iglesia, cuando aproximándose á nosotros un fraile nos dirigió la palabra preguntándonos si éramos franceses, ingleses ó italianos: le respondimos que éramos franceses, y habiéndose entablado la conversacion sobre este punto, no tardamos en manifestarle el embarazo en que nos encontrábamos sobre hallar una posada. Al punto nos ofreció la hospitalidad en su convento. Se concibe que nosotros aceptaríamos con reconocimiento; con tanto mayor motivo podía hacernos el fraile aquella oferta cuanto que era el superior de la comunidad.

Nuestro guía nos hizo atravesar un pequeño claustro, y nos encontramos en el monasterio; de aquí nos condujo á nuestro departamento: eran dos pequeñas celdas semejantes á las de los otros frailes, con la diferencia de que teníamos cortinaje de tela de algodon en las camas, mientras que los monges se acostaban solo con mantas; las ventanas de las dos celdas abiertas á Oriente, ofrecian una vista admirable de las montañas de la Calabria y de las costas de la Sicilia, que por la prolongacion del cabo Peloro, parecia reunirse en ángulo recto mas abajo de Scylla. A unas veinte y cinco millas á nuestra izquierda, mas allá de Panaria y de la Formicali, cuyos menores accidentes se percibian, se elevaba la humeante cima de Stromboli. A nuestros pies se extendia la ciudad con sus blancas azoteas, que le daban enteramente un aspecto oriental.

Un cuarto de hora despues de haber entrado en nuestra habitacion fué un lego á preguntarnos si cenaríamos con los padres, ó deseábamos ser servidos en nuestra habitacion;

le contestamos que si los padres no tenían inconveniente en honrarnos con su compañía, nos aprovechamos de aquella ocasión para darles gracias por su buena hospitalidad. La cena estaba dispuesta para las siete de la noche, eran las cuatro, y por consiguiente teníamos tiempo para ir á pasear por la ciudad.

La isla de Lipari, que da nombre á todo el archipiélago, tiene seis leguas de circunferencia, y contiene diez y ocho mil habitantes: tiene en ella su sede un obispo y es residencia de un gobernador.

Como se comprende bien, son muy raros los acontecimientos en la capital de las islas Eolias; así se refiere como una cosa sucedida ayer el golpe de mano que intentó contra ella el famoso pirata Haradin Barbaroja: con un solo desembarco y de una sola redada, se apoderó de toda la población; hombres, mugeres y niños, y se los llevó á todos esclavos. Carlos V, á la sazón rey de Sicilia, envió una colonia de españoles para volverla á poblar, añadiendo á la colonia ingenieros que edificasen allí una ciudadela y una guarnición para defenderla. Los actuales lipariotas son, pues, los descendientes de aquellos españoles; porque como se concibe, no volvió á parecer ninguno de los habitantes que Barbaroja se había llevado.

Nuestra llegada era un acontecimiento: si se exceptúan los marineros ingleses y franceses que acuden allí á coger piedra pomez, es muy raro que desembarque un estrangero en Lipari. Eramos, pues, el objeto de una curiosidad general; hombres, mugeres y niños salían á las puertas para vernos pasar, y no volvían á entrar hasta que nos habíamos alejado. Así atravesamos la ciudad.

Al extremo de la calle Mayor y al fin de la montaña de Campo-Bianco se encuentra una pequeña colina á la que subimos á fin de gozar del panorama de la ciudad entera. Hacía un instante que estábamos allí, cuando se nos acercó un hombre de treinta y cinco á cuarenta años que hacia algunos minutos nos seguía, con evidente intención de hablarnos; era el gobernador de la ciudad y del archipiélago. Este titulo pomposo me alarmó al principio; viajaba yo bajo un nombre supuesto y había entrado en el reino de Nápoles de contrabando. Mas me tranquilizaron al punto los políticos cumplimientos de nuestro interlocutor; iba á preguntarnos noticias del resto del mundo, con el que rara vez estaba en comunicacion, y á invitarnos á comer para el dia siguiente: le dijimos todo lo que sabíamos de nuevo acerca de la Sicilia, de Nápoles y de Francia, y aceptamos su comida.

Por nuestra parte le preguntamos noticias de Lipari. Lo que sabia más reciente acerca de ella era lo concerniente á su órgano eolio de que habla Aristóteles, sus estufas de que habla Diodoro de Sicilia; en cuanto á

los viajeros que habían visitado la isla antes que nosotros, los últimos eran Spallanzani y Dolomieu. El buen hombre, muy al contrario del rey Eolo, cuyo sucesor era, se aburría grandemente, pasaba su vida sobre la azotea de su casa, con un anteojo de aumento en la mano; nos había visto llegar y no había perdido un detalle de nuestro desembarco; luego se había puesto en nuestro seguimiento. Nos había perdido de vista algunos momentos, por nuestra entrada en la casa del niño muerto, y nuestra detencion en el convento de franciscanos; mas nos había vuelto á encontrar y nos declaró que no nos dejaba ya. Siendo igual por lo menos la buena fortuna para nosotros que para él, nos pusimos á su disposición para el dia siguiente á las cinco, debiendo cenar en el convento aquella noche; pero poniendo las condiciones de que subiria con nosotros al Campo-Bianco, que nos dejaría una hora para comer con los franciscanos, y que nos acompañaría al dia siguiente á nuestra incursión á Vulcano. Estos tres artículos que formaban la base de nuestro tratado; fueron aceptados al instante mismo.

La montaña estaba á nuestra espalda, no teníamos, pues, mas que volvernos y poner manos á la obra; estaba sembrada toda ella de rocas enormes blanquecinas que han hecho se la diese el nombre de Campo-Bianco. Como no estaba yo prevenido y había tomado aquellas rocas por lo serio, quise apoyarme en una de ellas para ayudarme en mi ascension; mas fué grande mi sorpresa cuando la roca cediendo al movimiento que la imprimía, despues de vacilar un instante sobre su base, empezó á rodar por la montaña directamente sobre Jadin que había quedado detrás. No había, pues, medio de huir de ella; Jadin se creyó aplastado y por un movimiento maquinal, estendió la mano hácia adelante: experimenté un instante de horrible angustia, cuando de repente y con grande admiracion mia, vi aquella enorme masa detenerse ante el obstáculo que se le oponia. Entonces Jadin cogió la roca en su mano, la levantó á la altura de sus ojos, la examinó con atencion y luego la arrojó hácia atrás por encima de su cabeza.

Lo roca era un pedazo de piedra pomez que no pesaba veinte libras, las demas rocas que estaban á su alrededor eran de la misma materia, y aun la montaña sobre que marchábamos no era mas maciza, á pesar de su solidez aparente; el gobernador nos aseguró que desprendida de su base podríamos trasportarla los tres de un extremo á otro de la isla.

Esta esplicacion disminuyó un poco mi veneracion á los Titanes, y no les volveria mi primera estimacion sino cuando me cerciorase por mi mismo de que Ossa y Pelion no son montañas de piedra pomez.

Una vez llegados á la cima de Campo-

Bianco, dominamos el archipiélago; tan magnífica como era la vista que se nos presentaba á nuestro alrededor, así era sombría y desolada la que teníamos á nuestros pies: Lipari no es mas que un monton de rocas y de escorias; las mismas casas desde la distancia á que las veíamos, parecían un monton de piedras mal colocadas, y apenas se distinguían sobre la superficie de toda la isla dos ó tres trozos de verdor, que parecían, sirviéndome de la espresion de Sannazar, fragmentos del cielo desprendidos sobre la tierra. Comprendí entonces la tristeza y el fastidio de nuestro desventurado gobernador, el cual nacido en Nápoles, es decir, en la ciudad mas bella del mundo, se veía obligado por 4,500 francos anuales á habitar aquella abominable incursión.

Nos habíamos detenido mas de lo regular contemplando el espléndido panorama que nos rodeaba y el lúgubre espectáculo que dominábamos: eran las seis y media; no nos quedaba mas que media hora sino habíamos de hacer esperar á nuestros huéspedes: bajamos precipitadamente, y después de haber prometido al gobernador iríamos á tomar café con él, nos encaminamos hacia el convento. Llegamos cuando tocaba la campana.

Felizmente, por temor de que nos hiciera alguna mala pasada con los lipariotas, habíamos dejado encerrado á Milord por precaución: al entrar en el refectorio encontramos una manada de quince ó veinte gatos. Dejo al lector imaginarse la esterminacion gatuna que hubiera acaecido si Milord se hubiera encontrado libre.

Toda la comunidad la componían una docena de frailes; estaban sentados á una mesa que tenia tres divisiones, dos de las que formaban una vuelta como las alas de un castillo: el superior, sin ninguna distincion aparente estaba sentado en el centro de la mesa que daba frente á la puerta; mientras dos cubiertos estaban colocados frente á él.

Aunque estábamos en martes, la comunidad comía de viernes, no alimentándose mas que de legumbres y pescados; se nos sirvió aparte un trozo de vaca cocida y unas especies de tórtolas asadas, de las que habia visto algunas en la isla.

Al terminar, y cuando los frailes despues de haber dado gracias, se levantaban para retirarse, les indicó el superior se volviesen á sentar, y trajeron una botella de malvasia de Lipari; de seguro era el vino mas famoso que jamás bebi en mi vida; se recolectaba y se hacia en el mismo convento.

Terminada la cena nos despedimos del superior, preguntándole á que hora podríamos volver: respondió que el convento, que comunmente se cierra á las nueve estaria abierto para nosotros toda la noche.

Fuimos á casa del gobernador, habitaba un edificio al que se daba el nombre de cas-

tillo, y que en efecto, comparado con los demas merecia indudablemente aquel titulo. Nos esperaba con impaciencia, y nos presentó á su muger; toda su posteridad se componia de un niño de cinco á seis años.

Apenas nos sentamos en una azotea encantadora toda llena de flores y que dominaba al mar, nos trajeron el café y cigarros: el café estaba hecho á la oriental, es decir, machacado sin estar tostado, y hervido sin pasarlo: las mismas tazas eran pequeñas y semejantes á las tazas turcas; es costumbre tambien desocuparlas cinco ó seis veces, en lo cual no hay inconveniente alguno atendido á lo poco cargado de la bebida. Me agradó sobremanera este modo de preparar el café, y le cumplimenté por ello á nuestro huésped. No fué así con respecto á los cigarros, que en aspecto y color conoci eran indigenas; Jadin, menos escrupuloso que yo, fumó por los dos.

Por lo demas habia algo de delicioso en aquel mar vasto y tranquilo, todo sembrado de islas, y encerrado en el vaporoso horizonte que le formaban las costas de Sicilia y las montañas de la Calabria. Gracias al descenso del sol que se ocultaba tras el Campo-Bianco, la tierra por un juego de luz lleno de armonia, cambiaba cinco ó seis veces de matiz y concluía por borrarse entre el vapor; entonces, esa deliciosa brisa de la Grecia, que llega todas las noches con la oscuridad, vino á acariciarnos el rostro y comencé á encontrar á mi gobernador algo menos desgraciado. Intenté por tanto consolarle detallándole sucesivamente todas las delicias de su residencia. Pero me respondió suspirando que hacia quince años que por la noche y á la misma hora tenia el mismo espectáculo, y el mismo viento iba á refrescarle el rostro; lo cual á lo largo no dejaba de ser algo monótono, por muy aficionado que uno sea á las bellezas de la naturaleza. No pude menos de confesar que tenia alguna razen en lo que decia.

Permanecemos en la azotea hasta las diez de la noche. Al volver á entrar en las habitaciones nos encontramos un salon de billar iluminado, y nos fué preciso hacer la partida. Despues de la partida, nos invitó la señora de la casa á pasar al comedor, donde nos esperaba una cena compuesta de tortas y frutas. Todo esto nos era presentado con una amabilidad tan completa, que resolvimos dejar obrar hasta el fin.

A media noche, sin embargo, pensando el gobernador que tendríamos necesidad de reposo, nos dejó libres. Hacia diez años que no se habian acostado á semejante hora, y nos aseguró que jamás habia pasado una noche tan agradable.

Dejé todos los honores del cumplido á Jadin, el cual entusiasmado hallando una ocasion de hablar francés, habia estado brillante de imaginacion.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana,

abrió el gobernador la puerta de mi cuarto; estaba afectado: un negocio inesperado le detenía desgraciadamente en su despacho de gobierno, y no podía acompañarnos á Vulcano. En cambio ponía su barca y sus cuatro remeros á nuestra disposición. Además nos llevaba una carta para los hijos del general Nunciante, que explotaban las minas de azufre de Vulcano. La isla entera estaba arreñada á su padre.

Aceptamos la barca y la carta; ofrecimos estar de vuelta á las cuatro, y despues de haber tomado un ligero desayuno que el hermano cocinero tuvo cuidado de disponernos, nos dirigimos hácia el puerto acompañados de nuestro gobernador y rodeados, como se comprenderá, del respeto y veneracion de todos los lipariotas.

ESCURSION A LAS ISLAS EOLIAS.

VULCANO.

Un estrecho de tres millas escasas de estension separa á Lipari de Vulcano. Gracias á la habilidad de nuestros remeros, hicimos este trayecto en menos de cuarenta minutos.

Vulcano, la Vulcania antigua, es la isla que Virgilio hace sucursal del Etna y la fragua de Vulcano (4). Por lo demas, es muy digna de este honor, porque por mas evidente que sea que despues de diez y nueve siglos ha perdido un poco de su calor, ha reemplazado un humo muy bello al fuego que sin duda arrojaba en aquella época. Vulcano, semejante á los últimos restos de un mundo reducido á cenizas, se estingue suavemente en medio del mar que rugé, se estremente y hierve á borbotones á su alrededor. Es imposible, aun á la pintura, dar una idea de aquella tierra sacudida por convulsiones, ardiente y casi en fusion. Dudábamos al aspecto de aquella estraña aparicion, si nuestro viage seria un sueño, y si aquel suelo fantástico desaparecería ante nosotros en el momento en que creyéramos poner el pie en él.

Felizmente estábamos muy despiertos, y

abordamos al fin á aquella tierra, por estraña que fuese.

Nuestro primer cuidado al tocar en la orilla fué informarnos de dos ó tres hombres que habian acudido á nuestro encuentro donde halláramos á los hijos del general Nunciante. No solo nos enseñaron al instante la casa que habitaban, y que es la única de la isla, sino que uno de aquellos á quienes nos habíamos dirigido, se anticipó á nosotros para prevenir á los dos hermanos nuestra llegada.

Uno solo estaba allí en aquel momento: era el mayor. Vimos llegar un jóven de buena presencia, de veinte y dos á veinte y cuatro años, quien antes que le dijese yo mi nombre verdadero, empezó recibiéndonos con una encantadora afabilidad. Acababa de almorzar, y nos ofreció nos sentásemos á la mesa con él. Desgraciadamente acabábamos de hacer otro tanto á prevencion hacia una hora. Digo desgraciadamente, porque la mesa estaba adornada de una magnífica langosta cuya vista daba gozo, sobre todo á personas que no las habian comido desde que habian abandonado á París. Así no pude menos de informarme de él en qué parte del archipiélago se encontraba este apreciable crustáceo. Nos respondió que en las inmediaciones de Panaria, y que si teníamos deseo de comerle, no teníamos mas que prevenir á nuestro capitán hiciese provision de él al pasar á la vista de aquella isla.

Apunté noticia tan importante en mi album.

Cuando nuestro huésped se levantaba de la mesa, llegó el hermano menor: era un jóven de diez y siete á diez y ocho años. Su hermano mayor nos le presentó al punto, y nos renovó la felicitacion de bienvenida que habíamos ya recibido. Los dos vivian juntos, solos y aislados en medio de aquella terrible poblacion, porque entonces supimos lo que habíamos ignorado hasta allí; que á escepcion de los dos hermanos, la isla estaba habitada únicamente por presidiarios.

Nuestros huéspedes quisieron hacernos en persona los honores de su dominio; el recién llegado se apresuró, pues, á ponerse á nuestro nivel mediante dos huevos frescos y el resto de la langosta. Despues de lo cual, los dos jóvenes nos anunciaron que estaban á nuestras órdenes.

La primera curiosidad que nos ofrecieron visitar, fué el pequeño volcan submarino que calentaba el agua en una circunferencia de cincuenta á sesenta pies próximamente, á una temperatura de ochenta á ochenta y cinco grados; allí era donde hacía cocer los huevos. Como viesan en nuestros labios una sonrisa de incredulidad al oír aquel pormenor culinario, hicieron señas á uno de sus forzados, que corrió hácia la casa y volvió al punto trayendo una cestita con dos huevos para hacer el referido experimento.

La cestita desempeñaba el oficio de sartén ó marmita; se echaba en el agua, el peso de

(4) Insula Sicantium juxta latus AEoliamque Erigitur Liparen, fumantibus ardua saxis; Quam subter specus et ciclopum exesa caminis Antra ætnæa tonant, validique incudibus ictus Auditi referunt gemitum, striduntque cavernis Stricturæ Chalybum, et fornacibus ignis anhelat: Vulcani domus, et Vulcania nomine tellus.

su contenido la hacia hundirse hasta la mitad de su altura; se dejaba tres minutos en el mar, con el reloj en la mano, y los huevos salian cocidos.

El hecho se verificó asi con gran confusion nuestra. Uno de los huevos, abierto como es costumbre, ofrecia el aspecto mas apetitoso. Se le dió á uno de los forzados que pos acompañaban, el cual lo tragó de un golpe ante las barbas de Milord, que no habia tomado parte en la cuestion sino con la esperauza de que le serian ofrecidos los resultados.

Como era yo demasiado condescendiente con Milord, iba á indemnizarle de su privacion entregándole el segundo huevo, cuando Jadin notó que se habia roto al cocerle y que el agua del mar habia penetrado en lo interior; esta circunstancia merecia alguna consideracion: aquella mezcla de agua de mar, de azufre y de yema de huevo, podia sér peligrosa; por mas que sintiese privar á Milord de lo que él miraba como cosa suya, arrojé el huevo á la mar.

Milord habia seguido la discusion con un ojo inteligente que indicaba claramente que sin entender completamente nuestro dialogo, comprendia, sin embargo, que se trataba de él; asi apenas me vió arrojar el huevo al mar, cuando de un solo brinco se lanzó á la mitad de la distancia que le habia hecho recorrer, y cayó en medio del agua hirviendo.

Se comprende la sorpresa del pobre animal: siéndole enteramente estraña la teoria de los volcanes, habia creído saltar en agua fria, y se encontraba en un liquido á ochenta y cinco grados de calor: arrojó un penetrante aullido, y sin ocuparse mas del huevo, comenzó á nadar hácia la orilla, mirándonos con ojos muy abiertos y vivos, cuya expresion indicaba muy claramente la profunda estupefaccion que se habia apoderado de él.

Jadin le esperaba en la orilla; apenas puso el pie en ella, le tomó en sus brazos y corrió á cincuenta pasos de alli para sumergirle en el agua fria; pero Milord, como perro escaldado, no estaba de ningun modo dispuesto á hacer un nuevo experimento: una lucha de las mas violentas se empeñó entre Jadin y él, y por la primera vez en su vida se permitió dar una dentellada en la mano de su respetable amo; es verdad que apenas estuvo en el agua fria, comprendió tan bien su sinrazon, que sea por que experimentase un gran alivio en el cambio de temperatura, sea que temiese al volver á tierra la correccion merecida, se obstinó en negarse á salir del mar.

Como no habia ningun peligro de que se perdiese alli, atendido á que no era bastante inocente para intentar llegar á nado á Lipari, Sicilia ó Messina, le dejamos se sacudiese en plena agua, y abandonamos la costa para internarnos en la isla; mas entonces sucedió lo que habiamos previsto. Apenas Milord nos vió

alejarnos cien pasos, volvió á tierra y se puso á seguirnos á distancia respetuosa, deteniéndose y sentándose en cuanto nos volviamos para mirarle Jadin ó yo; maniobra que indicaba á los que teniamos conocimiento de su carácter, la mas suprema desconfianza: como la desconfianza es la madre de la seguridad, perdimos al punto toda inquietud con respecto á él, y continuamos adelante.

Comenzamos á trepar por el cráter del primer volcan, y á cada paso que dábamos oíamos résonar la tierra bajo nuestros pies como si marchásemos sobre catacumbas: no se puede formar idea de lo fatigoso de semejante ascension, á las once de la mañana, caminando sobre un suelo ardiente y bajo un sol de fuego. La subida duró tres cuartos de hora próximamente, y al terminar nos encontramos al borde del cráter.

Estaba agotado, y ninguna otra cosa ofrecia de curioso: nos encaminamos al punto hácia el segundo, situado á unos mil pies encima del primero, y que está en plena explotacion.

Mientras caminábamos, costeamos una montaña llena de escavaciones; algunas de ellas estaban cerradas por una puerta y aun tenian una ventana; otras parecian pura y simplemente guardias de fieras. Aquella era la aldea de los forzados; cuatrocientos hombres próximamente, habitaban en aquella montaña, y segun eran mas ó menos industriosos, ó mas ó menos sensuales, dejaban su morada espuesta á la intemperie ó procuraban hacerla mas cómoda.

Después de una segunda ascension, que duraria una hora, nos encontramos al borde del segundo volcan, en el fondo del que, y en medio del humo que salia de su centro, vimos una fábrica, á cuyo alrededor se agitaba una poblacion entera. La forma de aquella inmensa escavacion era oval, y podria tener mil pasos de longitud en su mayor diámetro; se bajaba á ella por una pendiente suave, de forma circular, producida por el desprendimiento de una parte de las escorias, y bastante cómoda para ser practicable á las angarillas y carretones.

Tardamos cerca de veinte minutos en llegar al fondo de aquella inmensa caldera: á medida que descendiamos, aumentaba el calor del sol combinado con el de la tierra. Cuando llegamos á la estremidad de la bajada, nos vimos obligados á detenernos un instante, porque la atmósfera apenas era respirable.

Echamos una mirada hácia atrás para ver lo que habia sucedido á Milord: estaba sentado tranquilamente en el borde del cráter, y temiendo sin duda alguna nueva sorpresa parecida á la que acababa de experimentar, no habia juzgado prudente pasar adelante.

Al cabo de algunos minutos comenzamos á acostumbrarnos á las emanaciones sulfurosas que se exhalan de una multitud de grietecitas, de algunas de las que salia la llama en el

fondo: de cuando en cuando, sin embargo, nos veíamos obligados á encaramarnos sobre algun pedazo de lava para buscar á unos quince pies por encima de la tierra un aire algo mas puro. En cuanto á la poblacion que circulaba á nuestro alrededor, habia llegado á habituarse á aquella atmósfera y no parecia sufrir en ella. Aun los mismos señores Nunziantes habian llegado á acostumbrarse á ella lo bastante para permanecer algunas veces dos horas en el fondo del cráter sin incomodarse aquel gas, que al principio nos habia parecido insoportable.

Es difícil ver cosa mas estraña que el aspecto de aquellos desgraciados forzados: segun que trabajan en diferentes vetas de tierra, han tomado el color de ella; unos son amarillos como canarios, otros rojos como hurones; estos enharinados como payasos, aquellos ennegrecidos como mulatos. Es difícil creer, viendo toda aquella grotesca mascarada, que cada uno de los hombres que la componen esté allí por algun robo ó algun asesinato. Nos llamó la atencion especialmente un jóven de unos quince años, de fisonomía agradable y dulce como la de una doncella. Preguntamos qué habia hecho: á la edad de doce años habia muerto de una puñalada á un criado de la princesa de la Católica.

Despues de haber pasado revista á los hombres, que fué lo primero que absorbió completamente nuestra atencion, examinamos el suelo; á medida que nos acercábamos al centro del cráter, perdía de su solidez y se hacia movedido como el lecho de un pantano, hasta que por fin amenazaba faltar bajo los pies. Una piedra de algun peso, arrojada en medio de aquella ferrería movable, se hundia y desaparecia como en el lodo.

Despues de una hora de esploracion, volvimos á subir, acompañados siempre de nuestros dos jóvenes y amables guías, que no quisieron abandonarnos un solo momento; solo en lo alto del cráter se separaron: el uno nos dejó para ir á escribirnos algunas cartas de recomendacion para la Calabria, el otro permaneció con nosotros para acompañarnos á una gruta que nuestro vecino el gobernador habia tenido el cuidado de recomendar á nuestra atencion.

Esta gruta, efectivamente muy curiosa, está situada en la parte de la isla que hace frente á la Calabria; es una estrecha abertura que á unos quince pasos va ensanchando; no se puede penetrar en ella sino á gatas en los sitios mejores, y arrastrándose en los sitios difíciles; y se ve uno obligado muy pronto á volver á la entrada para hacer una nueva provision de aire respirable. Por mas instancias que hicimos de nuevo á Milord, rehusó obstinadamente seguirnos; confieso que comprendí su obstinacion: comenzaba yo como él á desconfiar de las sorpresas.

Despues de tres ensayos sucesivos, llega-

mos por fin al fondo de la gruta, que se eleva unos diez pies y se ensancha unos quince pasos; allí encendimos las hachas de que nos habíamos provisto, y á pesar del vapor que la llenaba, la caverna se iluminó. Las paredes estaban cubiertas de amoniaco y de muriato de sosa, y en el fondo hervia un pequeño lago de agua caliente; un termómetro colgado en la pared, y que sumergió allí Mr. Nunziantes, se elevó hasta los setenta y cinco grados.

Me habia apresurado á salir de aquella especie de horno donde respiraba con gran trabajo, y daba el ejemplo de la retirada. Confieso que volví á ver el sol con cierto placer; no habia permanecido mas que diez minutos en la gruta y estaba calado hasta los huesos.

Volvimos al sitio donde habíamos desembarcado, siguiendo la orilla del mar, y al que Milord no permitió aproximarse en mas de veinte y cinco pasos. Al llegar á la casa encontramos á Mr. Nunziantes que acababa su segunda carta: la primera era para el caballero Alcalá, en Pizzo; la segunda para el baron Mollo de Lozensa. Despues se verá cuál fué la utilidad que nos proporcionaron aquellas dos cartas.

Nos despedimos de nuestros dos huéspedes con un reconocimiento verdadero. Habian tenido para con nosotros una amabilidad completa; y si su vista recorre estas líneas, lo que es poco probable, les suplico reciban por ella la expresion de nuestras mas sinceras gracias; escritas de este modo y con siete años de intervalo, les probará al menos que conservamos su recuerdo en el corazon.

Volvimos á la costa acompañados por ellos, y estrechamos por última vez nuestras manos en tierra ellós y ya en la lancha nosotros; un golpe de remo nos separó.

El viento nos era favorable para volver; así con la pequeña vela que izamos no tardamos mas de media hora en el pasage.

Cuando estuvimos bastante cerca de Lipari para percibir los objetos claramente descubrimos á nuestro gobernador que nos seguia desde lo alto de su azotea, con el catalejo aplicado al ojo. Cuando nos vió aproximar al puerto cerró su instrumento con la palma de la mano y desapareció. Presumimos que iba á salirnos al encuentro; no nos habíamos engañado, y al desembarcar le encontramos allí. Escusado es decir que gracias á la lancha y á los remeros del gobernador se nos abrió la verja de par en par.

Eran las cuatro menos cuarto, y por tanto tenia tiempo de ir á dar gracias á los buenos padres y arreglar mi cuenta con ellos; dejé á Jadin acompañando á nuestro gobernador, y me volví al convento.

Encontré allí al superior, quien nos recibió bondadosamente el haber aceptado una invitacion á comer fuera de su casa, sin duda porque habíamos encontrado poco agradable la comida que nos habia dado. Le res-

pondí que aun suponiendo que la comida no hubiese sido tan excelente como realmente lo era, hubiéramos olvidado este pequeño inconveniente en gracia de la manera tan política con que se nos habia ofrecido; pero lejos de eso, estábamos á la vez satisfechos de la comida y reconocidos por la hospitalidad; no obstante no habíamos podido rehusar ir á comer con el gobernador. El superior pareció convencerse de mis razones, y le pregunté cuanto le debíamos.

Mas en este punto volvió á comenzar la discusion; el superior nos habia ofrecido la hospitalidad, en la inteligencia que seria gratuita. Temí ofenderle insistiendo, y le di gracias por mí y á nombre de Jadin, mas al pasar por delante del cepillo del convento, deslicé en él dos duros.

Siempre me acordaré de aquel pequeño convento con su aire oriental y su bella palmera, que le daba mas bien aspecto de una mezquita que de una iglesia: de tal modo habia chocado esto á Jadin, que á las cinco de la mañana mientras yo dormia todavia, se habia levantado y habia hecho su croquis de él.

Al llegar á la casa de nuestro buen gobernador, encontré la comida servida y dispuestos á ponerse á la mesa. Aquel hombre excelente habia puesto á contribucion por obsesquiarnos la tierra y el mar. Le hicimos ver nuestro sentimiento por semejantes locuras para con personas que le eran desconocidas. Mas nos respondió que con los buenos ratos que le habíamos hecho pasar, no éramos ya estraños para él, sino antes por el contrario amigos, cuyo recuerdo conservaria toda su vida en su triste destierro. Le vivimos cumplido por cumplido.

Desearíamos en lo posible entrar al dia siguiente por la noche, antes de cerrarse la policia en el puerto de Stromboli. Por tanto, fijamos nuestra marcha para las cinco y media. Pero tanto y de tal modo instó nuestro huésped, que no nos decidimos á dejarle hasta las seis.

Antes de despedirnos de él nos hizo prometer que durante la noche miraríamos de tiempo en tiempo hácia su azotea, porque nos preparaba una última sorpresa. Nos comprometimos á ello.

Toda la familia nos acompañó hasta la costa. El gefe de policia tenia deseo de hacernos daño incomodándonos por la hora avanzada de nuestra marcha; mas una palabra del gobernador, que declaró era él quien nos habia detenido, allanó todas las dificultades.

Estábamos ya en el Speronare é ibamos á llevar el ancla cuando vimos á un hermano franciscano que llegaba corriendo haciéndonos señas; enviamos á Pietro á bordo con la lancha, para saber lo que nos queria el buen fraile! Un hermano me habia visto echar nuestra ofrenda en el cepillo y le habia abierto; de modo que el superior, encontrando que

habíamos pagado escesivamente nuestra hospitalidad, nos enviaba un tonel de aquella malvasia de Lipari que habíamos encontrado tan excelente.

Mientras tanto la tripulacion habia levado ancla; saludamos otra vez con la mano á nuestro gobernador, y comenzando nuestros hombres á remar vigorosamente, nos encontramos en un instante fuera del puerto.

Diez minutos despues volvimos á ver al gobernador sobre su azotea, agitando apresuradamente su pañuelo. Le volvimos la misma señal, presumiendo, sin embargo, que no era todavia aquella la sorpresa que nos habia anunciado.

Nos distrajimos un instante de la atencion que fijábamos en nuestro huésped para rezar el *Ave Maria*. Nosotros mismos habíamos hecho ya una costumbre de recitar aquella plegaria y aunque en tierra y separados de nuestros marineros, por mucho tiempo, despues de llegar aquella hora no podia dejarla pasar sin pensar en la solemnidad que me recordaba.

Terminada el *Ave Maria* nos volvimos hácia Lipari. El sol se ocultaba detrás de Campo Bianco, envolviendo con sus rayos toda la isla que se destacaba vigorosamente sobre su fondo de oro. Por lo demas, como teníamos el viento contrario, y no marchábamos mas que al remo, nos alejábamos muy lentamente; de suerte que perdíamos de vista muy poco á poco los detalles del magnífico horizonte que descubrimos, y del que Lipari formaba el centro.

Mientras los objetos permanecieron visibles distinguimos al gobernador sobre su azotea; luego, cuando el crepúsculo se hizo cada vez mas sombrío y empezaron á borrarse aquellos, apareció una luz como un faro que nos permitió no perder la direccion del castillo. Por fin, al cabo de una hora precisamente de entrada ya la noche vimos un cohete lanzarse de la tierra é ir á apagarse en el cielo. Era la señal de un fuego artificial que el gobernador disparaba en honor nuestro.

Cuando el último sol se desvaneció, cuando se apagó la última bujía romana, cogí mi escopeta y la disparé al aire, como respuesta á su último obsequio.

Preguntábamos si habríamos sido vistos ú oídos desde tierra, cuando vimos á nuestra vez un relámpago que surcaba la oscuridad de la noche y oímos una detonacion cuyo eco vino á morir en las olas.

Despues todo volvió á quedar en el silencio y en la oscuridad.

Como durante el dia habíamos hecho ejercicio, nos metimos al momento en nuestro pañuelo, donde no tardamos en dormirnos.

EXCURSION A LAS ISLAS EOLIAS.

STROMBOLI.

Despertamos cuando estábamos frente á Panaria. Toda la noche habia sido contrario el viento, y nuestras gentes se habian relevado para marchar al remo; pero no habiamos andado gran cosa, y apenas estábamos á diez leguas de Lipari. Como la mar estaba perfectamente tranquila, dije al capitán anclase con objeto de hacer provisiones para el día, y sobre todo para que no se olvidasen las langostas: luego descendimos á la chalupa, y tomando á Pietro y Pilippo por remeros, les dijimos nos condujeran á uno de los veinte ó treinta pequeños islotes esparcidos entre Panaria y Stromboli. Despues de un cuarto de hora de travesía abordamos á Lisca-Bianca.

Jadin se sentó, desplegó su parasol, le fijó y se puso á hacer un diseño general de las islas. Yo tomé mi escopeta, y seguido de Pietro, me fui en busca de aventuras; redujéronse estas al encuentro de dos pájaros marinos de la especie de las gallinetas ciegas, los cuales maté; era mas de lo que esperaba estando el islote completamente inhabitado y no habiendo ni una mata de yerba.

Pietro, que estaba familiarizado con todas aquellas rocas pequeñas y grandes, me condujo inmediatamente á ver la única cosa curiosa que existe en la isla, y es un manantial de gas hidrógeno sulfúrico que se desprende del mar en numerosas burbujas: Pietro recogió cierta cantidad de ellas en una botella de que se habia provisto al efecto y que tapó herméticamente, prometiendo enseñarme á nuestra vuelta al Speronare una *curiosidad*.

Al cabo de una hora próximamente de estancia en Lisca-Bianca, vimos al Speronare que se ponía en movimiento y se acercaba á nosotros. Llegó frente á nuestra isla precisamente cuando Jadin acababa su croquis; de modo que no tuvimos mas que entrar en la lancha y remar cinco minutos para hallarnos á bordo.

El capitán habia seguido mi órden al pie de la letra: habia cogido tal cantidad de cangrejos de mar ó langostas, que no habia donde poner el pie; tan lleno de ellas estaba el puente: hice los reunieran y contaran; habia cuarenta.

Reprendí entonces al capitán y le eché la culpa de nuestra ruina, mas me respondió que se quedaba con los que yo no quisiera, puesto que no podia encontrar mejor mercancía.

En efecto, echada la cuenta, resultó que tenia todo por la suma de doce francos: habia comprado toda la pesca de una lancha, á dos cuartos la libra.

Nuestra excursion á la isla de Lisca-Bianca nos habia escitado un apetito atroz: por tanto mandamos á Giovanni pusiese en una marmita las seis cabezas mas grandes de las langostas, para nuestro almuerzo y el de la tripulacion; y ademas hicimos subir seis botellas de vino de la cantina, á fin de que nada faltase á la comida.

A los postres nos obsequió Pietro con la tarantela.

Al ver mis dos gallinetas, el capitán me habia advertido que la isla de Basiluzzo abundaba extraordinariamente en conejos; así que, como hacia mucho tiempo que no habiamos hecho una caza en regla, y por otra parte, nadie nos metia prisa, quedó convenido se anclaria frente á la isla, y permaneceriamos en tierra durante un par de horas.

Llegamos á ella á eso de las tres, y entramos en una pequeña ensenada bastante cómoda; ocho ó diez casas coronan la meseta de la isla, que no tiene mas de tres cuartos de legua de circunferencia. Como no queria yo privar de su recreo á los propietarios, envié á Pietro á preguntarles si tendrian inconveniente en darme permiso para matar algunos de sus conejos: me contestaron que lejos de oponerse á tan laudable intencion, cuantos mas matase tanto mayor placer les causaria, porque alentados con la impunidad, saqueaban aquellos insolentes merodeadores las pocas legumbres que ellos cultivaban y que no podian defender contra su rapacidad porque no tenian escopetas.

Nos pusimos en el mismo instante á cazar, y apenas habiamos andado veinte pasos pudimos convencernos de que el capitán nos habia dicho la verdad: salian los conejos debajo de nuestros pies, y cada uno que salia hacia levantar otros dos ó tres en su fuga. Desgraciadamente, el suelo estaba lleno de bocas, y á cada disparo hacíamos ocultarse á cinco ó seis; sin embargo, á las dos horas de cazar, contábamos diez y ocho cadáveres.

Dimos doce á los habitantes de la isla, y nos llevamos los otros seis al buque.

Al recorrer la isla de un extremo al otro, habiamos observado algunas ruinas antiguas; me aproximé á ellas, mas al primer golpe de vista reconocí que no tenian importancia.

Habiamos perdido ó ganado dos horas, como se quiera entender, de modo que aunque una hermosa brisa de Sicilia se habia levantado poco antes, era probable que no llegásemos al puerto de Stromboli bastante á tiempo para bajar á tierra; sin embargo de eso, desplegamos nuestras velas para no tener nada de que culparnos, é hicimos cerca de seis leguas en dos horas; mas de repente cesó el viento del Mediodía para ser reemplazado por

el Greco, y siéndonos ya nuestras velas mas perjudiciales que provechosas, marchamos de nuevo al remo.

A medida que nos aproximábamos parecia á nuestra vista Stromboli mas perceptible y á través de esa atmósfera pura de la noche, descubriamos hasta sus menores accidentes: es una montaña que tiene exactamente la forma de una piedra de majar heno, con una cima coronada por una arista: desde aquella cima es de donde sale el humo y de cuarto en cuarto de hora la llama; durante el dia no parece que existe aquella llama, no pudiendo ser vista por el resplandor del sol; pero cuando viene la noche, cuando el Oriente empieza á llenarse de sombras, la llama se hace visible, se ve lanzarse de en medio del humo á que da color, y volver á caer en mangas de lava.

Hacia las siete de la noche llegamos á la altura de Stromboli; desgraciadamente el puerto está á Levante y nosotros íbamos del Occidente; de modo que nos era preciso costear toda la isla por sitios donde la lava descendiendo al mar por una rápida pendiente. Por aquel sitio, y en un espacio ancho de unos veinte pies por la cima y de ciento cincuenta en su base, la montaña está cubierta de cenizas, y su vegetacion completamente abrasada.

El capitán habia calculado con exactitud: llegamos una media hora despues de cerrarse el puerto; todo lo que pudimos decir para que nos abriesen, fué elocuencia perdida.

Sin embargo, toda la poblacion de Stromboli habia acudido á la orilla. Nuestro Speronare frecuentaba aquel puerto, y nuestros marineros eran muy conocidos en la isla: todos los otoños hacen á ella cuatro ó cinco viages para cargar pasolina; añádanse siquiera dos ó tres viages al año, y es mas de lo necesario para entablar relaciones de todo género.

Luego que estuvimos al alcance de la voz, se empezaron entre nuestras gentes y los stromboliotas una multitud de diálogos particulares salpicados de preguntas y respuestas, los que nos era imposible comprender por el dialecto en que estaban hechas; sin embargo, era evidente que aquel diálogo era completamente amistoso. El mismo Pietro parecia tener intereses muy tiernos por una jóven que de ningun modo parecia tratar de ocultar los sentimientos llenos de dicha que al parecer sentia por él. En fin, el diálogo se animó hasta el punto de que Pietro comenzó á balancearse sobre una pierna, luego sobre la otra, dió dos ó tres pirnetas preparatorias, y con el estribillo cantado por Antonio, comenzó á bailar la tarantela. La jóven stromboliota no quiso ceder en cortesía y se puso á contonearse á su vez; y aquella danza á tanta distancia duró hasta que los dos bailarines cayeron rendidos de fatiga, el uno sobre el puente, la otra sobre la orilla.

Era el momento que yo esperaba para pre-

guntar al capitán donde pensaba hacernos pasar la noche; nos respondió que estaba á nuestra disposicion, y que no teniamos mas que mandar. Le supliqué entonces anclásemos frente al volcan, á fin de que no perdiésemos ninguna de sus evoluciones nocturnas. El capitán dirigió una palabra á la tripulacion; todos interrumpieron su conversacion y acudieron á los remos. Diez minutos despues habiamos anclado á sesenta pasos frente al lado septentrional de la montaña.

Era en Stromboli donde Eolo tenia encañados *Luctante ventos tempestatesque sonoras*. Sin duda en los tiempos del cantor de Eneas, y cuando Stromboli se llamaba Strongyle, la isla no era todavía conocida por lo que es, y preparaba en sus profundidades esas hirvientes y periódicas erupciones que forman el volcan mas precioso de la tierra. En efecto, con Stromboli sabe uno á qué atenerse: no sucede como con el Vesubio y con el Etna, que hacen esperar al viagero una miserable erupcion, tres, cinco, y aun algunas veces diez años. Se me dirá que sin duda eso está en relacion con la gerarquía que ocupan entre las montañas ignívolas, posicion que les permite representar el papel de aristocracia á su gusto, es verdad; pero tambien es necesario reconocer que Stromboli no ha abusado un momento de su posicion social, y que ha comprendido que no era mas que un volcan de bolsillo en quien no se fijaria la atencion si se ponía en ridiculo dándose tono. A falta de la cualidad, Stromboli se refugia en la cantidad.

Por tanto, no nos hizo aguardar. Apenas estuvimos cinco minutos en expectativa, cuando se oyó un rugido sordo; una detonacion cual si fuera un disparo de veinte piezas de artillería á la vez, le sucedió, y prolongadas llamas se lanzaron en los aires, volviendo á caer en lluvia de lava; una parte de esta lluvia volvió á caer en el cráter mismo del volcan, mientras que la otra, derramándose por la pendiente, se precipitó como un arroyo de llamas, y mugiendo fué á extinguirse en el mar. Diez minutos despues se renovó el mismo fenómeno, y así sucesivamente de diez en diez minutos durante toda la noche.

Confieso que aquella noche fué una de las mas curiosas que he pasado en mi vida; no podiamos separarnos Jadin y yo de aquel terrible y magnífico espectáculo. Oíanse detonaciones tales, que el aire parecia enteramente agitado, y creiamos ver temblar la isla como un niño asustado: á nadie mas que á Milord ponía aquel fuego artificial en un estado de exaltacion imposible de describir; queria á cada instante saltar al agua para ir á devorar aquella lava ardiente, que caía algunas veces á diez pasos de nosotros, semejante á un meteorito que se precipitase en el mar.

Por lo que hace á nuestra tripulacion, habituada á aquel espectáculo, nos preguntaron

si teniamos necesidad de alguna cosa; con nuestra respuesta negativa se habian retirado todos al entrepente sin que los rayos que iluminaban el aire, ni las detonaciones que le conmovian tuviesen influencia para distraerles de su sueño.

Permanecimos así hasta las dos de la madrugada; al fin rendidos de fatiga y de sueño, nos decidimos á entrar en nuestra cámara. No fué posible determinar á Milord á hacer otro tanto, y permaneció toda la noche sobre el puente, gruñendo y ladrando al volcan.

Entrado el día, nos despertamos al primer movimiento del Speronare. Al volver la luz del día, la montaña habia perdido toda su fantasmagoría.

Continuaban las detonaciones, pero la llama habia cesado de ser visible; y aquella lava, arroyo ardiente por la noche, se confundia durante el día con la ceniza rojiza sobre que se deslizaba.

Diez minutos despues nos hallábamnos de nuevo frente al puerto. Ya esta vez no se nos opuso ninguna dificultad al entrar. Pietro y Giovanni bajaron con nosotros; querian acompañarnos en nuestra ascension.

Entramos, no en una posada (no las hay en Stromboli), sino en una casa cuyos propietarios eran parientes lejanos de nuestro capitán. Como no hubiera sido prudente ponernos en camino en ayunas, Giovanni pidió á nuestros huéspedes el permiso de hacernos un almuerzo en su casa, mientras que Pietro iba en busca de guías. No solo se nos concedió con mucha política aquel permiso, sino que nuestro huésped salió y volvió un instante despues con los mas hermosos racimos y los mas esquisitos higos chumbos que habia podido encontrar.

Cuando acabábamnos de almorzar, llegó Pietro con dos stromboliotas que consentian por medio duro cada uno en servirnos de guías. Era ya cerca de las ocho de la mañana: para librarnos al menos en nuestra ascension del calor excesivo, nos pusimos en el mismo instante en camino.

La cima de Stromboli no está mas que á mil doscientos ó mil quinientos pies sobre el nivel del mar; pero su inclinacion es tan pronunciada que no se puede subir directamente y hay que hacer continuos roleos. Al principio y al salir de la aldea, el camino fué bastante bueno; va elevándose en medio de los viñedos cargados de frutos que constituyen todo el comercio de la isla, y de cuyas cepas colgaban los racimos en tan gran cantidad que podian cogerse los que se querian sin pedir permiso al propietario; pero una vez pasada la región de las viñas, no encontramos ya camino, y nos fué preciso marchar á la ventura eligiendo el terreno mejor y las pendientes menos inclinadas. A pesar de todas estas precauciones llegó un momento en que nos vimos obligados á subir á gatas: y por fin se

podia subir de este modo; pero una vez pasado aquel sitio, confieso que al volverme y viéndole inclinado casi á pico sobre el mar, pregunté con terror cómo haríamos para bajar; nuestros guías dijeron que bajaríamos por otro camino, lo cual me tranquilizó algo. Los que como yo tengan la desgracia de padecer vértigos cuando ven el vacío bajo sus pies comprenderán mi pregunta, y sobre todo, la importancia que yo la dí.

Pasado aquel despeñadero fué, pues, fácil la subida durante un cuarto de hora, pero bien pronto llegamos á un sitio que me pareció al principio intransitable: era una cresta perfectamente aguda que formaba el orificio del primer volcan, y que por un lado estaba cortado á pico sobre el cráter y por el otro bajaba con tan rápida pendiente hácia el mar, que me pareció que si por su lado debia ya caer á plomo, por el otro no podia menos de rodar en toda su estension. El mismo Jadin, que comunmente trepaba como un gamo sin inquietarse jamás por la dificultad del terreno, se detuvo al llegar á aquel sitio y preguntó si no habia medio de evitarlo. Como se concibe bien, no era esto posible.

Era preciso, pues, tomar nuestro partido. Felizmente la pendiente de que he hablado se componia de cenizas en la que nos hundíamos hasta las rodillas y que por su misma solidez ofrecian una especie de resistencia. Comenzamos, pues, á aventurarnos por aquel camino donde un bailarín de cuerda hubiera pedido su balancín, y gracias á la ayuda de nuestros marineros y nuestros guías le pasamos sin accidente. Al volvernos, vimos á Milord que habia quedado al otro lado, no porque tuviese miedo á los vértigos ni á rodar al volcan ó á la mar, sino porque habia metido las patas en la ceniza, y la habia encontrado á una temperatura bastante elevada para mirarse bien en ello; al fin, cuando vió que continuábamnos adelante, tomó su partido, atravesó aquel espacio á escape y nos alcanzó visiblemente alarmado por lo que iba á pasar despues de semejante principio.

Por el momento al menos pasaron las cosas mejor que lo que esperábamnos; no teniamos ya mas que bajar por una pendiente bastante suave, y despues de unos diez minutos de marcha llegamos á una plataforma que domina el volcan actual. Desde aquel punto asistiamos á todas sus evoluciones, y por mas que lo desease, no habia ya medio de conservar secretos para nosotros.

El cráter de Stromboli tiene la forma de un vasto embudo, en cuyo fondo y en medio hay una abertura por la que podria entrar un hombre, y que comunica con el horno interior de la montaña; esta abertura es la que, semejante á la boca de un cañon, lanza un nublado de proyectiles que al volver á caer en el cráter arrastran consigo sobre su inclinada pendiente piedras, cenizas y lava, que

rodando hácia el fondo atascan aquel embudo. Entonces el volcan parece reunir sus fuerzas, durante algunos minutos comprimido como está por el cierre de su válvula; pero al cabo de un instante oscila su humo y sale como á bocanadas; se oye un sordo rugido recorrer los escavados flancos de la montaña; en fin, el cañoneo estalla de nuevo lanzando á doscientos pies sobre la cima mas elevada nueva piedra y nueva lava que al caer y cerrar el orificio que les ha dado paso, preparan una nueva irrupcion.

Visto desde donde nosotros estábamos, es decir, de alto á bajo, es magnífico y espantoso espectáculo; á cada convulsion interior que sufre la sentimos estremecer bajo nuestros pies y parece que va á abrirse; luego sucede la esplosion, semejante á un árbol gigantesco de llamas y de humo que sacude sus hojas de lava.

Mientras examinábamos este espectáculo, cambió el viento de repente; nos apercibimos de ello por el humo del cráter, que en lugar de continuar alejándose de nosotros como habia hecho hasta entonces, se inclinó sobre sí mismo como una columna que flaquea, y dirigiéndose hácia nuestro lado nos envolvió entre sus torbellinos antes de que hubiésemos tenido tiempo de separarnos: al mismo tiempo la lluvia de lava y de piedras, cediendo á igual influencia, cayó á nuestro alrededor: corrimos riesgo de ser á la vez ahogados por el humo y aplastados ó abrasados por los proyectiles. Hicimos pues, una precipitada retirada hácia otra plataforma, unos cien pies menos elevada aunque mas próxima al volcan, y únicamente Pietro, que se quedó un momento atrás, encendió su pipa en un pedazo de lava, y despues de ejecutar aquella fanfarronada, se nos reunió tranquilamente.

Fué preciso coger por el cuello á Milord que queria arrojarle sobre aquella lava ardiente, como tenia costumbre de hacerlo con los cohetes, los truenos y demas piezas de fuego artificial.

Verificada nuestra retirada, nos encontramos mucho mejor todavia en aquella segunda posicion que en la primera: nos habiamos aproximado al orificio del cráter, del que no distábamos sino unos veinte pasos y que dominábamos apenas en cincuenta pies. Desde donde habiamos llegado podiamos distinguir con mas facilidad el incesante trabajo de aquella gran máquina, y ver la llama salir de ella casi incesantemente. Por la noche debe tener aquel espectáculo algo de espléndido.

Eran ya mas de las dos cuando pensamos en partir; es verdad que nuestras gentes nos habian dicho que no necesitaríamos mas de tres cuartos de hora para estar de vuelta en la aldea. Confieso que me inquietaba algo el modo como se ejecutaria tan rápida travesía; sé que casi siempre se baja mas aprisa que se sube, pero tambien sé, y por experien-

cia, que casi siempre el descenso es mas peligroso que la subida. Ademas, á no encontrar en nuestro camino pasos completamente impracticables, no podia yo figurarme nada peor que lo que habiamos visto al ir.

Bien pronto salimos de dudas. Despues de un cuarto de hora de marcha bajo un sol abrasador, llegamos á aquella gran cubierta de cenizas que habíamos ya atravesado por su cima, y que descendia hasta el mar por una inclinacion tan rápida que solo la misma friabilidad del terreno habia podido contenernos. No habia remedio, era preciso ó ir por allí ó por el camino que habiamos llevado á la ida. Nos aventuramos sobre aquel mar de cenizas. Ademas de su posicion casi vertical, que me habia llamado la atencion desde luego, espuesta todos los dias al sol desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, estaba hirviente.

Nos lanzamos á ella corriendo; Milord nos precedia marchando á brincos, lo que le daba una apariencia de alegría muy agradable de ver. Hice observar á Jadin que de todos nosotros era Milord quien parecia mas contento, cuando de repente vimos la verdadera causa de aquella aparente alegría; aquel desgraciado animal, hundido hasta el cuello en aquella ceniza que hervia, se asaba como una castaña. Le llamamos; se detuvo saltando sobre el mismo sitio; al momento llegamos á él, y Jadin le cogió en sus brazos.

El desgraciado animal se encontraba en un estado deplorable: tenia los ojos inyectados, la boca abierta, la lengua colgando; todo su cuerpo quemado al primer grado, habia adquirido un color de rosa bajo; jadeaba que parecia que iba á rabiarse.

Nosotros mismos estábamos rendidos de cansancio y de calor; vimos una roca elevada cortada á pico y que daba un poco de sombra sobre aquel tapiz de fuego. Llegamos allí mientras que uno de nuestros guias iba á una fuente que decia estar en las cercanías, á llevarnos un poco de agua en un vaso de cuero.

Al cabo de un cuarto de hora le vimos volver: habia hallado la fuente casi seca; sin embargo, mitad arena, mitad agua, habia llenado nuestro vaso. En el camino se habia precipitado la arena, de modo que al llegar era potable el líquido. El agua la bebimos Jadin y yo; Milord se comió el barro que habia formado la arena.

Despues de un descanso de media hora, volvimos á continuar nuestra marcha siempre corriendo, porque nuestros guias tenian tanta prisa como nosotros por salvar aquel desierto de cenizas. Nuestros marineros sobre todo, que iban con los pies descalzos, tenian las piernas escoriadas hasta las rodillas.

Llegamos en fin al término de aquel nuevo lago de Sodoma, y nos hallamos en un oasis de viñas, granados y olivos. No tuvimos valor para ir mas lejos. Nos tendimos en la yerba,

y nuestros guías nos llevaron una porción de racimos y un sombrero lleno de higos chumbos.

Magníficamente nos venia esto; pero no habia en todo aquel terreno ni una gota de agua que dar á beber á nuestro pobre Milord, cuando vimos que devoraba la corteza de los higos y los restos de los racimos. Dimosle entonces parte en nuestra comida, y acaso por la primera y última vez de su vida, comió higos y uvas.

Frecuentemente he tenido deseo de colocarme en el lugar de Milord y escribir sus memorias, como Hoffmann ha escrito las del gato Moar; estoy convencido que se habrá formado, examinados desde el punto de vista canina (pido perdon á la Academia por esta palabra) juicios sumamente nuevos acerca de los pueblos que ha visitado y de los paisajes que ha recorrido.

Un cuarto de hora despues de aquella parada estábamos en la aldea consignando en nuestros libros de memorias esta juiciosa observacion: que los volcanes se suceden y no se semejan: nos habia faltado poco para helarnos al subir al Etna; habíamos pensado tostarnos descendiendo del Stromboli.

Asi, Jadin y yo estendimos la mano hácia la montaña, y juramos, con desprecio del Vesubio, que Stromboli era el último volcan con el que haríamos conocimiento.

Ademas de la industria del viñador y el comerciό de pasas, que son las dos principales de la isla, los stromboliotas son tambien excelentes marinos. Sin duda, gracias á esta cualidad, fué por lo que se hizo de la isla la sucursal de Lipari y el depósito donde el rey Eolo encerraba sus vientos y sus tempestades. Por lo demas, esas disposiciones náuticas no habian pasado desapercibidas para los ingleses, los cuales, cuando ocuparon la Sicilia, reclutaban todos los años en el archipiélago lipariota trescientos ó cuatrocientos marineros.

LA HECHICERA DE PALMA.

En el mismo dia á las cuatro de la tarde, salimos del puerto. El tiempo era magnífico, la atmósfera pura, el mar apenas rizado. Nos encontrábamos casi á la misma altura en que seis semanas antes, á la ida, habíamos descubierto las costas de Sicilia; pero con la diferencia de que dejábamos detras á Stromboli en lugar de tenerle á nuestra izquierda. De nuevo divisábamos á la misma distancia, pe-

ro bajo un aspecto distinto, las azules montañas de la Calabria y las costas caprichosamente cortadas de la Sicilia, que dominaban el cono del Etna, que se habia cubierto de una ancha capa de nieve despues de nuestra ascension. Por fin, acabábamos de visitar todo aquel fabuloso archipiélago que ilumina Stromboli como un faro. Sin embargo, habituados como estábamos ya á todos aquellos magníficos horizontes, apenas les dirigíamos al presente una mirada vaga. En cuanto á nuestros marineros, era la Sicilia, como se sabe, su pais natal, y pasaban indiferentes y descuidados por en medio de los mas ricos paisajes de aquellos mares que desde su infancia habian surcado en todas direcciones. Jadin, sentado al lado del piloto, hacia un croquis de Strombolino, fragmento desprendido de Stromboli por el mismo cataclismo acaso que separó la Sicilia de la Italia, el cual va á extinguirse en el mar; mientras que de pie y apoyado en la cubierta de la tienda, consultaba yo un mapa, buscando el camino que podria seguir para volver á través de las montañas de Reggio á Cosenza. Cuando estaba dedicado á este exámen, levanté la cabeza y vi que estábamos á la altura del Cabo Blanco; luego, dirigiendo mi vista de la tierra al mapa, vi marcado, como separado dos leguas escasas de un promontorio, la pequeña villa de Bauso. Este nombre despertó en mi imaginacion un confuso recuerdo. Acordábame que en nuestras conversaciones durante una de aquellas bellas noches estrelladas que pasábamos algunas veces hasta la madrugada tendidos sobre el puente, se habia contado alguna historia en la que se hallaba mezclado el nombre de ese pais. No queriendo desperdiciar la ocasion que se me presentaba de aumentar mi coleccion de leyendas, llamé al capitán. Este hizo al punto una señal para imponer silencio á la tripulacion, que según su costumbre cantaba á coro; se quitó su gorro frio, y se llegó á mí con esa espresion propia de su carácter alegre, que constituia el fondo de su fisonomia.

—¿Vuestra escelencia me ha llamado? me dijo.

—Si, capitán.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Capitán, ¿no me habeis referido un dia ó una noche, no sé cuando, como una historia en que se trataba de la aldea de Bauso?

—¿Una historia de bandido?

—Creo que si.

—No soy yo, escelencia, es Pietro.

Y volviéndose, llamó á Pietro. Este acudió, dió una cabriola á pesar del deplorable estado en que habian dejado sus piernas las cenizas de Stromboli, y se detuvo delante de nosotros inmóvil y con la mano en la frente, como un soldado que hace el saludo, y con una gravedad sumamente cómica:

—¿Me llama vuestra escelencia? preguntó,

En el mismo instante toda la tripulación, pensando que se trataba de una representación coreográfica, se aproximó á nosotros, y me encontré formando el punto céntrico de un semicírculo que abrazaba al Speronare en toda su latitud. Por lo que hace á Jadin, en cuanto concluyó su croquis, metió su album en uno de los once bolsillos de su gabán de paño, encendió la mecha, la aplicó á su pipa, subió al filarete agarrándose con ambas manos al cordaje para no caer, y comenzó á seguir con la vista las bocanadas de humo que arrojaba, con la grave atención de un hombre que trata de adquirir nociones exactas sobre la dirección del viento. Al punto Filippo, el músico de la compañía, quien en aquel instante estaba ocupado en el entrepuente mondando patatas, asomó la cabeza por una escotilla, y dando tregua por un instante á sus trabajos culinarios, se puso á silbar el aire de la tarantela.

—No se trata de baile por ahora, dijo el capitán á Pietro, sino que su señoría recuerda que le has hablado de Bauso.

—¡Oh! replicó Pietro, si, si, á propósito de Pascal Bruno, ¿no es eso? un bravo bandido. Lo recuerdo bien. Le vi cuando no era yo mayor que el rapaz que tiene el capitán. Cuando tenía miedo de dormir intranquilo en su casa, iba á pedir hospitalidad á mi padre por una noche. Sabía bien que no serian los pescadores los que le hicieran traición. Cuando eso sucedía, y en el momento en que íbamos á partir para la pesca, le veíamos bajar de la montaña; nos hacía una señal, le esperábamos, se tendía en el fondo de la lancha con su carabina al lado y sus pistolas en la cintura, y dormía tan tranquilo como el rey en su palacio; y sin embargo, su cabeza valía ocho mil duros.

—¡Falso! dijo Jadin dejando caer aquella acusación desde toda su altura y con todo su peso entre dos bocanadas de humo.

—¿Cómo! ¿qué es lo que dice? es la pura verdad; pregúntad sino al capitán Arena.

—Es cierto, dijo el capitán.

—¿No podríais referirnos su historia?

—¡Oh! su historia es larga.

—Tanto mejor, respondí.

—Es que no la conozco bien, dijo Pietro rascándose la oreja; y además, como tengo entendido que todo lo que ós dijese andará impreso algún día en libros, ya lo veis, no quisiera contaros mentiras. ¡Nunzio, Nunzio!

Al llamamiento de Pietro nos volvimos hacia el punto donde sabíamos que debía estar aquel á quien se llamaba, y en efecto vimos aparecer su cabeza al otro lado de nuestra tienda.

—Nunzio, le dije; vos que nada ignoráis, ¿sabéis la historia de Pascal Bruno?

—En cuanto á eso de saber todo, dijo el piloto con el tono de gravedad que no le abandonaba jamás, nadie mas que Dios puede

vanagloriarse con justicia de saber tanto sin haberlo aprendido. Pero relativamente á Pascal Bruno, no sé una gran cosa, á no ser que nació en Calvaruso y que ha muerto en Palermo.

—En ese caso, piloto, todavía sé yo mas que vos, dijo Pietro.

—Es posible, dijo Nunzio-desapareciendo gradualmente detrás del pabellón.

—¿Mas qué medio habrá, pues, continué insistiendo, de adquirir detalles exactos sobre ese hombre? ¿Conoceis vos alguno, capitán?

—No, á fé mia. Todo lo que sé es que estaba hechizado.

—¿Cómo hechizado?

—Si, si; había hecho un pacto por cierto tiempo con el diablo, de modo que ni las balas ni los puñales podían matarle.

—¡Bromista sois, capitán! dijo Jadin escuipiendo al mar.

—¡Cómo! repliqué yo refiriéndome al hecho con la misma seriedad con que había sido contado, ¿creéis que se puede hacer un pacto?

—Por mi parte no he hecho jamás ninguno, respondió el capitán, mas he aquí á Pietro que ha hecho uno.

—¿Cómo, Pietro! ¿Habeis vendido vuestra alma?

—¡Oh! nada de eso. El diablo tenía buen deseo de ello, dijo Pietro, pero el hijo de mi madre es tan astuto como él. Imaginaos que yo tenía diez y ocho años, y era ambicioso como todo el mundo. Quise pescar mas que lo que pescaban mis camaradas, porque he sido pescador antes de ser marinero; pues bien, fui á ver á una vieja hechicera, una bruja de Taormina; me dijo que no tenía mas que darla la mitad del pescado que cogiera, y que ella me prepararía todas las noches mis cebos. Estaba dicho. Esto duró un año. En ese año cogí de pesca cuatro veces lo que coge este buque, para que veais. Al cabo del año la dije: continuaremos, ¿eh, abuela?

—Sí, me contestó, pero este año quiero enriquecerte. El año pasado no has cogido en tus redes mas que pescado, en este quiero hacerte pescar coral.

—No, abuela, la respondí; uno de mis camaradas ha sido dividido en dos por un can marino y no me siento con vocación para eso.

—Bien, dijo la vieja; tú me firmarás un papel, y yo te daré un unguento con el que te frotarás, y los canes marinos no podrán nada sobre tí.

—Bueno, bueno, la dije; conozco vuestra droga, mas es bastante; no hablemos mas de eso. Cogí mi gorro, corrí á casa del señor cura, le hice cantar una misa, y todo concluyó.

Al día siguiente y al otro volví á la pesca: buenas noches, ni un salmonete. Entonces, cuando vi que nada caía en el anzuelo, me hice marinero. He aquí que han pasado quince años, que lo soy. Y como veis, no me ha sa-

lido muy mal, puesto que tengo el honor de estar al servicio de vuestra señoría.

—¡Vil adulador! dijo Jadin dándole una amistosa palmada en la espalda.

—¡Y bien, capitán! volviendo á Pascal Bruno; parece que fué menos escrupuloso que Pietro.

—Si, respondió gravemente el capitán; y la prueba es que cuando se le ahorcó en Palermo, arrojó el diablo tan gran grito al salir del cuerpo, que mi padre, que en su cualidad de capitán de milicia asistía á la ejecucion, se refugió á la cabeza de su compañía, y en la confusion le robaron su cartuchera y las hebillas de plata de sus zapatos. Esto, ya veis, puedo asegurároslo, porque me lo refirió cien veces.

—Escuchad, dijo Pietro, quien durante la relacion del capitán parecia haber reflexionado profundamente, ¿queréis noticias seguras y ciertas?

—Eso no se duda, puesto que hace una hora que las estoy pidiendo.

—Pues bien, esperad. Nunzio, ¿cuando estaremos en Messina?

—Esta noche, dos horas despues del Ave Maria.

—Es decir que será á cosa de las nueve. Pues bien, estaremos esta noche en Messina á eso de las nueve. Esto es el Evangelio, puesto que el abuelo lo ha dicho. No ireis á dormir á tierra esta noche, puesto que será demasiado tarde para que el capitán haga visar su patente; pero mañana al rayar el dia, podreis bajar, coger un carruage, y como no hay mas que ocho leguas de Messina á Bauso, estareis allí en tres horas.

—¡Pardiez! dije yo, interrumpiéndole, habeis concebido una maravillosa idea, pero creo que se me ocurre una mejor.

—¿Y cuál?

—No vamos á Messina, y vamos directamente al cabo Blanco; es casi la misma distancia, y el viento es favorable. ¡Y bien! ¿qué teneis, pues?

Esta pregunta era motivada por el efecto que mi proposicion acababa de producir en la tripulacion. Pietro y sus camaradas, tan alegres hacia un momento, se miraban con una especie de espanto. Filippo habia vuelto á entrar en el entrepuente como si el diablo le hubiese tirado por los pies; el capitán se habia quedado pálido como un difunto.

—Iremos al cabo Blanco si vuestra escelencia lo exige, dijo con una voz alterada; estamos aqui para obedecer sus órdenes; pero si os fuese igual, en lugar de ir al cabo Blanco, iriamos á Messina como habiamos convenido desde un principio; os estariamos sumamente reconocidos. ¿No es así, muchachos?

Todos los marineros hicieron silenciosamente un signo de aprobacion con la cabeza.

—¿Puedo al menos saber el motivo de vuestra repugnancia? pregunté.

—Pietro os contará eso: él estaba allí.

—¡Ea, muchachos! vamos á Messina.

El capitán me cogió la mano y la besó. Pietro respiró como si se le hubiese quitado el Stromboli de encima del pecho, y el resto de la tripulacion pareció tan contenta como si hubiese dado diez pesos de gratificacion á cada uno. Rompieron al punto filas, y cada uno volvió á su puesto, á escepcion de Pietro, que se sentó sobre una barrica.

—En ese caso, dijo Jadin saltando del filarete al puente, no hallo ninguna razon para no freir patatas.

Y como comprendia medianamente el dialecto siciliano, bajó á la cocina, mientras yo, para no perder una palabra de la interesante relacion que esperaba, fui á sentarme cerca de Pietro.

—Ved, me dijo Pietro, hace ya once años que pasó esto; era en 1824. El capitán Arena, no éste, su tío, acababa de casarse; era un hombre de buena presencia, jóven de veinte y dos años, que tenia un pequeño buque con el que hacia el comercio de cabotage. Se habia casado con una jóven de la aldea Della Pace; ya sabeis que está situada entre Messina y el Faro, de cuyo pais somos casi todos. Habiamos celebrado ruidosamente el matrimonio durante tres dias, y al cuarto, que era un domingo, fuimos al lago de Pantana. Era el dia de la procesion de San Nicolás, procesion á la que habeis asistido este año, y ese dia es allí de festividad solemne. Bajan su urna, como sabeis; hay fuegos artificiales, tiros y baile. Antonio daba el brazo á su muger, cuando siente que le dan con el codo y oye pronunciar su nombre. Se vuelve; era una muger tapada con un velo de tafetan negro, como habeis visto llevan las sicilianas, pero para salir por las calles, y no para ir á las fiestas. Cree que se ha engañado y continúa su camino. Está bien; cinco minutos despues se repite lo mismo: le codean de nuevo y vuelve á oír su nombre. Aquella vez estaba bien seguro de ello, pero como iba con su muger, todavia no hizo ninguna demostracion. En fin, aquello volvió á repetirse por tercera vez. ¡Oh! entonces pierde la paciencia.—Mira, Pietro, me dijo, quédate con mi muger; estoy viendo mas allá alguien á quien necesito hablar. No me lo hice repetir dos veces; cojo la manita de la desposada, la paso bajo mi brazo, y heme aqui hueco como un pavo real paseándome con la muger de mi capitán. Por lo que hace á éste, se habia largado.

Andando, llegamos cerca de un músico que tocaba la tarantela en su guitarra. Ya sabeis que cuando oigo este demonio de aire no puedo contenerme; es indispensable que yo salte. Propongo una contradanza á la muger de mi capitán: nos pusimos uno enfrente de otro, y andando, andando, al cabo de cinco minutos se hacia rueda á nuestro alrededor. De repen-

te, en medio de los que nos miran veo al capitán Antonio, pero tan pálido, tan pálido, que creí, á fé de hombre honrado, que era su sombra. Pierdo el compás y caigo á plomo con los dos talones sobre los pies del piloto.

—¡Ah! le dije, perdonadme, Nunzio, me ha atacado un calambre. Bailad un momento en mi lugar. Es muy complaciente tal cual le veis el piloto, y tan duro al trabajo como para la constancia un buey. Se puso á bailar sobre un pie; yo le habia aplastado el otro. Durante este tiempo hice seña al capitán; se me acercó:

—¡Y bien! le dije, ¿qué es lo que hay?

—La he vuelto á ver.

—¿A quién?

—A Giulia.

—¿La hermosa hechicera?

—Sí.

—¿Qué os ha dicho?

—Nada, locuras.

—¿Continúa amándoos?

—No sé, pero he hecho mal en seguirla.

¿Dónde está mi muger?

—¿No la veis? bailando la tarantela con Nunzio.

—¡Ah! sí, es verdad. ¿Crees que lo que se cuenta de ella sea cierto?

—¿De vuestra muger?

—No, de Giulia. ¿Crees que sea hechicera?

—¡Demonio! Se dice que en Palma todas son brujas.

El capitán se pasó la mano por la frente. Sudaba gruesas gotas. En este momento concluía la tarantela. Su muger vino á tomar su brazo. Antonio la propuso volverse á casa. Ella no queria otra cosa: á una recién casada, ya lo comprendeis, no la disgusta hallarse á solas con su marido. El capitán me hizo una seña que queria decir: ni una palabra mas. Yo respondí por otra seña que significaba: basta. Y nos volvimos la espalda como si jamás nos hubiésemos visto.

—Pero ¿qué tenia que ver con Giulia? pregunté.

—¡Ah! sabreis que haria un año, en la fiesta de Palma, donde el capitán Antonio Arena, ya os he dicho, el tío del nuestro....

—Comprendo.

—Había ido á pesar nuestro, tomó partido á favor de una jóven á quien insultaba un marinero calabrés: se principió por palabras y se concluyó por una puñalada que recibió el capitán, pero una mala puñalada, tres pulgadas de hierro. Afortunadamente fué en el costado derecho; si hubiese sido en el izquierdo le hubiera atravesado el corazón. Le llevaron en seguida á casa de una vieja y se hizo llamar al médico, un excelente médico. ¡Oh! si hubiese estado en una gran ciudad, hubiera hecho su fortuna, pero en Palermo no hay bastantes enfermos, de modo que se ve obligado á dedicarse á otras cosas. Hierra los caballos, los lleva á beber, y....

—Perfectamente, adelante.

—Vió al capitán, le examinó, introdujo el dedo en la herida. —Nada hay que hacer, dijo; todos los médicos de Catanzaro y de Cosenza que fueran llamados, nada harían; este es hombre perdido; volvedle la cara hácia la pared, y que muera tranquilo. Los que estaban allí repitieron despues sus palabras al capitán. Mas él nada entendía: habia perdido el conocimiento, y sin embargo, padecía como un condenado. Conforme se dijo se hizo: encendieron una vela, que colocaron cerca de la cama, y la anciana se puso á rezar su rosario en un rincon: se le creia muerto.

Mas he aqui qué el capitán, que habia tenido continuamente cerrados los ojos, sintió á eso de la media noche una sensación agradable. Respiraba, porque le parecia (me ha contado esto mil veces, ¡pobre capitán!) le parecia que le quitaban de encima del pecho la catedral de Messina. Esto le producía muy buen efecto, y tanto que abrió los ojos y creyó que soñaba. La anciana se habia dormido en un rincon murmurando sus oraciones, y á la luz de la vela que iluminaba la estancia, vió una jóven inclinada sobre él; tenia la boca apoyada contra su pecho y chupaba su herida. Como la ventana estaba abierta y veía por ella un hermoso cielo estrellado, creyó que era un ángel que habia descendido de lo alto. Entonces no dijo nada y la dejó obrar, porque tenia miedo si hablaba de qué la jóven doncella desapareciese. Al cabo de un instante separó la boca de la herida, cogió de un pequeño mortero un puñado de yerbas machacadas y las oprimió, derramando el jugo sobre la herida, despues de lo cual hizo cuatro dobleces á su pañuelo y le colocó sobre la herida á modo de aparato: en fin, viendo que no se movia, aproximó su rostro al del herido como para ver si respiraba. Entonces fué cuando el capitán reconoció á la jóven por quien se habia batido; quiso hablar, mas ella le puso la mano en la boca, y llevando el dedo á sus labios, le indicó era preciso que guardase silencio; luego, retirándose sin ruido como si se deslizase sobre la tierra en lugar de andar, abrió la puerta y desapareció. El capitán ¡oh! me lo dijo y no era un embustero, creyó que era un sueño; se llevó la mano á la herida para ver si era verdad, y sintió el pañuelo mojado; le pareció entonces que oprimiéndole contra su pecho sentia alivio; y era verdad, á lo que parecia, puesto que se durmió con un sueño tan tranquilo, que se despertó al día siguiente en la misma posicion y con la mano en el mismo sitio.

Apenas habia abierto los ojos, cuando el médico entró.

—¡Y bien! abuela dijo, ¿ha muerto nuestro herido?

—A fé mia no lo sé, dijo la vieja: lo único que sé es que no ha padecido.

El capitán hizo un movimiento en su cama.

—¡Ah! ved como se mueve, dijo el médico;

el mozo tiene la vida dura, respondo de ello. Dichas estas palabras se aproximó al lecho, y el herido se volvió tambien hácia él.

—¡Diablo! dijo el médico, me parece que no tenemos mal ojo, ¿eh?

—Si, doctor, dijo el capitán, no vamos mal, y sino fuera porque no sé lo que he hecho de mis piernas, podría andar.

—¡Ah! dijo el doctor es la fiebre que se mantiene... vamos á ver.

El capitán alargó el brazo, y el director le tomó el pulso.

—¡Nada de fiebre, sin fiebre! dijo; ¿qué quiere decir esto? veamos la herida.

El capitán retiró su mano que habia tenido constantemente sobre su pecho, levantó el médico el apósito y vió que la herida estaba abierta todavía; pero en el mejor estado posible. Entonces conoció que se habia engañado y que el enfermo se curaría. Envió al punto á buscar medicinas, preparó un emplasto y se le aplicó en el cuello diciéndole se mantuviera tranquilo y todo iría bien. Dos horas despues tenía el capitán una fiebre como la de un toro; sufría tanto, que otro cualquiera hubiera gritado; pero como habia nacido valiente, se mordía los puños diciendo: es por tu bien, Antonio, es preciso sufrir para curarse, mi buen amigo; esto te enseñará á no mezclarte en cosas que no te atañen, despues hacia oracion por no jurar. Entretanto fué aquel estado en aumento hasta la noche; al fin estenuado por la fatiga se durmió.

A eso de media noche, porque ya conocéis que no habia pensado en dar cuerda á su reloj, sintió un dolor tan vivo que le despertó: era la jóven doncella de la noche anterior que habia vuelto y que quitaba el apósito del doctor. Le hizo seña como la vispera, de que guardara silencio; sacó de su pecho un frasquito y dejó caer sobre su herida algunas gotas de un liquido verdoso. Esto apagó el fuego que sentía en su pecho; y luego como la vispera tambien, cogió las yerbas machacadas; pero entonces las puso sobre la herida, las aplicó á ella con una venda, y como el herido estendiese los brazos hácia ella, le hizo seña de que no se moviera, y desapareció como lo habia hecho la primera vez. El capitán se sentía tan aliviado como si le hubiesen metido en un baño de leche. Nada ya de dolor, nada de fiebre, únicamente la maldita debilidad. Al fin se durmió tambien.

Todavía no se habia despertado al dia siguiente, cuando el doctor le hizo su visita. Al ruido de sus pasos, abrió el herido los ojos.

—Cada vez mejor, dijo el médico; buen semblante; sacad la lengua, la lengua; muy bien, dadme la mano, buen pulso; veamos la herida.

—¡Ah! dijo el capitán levantando la compresa de yerbas y la venda que la retenia, el apósito se ha desarreglado durante la noche.

—No importa, veámosla.

La herida marchaba perfectamente, estaba cerrada. El doctor prescribió un segundo emplasto semejante al anterior y encargó á la vieja le aplicase sobrè la herida. Mas apenas volvió la espalda, cuando el capitán, que recordaba lo que habia sufrido la vispera arrojó el endiablado emplasto por la ventana, volvió á poner sobre su herida las yerbas que estaban completamente secas, y como se sentía bien, pidió un caldo; mas la vieja le dijo que era una cosa prohibida. No habia que contestar, era preciso privarse de ello; pasó por todo lo que quisieron, y como iba cada vez á mejor, dijo por la noche á la vieja que podia acostarse, que no necesitaba á nadie, solo si que dejase la lámpara encendida, y que si tenia necesidad de algo, la llamaría. La vieja no queria otra cosa, hizo lo que deseaba el capitán, y le dejó solo.

Esta vez en lugar de dormir, permaneció con los ojos abiertos y fijos en la puerta. A media noche se abrió como de costumbre, y la jóven se adelantó hácia él.

—¿No dormis? dijo al capitán.

—No, os espero.

—¿Y cómo os encontráis?

—¡Oh! bien durante todo el dia y todavía mejor ahora.

—¿Y vuestra herida?

—Ved, está cerrada.

—Si.

—Gracias á vos, porque vos sois quien me ha salvado.

—No hacia nada demas cuidándoos, puesto que fué por mí por quien recibisteis la herida: gracias á Dios, estais curado.

—Y tan bien curado, respondió el capitán que no olvidaba su caldo, que me muerdo de hambre, os lo confieso.

La jóven se sonrió, sacó el frasco del dia anterior, solo que ahora el liquido que contenia era rojo como el vino; le vació en una tacita que cogió en la chimenea, y la presentó al capitán.

Aunque no era aquello lo que él pedia, la cogió al instante y probó su contenido con los labios; mas sabiéndole tan dulce como la miel, lo tomó de un solo trago. Por poca cosa que fuese aquello, le calmó algo el estómago; era muy singular: apenas equivaldria á una copita de rosoli. Y no era esto todo, á poco sintió un calor agradable que circulaba por todo su cuerpo y se creia en el paraíso. ¡Pobre capitán! miraba á la jóven, la hablaba sin saber lo que se decia: en fin, sintiendo cerrarse sus ojos, la cogió la mano y se durmió.

—¿No es ese el mismo liquido, pregunté yo, que el que en una ocasion semejante dió el posadero Matteo á Gaetano Sfera?

—Justamente, el mismo. El abuelo ha habitado aquel pais y conoció á la pobre doncella quien le dió su receta; por lo demas, es preciso creer que es una bebida hechizada,

porque el capitán tuvo sueños dorados, creía estar en la pesca del coral á la parte de Pantelleria, y que pescaba ramos magníficos; tenía lleno su buque, y no sabía ya donde meterlos: hasta que al fin le fué preciso ir á venderlos. Partió para Nápoles impulsándole una brisa de damas por la popa que le llevaba como por la mano. Al llegar al puerto su bordage era de seda, sus velas de gro color de rosa, y su buque de caoba. El rey y la reina, á quienes se había prevenido su llegada, le esperaban haciéndole señas con la mano. En fin, desembarcó, le condujeron á palacio y allí le hicieron beber *Lácryme-Christi*, en copas talladas, y comer macarroni en soperas de plata: en fin, era un sueño: le compraron su coral mucho mas caro que lo que pensaba venderlo, y volvió rico, riquísimo; y no hay necesidad de decir que toda la noche, toda la pasó así.

—¿Había tomado opio? dije.

—Es probable. De tal modo, que al día siguiente cuando despertó, se creyó el gran Turco. Mas cuando la abuela entró vió que se engañaba; recordó que era sencillamente el capitán Antonio Arena, que había sido herido, y que lo que había tomado por vino del Vesubio y macarroni, era simplemente cuatro gotas de un liquido rojizo que una jóven le había echado en la taza que todavía estaba sobre la silla inmediata á su cama: mas no dijo ni una palabra de aquello, solo indicó que quería levantarse, colocaron un sillón al lado de la ventana, cogió un palo, y á fé mia, anduvo medianamente: era una calaverada, ni mas ni menos, tres días despues de haber recibido una puñalada semejante; en fin, tenía el aire de un presidente cuando entró el doctor: ¡no esperaba cosa semejante el pobre hombre! era la cura mas asombrosa que había hecho en su vida. Se sentó cerca del herido.

—¡Y bien! capitán, le dijo, ¿parece que esto va cada vez mejor?

—Ya lo veis, doctor, perfectamente.

—¡Oh! ya no hay necesidad de tomaros el pulso ni examinaros la lengua; no se necesita mas que paciencia, y las fuerzas volverán. Mas cuando os vuelvan, si me queda algun consejo que daros, será el de que no os desafeis por todas las hechiceras que encontréis, porque hay algunas en Calabria.

—¿Qué decis?

—Digo que aquella por quien habeis recibido la puñalada que mi ciencia os acaba de curar, no valia la vida que ha estado en poco costaros.

—¿Cómo?

—¿No la conociais?

—No.

—Pues bien, es Giulia.

—¿Giulia? ¿es ese su nombre? ¿y qué?

—¡Y bien! ¿qué?... Es el nombre de una hechicera, y nada mas.

—¿Ella es hechicera? El capitán palideció. Luego, como no estuviera todavía convencido:

—¿Hechicera! replicó; doctor, ¿estais seguro de ello?

—Seguro como de mi existencia; en primer lugar es una jóven sin padre ni madre. Luego, ya veis, ha sido criada por un viejo pastor que decía la buena ventura; en fin, un envenenador.

—Pero esa no es una razon para que esta pobre doncella...

—Esa pobre doncella es una bruja, os lo repito; yo mismo la he encontrado en el campo por la noche, durante los plenilunios, buscando las yerbas y las plantas con que hace los maleficios. Cuando sucede una desgracia en la montaña ó en la playa, cuando un marinero se ahoga ó un hombre cualquiera recibe una puñalada, va á verlos por la noche; les hace volver en sí con palabras mágicas, les da brebajes compuestos con plantas desconocidas, y cuando los enfermos están próximos á curarse, los hace firmar un pacto, ¡Y bien! ¿qué tenéis, capitán? os poneis blanco como una sábana: ¡un sudor! ¡Oh! es efecto de la debilidad. Ya lo veis, os habeis levantado muy pronto. Pero es igual, mañana estareis mejor; ¡yo vendré á veros.

—Doctor, dijo el capitán, quisiera saldar mi cuenta con vos.

—¡Bah! eso no corre prisa, respondió el doctor.

—Si tal; si tal.

—Pues bien: mas ya sabeis de lo que os he librado; me dareis lo que os agrada, lo que á vuestro juicio merezco; jamás he puesto yo precio.

—¿Os acomoda un ducado por visita, doctor?

—Vaya un ducado por visita.

El capitán le dió tres ducados, y el doctor salió.

Un cuarto de hora despues llegamos tres marineros de la tripulación del capitán. Nunzio, mi pobre hermano y yo habíamos sabido el accidente aquel mismo día, y habíamos saltado en nuestra lancha. ¡Oh! una lancha pequeña, bien dispuesta, que se tragaba nudos como una golondrina, y en la que habíamos hecho la travesía desde Della Pace á Palma, que debo advertiros dista nueve leguas muy largas, en tres horas y media, ni un minuto mas; es buen andar, ¿eh?

—Muy bien, muy bien; mas me parece que os separais algo de vuestra narración, mi querido Pietro.

—Es verdad. ¡Ah! dijo el capitán al vernos, seais bien venidos. ¡Pobre capitán! Le besamos las manos como al pan bendito. Ya veis, nos habian dicho que había muerto, y no solo le encontrábamos vivo, sino aun levantado y con buena fisonomía; de modo que estábamos locos de contento.

—No es esto todo, hijos míos, nos dijo; ¿habeis venido con la lancha?

—Sí.

—Pues bien, es preciso tenerla dispuesta para volvernós todos juntos esta noche.

—¿Esta noche?

—¡Chist!

—Capitan, no penseis en ello; ¡herido como estais!

—Os digo que es preciso; basta de razones, basta de palabras, basta de observaciones; cuando os digo que es preciso partir, necesario es partir.

—¡Pero si el viento es malo!

—Caminaremos al remo, y aun cuando deba hacerlo, me pondré yo mismo á ello.

—¡Vos, capitan! ¡cómo! Eso es bueno para divertirnos cuando esteis restablecido y haya bonanza; pero cuando estais herido, ¡seria bonito!

—Asi está convenido.

—Convenido.

—Mandad traer vino, y que sea del mejor; yo pago.

Hicimos traer vinillo de Calabria y castañas; cuando paseis por Calabria no olvideis esto, porque no hay otra cosa de bueno en el pais que el moscatel y las castañas. Por lo que hace á los hombres, son verdaderos bandidos que entregaron á Joaquin y le fusilaron despues.

—Me parece, repliqué, que no quereis mucho á los calabreses.

—¡Oh! entre ellos y nosotros hay una guerra á muerte; os hablaré de ellos, perded cuidado; mas por el pronto volvamos al capitan: tomó un dedalito de vino, lo cual le sentó perfectamente. Recobraba sus fuerzas que era una bendicion; en fin, á las ocho nos separamos de él para ir á prepararlo todo. A las once estábamos de vuelta: el capitan estaba muy impaciente; se habia levantado y estaba dispuesto á partir.

—¡Ah! dijo, temia no viniérais hasta media noche: larguémonos.

—¡Sin decir nada á nadie?

—Ya he pagado al médico, y aqui hay dos duros para la abuela.

—Haceis las cosas en grande, capitan.

—Siempre que me queden dos pesetas para mandar decir una misa en llegando á La Pacea, es cuanto necesito. En marcha.

—¡Oh! con vuestro permiso, capitan, no ireis, os llevaremos.

—Como querais, però marchemos.

Le cogió Nunzio sobre sus hombros como se coge á un niño, y como no estábamos á mas de cien pasos del sitio en que habiamos amarrado la lancha, llegamos en diez minutos. En el momento en que dejábamos al capitan en ella, vimos elevarse lentamente una figura blanca sobre una roca de la costa; nos miró un instante, luego nos pareció se deslizaba por la roca, y se dirigió hácia nosotros. Entretanto echábamos al mar la barquilla, lo cual dió tiempo á la sombra para aproximarse;

se; apenas estaria á quince pasos, cuando el capitan la vió.

—¿Está á flote la barca? exclamó levantándose y con una voz tan robusta como si tuviera completa salud.

—Si, capitan, respondimos todos á un tiempo.

—Pues bien, al remo, amigos míos, y larguémos, larguémos al punto.

La muger dió un grito: todos nos volvimos hácia ella.

—¿Quién es esa muger? preguntó Nunzio.

—Una hechicera, respondió el capitan haciendo la señal de la cruz.

La lancha surcó el mar, arrastrada con la misma velocidad que si tuviera alas; la pobre criatura que dejábamos á popa, vimos que cayó en la arena y quedó allí tendida como si estuviera muerta.

En cuanto al capitan, habia caido desmayado en el fondo de la lancha.

UNA TROMBA.

—¡A la mesa! dijo Jadin reapareciendo sobre el puente con una langosta en una mano, un plato de patatas en la otra, y una botella de vino de Siracusa bajo cada brazo. Mas aquel dia Jadin comió solo; el capitan estaba triste, y era fácil conocer que su tristeza provenia de los recuerdos que habia yo despertado en él con mi proposicion de ir al cabo Blanco. Yo me hallaba preocupado por la narracion de Pietro, en la que buscaba la realidad bajo la engañadora capa con que él la habia cubierto. Por lo demas, la oscuridad esparcida sobre ciertos hechos, oscuridad que el espíritu supersticioso del narrador en lugar de aclarar aumentaba á cada nueva pregunta, la dificultad que experimentaba yo tambien algunas veces en comprender el lenguaje en que se me hacia la narracion, todo contribuia á trasladar los individuos que entraban en aquel sencillo drama, á una escena inmensa y en ese gigantesco cuadro de poéticas sombras que aparecerian bajo una forma estraña y de un color raro en medio de nuestra civilizacion. Por lo demas experimentaba yo un encanto indecible al ver en los mismos lugares que habitaban en otro tiempo las creencias profanas, errar hoy como sombras de la edad media las supersticiones cristianas, que desterradas de nuestras ciudades y aldeas, se refugiaban en el Océano y envuelven en una misma atmosfera el buque del marinero breton que boga hácia el Nuevo Mundo y la barca del ma-

rino del Mediterráneo que rema hácia el antiguo. Intentaré, pues, hacer partícipes á mis lectores de las sensaciones que he experimentado, sin discurrir para ellos mas que lo que he discurrido para mí, á fin de que, hastiados como ellos están y como estaba yo de esos hechos positivos de la política y de los exactos descubrimientos de la ciencia, respiren conmigo el soplo de esta atmósfera nueva, en medio de la que los hombres y las cosas pierden sus contornos secos y áridos para aparecer ante nosotros con la vaguedad, la melancolía y el encanto que esparcen sobre ellos la distancia, el vapor y la noche.

Fácilmente se comprenderá, pues, que al punto, y aun antes de terminarse la comida, me levanté é hice seña á Pietro de que me siguiera. Fuimos á sentarnos á la proa del buque, y tendiendo la mano hácia el horizonte, le señalé en las costas de la Calabria la aldea de Palma, dorada por los últimos rayos del sol.

—Si, si, me dijo, os comprendo, y yo mismo no he comido nada por temor de que la comida no me sentase mal contándoos lo que me resta que decir, porque es lo mas triste, lo veréis.

—Quedásteis en el desmayo del capitán.

—¡Oh! no duró mucho tiempo, el fresco de la noche le hizo al momento volver en sí. Llegamos á eso de las cuatro á la aldea; aquella misma mañana se confesó Antonio; ocho dias despues mandó decir una misa y al cabo de un año, como os he referido, se casó con su prima Francesca.

—¿No habia vuelto á ver á Giulia en aquel intermedio?

—No, pero habia oido hablar de ella frecuentemente. Despues de la aventura de la puñalada, se habia vuelto todavia mas errante y solitaria que antes, y se decia que amaba al capitán: podeis juzgar el efecto que le haria encontrarla cerca del lago, y no es extraño que volviese de su entrevista con ella tan pálido y agitado.

Necesario es os diga que el capitán debia hacer un corto viage en cuanto se casara: debiamos trasportar á Lipari un cargamento de aceite de Calabria, y el capitán habia retardado su travesía, á fin de poder cargar pasolina al volver á pasar por Stromboli; de esta manera nada se perdía ni la ida ni la vuelta, y esto lo habia proyectado desde el momento que dispuso el matrimonio con su prima, á quien amaba hacia largo tiempo.

Tres ó cuatro dias despues de su encuentro con Giulia, me llamó.—Toma, Pietro, me dijo, ve en mi lugar á Palma, te entenderás con el señor Piglia sobre el dia en qué enviaré el aceite á San Giovanni, donde está convenido que iremos á buscarlo. Ya comprendes el por qué no voy yo mismo.

—Bueno, bueno, capitán, respondí, entiéndolo; la hechicera, ¿no es eso?

—Si.

—Bien, perded cuidado, la cosa se hará con toda conciencia. En efecto, al dia siguiente tomé el barco; dije á mi hermano y á Nunzio me acompañasen, y partimos. En cuanto llegué á Palma los dejé á bordo y me fui á casa del señor Piglia. ¡Oh! los arreglos con éste están hechos al momento, el señor Piglia es un hombre fiel y seguro. Al cabo de cinco minutos todo estaba concluido, y me hubiese podido volver si no me hubiese convidado á comer. Es así, rico, millonario; pero sin vanidad; sienta un marinero á la mesa y trinca con él. ¡Votó vál! no habiamos trincaado mal. De repente oígo dar las nueve; aquello me recordó que los otros me esperaban.—Con que dije, es cosa convenida, señor Piglia; de hoy en ocho dias el aceite estará en San Giovanni.

Salí de allí. Hacia una noche enteramente oscura; pero conocia yo mi camino como mi bolsillo. Tomo por una pendiente que conducia derecho á la mar, y emprenco mi camino silbando. De repente distingo delante de mí una cosa blanca que estaba sentada sobre una roca; me detengo, se levanta; continuo mi camino, se atraviesa en él.

—¡Hola, hola! dije yo para mí, aqui hay algo sospechoso: las señoritas que se pasean á estas horas no han salido para irse á confesar. Pero es imperdonable, que yo, Pietro, que no tengo miedo á un hombre ni á dos, ni á diez, siento temblar mis piernas y luego un sudor frio que me corria desde la raiz de los cabellos; y aun todavia me estremezco. Pero es igual, yo continuaba.—Ya adivinareis que era la hechicera, ¿no es así?

—Sin duda.

—Pues bien, no se movia mas que un guardacanton; pero no está en eso lo admirable, sino que al llegar cerca de ella:

—Pietro, me dijo.—Sabia mi nombre, ¿comprendeis?

—Está bien, si, Pietro, respondo, ¿qué hay? ¿qué tenemos?

—Pietro, volvió á decir, tú perteneces á la tripulación del capitán Arena.

—¡Pardiez! ¡maravillosa sagacidad! eso es sabido; si no tenéis otra cosa que enseñarme, no vale la pena de detenerme.

—Tú le amas.

—¡Oh! eso como á un hermano.

—¡Pues bien! dile que no haga ningun viage durante esta luna; nada mas que esto. Este viage le seria fatal, como á sus compañeros.

—¡Bah! ¿lo creéis así?

—Estoy segura de ello.

—Pues bien, se lo diré.

—¿Me lo prometes?

—Doy mi palabra.

—Está bien, pasa.

Entonces se separó, me achiqué para no tocarle; continué andando veinte pasos sin

precipitar mas los unos que los otros, para no demostrar que tenia miedo; mas al primer recodo, llamé á talones; y avancé un poco de prisa, como sabeis lo hago cuando me pongo á ello.

—Si, si, conozeo vuestros medios.

La lancha me esperaba. Cuando Nunzio y mi hermano me vieron llegar desalentado, sospecharon que habia algo; entonces me cogió cada uno por un brazo para ayudarme á subir mas aprisa y se pusieron á remar como si hiciesen la pesca del espada. Esto no hubiera podido durar largo tiempo; mas una vez fuera de la rada se levantó el viento, izamos la vela, y llegamos al momento á la aldea. Ganas tenia yo de ir á despertar al capitán inmediatamente; pero calculé que al dia siguiente por la mañana aun seria tiempo. Por otra parte no queria yo decir nada delante de su muger. Al dia siguiente fui á verle y le referí lo que habia.

—Lo mismo me ha dicho á mi, me respondió.

—¡Y bien! ¿no aguardareis á la otra luna, capitán?

—Imposible. Ya se ha comenzado á secar la pasolina y si aguardamos mas tiempo llegaremos despues que los demas, lo cual hará que la tengamos mas mala y mas cara.

—Que caramba, eso vos lo vereis.

—Está ya visto, dices que el sábado próximo estarán los aceites en San Giovanni, ¿no es así?

—El sábado próximo.

—Pues bien, el sábado cargaremos, y el lunes á la vela.

—Está bien, capitán.

No hice mas observaciones: sabia que una vez fijada una cosa en su cabeza, no habia ni dios ni diablo que pudiese hacerle cambiar de resolucion; así que no se volvió á hablar del asunto: el sábado á las cinco de la madrugada fuimos á cargar á San Giovanni. A las ocho de la noche estaban á bordo las cincuenta barricas de aceite; y á las doce nos hallábamos de vuelta en La Pace. El capitán encontró á su muger deshecha en lágrimas y la preguntó por que lloraba, y entonces ella le refirió que al caer la tarde habia subido al jardín para coger higos chumbos: mientras recogió los bastantes para llenar su delantal, habia entrado la noche; al volver se encontró una muger envuelta en un gran velo de lana blanca, y aquella muger le habia dicho que si su marido partia antes de la luna nueva le sucederia alguna desgracia.

—¿Era la misma Giulia? pregunté.

—¡Podeis juzgar el estado en que se hallaba la pobre muger! El capitán la tranquilizó como pudo, porque él mismo no estaba demasiado tranquilo; y el hecho es que no habia por qué estarlo. Pero Francesca dijo y suplicó, sin que Antonio quisiese oír nada: el buque estaba cargado, el precio ajustado, el

dia fijado, era cosa hecha; todo lo que pudo obtener fué que oiria con ella al dia siguiente una misa que habia ido á encargar á la iglesia de los Jesuitas por el feliz viage de su marido. Al dia siguiente, que era un domingo, fueron los dos á la iglesia; la misa estaba encargada para las ocho: habian llegado algunos minutos antes de que diese la hora; se pusieron de rodillas y comenzaron á rezar. Cuando concluyeron levantaron la cabeza, y vieron en medio del coro un ataud cubierto de una tela negra y cirios alrededor: un monaguillo se acercó á encenderlos, y Antonio le preguntó que misa era la que se iba á decir. El monaguillo respondió que era la encargada por la muger del capitán, y como en aquel momento subia el sacerdote al altar, no le hizo mas preguntas. Al punto comenzó la misa.

A las primeras palabras que pronunció el sacerdote se miraron palideciendo el capitán y su muger. No obstante, se pusieron los dos á rezar; mas cuando los chantres entonaron el *De profundis*, la pobre Francesca no pudo resistir mas tiempo á su terror, dió un grito y se desmayó. Era tan doloroso aquel grito, que el sacerdote bajó del altar y se aproximó á la que lo habia dado.

—Pero, dijo el capitán con una voz alterada, ¿qué diablo de misa nos cántais?

—El Oficio de difuntos, respondió el sacerdote.

—¿Quién es lo ha mandado?

—Francesca.

—¡Yo! ¡un Oficio de difuntos! exclamó la pobre muger. ¡Oh! ¡no, no! os he encargado una misa por el feliz regreso de mi marido, y no una misa de funeral.

—Entonces comprendí mal y me he engañado, respondió el sacerdote.

—¡Virgen santa, tened piedad de nosotros! exclamó Francesca.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo con resignación el capitán.

A los dos dias partimos.

Jamás habíamos tenido un tiempo mas hermoso para aparejar. Pasamos por delante del Faro arrogantes como si hubiésemos tenido alas. El capitán estaba en la apariencia tan tranquilo como si nada le atormentase en el fondo del corazón. Pero yo que estaba en pormenores, le vi cuando doblamos la torre mirar dos ó tres veces hácia la parte de Palma. En fin, pidió su antejo, se le dieron, miró largo tiempo la costa, y sin decir una palabra, me alargó el instrumento. Miré despues que él, y á pesar de la distancia, vi á Giulia tan claramente como os veo á vos: estaba sentada en lo alto de una roca cuya base se hundia en el mar, mirando al buque, y de cuando en cuando enjugándose los ojos con su pañuelo.

—Ciertamente es ella, dije volviendo el antejo al capitán.

—Si, la he reconocido.

—¿Irá á permanecer mucho tiempo allí? Porque me atonta.

—¿Crees verdaderamente que sea hechicera?

—Si lo es, capitán; pondría mi mano en el fuego.

—Sin embargo, jamás me ha hecho daño; antes por el contrario, sin ella....

—¿Qué?

—Que por ella no navegaría yo hoy. No puede quererme mal, porque cuando la ví á orilla del lago, no amenazaba, suplicaba, lloraba.

—¡Pardiez! si no es mas que eso, todavía llora, bien se la vé.

El capitán volvió á dirigir el antejo, miró con mas atencion todavía que la primera vez; luego, dando un suspiro, cerró su antejo con la palma de la mano, y pasando su brazo bajo el mio:

—Vamos á dar una vuelta por la proa, me dijo.

—Con mucho gusto, capitán.

La tripulacion jamás habia estado mas alegre; se reía, se contaban historietas, y luego, ya lo veis, cuando vamos á las islas es una diversion; como habeis podido observar, tenemos alli relaciones, de modo que cada uno hablaba de su cada una, y escusado es decir que habia mucha broma. Así que me vieron:

—Vamos, Pietro, la tarantela.

—¡Oh! no estoy de humor de bailar, respondí.

—¡Bah! nosotros te haremos bailar aunque no quieras, dijo mi pobre hermano.

—¡Ah! un buen mozo; mirad, diez años menos que yo: le amaba como á un hijo. En seguida se pone á silbar, los otros á cantar, y yo, á fè mia, sentí cosquillas en las plantas de los pies; comencé á bailar con una pierna, luego con la otra, y he aquí que ya estoy en medio. Ya sabeis que cuando me pongo á ello no es por poco tiempo: ellos continuaban y yo tambien; al cabo de una media hora caí hácia atrás: estaba rendido.

—¡Oh! dije, un vaso de moscatel no me vendrá mal. Me alargaron la botella. ¡A la salud del capitán, y á su feliz viage! ¿Dónde está el capitán?

—En la popa, me dijo Nunzio.

—¿Cómo! ¿qué haces ahí tú, piloto?

—Ya lo ves, cruzarme de brazos; el capitán se ha encargado del timon.

—¡Ah! Con esto me levanto, y me voy á donde estaba. Tenia una mano sobre el timon, y en la otra el catalejo. La noche comenzaba á caer.

—¿Qué es eso, capitán?

—Ella continúa allí.

Puse la mano sobre mis ojos, y ví un punto blanco, nada mas.

—Es una equivocacion, dije al capitán, creo que os engañais, aquello no es una muger, es demasiado pequeño; tiene mas bien el aspecto de una paviota.

—Es por la distancia.

—¡Oh! tengo buena vista, no necesito de antejo: Sostengo lo que he dicho, es una paviota.

—Te engañas.

—¡Cómo! mirad, la prueba es que echa á volar. El capitán dió un grito y se lanzó sobre el filarete. ¡Y bien! dije cogiéndole por los pantalones, ¿qué vais á hacer?

—Es verdad, tendria tiempo de ahogarse diez veces antes que yo llegase. Y mas bien que bajar cayó en el puente.

—¿Cómo?

—Se ha arrojado al mar.

—¡Bah!

—Mira.

Cogí el antejo: era inútil, ya no habia nadie.

—¡Y bien! dije al capitán, ¿qué queréis!

Mas él se desesperaba.

—Vamos, sed hombre, y que los demas no se aperceiban de esto.

—Ve á verlos y di á Nunzio que puede dormir esta noche, yo quedaré en el timon.

Me tendió la mano, la cogí y la apreté.

—En último resultado, le dije, todo es una hechicera menos.

—¿Crees que era hechicera? replicó.

—¡Carama, capitán! sabeis mi opinion, y ya va con esta tres veces que os lo digo.

—Está bien, déjame. Le obedecí.

—Podeis acostaros todos, les dijo, el capitán velará.

Esto les venia muy bien á todos, de modo que no hubo réplica. Al dia siguiente despertamos en Lipari; en cuanto al capitán, no habia cerrado sus ojos.

Permanecimos alli tres dias, no para descargar el aceite, que esta operacion la terminamos en veinte y cuatro horas, sino celebrando la boda; en seguida partimos para Stromboli ligeros como el corcho. Alli cargamos, como se habia convenido, el valor de unas mil libras de pasolina: y no es decir que fuviésemos dinero para pagar esto al contado, pero el capitán tenia mucho crédito y estaba seguro de salir de ello con ventaja sin mas que ir á Melazzo; ya estaban alli colocadas de antemano doscientas libras. Por tanto, como podeis conocer, en lugar de volver de Stromboli á Messina, se maniobró sobre el cabo Blanco. Ya nos acercamos al hecho; ya veis que lo he retardado tanto cuanto me ha sido posible, pero aquí ya no hay medio de volverse atrás: es preciso marchar.

—Un vaso de ron, Pietro.

—No, gracias. Era al medio dia, brillaba un hermoso sol de fin de setiembre; el tiempo era bonancible, corria un poco de viento y nada mas. El capitán fumaba, el hermano de Filippo, ya sabeis, el cantor, jugaba á la morra con mi pobre hermano Bautista. Yo estaba de cocina. Asomo la nariz por casualidad fuera de la cantina. Calla, dije, he ahí una nube

singular y de un color endemoniado. Era como verde, del color de la mar, y era la única que habia en la atmósfera.

—Si, me responde el capitán; diez minutos hace que la estoy mirando. Mira como se vuelve, Nunzio.

—¿Me habláis, capitán? dijo el piloto levantando la cabeza por detrás de la cámara.

—¿Lo ves?

—Si.

—¿Qué opinas de eso?

—Nada bueno.

—Si desplegásemos todas las velas, acaso llegaríamos al cabo Blanco antes de la borrasca.

—Esa no es una borrasca, capitán; no hay tormenta en el aire; el tiempo está completamente sereno, la brisa viene de Grecia; ved sino el humo de Stromboli que marcha contra el viento.

—Es verdad, dijo el capitán.

—¡Oh! mirad, mirad, capitán, ved la mar por debajo de la nube, como se alborota.

—Todo el mundo sobre cubierta, gritó el capitán.

En un instante estábamos allí los doce, con los ojos fijos en el punto en cuestión, donde el agua hervía cada vez mas. La nube descendía; se hubiera dicho que se atraían una á otra, que la mar iba á subir y el cielo á bajar. Por fin, el vapor y el agua se unieron. Parecía un inmenso pino cuyo tronco lo forma el agua y la copa el vapor. Entonces conocimos que era una tromba; en el mismo momento comenzó á ponerse en movimiento la vasta máquina. Se hubiera creído una gigantesca serpiente de relucientes escamas que marchase sostenida sobre su cola, vomitando humo por sus fauces. Vaciló un instante como para buscar la dirección que debía llevar. Al fin se decidió á dirigirse hácia nosotros. Al mismo tiempo cesó el viento.

—A los remos, gritó el capitán.

Cada uno empuñó su remo; no teníamos mas que adelantar veinte pasos para que la tromba pasase por detrás. No hay necesidad de decir si menearíamos los brazos, marchábamos, ¡Dios me perdone! con tanta velocidad como cuando sopla el viento del diablo. Así que, la ganamos muy pronto la delantera de tal modo, cuando continuaba su camino por detrás encontró nuestro surco todavía no borrado. Nosotros remábamos cada vez con mas ardor volviéndola la espalda; de suerte, que no viéndola ya, creímos habernos librado. De repente vimos á Nunzio que gritaba:

—¡La tromba! ¡la tromba! Nos volvimos á mirar.

Sea que nuestra rápida marcha hubiese establecido una corriente de aire, sea que el surco que íbamos dejando la marcase su ruta, habia cambiado de dirección y se habia puesto en nuestra persecución. Parecía uno de esos gigantes que existían en otro tiempo

en las cavernas del monte Etna y que perseguían hasta alta mar á los buques que tenían la desgracia de arribar á Catania ó á Taormina. Ya no teníamos brazos, ya no teníamos voz, no nos quedaban libres mas que los ojos. Yo recuerdo que me hallaba como atontado; seguía con la vista una corpulenta ave marina que habia sido arrastrada por la tromba y que revoloteaba como un grano de arena, sin poder salir del círculo que la encerraba. A medida que la tromba se aproximaba, retrocedíamos ante ella; de modo, que nos encontramos todos amontonados en la proa del buque; excepto el piloto, que firme en su puesto, permanecía en la popa. De repente, tiembla el barco como si también tuviese miedo. Los mástiles se doblan como juncos, las velas se desgarran como telas de araña; el buque se volcó. Todos habíamos sido sumergidos.

No sé el tiempo que pasé bajo el agua. En lo que me es posible calcular, me sumergí á unos treinta pies de profundidad. Felizmente habia tenido tiempo de hacer provision de aire, de modo, que no estaba muy aturdido cuando volví á la superficie del mar. Abri los ojos, miré á mi alrededor, y la primera cosa que vi fué á nuestro pobre barco flotando hácia arriba y hácia abajo como una ballena muerta. En aquel instante oí me llamaban, me volví, era el capitán. Vamos, vamos, ánimo, le dije; no estamos paralíticos, y con la ayuda de Dios, podemos salir adelante.

—Si, si, dijo el capitán; pero ve ahí uno que aparece detrás de ti, es Vicenzo.

—¡A mí! exclamó Vicenzo; siento una pierna rota, no puedo sostenerme en el agua.

—Empujémosle hácia el buque, capitán; se montará encima, y mientras no se baje á fondo completamente, correrá el azar y acaso será visto por alguna barca de pesca. ¡Valor, Vicenzo, valor!

Le cogimos cada uno por debajo de un brazo, y le sostuvimos sobre el agua, en seguida llevado hasta el buque, se agarró á él, y con la ayuda de sus dos manos y de la pierna sana consiguió encaramarse sobre la quilla.

—¡Ah! dijo cuando estuvo asegurado sobre el elemento, veo á los demas: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, vosotros dos diez y yo once: no falta mas que uno. El que faltaba se llamaba Jordano; jamás volvimos á saber de él.

—¡Vamos! dije al capitán, es preciso nadar con concierto y picar derechos al cabo. Es un poco lejos, ¡qué diantre! y algunos se quedarán en el camino; pero de todos modos, es preciso que no os auseteis por eso. Vamos, adelante la marinería.

—¡Buen viaje! nos gritó Vicenzo.

—Una palabra, abuelo.

—¡Eh!

—¿Ves á mi hermano?

—Si, es el segundo allá á lo lejos.

—¡Dios te recompense por tu buena noticia!—Y me puse á nadar hácia el que me habia indicado, tan velozmente que el capitán casi no podia seguirme. Al cabo de diez minutos, estábamos todos reunidos, y nadábamos en línea. Me aproximé á mi hermano.

—¡Y bien! Bautista, le dije, vamos á echarnos una larga tirada.

—¡Oh! respondió, nada valdria eso sino tuviera puesta la chaqueta; pero me incomoda bajo los brazos.

—¡Pues bien! approximate á mí y no me pierdas de vista; cuando conozcas que te debilitas, te apoyas en mis espaldas. Sabes que no soy corpulento, pero tengo robustez.

—Si, hermano.

—¿Cómo! ¿piloto, sois vos?

—El mismo, muchacho.

—Calle, calle, no habeis vos sido tan tonto, estais completamente desnudo.

—Si, he tenido tiempo de desnudarme; pero si quieres seguir mi consejo, no gastes tu aliento en charlar, le has de necesitar antes de una hora.

—Una palabra tan solo: no perdais de vista al capitán.

—Desenida.

—Ahora, chiton.

Así se pasaria como una hora. Al cabo de este tiempo, viendo á mi hermano inquieto:

—¿Te cansas? le dije.

—No, no es eso, es que no veo ya á Giovanni.

Era el hermano de Filippo.

Me volví, miré por todos lados; trabajo inútil, habia ido á reunirse con Jordano. Y eso, sin decir una palabra por miedo de atemorizarnos.

Ved lo que pasa entre los marineros; no obstante, dije para mí una Ave María, mitad para él, mitad para mí, y me puse estendido boca arriba para descansar. Pasaria en esto otra hora; he cuando en cuando miraba á mi hermano, quien cada vez se iba poniendo mas pálido.

—¿Te has cansado, Bautista?

—No, todavía no, pero ya no somos mas que ocho.

—¡Una barca! gritó el capitán.

En efecto, al extremo del cabo, vimos apuntar una vela con rumbo hácia nosotros; esto redobló nuestras fuerzas y nos pusimos á nadar con arrojó. Se dirigia hácia nosotros; pero debia emplear una hora antes de alcanzarnos.

—No llegaré hasta ella, dijo Bautista.

—Apóyate en mí.

—Todavía no.

—Entonces no te apresures y descansa sobre los brazos.

—Es este demonio de vestido el que me incomoda.

—Animo.

Todo marchó bien durante unos tres cuartos de hora. Veíamos aproximarse la barca; no debia estar á mas de una legua de nosotros. Oí toser á Bautista; volvíme apresuradamente á mirar.—No es nada, dijo, esto no es nada.

—Si tal, es algo, le respondí; vamos, vamos, nada de fanfarronería y apoya tu mano sobre mi espalda, esto te ayudará.

—Pues approximate á mí, porque noto que me voy entumeciendo. En dos avances le alcancé, le puse la mano sobre mi cuello, y esto le alivió.

—¡La barca nos ha visto! gritó el capitán.

—¿Oyes, Bautista? la barca nos ha visto, nos hemos salvado.

—No todos, porque vé ahí á Gaëtano que se ahoga.

—Vamos, vamos, no te ocupes de los demás, cada uno mire por sí, hermano.

—Entonces ¿por qué no me dejas?

—Porque tú eres yo.

—Callaos, pues, dijo el piloto; os debilitais.

Habia dicho verdad, ¡pobre Bautista! no podia seguir; me pesaba como un plomo, de modo que ya no avanzaba yo nada. Sin embargo, la barca continuaba adelantando; ya veíamos la gente que estaba á bordo, oíamos sus gritos, pero solo Nunzio les respondia. Se hubiera dicho que tenia aletas el viejo can marino; no se cansaba. En cuanto á Bautista era muy distinto; tenia los ojos medio cerrados, y sentia yo su brazo que se contraía con rigidez alrededor de mi cuello; yo mismo comenzaba á respirar dando ciertos silbidos.

—Piloto, dije, si no llevo hasta el barco mandarás decir dos misas por mí, ¿no es así? No habia aun acabado, cuando siento á mi hermano que entra en la agonía.

—¡A mí, piloto, á!... ¡Vete á pasear! Cubria ya el agua mi cabeza. Ya sabeis que se tragan tres bocanadas antes de irse á fondo completamente.

—Bueno, dije, todavía tengo que tragar dos. Efectivamente, volví á flotar sobre el agua. Tenia el sol frente á los ojos, y me parecia enteramente rojo; veia la barca envuelta en una niebla, no sabia si estaba cerca ó lejos; queria hablar, llamar, como si tuviese una pesadilla. Si no hubiese sido por Bautista, hubiera podido acaso volverme boca arriba; pero con él, imposible, notaba que me arrastraba y me iba hundiendo.—Bueno, dije, ya tenemos el segundo trago, no me queda mas que uno; en fin, reüní todas mis fuerzas, volví á la superficie; el sol estaba negro. ¡Ah! ¿jamás os habeis ahogado?

—No. Continúa, Pietro.

—¿Qué diablos queréis que continúe? no sé nada mas. No conocia ya á mi hermano, que me tenia cogido por el cuello; sentia que me hundia con una cosa que me arrastraba al fondo, con una cosa que me ahogaba, y traté de

desembarazarme de aquella cosa. No sé cómo me goberné, pero ¡Dios me perdone! lo conseguí. Entonces tuve un momento de bienestar; me pareció que respiraba, que me llevaban, luego que me daban vuelta. Cuando abrí los ojos, estábamos en la punta del cabo Blanco, que veis allá abajo; estaba yo colgado por los pies y arrojaba por la boca el agua del mar semejante al caño de una fuente grueso como mi brazo. Nuncio estaba cerca de mí y me frotaba el pecho y los riñones.

—¿Y los demás?

—Cuatro se habían salvado, y con Nunzio y yo seis.

—¿Y el capitán?

—El capitán no se había ahogado, pero á consecuencia de los esfuerzos que había hecho al poner el pie en la barca, se había vuelto á abrir su herida. Ya no quiso volver á cerrarse; en tres días perdió toda la sangre de su cuerpo y en el tercero murió: prueba de que Giulia era hechicera.

—¿Y Vicenzo á quien dejásteis sobre el buque con una pierna rota?

—Es el mismo que veis allí, y que está en conversacion con vuestro compañero y el cocinero. Pues bien, ahora comprendereis por qué no nos agrada ir al cabo Blanco.

En efecto, lo comprendia.

En aquel momento el capitán se aproximó á nosotros, y viendo por nuestro silencio que habíamos concluido:

—Escelencia, me dijo, creo que vuestra intencion es tocar en tierra solo en Messina, y volver inmediatamente á Nápoles por la Calabria.

—Si, ¿habrá algun inconveniente?

—Al contrario, venia á proponer á vuestra excelencia desembarcar directamente en San Giovanni: para no pagar dos patentes por el Speronare, atravesaremos el estrecho en la chalupa.

—Magnífico.

—A San Giovanni, abuelo, dijo el capitán volviéndose hácia el piloto.

Nunzio hizo una señal con la cabeza, imprimió un ligero movimiento al timon, y el pequeño buque, dócil como un caballo de escuela, volvió su proa hácia la parte de la Calabria.

A las diez de la noche anclamos á veinte brazas de la costa.

tan tuvo la prevision de ir á la policia cuando se abrió la oficina, es decir, á las seis de la madrugada, eran las ocho y aun no estaba de vuelta en el Speronare; por fin le vimos asomar por el estremo de una calle corta, escoltado por una partida de aduaneros, los cuales se colocaron en semicírculo en la costa, formando un cordon sanitario entre nosotros y la poblacion: tomada esta disposicion estratégica, nos hicieron desembarcar con nuestros papeles, los que recibieron de nuestras manos con largas pinzas, y fueron sometidos á una comision de tres miembros, elegidos sin duda entre los mas instruidos. Habiendo sido favorable, á lo que parecia, aquel exámen, nos fueron devueltos nuestros documentos, y se procedió al interrogatorio, el cual se reducia á saber de dónde veníamos, á dónde íbamos, y con qué objeto viajábamos. Respondimos sin vacilar que veníamos de Stromboli, que íbamos á Bauso, y que viajábamos por divertirnos. Estas contestaciones fueron sometidas á un exámen semejante al que habían sufrido nuestros papeles, y sin duda como estos salieron de él victoriosas, porque el gefe de la partida, tranquilizado con respecto á nuestro estado sanitario, se aproximó á nosotros para decirnos que se nos iba á entregar nuestra patente, y que podríamos continuar nuestro camino; un duro que le ofrecí, y que no creyó deber tomar con pinzas como los pasaportes, activó las últimas formalidades, de modo que un cuarto de hora despues, es decir á eso de las diez, recibimos nuestra autorizacion para partir á Messina.

Únicamente yo la aproveché: Jadin había divisado una barca de pescadores, y en aquella barca tres ó cuatro pescados de formas y colores tan seductores, que el deseo de dibujarlos pudo mas en él que el de visitar el teatro de las hazañas de Pascal Bruno; además, pensaba ir los dos dias siguientes á sacar un croquis de Scylla.

Toda la tripulacion y yo nos metimos en una lanchita: todos tenian prisa por volver á ver á sus mugeres. Jadin, el grumete y Milord quedaron solos para guardar el Speronare. No queriendo retardarles su felicidad, autoricé á nuestros marineros para que virasen directamente á la aldea Della Pace; este permiso fué recibido con vivas de regocijo: cada uno empuñó su remo, y volamos en toda la estension de la palabra, sobre la superficie del mar.

Desde por la mañana habían reconocido de un lado al otro del estrecho nuestro pequeño buque anclado en las costas de la Calabria, y como se figuraban que el dia no pasaria sin una visita de su tripulacion, no le habían perdido de vista: así apenas habíamos caminado una milla, comenzamos á ver reunirse toda la poblacion en la orilla del mar. Esto redobló el ardor de nuestros marineros: en menos de cuarenta minutos estuvimos en tierra.

Como únicamente yo no era esperado por

LA JAULA DE HIERRO.

Si habíamos experimentado dificultades para desembarcar en la capital del archipiélago lipariota, muy distinto fué para verificarlo en las costas de la Calabria: aunque nuestro capi-

nadie, dejé á toda mi gente entregada á la alegría del regreso, y dándoles cita para de allí á dos dias á las ocho de la mañana en la fonda de la Marina, me dirigí hácia Messina, á donde llegué hácia el medio dia.

Era demasiado tarde para pensar en hacer mi correría en el mismo dia: hubiese tenido que hacer noche en alguna infame posada de aldea, y no queria yo anticipar los placeres que por ese lado me prometia la Calabria; púseme, pues, á recorrer las calles de Messina por ver si en mi primer viage me habia olvidado de visitar alguna obra maestra. Absolutamente nada habia olvidado.

Al entrar en la fonda se me presentó un jóven muy alto: creí reconocerle y me dirigí hácia él: en efecto, era el hermano de la señorita Schulz, con quien habia trabado conocimiento hácia dos meses. No creia volverle á hallar en Messina, mas su hermana habia sido muy bien recibida en el teatro, y habia permanecido en la segunda capital de la Sicilia mucho mas tiempo que el que al principio habia creído.

Explicué á Mr. Schulz las causas de mi vuelta á Messina. Tan curioso como el que mas de lo novelesco, se ofreció á ser mi compañero de viage. Como se comprenderá, fué aceptada la oferta inmediatamente, y convenidos, fuimos á la casa del *affittatore* que le alquilaba su carruage, á fin de tomar una berlina cualquiera para el dia siguiente á las seis de la madrugada: mediante el precio de dos duros, arreglamos nuestro asunto.

Al dia siguiente, cuando bajaba yo de mi habitacion, encontré á Pietro al final de la escalera; el generoso jóven habia creído que acaso tendria yo necesidad de sus servicios en aquella corta expedicion, y habia abandonado La Pace á las cinco de la madrugada, temiendo no estar cuando saliese yo de la cama.

Tengo á veces un profundo sentimiento cuando pienso que acaso no volveré á ver jamás á ninguno de aquellos hombres excelentes. Hay atenciones y servicios que no se pagan con dinero; y como probablemente la obra que estoy escribiendo no caerá nunca en sus manos, siempre que piensen en mí, creerán que les he olvidado.

Hubo entonces entre nosotros una acalorada discusion: Pietro queria subir con el cochero, yo exigia que montase con nosotros: resignóse al fin, pero á una legua ó dos de Messina se decidió á estirar sus piernas.

Como el camino de Messina á Bauso nada ofrece que sea notable, se pasó el tiempo en hacer preguntas á Pietro; mas éste nos habia dicho todo lo que sabia con respecto á Pascal Bruno, y todo el fruto que sacamos de nuestros interrogatorios fué saber que habia en Calvaruso, aldea situada á una milla de aquella á donde ibamos, un notario conocido de Pietro, y que conocia perfectamente todos los detalles que deseábamos saber,

A eso de las once llegamos á Bauso; Pietro hizo detener el carruage á la puerta de una especie de posada, única que habia en el pais. El posadero salió á recibirnos con el aire mas afable del mundo, con su sombrero en la mano y el mandil recogido: me llamó la atencion su aire de honradez, y manifesté á Pietro mi satisfaccion por ello, diciéndole que su maestro di casa tenia el aspecto de un hombre excelente.

—¡Oh, si! es un hombre excelente, respondió Pietro, y no merece el disgusto que se le ha causado.

—¿Y quién le ha causado disgustos? pregunté.

—¡Hum! contestó Pietro.

—Pero en fin....

Se aproximó á mi oido.

—La policia, dijo.

—¿Cómo la policia?

—Si, ya comprendeis. Es un siciliano, vivo de genio; se tiene una disputa. ¡Y bien! se juega al puñal ó á la escopeta.

—¡Ya! ¿nuestro huésped, segun parece, ha tenido esos juegos?

—Fué provocado el buen hombre, porque él es amable como una doncella.

—¿Y entonces?....

—Entonces, dijo Pietro manifestando con gran trabajo el delito, ¡y bien! ha muerto á dos hombres, uno de una puñalada, y el otro de un balazo: aunque digo muerto, uno de ellos no estaba mas que herido; pero murió á los ocho dias.

—¡Ah!

—Pero, para que veais, pura picardía; otro se hubiera curado, pero éste tenia un antiguo rencor contra este pobre Guiga; y se ha dejado morir por jugarle una pasada.

—¿Es decir, que este buen hombre se llama Guiga? pregunté.

—Es decir, ese es un mote que se le ha dado; mas el verdadero es Santo-Coraffe.

—¿Y la policia le ha atormentado por esa vicoca?

—¡Cómo, atormentado! sabed que le han puesto en prision como á un ladrón. Felizmente tenia bienes, porque ahí donde le veis, tiene el bribonzuelo mas de seiscientos ducados de renta.

—¡Y bien! ¿qué han podido hacer los seiscientos ducados en el negocio? ¿ó era culpable ó no?

—¡No lo eral! ¡no lo eral! exclamó Pietro, ¡fué provocado! ¡es la bondad personificada el pobre Guiga! Pues bien, cuando vieron que tenia bienes, entraron en tratos con él. Hubo una avenencia, paga una corta renta y le dejan tranquilo.

—¿Mas á quién paga esa renta? ¿á la familia de los que ha muerto?

—No, no, ¿para qué?... no, á la policia.

—Eso es otra cosa, ahora comprendo.

Me dirigí hácia nuestro huésped con toda

la consideracion que merecian las noticias que acababa de recibir de él, y le pregunté lo mas cortesmente que me fué posible si podria dar de almorzar á cuatro personas; habiéndome dado una respuesta afirmativa, supliqué á Pietro subiese en el carruage y fuese á buscar su notario á Calvaruso.

Mientras se asaban las chuletas y Pietro caminaba, nos dirigimos hasta la costa. El paisage es delicioso desde la playa de Bauso. De un lado avanza el cabo Blanco achatado y prolongado en el mar; del otro el monte Peloro está cortado á pico sobre las olas como una costa erizada. Del fondo se destacan Vulcanico, Lipari y Lisca-Bianca, mas allá de la que se eleva humeante Stromboli.

Vimos á lo lejos el carruage que volvia por el camino dos personas venian dentro; Pietro habia, pues, encontrado á su notario: hubiera sido una falta de atencion hacer esperar al digno cartulario que se incomodaba por nosotros; volvimos, pues, á emprender la ruta hácia la posada, á donde llegamos en el momento mismo en que el carruage se detenia.

Pietro me presentó el signor don Cesare Alletta, su notario de Calvaruso. No solo llevaba el buen hombre todas las tradiciones orales de que era intérprete, sino tambien parte de los papeles relativos al procedimiento que habia conducido al patibulo al célebre bandido cuya biografia pensaba yo escribir.

El almuerzo estaba dispuesto: el buen Guiga se habia escedido á sí mismo, y comencé á creer con Pietro, que no era tan culpable como se le hacia, y que era un *peccato* haber atormentado á tan excelente hombre.

Despues del almuerzo, nos preguntó don Cesare Alletta si deseábamos oír primero la historia de las proezas de Pascal Bruno ó visitar antes el teatro de sus proezas: le respondimos que cronológicamente nos parecia que la historia debia ser la primera, puesto que una vez narrada, cada detalle subsiguiente seria mas interesante y mas precioso.

Comenzamos, pues, por la historia.

Pascal Bruno, era hijo de Giuseppe Bruno: Giuseppe Bruno tenia seis hermanos.

Tres años tenia Pascal Bruno, cuando su padre, nacido en territorio del principe de Montcada Paterno fué á establecerse á Bauso, aldea en cuyas cercanias vivian sus seis hermanos y que pertenecia al conde de Castel-Novo.

Desgraciadamente tenia Giuseppe Bruno una muger muy linda, y el principe de Castel-Novo era demasiado admirador de las mugeres bonitas; se enamoró de la madre de Pascal, y la hizo ofertas que ella rehusó. El conde de Castel-Novo no estaba acostumbrado á sufrir con paciencia semejantes negativas en sus dominios, donde todos, hombres y mugeres, se anticipaban á sus deseos. Renovó sus ofertas, las dobló, las triplicó sin obtener nada. Al fin cansóse su paciencia, y sin pensar que

no tenia derecho alguno sobre la muger de Giuseppe, puesto que ni aun habia nacido en sus tierras, un dia que estaba ausente su marido, la hizo robar por cuatro hombres, y conducir á su pequeño palacio, donde la violó. Sin duda hacia un grande honor á un pobre diablo como Giuseppe Bruno rebajándose hasta su muger; pero Giuseppe tenia un carácter muy distinto que los demas: no repudió en lo mas mínimo á la pobre muger, pero fué á ocultarse en el camino por donde habia de pasar el conde de Castel-Novo, y cuando éste llegaba cerca de él, le dió una puñalada por bajo de la sesta costilla del lado izquierdo, de la que murió dos horas despues; de modo, que le dió poco tiempo para reconciliarse con Dios, pero lo bastante para declarar el nombre de su asesino.

Giuseppe Bruno emprendió la fuga y se retiró á la montaña donde sus seis hermanos le llevaban de comer por turno: llegó á saberse y se prendió á los seis como cómplices del asesino del conde. Giuseppe que no queria que sus hermanos pagasen por él, escribió que estaba dispuesto á entregarse si querian dejar en libertad á sus hermanos. Se le prometió asi, se entregó, fué ahorcado y sus hermanos enviados á galeras. No era éste precisamente, el compromiso contraido con Giuseppe, pero si los gobiernos hubiesen de cumplir los compromisos con todo el mundo, ya se deja conocer que eso les llevaria demasiado lejos.

La pobre madre permaneció, pues, en la aldea de Bauso con el pequeño Pascal Bruno, de edad á la sazón de cinco años; pero como segun costumbre, y para procurar el escarmiento se habia espuesto la cabeza de Giuseppe en una jaula de hierro, y aquel espectáculo la era muy doloroso, cogió un dia á su hijo de la mano y desapareció en la montaña. Quince años pasaron sin que se volviese á oír hablar del uno ni de la otra.

Al cabo de este tiempo, volvió á aparecer Pascal. Era un jóven buen mozo, de veinte y uno á veinte y dos años, de fisonomia sombría, acento áspero, mano pronta, y á quien la vida salvaje habia aumentado extraordinariamente la fuerza y destreza naturales. A juzgar por aquel aire de melancolia que se notaba en sus facciones, parecia haber olvidado completamente la causa que le habia hecho abandonar á Bauso: solo sí, cuando pasaba por delante de la jaula donde estaba espuesta la cabeza de su padre, bajaba los ojos por no verla, y palidecia mas que de ordinario. Por lo demas no buscaba ninguna compañía, jamás dirigia á nadie el primero la palabra, si le hablaban se limitaba á responder, y vivia solitario en la casa en que habia habitado su madre y que habia permanecido cerrada por espacio de quince años.

Nada se habia traslucido á su vuelta, y todos le preguntaban qué volvia á hacer en su

pais, del que debían alejarle tantos recuerdos dolorosos, cuando comenzó á esparcirse el rumor de que estaba enamorado de una jóven llamada Teresa, que era hermana de leche de la jóven condesa Gemma hija del conde de Castel-Novo. Lo que habia dado alguna verosimilitud á aquel rumor era, que un jóven de la aldea al volver una noche de visitar á su novia, le habia visto saltar por encima de la pared del jardin colindante con la casa que habitaba Teresa. Se comparó entonces la época de la vuelta de Teresa, que residia comunemente en Palermo, á la aldea de Bauso, con la de la aparicion de Pascal, y se vió que uno y otro habian acaecido en la misma semana; pero lo que sobre todo desvaneci6 la duda sobre la inteligencia que existia entre los dos jóvenes, fué que habiendo vuelto Teresa á Palermo habia desaparecido Pascal al dia siguiente de su partida, y la puerta de la casa materna se habia cerrado de nuevo, como lo habia estado durante quince años.

Pasaron tres años sin que se supiese lo que habia sido de él, cuando un dia (era el de la funcion de la aldea de Bauso) apareció de repente con el traje de los ricos campesinos calabreses, es decir, sombrero puntiagudo con una cinta colgando por la espalda, chaqueta de terciopelo con botones de plata cincelados, faja de seda de mil colores, de las que se fabrican en Messina, calzon de terciopelo con hebillas de plata, y botines de cuero abiertos por la pantorrilla. Llevaba una escopeta inglesa á la espalda, iba seguido de cuatro hermosos perros corsos.

Entre las varias diversiones que habia aquel dia solemne era una la que casi siempre se encuentra en Sicilia en semejantes ocasiones: era el tiro de escopeta. Por una antigua costumbre del pais, se verificaba todos los años este ejercicio frente á las altas murallas del castillo, en las que, á dos tercios de su altura blanqueaba despues de veinte años el cráneo de Giuseppe Bruno dentro de su jaula de hierro.

Pascal se adelantó en medio de un silencio general. Al verle tan bien armado y escoltado, habia pensado cada uno por sí que iba á pasar alguna cosa estraña. Sin embargo, nada indicaba por parte del jóven la mas pequeña intencion hostil. Se aproximó á la barraca donde se vendian las balas, compró una que midió con el calibre de su escopeta, y en seguida cargó su arma con las municiones y precauciones que los tiradores tienen costumbre de emplear en semejantes casos.

Se seguia un órden alfabético; cada uno era llamado á su turno y sacaba una bala. Se podian comprar hasta seis; pero cualquiera que fuesen las que se comprasen, era necesario comprarlas de una vez, de otro modo no era permitido volver á tomar mas. No habiendo comprado Pascal Bruno mas que una bala, claro es, que no podia disparar mas de

un tiro; pero aunque no se habia reservado mas que una suerte, no por eso dejaba de ser grande la inquietud de los demas tiradores, conociendo que su destreza habia llegado á ser casi proverbial en todo el canton.

Estaban en la N cuando llegó Bruno, acabaron todas las letras del alfabeto antes de llegar á él; en seguida se volvió á comenzar por la A, luego se llamó la B; Bruno se presentó.

Si el silencio habia sido grande cuando habian visto aparecer á Bruno, se comprende que fué mucho mayor todavia cuando le vieron prepararse á dar una prueba pública de aquella destreza de que tanto se hablaba, pero que nadie podia decir que la hubiese visto ejecutar. El jóven se adelantó, pues, seguido de todas las miradas hasta la cuerda que marcaba el limite, y sin observar al parecer, que era el objeto de la atencion general, se afirmó sobre su pierna derecha, hizo un movimiento para soltar sus brazos, apoyó la escopeta en el hombro, y comenzó á hacer la punteria de abajo á arriba.

Compréndese con que ansiedad seguirian los rivales de Pascal Bruno el movimiento del cañon de la escopeta, á medida que se iba elevando. Pronto llegó á la altura del blanco, y se redobló la atencion; pero con gran admiracion de la concurrencia continuó Pascal elevando el cañon de su escopeta, buscando otro blanco; cuando llegó á la altura donde se encontraba la jaula de hierro, se detuvo y permaneci6 un instante inmóvil como si él y su arma fueran de bronce; por fin, el disparo tanto tiempo esperado, se oyó, y el cráneo, saltando de su jaula de hierro, cayó al pie de la muralla; Bruno saltó por encima de la cuerda, se adelantó lentamente y sin precipitar un paso mas que otro hacia el terrible trofeo de su destreza, le recogió con respeto, y sin volverse una sola vez hacia aquellos á quienes habia dejado su accion estupefactos, tomó el camino de la montaña.

Dos dias despues se esparció por toda la Sicilia el rumor de otro suceso en que Bruno habia representado un papel tan inesperado y todavia mas trágico que el que acababa de ejecutar. Teresa, aquella jóven hermana de leche de la condesa de Castel-Novo, de quien hemos hablado, acababa de casarse con uno de los camperi del virey, cuando en la noche misma de la boda, y en el momento en que los jóvenes esposos iban á empezar el baile con una tarantela, se habia presentado Bruno de repente en medio de los bailarines, con un par de pistolas en la cintura. Entonces se habia dirigido á la desposada, y bajo pretexto de que le habia prometido bailar con él antes que con ningun otro, habia pretendido que el marido le cediese su lugar. El marido por toda respuesta habia echado mano á su puñal, pero Pascal le habia tendido sin vida de un pistoletazo: en seguida, con su segunda pistola en

la mano, habia obligado á la jóven, pálida y casi moribunda, á bailar la tarantela cerca del cadáver de su marido; en fin, pasados algunos segundos, no pudiendo Teresa soportar por mas tiempo el suplicio que se la imponia en castigo de su perjurio, habia caido desmayada.

Entonces Pascal habia dirigido contra ella el cañon de su segunda pistola, y todos creyeron que iba á acabar con la pobre muger; pero calculando sin duda, que en su situacion seria la vida mas cruel para ella que la muerte, habia dejado caer su brazo y bajando el gatillo de la pistola, la volvió á colocar en el cinto, y habia desaparecido sin que nadie intentase ni aun hacer el mas pequeño movimiento para detenerle.

Esta noticia, á que al principio se vaciló en dar crédito, fué confirmada al punto por el mismo vírey, quien fuera de sí por el asesinato de uno de sus mejores servidores, dió las órdenes mas severas para que Pascal Bruno fuese cogido. Pero esto era mas fácil de mandarse que de hacerse; Pascal Bruno se habia hecho bandido, pero bandido á la manera de Karl Moor, es decir, para los ricos y los poderosos, con los que no tenia piedad, mientras que por el contrario, los pobres y los débiles estaban seguros de hallar en él un protector y un amigo. Se decia que todas las partidas diseminadas hasta entonces por la cordillera de las montañas que comienza en Messina y va á terminar en Trápani, se le habian reunido y le habian nombrado su jefe, lo que hacia estuviere casi á la cabeza de un ejército; y sin embargo, siempre que le veian iba solo, armado con su carabina y sus pistolas, y acompañado de los cuatro perros corsos.

Desde que Pascal Bruno, entregándose al nuevo género de vida que entonces llevaba, se habia aproximado á Bauso, el mayordomo que habitaba el pequeño castillo de Castell-*Novo*, cuyos bienes administraba á nombre de la jóven condesa Gemma, se habia retirado á Céfalu, por temor de que alcanzándole la venganza del irritado jóven, no le acaciese alguna desgracia. El castillo habia, pues, quedado cerrado como la casa de Giuseppe Bruno, cuando un día un aldeano, al pasar por delante de sus murallas, vió todas las puertas abiertas, y á Bruno apoyado con los codos en una de sus ventanas.

Algunos dias despues encontró otro aldeano á Bruno: el pobre diablo, aunque habia perdido casi toda su cosecha, llevaba la renta á su señor; esta renta consistia en cincuenta ducados, y para reunir esta suma, se habia visto precisado á dejar á su muger é hijos casi sin pan. Entonces Bruno le dijo fuese á pagar á su señor ante todo, y que volviese de allí á dos dias á verle en el mismo lugar. El aldeano continuó su camino medio consolado, porque habia en la voz del bandido cierto aire de ofrecimiento que no le habia engañado.

En efecto, á los dos dias, cuando se en-

contró en el sitio de cita á Bruno, se aproximó éste y le entregó una bolsa; esta bolsa contenia veinte y cinco ducados, es decir, la mitad de la renta. Era una rebaja concedida á las súplicas de Bruno, y como se sabia que las súplicas de Bruno eran órdenes, el propietario habia accedido.

Algun tiempo despues, habia oido Bruno referir que no podia verificarse el matrimonio de un jóven de la aldea con una jóven á quien amaba, porque ésta tenia alguna fortuna, y su padre exigia que el futuro esposo aportase al matrimonio sobre poco mas ó menos, lo mismo que ella, es decir, cien ducados. El jóven se desesperaba. Quería engancharse en las tropas inglesas, queria hacerse pescador de coral, tenia otros mil proyectos á cual mas insensatos, pero estos proyectos en lugar de aproximarle á su amada, tendian á alejarle. Un dia se vió á Bruno bajar de su pequeña fortaleza, atravesar la aldea y entrar en la casa del pobre enamorado; permaneció encerrado con él una media hora, y al dia siguiente se presentó el jóven en casa del padre de su novia con los cien ducados que éste exigia. Ocho dias despues se verificó el matrimonio.

En fin, un incendio devoró una parte de la aldea, y redujo á la mendicidad á todos los desgraciados que fueron víctimas de él. Ocho dias despues, un convoy de dinero que iba de Palermo á Messina, fué robado entre *Mistretta* y *Tortorico*, quedando muertos en el sitio dos de los gendarmes que le escoltaban. Al dia siguiente de este suceso, cada uno de los que habian sufrido en el incendio, recibió cincuenta ducados de parte de Pascal Bruno.

Se comprende que con semejantes medios repetidos casi todos los dias, Pascal Bruno adquiriria tal grado de reconocimiento, que le aseguraba completamente: en efecto, no se formó plan contra Pascal Bruno, de que por medio de los aldeanos no recibiese aviso de él al momento, y sin que tuviesen necesidad de ir al castillo ó que Bruno tuviese necesidad de bajar á la aldea. Bastaba una cancioncilla, una banderita colocada en lo alto de una casa, una señal cualquiera, en fin, que la policia no podia descubrir, para que Bruno, advertido á tiempo, y gracias á su caballito del valle de *Noto*, mestizo de raza siciliana y árabe, se hallase á veinte y cinco leguas del sitio donde se le habia visto la vispera ó donde se creia encontrarle al dia siguiente. Tan pronto, como me habia dicho *Pietro*, corria á la costa, se metia en la primera barca que llegaba, y así pasaba dos ó tres dias con los pescadores, que recompensados generosamente por él, no pensaban en hacerle traicion; luego abordaba á algun punto de la costa donde no se le esperaba, y ganaba la montaña: caminaba veinte leguas en una noche, y al dia siguiente, despues de dejar un recuerdo cualquiera de su paso en el sitio mas lejano de su nocturna correria, se encontraba en su pequeña fortaleza

de Castel-Novo. Esta rapidez de locomocion hacia entonces circular singulares rumores: se contaba que Pascal Bruno, en una noche de tormenta, habia hecho un pacto con una hechicera, y que habiéndola entregado en cambio su alma el bandido, le habia dado ella la piedra que hace invisible y la escoba alada que trasporta en un instante de un sitio á otro. Pascal fomentaba, como es de suponer, aquellos rumores que contribuian á su seguridad; mas como esa facultad de locomocion y de invisibilidad no le parecian todavia bastante para tranquilizarle, aprovechó la ocasion que se presentó de hacer creer tambien en la invulnerabilidad.

Por mas bien avisado que estuviese Pascal, llegó un dia en que cayó en una emboscada; pero como no habia mas que veinte hombres, no se atrevieron á atacarle cuerpo á cuerpo, y se contentaron con hacerle fuego á treinta pasos. Por un verdadero milagro, ninguna bala le alcanzó, mientras que su caballo recibió siete, y al caer muerto cogió debajo á su amo; pero como era ligero y vigoroso, sacó Pascal la pierna de debajo del caballo muerto, dejándolo allí el zapato, y ganando la cima de una roca cortada casi á pico, se deslizó de lo alto abajo y desapareció en el valle. Dos horas despues estaba en su fortaleza, en cuyo camino habia dejado su chaqueta de terciopelo atravesada de treinta balazos.

La chaqueta, hallada por un campesino, pasó de mano en mano é hizo gran ruido, como es de suponer: ¿cómo habia podido ser atravesada asi la chaqueta, sin que tocase nada al cuerpo? Era un verdadero prodigio que solo por la magia podia explicarse. Se recurrió, pues, á la magia, y pronto pasó Pascal, no solo por poseer el poder de trasladarse de un extremo á otro de la isla en un momento, y por tener el don de la invisibilidad, sino ademas, y esta era la mas incontestable de sus facultades, porque de ella daba fé la chaqueta que se tenia en las manos, por ser invulnerable.

Las infructuosas tentativas hechas contra Pascal, y cuyo mal éxito se atribuyó á recursos sobrehumanos empleados por el bandido, inspiraron tal terror á las autoridades napolitanas, que comenzaron á dejar á Pascal Bruno casi en completa tranquilidad. Este por una parte, encontrándose con aquella libertad, se hizo todavia mas audaz; iba á rezar á las iglesias, no solo y á horas en que no pudiese ser visto mas que de Dios, sino en pleno dia y durante la misa; asistia á las fiestas de la aldea, bailaba con las mas lindas aldeanas, y ganaba todos los premios del blanco á los mas diestros tiradores; en fin, cosa increíble, se presentaba en el teatro, tan pronto en Messina, tan pronto en Palermo, bajo un disfraz, es verdad; pero siempre que hacia una escapatoria de este género, tenia cuidado de participárselo de algun modo al gefe de policía ó al comandante de la plaza. En breve se

acostumbraron poco á poco á tolerar á Pascal Bruno como una autoridad de hecho si no de derecho.

Entretanto, los sucesos políticos obligaron al rey Fernando á abandonar su capital y refugiarse á Sicilia: se concibe que la llegada del señor, y sobre todo, la presencia de los ingleses, debian hacer algo mas severa la autoridad; sin embargo, como se queria evitar en lo posible una colision con Pascal Bruno, á quien suponian con fuerzas considerables ocultas en la montaña, le ofrecieron entrarse al servicio de las tropas de S. M. con el grado de capitán, ó bien que organizase su gente en cuerpo franco, é hiciese con ellos una guerra de partidarios á los franceses. Pero Pascal respondió que no tenia mas compañía que sus cuatro perros corsos, que en cuanto á hacer la guerra á los franceses, mas bien los prestaria socorros, puesto que iban á dar la libertad á la Sicilia como la habian dado á Nápoles, y que por tanto S. M., á la que deseaba toda clase de felicidades, no tenia que contar con él.

El caso se agravaba con aquella esposicion de principios; Bruno se elevaba con su arrogante negativa; continuaba siendo un gefe de bandidos, pero podia cambiar este nombre por el de gefe de partido. Resolvieron no dejarle tiempo para ello.

El gobernador de Messina hizo prender á los jueces de Bauso, de Saponera, de Calvaruso, de Rometta y de Spadafora, y los hizo conducir á la ciudadela. En ella, despues de hacer encerrar á todos cinco en el mismo calabozo, se tomó el trabajo de hacerles una visita en persona para anunciarles que quedaban prisioneros mientras no obtuvieran su rescate entregando á Pascal Bruno. Los jueces pusieron el grito en el cielo y preguntaron al gobernador como queria que desde el fondo de su prision hicieran lo que no habian logrado cuando estaban en libertad. Pero el gobernador les respondió que eso no era de su incumbencia, que á ellos correspondia mantener la tranquilidad en sus aldeas, como él la conservaba en Messina; que no iba él á pedirles consejos cuando habia que reprimir alguna sedicion, y que por consecuencia, que no habia consejo que darles cuando habia un bandido que coger.

Vieron los jueces que no habia que pensar en chancearse con un hombre que tenia semejante lógica; cada uno de ellos escribió á su familia, y reunieron una suma de doscientas cincuenta *onzas* (quince mil reales); y reunida esta suma, suplicaron al gobernador les concediese la honra de visitarlos por segunda vez.

El gobernador no se hizo esperar. Entonces le dijeron los jueces que creian haber encontrado un medio de coger á Bruno, pero que para ello era preciso les permitiera comunicarse con un tal Plácido Tommaselli, inti-

mo amigo de Pascal Bruno. El gobernador respondió que era la cosa mas fácil, y que al día siguiente estaria en Messina el individuo reclamado.

Sucedió lo que los jueces habian previsto: mediante la suma de mil quinientos reales que se entregó en el acto á Tommaselli, é igual cantidad que se le prometió entregar al día siguiente de la prision, se comprometió á entregar á Pascal Bruno.

La aproximacion de los franceses habia hecho tomar medidas estremadamente severas en lo interior de la isla: toda la Sicilia estaba sobre las armas como en tiempo de Juan de Prócida; se habian organizado milicias en todas las aldeas, que armadas y provistas de municiones, estaban dispuestas á marchar de un momento á otro.

Un día, las milicias de Calvaruso, Saponeira y Romelta recibieron orden de hallarse hácia el medio día entre el cabo Blanco y la playa de San-Giacomo. Como la cita señalada era en la costa, creyeron todos seria para oponerse á un desembarco de los franceses. Y como pocos sicilianos participaban de los buenos sentimientos de Pascal Bruno con respecto á nosotros, acudió toda la milicia llena de denuedo á la cita. Una vez allí, felicitaron los gefes á sus hombres por la exactitud de que habian dado muestras, y haciéndoles volver la espalda al mar, los dividieron en tres grupos, les encargaron el silencio, y comenzaron á avanzar hácia la montaña, pasando una seccion por la aldea de Bauso, y las otras dos costeándola por ambos lados. Con esta maniobra tan temible se halló enteramente rodeada la pequeña fortaleza de Castel-Novo. Solo entonces comprendieron las milicias el objeto con que se les habia reunido: prevenidos del motivo, la mayor parte de los que componian la partida no hubieran acudido; pero estando ya allí, la vergüenza de ser menos que los demas, los detenia: todos demostraron, pues, satisfaccion.

Se veian las ventanas del castillo de Castel-Novo iluminadas con brillante resplandor, y era evidente que los que le habitaban estaban de orgía, en efecto, Pascal Bruno habia invitado á tres ó cuatro de sus amigos, entre los que se hallaba Tommaselli y les daba una cena.

De repente, cuando se hallaba á la mitad de la cena, la perra favorita de Pascal, que estaba tendida á sus pies, se levantó con inquietud, fué hácia una ventana, se sentó sobre sus patas traseras, y aulló tristemente. Casi al punto los tres perros que estaban atados en el patio respondieron con furiosos ladridos. No era ya posible engañarse, algun peligro amenazaba.

Pascal echó una mirada investigadora sobre sus convidados: cuatro de ellos parecian muy alarmados; solo el quinto, que era Plácido Tommaselli, afectaba una gran tranquili-

dad. Una imperceptible sonrisa vagó en los labios de Pascal.

—Creo que somos vendidos, dijo:

—¿Y vendidos por quién? exclamó Plácido.

—No lo sé, replicó Bruno; pero creo que lo somos.

Y diciendo estas palabras se levantó, marchó directamente á la ventana y la abrió.

En el mismo instante se dejó oír un fuego de peloton, siete ú ocho balas entraron en la sala, y dos ó tres cristales de la ventana rotos á los lados y encima de la cabeza de Pascal, cayeron en pedazos á su rededor. En cuanto á éste, como si el acaso se hubiera encargado de acreditar los extraños rumores que se habian divulgado con respecto á él, ni una sola bala le alcanzó.

—Bien os lo habia dicho, dijo tranquilamente Bruno volviéndose hácia sus convidados, que habia algun Judas entre nosotros.

—¡A las armas, á las armas! exclamaron los cuatro convidados, que al principio parecieron inquietos, y que eran adictos á Pascal; ¡á las armas!

—¡A las armas! ¿y qué conseguiríamos? exclamó Plácido; ¿hacernos matar? Mas vale rendirnos.

—He ahí el traidor, dijo Pascal dirigiendo el cañon de su pistola á Tommaselli.

—¡Muere, muere, Plácido! exclamaron los convidados lanzándose sobre él para darle de puñaladas con los cuchillos que habia sobre la mesa.

—Deteneos, dijo Bruno.

Y cogiendo á Plácido, que se habia puesto pálido y temblaba; bajó con él á una cueva situada precisamente debajo de la habitacion, donde estaba la mesa dispuesta, y enseñándole á la luz de la lámpara que tenia con la otra mano, tres toneles de pólvora, que comunicaban los unos con los otros por una mecha comun, la que subiendo á lo largo de la pared se comunicaba á su vez por el techo con la habitacion donde se verificaba la cena:

—Ahora, dijo Bruno, ve á ver al gefe de la tropa, y dile que si intenta apoderarse de mí por asalto, volaré con todos sus hombres. Ya me conoces y sabes que no amenazo inútilmente; ve y dí lo que has visto.

Y condujo á Tommaselli al patio.

—¿Pero por dónde voy á salir? preguntó éste, viendo todas las puertas atrancadas.

—He aqui una escala, dijo Bruno.

—Pero creerán que quiero salvarme, y me dispararán, exclamó Tommaselli.

—¡Toma! eso es de tu incuencia, dijo Bruno; ¡qué diablo! cuando se comercia no siempre se especula con seguridad.

—Pero yo prefiero permanecer aqui, dijo Tommaselli.

Pascal sin responder una sola palabra, sacó una pistola del cinto, y le dirigió hácia Tommaselli, mientras que con la otra mano le señalaba la escala.

Tommaselli comprendió que no había que replicar, y comenzó su ascension, mientras que Bruno desataba sus tres perros corsos.

El traidor no se había engañado; apenas sacó fuera de la pared la mitad del cuerpo, cuando se oyeron quince ó veinte detonaciones, y le atravesó una bala el brazo.

Tommaselli quería arrojarle al patio, pero Bruno estaba detrás de él con la pistola en la mano.

—¡Parlamento! exclamó Tommaselli, ¡parlamento! soy Tommaselli; no tireis, no tireis.

—No tireis, amigo, dijo una voz que en su acento de mando no era difícil conocer era la de un gefe.

Entonces tuvo gran deseo Pascal Bruno de disparar en los riñones del traidor el pistoletazo con que ya le había amenazado por tres veces, pero reflexionó que mas valia dejarle evacuar la comision que le había encargado, que satisfacer en él una inútil venganza. Por lo demas, Tommaselli, que había juzgado que no había tiempo que perder, sin tomarse el trabajo de echar la escala del otro lado de la pared, acababa de saltar.

Pascal Bruno oyó el ruido de sus pasos que se alejaban, y volviendo á subir á donde estaban sus compañeros:

—Ahora, dijo, podemos batirnos con seguridad; ya no hay traidores entre nosotros.

En efecto, diez minutos despues comenzó el combate. Gracias al aviso dado por Tommaselli, los milicianos no se atrevian á aventurarse al asalto, temiendo que como lo había dicho Bruno, los volase con él; limitáronse, pues, á hacerle fuego: esto era lo que deseaba el bandido, quien ganaba tiempo de este modo, y que con su destreza y la de sus compañeros, esperaba obtener una honrosa capitulacion.

Todas las ventajas de la posicion estaban por Bruno. Resguardados por las paredes, disparaban á golpe seguro él y sus compañeros, mientras que los milicianos sufrían el fuego al descubierto: así que todas las balas de los bandidos se empleaban, y aunque los milicianos respondían por fuegos de peloton á los disparos sueltos, unos veinte hombres de los suyos estaban ya tendidos sobre la arena, cuando ni uno de los cuatro sitiados había recibido ni siquiera un arañazo.

A eso de las once de la mañana, uno de los milicianos ató su pañuelo á la baqueta del fusil, é hizo señal de tener que hacer proposiciones. Pascal se puso al punto á una ventana, y le gritó que se aproximara.

El miliciano se aproximó: iba á proponer en nombre de los gefes sitiadores, se rindiera la guarnicion. Pascal preguntó cuáles eran las condiciones impuestas; eran estas la horca para él y galeras para sus cuatro compañeros: ya había mejorado la situacion de las cosas, puesto que si hubiesen sido cogidos sin capitulacion, no podían menos de ser ahoreados

los cinco. Sin embargo, no pareció bastante ventajosa la proposicion á Pascal Bruno, para ser recibida con entusiasmo, y despidió al parlamento con una negativa.

El combate volvió á comenzar y duró hasta las cinco de la tarde. Los milicianos contaban á aquella hora mas de sesenta fuera de combate, mientras Pascal Bruno y uno de sus compañeros se encontraban ilesos, y los otros dos no habían recibido mas que heridas leves.

Sin embargo, las municiones disminuían: no la pólvora, de la que todavía tenían para sostener un sitio de tres meses; las balas eran las que empezaban á agotarse. Uno de los sitiados reunió todas las que habían entrado por las ventanas en la habitacion, y mientras los otros tres continuaban respondiendo al fuego de la milicia, las volvió á fundir acomodándolas al calibre de las carabinas de sus compañeros.

El mismo parlamento se presentó por segunda vez: iba á proponer galera temporal en lugar de galera perpétua, y aun sobre esto se trataría para rebajar el número de años. Por lo que respecta á Pascal Bruno, su suerte estaba decidida, y ninguna transaccion podria dulcificarla, como se deja conocer.

Pascal Bruno respondió que aquello era ya mejor que la primera vez, y que si le prometían la libertad para sus compañeros, acaso llegarían á entenderse.

El parlamentario volvió á reunirse con los milicianos, y el fuego volvió á comenzar.

La noche fué fatal á los sitiadores. Pascal, que veía agotarse sus municiones, no disparaba mas que á golpe seguro, y recomendaba á sus compañeros hiciesen otro tanto. Los milicianos perdieron otros veinte hombres. Muchas veces los gefes habían querido hacerles dar el asalto; mas la perspectiva que les esperaba en este caso, y que Tommaselli les había pintado enérgicamente, los mantuvo siempre á respetable distancia, y ni promesas ni amenazas fueron bastantes á decidirles á aquel acto de valor, que llamaban un acto de locura.

En fin, á eso de las seis de la mañana apareció por tercera vez el parlamentario: ofreció indulto amplio, completo, irrevocable, á los cuatro compañeros de Pascal Bruno; en cuanto á éste, en nada había cambiado su porvenir: era como desde un principio, la horca.

Los compañeros de Pascal quisieron disparar sobre el parlamentario, pero aquel los detuvo con un gesto imperioso.

—Acepto, dijo.

—¿Qué haces? exclamaron los otros.

—Os salvo la vida, dijo Bruno.

—Pero ¿y tú? replicaron.

—¿Yo? dijo Bruno riendo, ¿no sabeis que me trasporto á donde quiero, que me hago invisible á mi voluntad, y que soy siempre invulnerable? Yo saldré de la prison y dentro de quince dias iré á reunirme con vosotros á la montaña.

—¿Palabra de honor? preguntaron los compañeros de Bruno.

—Palabra de honor, respondió éste.

—Entonces es otra cosa, dijeron, haz lo que quieras.

Bruno volvió á aparecer en la ventana.

—¿De modo que aceptas? le preguntó el parlamentario.

—Sí, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que uno de vuestros gefes me servirá de rehenes aquí mismo, y no le soltaré hasta ver á mis cuatro amigos completamente libres en la campiña.

—Tienes la palabra de los gefes, dijo el parlamentario.

—Bajo la fé de una palabra semejante fueron mis seis tíos enviados á galeras; no os extrañéis que tome mis precauciones.

—Pero... dijo el parlamentario.

—Pero, interrumpió Bruno, ó tomarlo ó dejarlo.

El parlamentario volvió á reunirse con los sitiadores. Al punto los gefes se reunieron en consejo; deliberaron: esta deliberacion tuvo por resultado que los tres capitanes de milicia echarian suertes, y que el que designase ésta se constituiria en rehenes de Bruno.

Echaron las tres papeletas en un chacó; dos de estas papeletas eran blancas, la tercera estaba ennegrecida por lo interior del doblez con pólvora. La papeleta negra era la que designaba el que habia de ir.

Los sicilianos son valientes, ya he tenido ocasion de decirlo y lo repito: el capitán á quien tocó la papeleta negra, dió un apretón de manos á sus camaradas, dejó en el suelo su fusil y su cartuchera, y cogiendo á su vez la baqueta, á la que ató un pañuelo blanco para no dejar ninguna duda sobre su mision pacífica, se dirigió hácia la puerta del castillo, que se abrió á su llegada. Allí encontró á Bruno y sus cuatro compañeros.

—¡Y bien! dijo el capitán, ¿aceptas las condiciones propuestas? Ya ves que nosotros las aceptamos y pensamos cumplirlas, puesto que me presento aquí.

—Y yo tambien las acepto y las cumpliré, dijo Bruno.

—Y libres vuestros cuatro compañeros, ¿os rendireis á mí?

—A vos y á ninguno mas.

—¿Sin nuevas condiciones?

—Con una sola.

—¿Cuál?

—Que irá á pie á Messina ó á Palermo, sea que se me quiera encerrar en una ó en otra de esas dos ciudades, y que no me atarán ni de piernas ni de brazos.

—Concedido.

—Perfectamente.

Pascal Bruno se volvió hácia sus cuatro amigos, los abrazó á unos despues de otros, y abrazándolos, les dió cita para de allí á quin-

ce dias en la montaña; porque acaso sin esa promesa no hubieran querido abandonarle aquellos bravos. Despues, cogiendo al rehen por la muñeca para que no intentara escaparse, le hizo subir con él á la habitacion, cuyas ventanas caian sobre la montaña.

A poco aparecieron los cuatro camaradas de Bruno: conforme á la promesa hecha, salian armados y completamente libres. Las filas de los milicianos se abrieron ante ellos, y atravesaron sin impedimento el cordón viviente que rodeaba la pequeña fortaleza; luego continuaron avanzando hácia la montaña. Pronto se internaron en un bosquecillo de olivos que se extendia entre el castillo y la primera colina de la cadena de los montes Peloro; luego volvieron á aparecer trepando por aquella colina, y por fin llegaron á su cima. Allí los cuatro agarrados del brazo, se volvieron hácia Pascal, quien les habia seguido sin perderlos un momento con la vista, y le hicieron señales con sus sombreros. Pascal respondió á aquella señal con su pañuelo. Cambiado este último adios, volvieron á emprender los cuatro su camino y desaparecieron al otro lado de la colina.

Entonces Pascal soltó el brazo de su rehen, que habia sujetado con fuerza, y volviéndose hácia él:

—Tomad, le dijo, sois un valiente; mejor quiero seais vos quien me herede que la justicia. Aquí está mi bolsa, tomadla; contiene trescientas quince onzas. Y ahora estoy á vuestras órdenes.

El capitán no se hizo de rogar; metió la bolsa en su bolsillo, y preguntó á Pascal si no tenia alguna recomendacion que hacerle.

—No, dijo Pascal, únicamente quisiera que mis cuatro pobres perros fuesen bien acomodados. Son buenos y nobles animales, que pagarán con creces á su amo en servicios el pan que le gasten.

—Me encargo de ello, dijo el capitán.

—Pues bien, nada mas, respondió Pascal. ¡Ah! en cuanto á mi perra Leona, deseo que permanezca conmigo hasta el momento de mi ejecucion; es mi favorita.

—Convenido, respondió el capitán.

—No tengo otra cosa que recuerde, continuó Pascal Bruno con la mas grande tranquilidad. Ahora marchemos.

Y enseñando el camino al capitán, que no podia menos de admirar aquel ánimo impasible y tranquilo, bajó el primero; el capitán le siguió, y los dos llegaron en medio del mas profundo silencio á la primera fila de milicianos.

—Ya estoy aquí, dijo Pascal. ¿Dónde vamos?

—A Messina, dijeron los tres capitanes.

—¿A Messina? sea, replicó Bruno. Marchemos, pues.

Y tomó el camino de Messina entre dos filas de milicianos, ocupando el medio del camino con sus cuatro perros corsos, que le so-

guian con la cabeza baja, y como si hubiesen adivinado que su amo iba preso.

Como se comprenderá, su proceso no fué largo. El mismo se anticipó al interrogatorio, refiriendo toda su vida. Fué condenado á ser ahorcado.

La víspera de la ejecucion, llegó una orden para que se trasladase al reo á Palermo. Gemma, la hija del conde de Castel-Novo, muerto por el padre de Bruno, tenia mucho favor en la córte, y como deseaba asistir á la ejecucion, habia conseguido que Pascal fuese ahorcado en Palermo.

Como era indiferente á Pascal ser ahorcado en un sitio ó en otro, no hizo reclamacion alguna.

El sentenciado fué conducido en posta, escoltado por una partida de gendarmes, y á los dos dias llegó á su destino. La ejecucion se fijó para el dia siguiente, que era un mártes, y se concedió asueto á los colegios y tribunales, á fin de que todos pudiesen asistir á aquella solemnidad.

Por la noche entró el prelado en la prision y encontró á Bruno muy pálido y débil. No por eso dejó de confesarse con una voz tranquila y firme: solo si, al fin de la confesion declaró que acababa de envenenarse, y que comenzaba á sentir los efectos del veneno. Esta era la causa de aquella palidez y aquella debilidad que habia asombrado al sacerdote ver en un hombre como aquel.

El sacerdote dijo á Bruno que estaba dispuesto á darle la absolucion de sus crímenes, pero no de su suicidio. Para que sus crímenes fuesen espíados, era preciso sufriese la vergüenza. El habia querido librarse por orgullo de aquella espíacion. Esto era un delito á los ojos del Señor.

Bruno se estremeció á la idea de morir sin absolucion. Este hombre, á quien ningun poder humano hubiera obligado á bajar los ojos, temblaba como un niño ante la idea de la condenacion eterna.

Preguntó al sacerdote qué necesitaba hacer, puesto que estaba dispuesto á hacerlo. El sacerdote llamó al punto al carcelero, y le mandó fuese á buscar á un médico, previniéndole llevase consigo los antidotos mas eficaces.

Llegó el médico. Los antidotos, administrados á tiempo, surtieron efecto. A las doce de la noche, Pascal Bruno estaba fuera de peligro; á las doce y media recibia la absolucion.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, salió de la iglesia de San Francisco de Sales, donde habia pasado la noche en capilla, para ir á la plaza de la Marina, donde debia verificarse la ejecucion. El tránsito fué acompañado de todos los terribles accesorios de las ejecuciones italianas. Pascal Bruno iba atado sobre un asno que marchaba hácia atrás, precedido del verdugo y su ayudante, seguido de la hermandad de penitentes, que llevaban el ataud

en que habia de descansar en la eternidad, y revestidos con largas túnicas agujereadas solo para ver, que llevaban en la mano una hucha que agitaban como una campanilla, y que presentaban para recibir la limosna de los fieles, destinada á hacer bien y decir misas por el reo.

La multitud era tal en la calle del Cassaro, que el reo debia recorrer en toda su estension, que mas de una vez se vió obligada á detenerse la comitiva. A cada parada dirigia Pascal su mirada tranquila á toda aquella muchedumbre, que conociendo no era un hombre comun el que iba á morir, le seguia con una curiosidad creciente, pero piadosa, y sin que profríese ningun insulto contra el reo; antes bien circulaban entre la multitud muchas narraciones, muchos rasgos de valor ó de bondad atribuidos á Pascal, de los que unos exaltaban á los hombres, al paso que los otros enternecian á las mugeres.

En la plaza de los Cuatro-Cantones, como hiciese la comitiva una de aquellas infinitas paradas á que la obligaba la multitud apiñada en las calles, cuatro nuevos monges fueron á unirse al cortejo de los penitentes, que seguian inmediatamente detrás de Pascal. Uno de estos monges levantó su capucha, y Pascal reconoció á uno de los bravos que con él habian sostenido el sitio; al punto comprendió que los otros tres monges eran los otros tres compañeros suyos, y que habian ido alli con intencion de salvarle.

Entonces Pascal pidió permiso para hablar á aquel de los monges con quien habia cambiado una señal de inteligencia, y el monge se aproximó á él.

—Venimos para salvarte, dijo el monge.

—No, dijo Pascal, venis para perderme.

—¿Cómo es eso?

—Me he entregado sin reserva ninguna, me he rendido bajo la promesa de que se os dejaría la vida, y os la han dejado. Soy tan honrado como ellos: han cumplido su palabra, yo cumpliré la mia.

—Pero... replicó el monge, intentando convencer al reo.

—Silencio, dijo Pascal, ú os hago prender.

El monge volvió á ocupar su puesto sin replicar; luego cuando la comitiva se volvió á poner en marcha, cambió algunas palabras con sus compañeros, y en la primera calle de travesía que se presentó, abandonaron la fila y desaparecieron.

Llegaron á la plaza de la Marina: los balcones estaban llenos de las mas bellas damas y ricos señores de Palermo. Uno de ellos, sobre todo, colocado frente al patíbulo, se veia como en los dias clásicos, colgado de brocado: éste era el que estaba reservado á la condesa Gemma de Castel-Novo.

Cuando llegaron al pie del cadalso se apeó el verdugo de su caballo y plantó sobre la viga trasversal la bandera roja, señal de la ejecucion: al instante desataron á Pascal, quien

saltó á tierra, subió por sí mismo y hacía atrás la escala fatal, presentó su cuello para que le echasen el lazo, y sin aguardar á que el verdugo le lanzase, se lanzó él mismo desde la escala.

Toda la multitud arrojó un grito simultáneo; pero por mas poderoso que fuese este grito, el que dió el reo dominó de tal modo, que todos concibieron la idea de que aquel grito era el que arrojaba el diablo saliendo de su cuerpo; y tal fué el terror que se apoderó de la multitud, que los espectadores se atropellaron unos á otros, y en la confusion el tio de nuestro capitán, que era gefe de milicia, como nos refirió éste, perdió sus hebillas de plata y su cartuchera.

Entregaron el cuerpo de Bruno á los penitentes blancos, quienes se encargaron de darle sepultura; pero cuando le habian llevado al convento donde se ocupaban de tan piadoso trabajo, se presentó el verdugo á reclamar la cabeza. Los penitentes quisieron al principio defender la integridad del cadáver, mas el verdugo sacó de su bolsillo una orden del ministro de Justicia en la que se mandaba que la cabeza de Pascal Bruno, para que sirviese de escarmiento, seria epuesta en una jaula de hierro en las murallas del castillo señorial de Bauso.

Los que deseen noticias mas amplias acerca de este célebre bandido, pueden acudir á la novela que publiqué acerca de él en 1837 ó 38 si no me equivoco; esta es su historia pura y simplemente, tal como me la refirió, y como la conservo firmada de su puño en mi album, por su excelencia don Cesare Alletta, notario de Calvaruso.

SCYLLA.

Terminada esta historia, escrita en mi album y autorizada con la firma auténtica del digno funcionario que me la habia referido; y cuyo espíritu fuerte, como se ha visto, era superior á las tradiciones supersticiosas en que tan ciegamente creian las gentes de nuestra tripulacion, nos levantamos y nos encaminamos hácia los sitios donde habia pasado una parte de los sucesos que acaban de presentarse á la vista de nuestros lectores.

El primer objeto de nuestra investigacion era la casa paterna de Pascal: esta casa, cuya puerta cerrada por él jamás se ha vuelto á abrir por nadie, tiene un aspecto de desolacion que está muy en consonancia con los recuerdos que despierta; las paredes se agrie-

tan, el techo se desprende, la ventana del piso principal desprendida, está pendiente de uno de sus goznes. Pedí una escala para examinar lo interior de la habitacion por uno de los vidrios rotos; pero don Cesare me previno que mi curiosidad podria ser mal interpretada por los habitantes de la aldea, y proporcionarse algun mal lance. Como esta susceptibilidad de los bausos tenia en el fondo un sentimiento de piedad, no quise ofenderle en lo mas mínimo; y despues de haber hablado con él y teniendo en cuenta mis recuerdos especiales, sacado en mi album un croquis de aquella casa, cuyas paredes habian encerrado tantos diversos infortunios y tan distintas pasiones, tomé el camino del castillo baronial.

Está situado á la estremidad derecha de la calle, si así puede llamarse una serie de jardines, ó mejor, de campos y casas diseminadas, que se elevan sobre una pequeña rampa. Sin embargo, menester es decirlo, las enormes espesuras de ligueras y granados esparcidos á lo largo del camino, y en medio de las que descuella el terrible tronco del aloe, dan á todo aquel paisaje un aspecto particular que no carece de encanto: á medida que se sube, se ve, por encima de los tejados de una calle transversal, aparecer la humeante cima de Stromboli, luego las islas que tienen menos elevacion que éste, y por último el mar, vasta sábana azulada que se confunde con el azul del cielo.

El castillo de la baronía, frente al que se alza una de esas bellas cruces de piedra del siglo XVI llena de caracteres, con su lapidea desnudez, es un edificio de pequeñas dimensiones al que dan sus almenas un aspecto de osario cuya vista agrada. En la fachada que da frente á la cruz hay dos jaulas, ó mas bien y para dar una idea mas exacta de ello, dos linternas sin cristales. Una de aquellas dos jaulas está vacía; esta habia contenido la cabeza del padre de Pascal Bruno, que su hijo, en un momento de estraña piedad, arrebató con la bala de su carabina: la otra contiene un cráneo blanqueado por treinta años de sol y de lluvia; este cráneo es el de Pascal Bruno.

Una ventana próxima á la jaula ha sido tapiada para que no arrebataran el cráneo, pero Pascal era el único de su familia, y ninguna tentativa se hizo para sustraer aquel último resto á su postrer castigo.

Por lo demas, tan vivo estaba el recuerdo del bandido en la aldea como si hubiera muerto la vispera. Habiendo sabido la causa de nuestro viage á Bauso una docena de aldeanos, nos acompañaban en nuestra exploracion, y demostrándose muy orgullosos porque la reputacion de su compatriota hubiese atravesado el mar, añadian, cada uno segun sus recuerdos personales ó las tradiciones orales, algunos rasgos característicos de aquella vida aventurera y escéntrica, y que completaban como un adorno fantástico y de va-

riados colores, el severo bosquejo histórico trazado en mi album por el notario del Calvaruso. Entre el acompañamiento que llevábamos con nosotros, había un anciano de setenta y cuatro años: era el mismo á quien Pascal Bruno había hecho entregar las *veinte y cinco onzas*; de modo que hablaba del bandido con entusiasmo, y nos aseguró que desde la época de su muerte, todos los años mandaba decir una misa por él. Y añadió, que no era porque tuviese necesidad de ella; porque en su opinion, si no estaba en el paraíso, nadie tenía derecho á entrar en él.

Desde el castillo nos dirigimos hácia la izquierda á través de las tierras, siguiendo un sendero trazado en medio de un plantío de olivos; al cabo de un cuarto de hora de marcha, á poco mas ó menos, nos encontramos en una reducida llanura circular de la que ocupaba el centro la fortaleza de Castel-Novo. Allí tenia Pascal Bruno su palacio.

La fortaleza está en un estado de ruina que corresponde casi al en que se encuentra la casa de Pascal Bruno. Abandonada por el mayordomo del conde, jamás, desde la muerte del bandido, ha sido ocupada por ningun miembro ni servidor de aquella noble familia. Hoy, una pobre muger haraposa y algunos niños medio desnudos, han encontrado allí un asilo y habitan en un rincón; allí viven, á la manera de las bestias montaraces en su guarida, de raíces, frutas y manícos; en cuanto al alquiler, escusado es decir que no se piensa siquiera en ello.

La anciana nos enseñó la habitacion que ocupaba Pascal y aquella en que él y sus cuatro compañeros habían sostenido un sitio de cerca de treinta y seis horas: las paredes esteriormente estaban acribilladas á balazos, las maderas de los balcones, las paredes de la sala estaban mutiladas. Conté las que había en una sola hoja de balcon y vi diez y siete.

Al bajar me enseñaron el nicho donde estaban encerrados los cuatro famosos perros corsos, que han dejado en la aldea un recuerdo casi tan terrible como el de su amo.

Nos volvimos á la fonda: eran las tres de la tarde, y por tanto no había tiempo que perder para volver á Messina.

A las ocho de la noche estaba ya en Messina: era demasiado tarde para salir del puerto é irme á hacer noche en San Giovanni; por otra parte mis remeros no estaban prevenidos, y seguramente cada uno habria tomado para pasar la noche disposiciones que mi nueva resolucion hubiera contrariado; aplacé pues, mi partida para el dia siguiente por la mañana.

A las seis de la madrugada estaba á mi puerta Pietro con Filippo, los demas de la tripulacion esperaban en la lancha. El dueño de la fonda me volvió mi pasaporte visado de nuevo, precaucion que es preciso no olvidar jamás cuando se pasa de Sicilia á Calabria ó

de Calabria á Sicilia, y nos despedimos, probablemente para siempre de Messina la Noble; habiamos permanecido algo mas de dos meses en Sicilia.

Nuestra vuelta á San Giovanni fué menos rápida que lo había sido nuestra partida para La Pace; la travesía era la misma, pero se hacia con muy diferente voluntad; había prevenido á mis gentes que todavia los tendria un mes próximamente, y exceptuando Pietro, á quien jamás le abandonaba su humor festivo, toda la tripulacion estaba bastante triste.

Al llegar, encontré una carta de Jadin, en cuya carta me prevenia, que habiendo comenzado la vispera un diseño de Scylla, había partido al rayar el dia con Milord y el grumete, á fin de terminar, si le era posible en todo el dia, el referido diseño. Advertí al capitán que desearia partir al dia siguiente al rayar el dia; me pidió entonces el pasaporte para que le visasen de nuevo y me prometió estaria dispuesto, como todos los demas, para el momento que desecaba. No teniendo yo otra cosa mejor que hacer, tomé el camino de Scylla para buscar á Jadin.

La distancia de San Giovanni á Scylla es de cinco millas próximamente; pero esta distancia se hace muy corta por lo pintoresco del camino, que casi siempre cóstea el mar, y se estiende entre hileras de cactus, de granados y de aloes, á que de trecho en trecho domina algun nogal ó castaño de espeso follage, bajo la sombra del que casi siempre se veia recostado un pastorcillo y su perro, mientras las tres ó cuatro cabras que guardaban trepaban caprichosamente á la vecina roca, ó se elevaban sobre sus patas traseras para alcanzar los retoños de un arbusto ó de una verde encina. De trecho en trecho encontraba en el camino, y en grupos de dos, ó tres, jóvenes doncellas de Scylla, de elevada estatura, fisonomia grave y cabellos adornados con cintas rojas y blancas, como se ven en los retratos de las antiguas matronas romanas; iban á San Giovanni llevando canastillos de frutas ó cantarillas de leche de cabra en su cabeza; y se detenian para verme pasar como hubieran hecho con una alimaña cualquiera desconocida para ellas, riéndose muchas veces á carcajadas y sin reparo alguno, de mi traje, que completamente sacrificado á mi mayor comodidad, les parecia sin duda demasiado estrambótico en comparacion del traje elegante que viste el aldeano calabrés.

A trescientos ó cuatrocientos pasos antes de llegar á Scylla, encontré á Jadin situado bajo un quitasol con Milord á sus pies y su grumete al lado; formaban el centro de un grupo de aldeanos y aldeanas ca'abreses, que le costaba gran trabajo dejasen despejado el lado de la ciudad, y que aproximándose por curiosidad, cada diez minutos formaba un telon semoviente entre el pintor y el paisaje. Entonces Jadin hacia lo que hace el pastor:

enviaba á Milord en la direccion en que deseaba se estableciese la solucion de continuidad, y los aldeanos que tenian mucho miedo á Milord, se separaban al punto, para volverse á unir, es verdad, diez minutos despues. Sin embargo, como todo esto se verificaba de la manera mas bondadosa del mundo, no habia nada que decir.

El paseo me habia escitado el apetito, por tanto propuse á Jadin interrumpiese su tarea para ir á almorzar conmigo á la ciudad; pero Jadin que queria terminar su croquis en el dia, habia tomado sus precauciones para no tenerse que mover del sitio en que se habia acomodado: el grumete habia ido á buscar pan, jamon y vino, y acababa de terminar su *collazione* en el momento en que yo llegaba. Me decidí, pues, á almorzar solo, y me encaminé á la ciudad, menos prudente que Encas, mas creyendo fiado en la antigüedad, que Seylla no era temible sino cuando uno se aproximaba allí por mar. Se verá que me engañé groseramente, y que á pesar de ser dados para otro y no por mí, hace tres mil años, hubiese debido seguir los consejos de Anquises.

Llegué á la ciudad admirando su estraña situacion. Edificada sobre una cima, descendiendo como una larga cinta por la vertiente occidental de la montaña, y luego dando vuelta como una S se estiende á lo largo del mar, cuyas aguas encuentran en el arco que forma su parte inferior una pequeña rada donde no pueden, á lo que me pareció, abordar mas que los barcos pescadores y los buques de poca cabida de la especie del Speronare. Esta rada está protegida por un alto promontorio de rocas, en cuya meseta, y dominando al mar, hay una fortaleza edificada por Murat. Al pie de la roca, y á unos cien pasos á su derredor una multitud de escollos de formas estraordinarias, algunos de los cuales tienen la forma de perros descansando sentados, salen caprichosamente sobre la superficie del agua: de aquí proviene sin duda la fábula que dió á la anante del dios Glauco su terrible celebridad.

Habia divisado yo á lo lejos, por la posicion ascendente de la calle, una casa entre cuyas ventanas se ostentaba una muestra representando un pelicano rojo: el emblema de esta ave que se desgarró el seno para alimentar á sus hijos, me pareció una alusion demasiado directa sobre el compromiso que contraía el dueño de la posada para con los viajeros, para que vacilase yo un instante en dejarme coger por aquel cebo. Hubiera debido sin embargo pensar que hay pelicanos de pelicanos, como hay cuentos de cuentos, y que un pelicano rojo no es un pelicano blanco; pero la prudencia de la serpiente que tanto se me habia recomendado para con los calabreses, me abandonó aquella vez, y cai en la ratonera.

Fui recibido perfectamente por el mesonero, quien despues de pedirme órdenes para el almuerzo y responderme con el eterno *súbbito* italiano, me hizo subir á un cuarto donde se apresuró efectivamente á disponer la mesa. Una media hora despues, entró el mismo posadero con un plato de chuletas en la mano, y cuando me vió á la mesa y satisfaciendo mi apetito con la introduccion del refrigerio, me preguntó con el mismo tono meloso de voz, si tenia pasaporte. No comprendiendo la importancia de la pregunta le respondí con indiferencia que no, que no viajaba en aquel momento, sino que me daba un paseo simplemente, que por tanto habia dejado mi pasaporte en San Giovanni, donde habia elegido provisionalmente mi domicilio. Mi huésped me respondió con un *benone* de los mas tranquilizadores, y continué despachando mi almuerzo, sirviéndome por su parte con una politica cada vez mayor.

A los postres, salió para ir él mismo, segun me dijo, á buscar las mejores frutas de su jardin. Hice señal con la cabeza que esperaba con la paciencia de un hombre que ha comido perfectamente, y encendiendo mi cigarro y siguiendo con la vista las caprichosas descomposiciones del humo, me lancé á esos sueños tranquilos y fantásticos que acompañan ordinariamente á las digestiones fáciles.

Estaba en lo mejor de mí El Dorado, cuando oí tres ó cuatro sables que chocaban en los tramos de la escalera. Al pronto no fijé en ello mi atencion, pero como aquellos sables se aproximaban cada vez mas á mi habitacion, me volví por fin. En el momento en que volvía la cabeza, se abrió mi puerta, y entraron cuatro gendarmes: este era el postre que mi huésped me habia prometido.

Debo hacer justicia á las milicias urbanas de S. M. el rey Fernando, llevándose la mano á sus tricornios y dándome el tratamiento de excelencia, fué como me pidieron el pasaporte que sabian perfectamente no tenia. Diles la misma respuesta que habia dado á mi huésped, y como si no la esperasen se miraron los susodichos urbanos con un aire que queria decir: ¡diablo! ¡diablo! he ahí un mal negocio que se prepara. Cambiando este lenguaje mimico, se volvió á mi el cabo, y siempre con su sombrero en la mano significó á mi excelencia que se veia obligado á conducirme ante el juez.

Como no tenia la menor duda de que sus atenciones terminarian con aquella nueva proposicion, y nada me importaba atravesar toda la ciudad entre cuatro gendarmes, hice seña al cabo de que tenia que hablarle confidencialmente; se aproximó á mí, y sin levantarme de la silla:

—Haced salir á vuestros soldados, le dije.

El cabo miró á su alrededor, se aseguró de que no habia ningun arma á mi alcance, y volviéndose hácia sus acólitos, les indicó que

nos dejasen solos. Al punto obedecieron los tres gendarmes, y me encontré solo con un hombre.

—Sentaos, dije al cabo señalándole una silla que estaba en frente de mí. Se sentó.

—Ahora, le dije apoyando mis dos codos sobre la mesa y mi cabeza en las dos manos; ahora que estamos solos, escuchad, le dije.

—Escucho, me respondió mi calabrés.

—Escuchad, mi querido cuartel-maestre, porque vos sois cuartel-maestre, ¿no es eso?

—Debia serlo, excelencia, pero las simpatías...

—Lo sereis; dejadme, pues, daros un título que no puede faltaros de un día á otro y que tanto mereceis bajo todos conceptos. Ahora, digo, mi querido cuartel-maestre, vos no sois enemigo, cuando en nada puede comprometeros, de un habano, una botella de muscato calabrés y la pequeña suma de dos napoleones, ¿no es así?

Y al decir estas palabras saqué los dos pesos del bolsillo, y los hice brillar á los ojos de mi interlocutor, que por un movimiento instintivo alargó la mano.

Este movimiento me agradó: sin embargo, aparenté no observarlo, y volviendo á meter los dos napoleones en mi bolsillo, continué.

—Y bien, mi querido cuartel-maestre, todo eso está á vuestra disposicion, con solo que me permitais, antes de conducirme á casa del juez, enviar á buscar mi pasaporte á San Giovanni, entretanto me hareis un rato de agradable compañía, fumaremos, beberemos, y aun jugaremos á las cartas si sois aficionado á los cientos ó al asalto; vuestros hombres, para mayor seguridad, permanecerán á la puerta, y para que por su parte no se fastidien demasiado, les enviaré tres botellas de vino; ¡oh! es toda una proposición: ¿la aceptais?

—Tanto mas, me respondió el cabo, cuanto que está perfectamente de acuerdo con mi deber.

—¡Pues cómo! ¿Creeis que me hubiera permitido yo una proposicion inconveniente? ¡Demonio! me hubiera guardado muy bien, conozco perfectamente la exactitud de las tropas de S. M. el rey Fernando. A la salud de S. M., cuartel-maestre; ¡oh! no podriais negaros ó diria que sois un súbdito rebelde.

—Y no me niego, dijo el cabo.

Y alargó su vaso.

—¿Y si ahora, me dijo despues de corresponder al brindis real propuesto por mí, si ahora, excelencia, no os trajeran el pasaporte?

—¡Oh! entonces, le dije, tendriais lo mismo los dos duros, y la prueba es que os los doy de antemano, tanta confianza tengo en vos, y quedareis completamente libre para hacerme conducir de partida en partida hasta Nápoles.

Y le di los dos duros, que metió en su bolsillo con una facilidad que probaba lo acos-

tumbrado que estaba á aquella clase de negociaciones.

—¿Vuestra excelencia prefiere alguno como mensajero para ir á buscar vuestro pasaporte? me preguntó el cabo.

—Si, cuartel-maestre; con vuestro permiso desearia que uno de vuestros hombres.... Venid aquí. Le conduje á la ventana, y le mostré á lo lejos, en el camino real, á Jadin, que sin imaginarse siquiera el embarazo en que me hallaba, continuaba sacando su croquis á la sombra de su quitasol.—Desearia que uno de vuestros hombres fuese á buscar á aquel grumete que veis allí cerca de aquel caballero que dibuja. ¿Le veis allá abajo?

—Perfectamente.

—Tiene buenas piernas, y si hay tres ó cuatro carlinos que ganar, prefiero que los gane el grumete mejor que otro.

—Voy á enviarle á buscar.

—Está bien, cuartel-maestre; decid al mismo tiempo que nos suban una botella del mejor moscatel, que den tres botella; de lo seco de Siracusa á vuestros hombres, y traedme una pluma, papel y tintero.

—Al instante, excelencia.

Cinco minutos despues estaba servido; escribí al capitán:

«Querido capitán: me encuentro, por no tener el pasaporte, detenido en la posada del Pelicano Rojo en Seylla: tened la bondad de traerme vos mismo el documento que me hace falta, á fin de dar á las autoridades calabresas todas las noticias morales y politicas que pueden desear acerca de vuestro servidor,

Guichard.»

A los diez minutos estaba ya conmigo el grumete. Le di mi carta, acompañada de cuatro carlinos, y le recomendé fuera corriendo hasta San Giovanni, y sobre todo que no volviese sin el capitán.

El pobre hombre, que jamás había tenido semejante cantidad á su disposicion, partió ligero como el viento. Un instante despues vi desde la ventana que ganaba religiosamente sus cuatro carlinos: pasó cerca de Jadin al paso gimnástico; Jadin quiso detenerle, pero le enseñó la carta y continuó su camino.

Y Jadin, que tenia que concluir su croquis, volvió á continuar su tarea con su ordinaria tranquilidad.

Por lo que hace á mí, establecí con el cabo una conversacion moral, científica y literaria, que al parecer le encantó no poco. Esta conversacion duraría hora y media próximamente, por lo que, y por mas interesante que fuese, comenzaba á prolongarse demasiado, cuando descubri en el camino, no ya solo al capitán, sino á toda la tripulacion que llegaba á la carrera; para todo evento, se había armado cada uno de un arma cualquiera, á fin de liber-



tarme por la fuerza si de ello hubiese necesidad. Nunzio era el único que habia quedado para guardar el buque.

El grupo hizo una corta parada cerca de Jadin; pero como éste se hallaba mucho menos instruido de mi aventura que el capitán, que habia recibido mi carta, él fué quien se puso á interrogarle. Entonces, para no perder tiempo, le entregó mi billete y continuó su camino; leyóle Jadin, hizo un movimiento con la cabeza que queria decir: Bueno, bueno, ¿no es mas que eso? puso con mucho cuidado la esquila en uno de los inmensos bolsillos de su gaban, á fin de aumentar con él su coleccion de autógrafos, y se puso á acabar.

Cinco minutos despues era tomada por asalto por mi tripulacion la posada del Pelicano Rojo, y el capitán se precipitaba en mi habitacion con mi pasaporte en la mano.

Nos habiamos convertido en tan buenos compañeros mi cabo y yo, que á la verdad ya casi no tenia necesidad de él.

No por eso me agradó menos no tener que poner á tan ruda prueba su naciente amistad; le alargué, pues con orgullo mi pasaporte. Le dirigí una mirada indiferente, y en seguida, abriendo él mismo la puerta:

—Su esclencia el conde Guichard viene en regla, dijo; déjesele pasar.

Todas las puertas se abrieron: mediante mis dos napoleones, me habia convertido en conde.

—Y decidme, mi querido cabo, le pregunté, si por casualidad encuentro en mi camino al dueño de la posada, ¿os contrariaría que le moliese á palos?

—¿A mí, esclencia? dijo mi esclente cabo, nada absolutamente; solo si, tened cuidado con el puñal.

—Eso es de mi cuenta, cuartel-maestre.

Y bajé con la dulce esperanza de arreglar mi doble cuenta con el mesonero del Pelicano Rojo; desgraciadamente, como sin duda él se lo tenia; fué su primer camarero quien me presentó la cuenta, mas él se habia hecho completamente invisible.

Nos vimos á Jadin al paso, y volví á entrar en triunfo en San Giovanni á la cabeza de mi tripulacion.

EL PROFETA.

Al llegar á bordo, encontramos al piloto sentado segun su costumbre en el timon, por mas que el buque estuviere anclado, y nada tuviese por consiguiente que hacer en aquel sitio. Al ruido que hicimos al subir á bordo,

sacó la cabeza por encima de la cámara é hizo seña al capitán de que queria hablarle. El capitán, que participaba tambien de la deferencia que todos tenian hácia Nunzio, pasó al punto á popa.

La conferencia duraría diez minutos; por su parte, y durante aquel tiempo, se habian reunido los marineros y formaban un grupo al parecer bastante preocupado; creimos que se trataba de la aventura de Scylla, y no pusimos mas atencion en aquellos síntomas de inquietud.

Pasados aquellos diez minutos volvió á aparecer el capitán y vino derecho hácia nosotros.

—¿Continúan sus esclencias en la idea de partir mañana? me preguntó.

—Si, siempre que sea posible, respondí.

—Es que el abuelo dice que el tiempo va á cambiar y que tendremos viento contrario para salir del estrecho.

—¡Demonio! dije yo, ¿está bien seguro de ello?

—¡Oh! dijo Pietro, que se habia aproximado á nosotros con toda la tripulacion, si el abuelo lo ha dicho ¿caramba! es el Evangelio. ¿Lo ha dicho, capitán?

—Lo ha dicho, respondió gravemente aquel á quien la pregunta iba dirigida.

—¡Ah! ya habiamos visto que habia alguna cosa; tenia el rostro sombrío, ¿no es verdad, compañeros?

Toda la tripulacion hizo una seña con la cabeza que indicaba que todos habian observado como Pietro, la preocupacion del anciano profeta.

—Pero, pregunté, cuando sopla el viento, ¿tiene costumbre de soplar largo tiempo?

—¡Caramba! dijo el capitán, ocho, diez dias; unas veces mas y otras menos.

—¿Y entonces no se puede salir del estrecho?

—Es imposible.

—¿Hacia qué hora soplará el viento?

—¡Eh, abuelo! dijo el capitán.

—Presente, contestó Nunzio levantándose por detrás del pabellon.

—¿Para qué hora el viento?

Nunzio se volvió, consultó hasta la mas pequeña nubecilla de la atmósfera, y volviéndose luego hácia nosotros:

—Capitán, dijo, será á la noche, entre ocho y nueve, á pocos instantes de haberse puesto el sol.

—Será entre ocho y nueve, repitió el capitán con la misma seguridad que si hubiese sido Matthieu, Lœnsberg ó Nostradamus quienes le hubiesen dirigido la respuesta que nos transmitia.

—Pues en ese caso, observé al capitán, ¿no podríamos salir inmediatamente? Entonces nos encontraríamos para esa hora en alta mar; y siempre que llegásemos á Pizzo, es todo lo que pido.

—Si lo quereis absolutamente, respondió el piloto directamente se procurará hacer.

—Pues bien, intentadlo entonces.

—Vamos, vamos, dijo el capitán; partimos: cada uno á su puesto.

En un momento, y sin hacer observacion alguna, todos se pusieron á la maniobra; se levó ancla, y el buque, volviendo lentamente su bauprés hácia el cabo Peloro, comenzó á moverse al impulso de cuatro remos: inútil era pensar en las velas, porque ni la mas leve brisa atravesaba el espacio.

Era evidente, sin embargo, que á pesar de haber obedecido nuestra tripulacion la orden dada sin replicar, se habia puesto en marcha de mala gana; pero como aquella especie de abandono podia provenir tambien del sentimiento que les causaba alejarse de su muger ó de su novia, no fijamos mucho en ello nuestra atencion, y continuamos esperando que Nunzio desmentiria aquella vez su ordinaria infalibilidad.

A eso de las cuatro, nuestros marineros, que poco á poco y disimulando su intencion se habian aproximado á las costas de Sicilia, se hallaron á un cuarto de legua próximamente de la aldea de La Pace; entonces salieron mugeres y niños y empezaron á poblar la costa. Conoció perfectamente cual era el objeto de aquella maniobra, atribuida sencillamente á la corriente, y me adelanté al deseo de aquellas buenas gentes autorizándoles, no á desembarcar porque no podian hacerlo sin patente, sino á aproximarse á la costa á corta distancia para que pudiesen darse otra vez un adiós. Aprovecháronse del permiso, y con veinte golpes de remo se hallaron al alcance de la voz. Al cabo de una media hora de conversacion fué el capitán el primero que recordó que no teniamos tiempo que perder: se echaron al aire los pañuelos y tiraron al alto los sombreros, como se acostumbra en semejantes circunstancias, y continuó la marcha siempre remando; ni un soplo de viento se dejaba sentir, antes al contrario, la calma era cada vez mayor.

Como esta disposicion atmosférica me daba naturalmente sueño, y por tanto tiempo y frecuentemente habia visto la doble costa de la Sicilia y de la Calabria que ya no escitaba mi curiosidad, dejé á Jadin en el puente fumando su pipa, y fui á echarme.

Dormia hácia tres ó cuatro horas, y durmiendo conocia instintivamente que pasaba alguna cosa estraña, cuando me despertó al fin completamente el ruido que hacian los marineros corriendo por encima de mi cabeza, y al grito muy conocido de ¡Burrasca! ¡burrasca! intenté ponerme de rodillas, lo que no fué fácil por el movimiento de oscilacion que tenia el buque; mas al fin lo conseguí, y deseoso de saber lo que pasaba me arrastré hasta la puerta posterior del pabellon, que daba al sitio reservado al piloto. Muy pronto lo hi-

ce: en el momento en que la abria, una ola que queria entrar precisamente cuando yo iba á salir me cogió de frente, y me envió rápidamente tres pasos atrás, cubierto de agua y de espuma. Me volví á levantar; pero habia ya una inundacion completa en la cámara, llamé á Jadin, para que me ayudase á librar nuestras camas del diluvio.

Jadin acudió acompañado del grumete, que llevaba una linterna, mientras que Nunzio que á todo atendia, cerraba la puerta de la cámara con el objeto de que no sumergiese completamente una segunda ola nuestro departamento. Arrollamos al punto nuestros colchones, que siendo felizmente de cuero, no habian tenido tiempo de empaparse. Los colocamos sobre tijeras que les elevaban por encima de las aguas como el espíritu de Dios; colgamos nuestras sábanas y mantas en las perchas que habia en las paredes interiores de nuestra cabina, y en seguida, dejando á nuestro grumete el cuidado de recoger las dos pulgadas de liquido en medio del que estábamos encharcados, nos fuimos al puente.

Se habia levantado el viento como lo habia dicho el piloto y á la hora que habia marcado, y según su prediccion nos era completamente contrario. No obstante, como habiamos conseguido salir del estrecho nos hallamos en circunstancias mas favorables, y dábamos bordadas con la esperanza de adelantar algo de camino: pero resultaba de esta manobra que nos azotaba la mar enteramente de través, y que de tiempo en tiempo se inclinaba el buque de tal modo que el estremo de nuestras vergas se hundia en el agua. En medio de toda aquella baraunda y sobre un plano inclinado como un tejado corrian nuestros marineros de la proa á la popa con una celebridad tal, que nosotros que no podiamos sostenernos sino asegurándonos con todas nuestras fuerzas verdaderamente no lo comprendiamos. De vez en cuando resonaba de nuevo el grito de: ¡Burrasca! ¡burrasca! al punto se arriaban todas las velas, hacian virar el Speronare, colocábase al viento el bauprés, y así se aguardaba. Entonces llegaba el viento zumbando, y cargado de lluvia silbaba á través de nuestros mástiles y nuestras desnudas cuerdas, mientras que las olas cogiendo por debajo á nuestro Speronare, le hacian saltar como una cáscara de nuez. Al mismo tiempo, á la luz de dos ó tres relámpagos que acompañaban á cada trueno, distinguíamos las costas de la Calabria ó las de la Sicilia, según que nuestras bordadas nos habian aproximado á las unas ó á las otras, y siempre á la misma distancia; lo cual probaba que no adelantábamos gran cosa en el camino. Por lo demas nuestro pequeño buque se portaba á las mil maravillas y hacia inauditos esfuerzos para darnos la victoria contra el aguacero, la mar y el viento.

Así permanecimos luchando por espacio de

tres ó cuatro horas, y en este tiempo, preciso es confesarlo, no pronunciaron nuestros marineros ni una recriminacion contra quien los habia puesto en lucha contra la imposibilidad misma. En fin, al cabo de este tiempo, pregunté cuanto habíamos adelantado desde que dábamos bordadas, que era hacia cinco ó seis horas. Nos respondió el piloto tranquilamente que habíamos caminado una media legua. Me informé entonces cuanto tiempo podría durar la borrasca, y supe que probablemente nos molestaría todavía treinta y seis ó cuarenta horas. Aun suponiendo que continuásemos conservando sobre el viento y la marejada la misma ventaja, podríamos hacer próximamente ocho leguas en dos dias; esta ventaja no valía el trabajo que costaba, y previne al capitán que si quería volver á entrar en el estrecho, reanuciáramos por el momento á pasar adelante.

Apenas formulada por mí esta pacífica intencion transmitida inmediatamente á Nunzio, llegó á noticia al punto de toda la tripulacion. El Spononare viró sobre sí mismo como por encanto; desplegarónse en la sombra la vela latina y la de foco, y el pequeño buque, trémulo todavía por su lucha, se lanzó viento en popa con la rapidez de un caballo á la carrera. A los diez minutos fué á decirnos el grumete que si queríamos volver á entrar en nuestra cámara estaba perfectamente seca, y que encontraríamos allí nuestras camas que nos esperaban en el mejor estado posible. No nos lo hicimos repetir, y tranquilos ya con respecto á la borrasca ante la que marchábamos en posta, nos dormimos al poco tiempo.

Nos despertamos anclados precisamente en el mismo parage de donde habíamos partido la víspera; podíamos figurarnos que no nos habíamos movido de un sitio, y que únicamente habíamos tenido un sueño algo agitado.

Como la prediccion de Nunzio se habia realizado punto por punto, nos aproximamos á él con una veneracion todavía mayor que de costumbre para pedirle noticias respecto al tiempo. Sus predicciones no eran satisfactorias: á su parecer el tiempo se habia alterado completamente por ocho ó diez dias; y aun habia en la atmósfera alguna cosa muy extraña y que no comprendia bien. Resultaba, pues, de las observaciones atmosféricas de Nunzio que estaríamos encerrados en San Giovanni por una semana al menos. En cuanto á renovar la prueba que acabábamos de hacer, y que nos habia salido bastante mal, era preciso renunciar á intentarlo siquiera.

Tomamos nuestro partido en el mismo instante. Manifestamos al capitán que dábamos seis dias al viento para decidirse á pasar del Norte á Sur-Este y que si al cabo de este plazo no se habia decidido á dar su salto, nos iríamos pacíficamente por tierra, á través de llanos y montañas, con nuestro fusil al hom-

bro, y unos ratos á pie y otros en mulas, mientras tanto concluiría el viento probablemente por cambiar de direccion, y nuestro Spononare, aprovechando el primer soplo favorable, nos iría á encontrar á Pizzo.

Nada deja tan satisfecho el cuerpo y el alma como una resolucion tomada, por mas que sea exactamente contraria á la que se pensaba tomar. Apenas fijamos la nuestra, nos ocupamos de nuestras disposiciones locales; por nada en el mundo hubiese vuelto á poner los pies en Messina. Decidimos, pues, permanecer en nuestro Spononare. En consecuencia ocupáronse al instante mismo en sacarle á tierra, para que no tuviésemos que sufrir ni aun el fastidioso embate de la mar que hace sentir el mal tiempo, aun en medio del estrecho. Pusieronse todos manos á la obra, y al cabo de una hora el Spononare como un casco viejo estaba sobre la arena de la costa, apuntalado de derecha á izquierda por dos enormes estacas, teniendo á babor una escala con ayuda de la que se comunicaba desde el puente á tierra firme. Ademas se estableció un pabellon á la parte de popa del palo mayor, á fin de que pudiésemos pasearnos, leer ó trabajar al abrigo del sol ó de la lluvia. Mediante estos cortos preparativos, nos encontramos con una vivienda infinitamente mas cómoda que lo hubiese sido la mejor posada de San Giovanni.

El tiempo que habíamos de pasar así no debía ser perdido: Jadin tenia que reparar sus bocetos; y yo, durante mis largas y fantásticas veladas bajo el hermoso cielo de la Sicilia, habia fijado casi completamente el plan de mi drama de *Pablo Jones*, del que ya no me faltaba mas que poner algunos caractéres en relieve y completar algunas escenas. Resolvi, pues, aprovecharme de aquella especie de cuarentena para acabar este trabajo preparatorio, que debía recibir en Nápoles su ejecucion, y desde aquella mismá noche puse manos á la obra.

Al dia siguiente nos pidió el capitán para sí y sus gentes el permiso de ir á la aldea Della Pace, mientras soplara el viento Norte; dos hombres permanecerian constantemente á bordo para servirnos y se relevarian cada dos dias. El permiso fué concedido bajo aquellas condiciones.

El viento era constantemente contrario, como lo habia predicho Nunzio; y sin embargo, despues de haber sido el tiempo borrascoso un dia y dos noches, se habia vuelto bastante bueno. Era la luna llena, y todas las noches se levantaba aquel astro detrás de las montañas de la Calabria; una vez elevada convertía al estrecho en un lago argentino, y á Messina en una de esas ciudades fantásticas como se las finge el poético buril de Martin. Este era el momento que yo escogia con preferencia para trabajar, y probablemente á esa calma de las bellas noches sicilianas es á lo

que ha debido el carácter del héroe principal de mi drama el sello religioso y fantástico, y que mas todavía acaso que las escenas dramáticas, ha decidido del éxito de la obra.

Al cabo de seis días mantenía el viento su reto, y no habia cambiado. No queriendo alterar nuestra decision, resolvimos, pues, partir en la mañana del sétimo, é hicimos avisar al capitán que volviese para acordar con nosotros un itinerario. No solo volvió el capitán, sino que llevó consigo toda la tripulación; aquellas buenas gentes no habian querido dejarnos partir sin despedirse de nosotros. En consecuencia, á eso de las tres los vimos llegar en la chalupa. Al punto mandé á Giovanni se procurase todos los víveres que pudiese reunir, y á Filippo, que estaba de guardia con él, dispusiese la mesa sobre el puente; por lo que hace á los postres, estaba bien seguro de que no teniamos necesidad de ocuparnos de ellos, porque siempre que nuestros marineros volvian de la aldea, traian las frutas mas hermosas de sus jardines.

Aunque sorprendido, desempeñó Giovanni su comision con su acostumbrada habilidad: al cabo de hora y media teniamos una comida muy apetitosa. Es verdad que tratábamos con convidados indulgentes.

Terminada la comida, á que asistió una parte de la poblacion de San Giovanni, se quitaron las mesas y se habló de bailar la tarantela. Ocurrióseme entonces la idea de enviar á Pietro á la aldea, á fin de reclutar dos músicos, un flauta y un guitarrista: un instante despues oí á mis instrumentistas que se aproximaban, el uno soplando su flageolet y el otro arañando su viola; el resto de la aldea los seguía. Entretanto habia preparado una iluminacion general, en cinco minutos se vió al Speronare resplandeciente.

Entonces supliqué al capitán invitase á sus conocidos á subir al buque: en un momento tuvimos á bordo unos veinte bailarines y bailarinas. Encaramamos á nuestros músicos sobre la cámara, nos colocamos delante de una mesa cubierta de vasos y botellas, y la soirée comenzó con gran júbilo de los actores y aun de los espectadores.

Como se recordará, era la tarantela el triunfo de Pietro: así que ninguno de los bailarines calabreses intentó disputarle el premio. Hablóse en voz baja de un cierto Agnolo que si estuviera allí, decian, sostendría el solo el honor de la Calabria contra la Sicilia entera; pero no estaba allí. Le habian buscado por todas partes en cuanto habian sabido que habia baile, y no le habian hallado: segun todas las probabilidades, estaba en Reggio ó en Scylla, lo cual era una gran desgracia para el amor propio nacional de los sangiovanistas. Por lo demas, es de creer que la reputacion del snodichó Agnolo habia pasado el estrecho, porque el capitán se acercó á mi oído y me dijo en voz baja:

—No es por despreciar á Pietro, que tiene disposicion, pero es muy bueno para él que Agnolo no esté aquí.

Apenas acababa la frase, cuando resonaron en la costa grandes gritos, y la multitud de espectadores abrió paso á un bello mancebo de veinte á veinte y dos años, vestido con el traje de los domingos. Este mancebo era Agnolo, y lo que le habia detenido habia sido su tocador.

Era evidente que aquella aparicion no agradaba á nuestras gentes, y sobre todo á Pietro, que se veía á punto de ser destronado, ó al menos obligado á dividir con un rival los aplausos de la sociedad. El capitán, sin embargo, no podia dispensarse de invitar á un hombre designado de aquel modo á nuestra admiracion por la voz pública; se aproximó, pues, al borde del Speronare, á diez pasos del que estaba Agnolo de pie y cruzados los brazos con aire de reto, y le invitó á tomar parte en la fiesta. Agnolo le dió las gracias con una especie de cortesía, y sin tomarse el trabajo de subir por la escala, que estaba al otro lado, se agarró con su mano derecha dando un salto al borde del buque; en seguida, á fuerza de puños, se elevó como un profesor de gimnasia, y cayó sobre el puente. Esto era, como se dice en el lenguaje de bastidores, *preparar su salida*. Así pues, Agnolo, mas feliz en este punto que muchos actores de reputacion, tuvo la fortuna de hacer efecto.

Entonces comenzó entre Pietro y el reciénvenido una verdadera competencia coreográfica. Creíamos conocer á Pietro despues del tiempo que hacia le tratábamos, pero nos vimos obligados á confesar que el verdadero Pietro aparecía ante nosotros por primera vez en todo su esplendor. Los batimanes, los zigzags, las triples vueltas á que se entregaba, tenian algo de fantástico; pero todo lo que hacia Pietro era repetido al instante mismo por Agnolo como por su sombra, y esto, preciso es confesarlo, con un método superior. Pietro era el bailarín de la naturaleza, Agnolo era el de la civilizacion; Pietro ejecutaba sus pasos con alguna fatiga del cuerpo y del espíritu; se veía que los combinaba primero en la cabeza, y que luego las piernas obedecian la órden dada; en Agnolo no sucedía así: todo era instantáneo, el arte habia llegado á unirse á la inspiracion, lo cual, como se sabe, constituye el mas alto grado á que el arte puede llegar. Resultó de aquí que Pietro, jadeante, sin aliento, próximo á perder la fuerza y la respiracion, despues de haber agotado todo su repertorio, cayó con las piernas cruzadas bajo su cuerpo, dando su grito habitual de derrota, sin consecuencia cuando el hecho pasaba delante de nosotros, es decir, en familia, pero que adquiría una gravedad muy distinta en presencia de un rival como Agnolo.

En cuanto á éste, como la fiesta apenas comenzaba para él, dejó algunos minutos á

Pietro, y volvió otra vez á su lado; mas viendo que su antagonista necesitaba sin duda una tregua mas larga, puesto que no se levantaba, pidió otra tarantela y continuó sus ejercicios.

En aquella ocasion, Agnolo, que no tenia competencia que sostener, fué verdaderamente un buen bailarín; no lo que se entiende por esto en un teatro de Francia, sino como se comprende en España, en Sicilia y en Calabria. Todas las figuras de la tarantela fueron ejecutadas, todos los pasos ejercitados; su faja, su sombrero, su ramillete, fueron sucesivamente los accesorios de aquel pequeño drama coreográfico, que espresó alternativamente todos los grados de la pasion, y que despues de haber comenzado por el encuentro casi indiferente del bailarín y su pareja, de haber pasado por las diferentes fases de un amor combatido y despues separado, concluyó por la mas completa exaltacion de una mútua felicidad.

Nos habíamos aproximado como los demas para ver aquella representacion verdaderamente teatral, y á riesgo de herir el amor propio de nuestro pobre Pietro, mezclábamos nuestros aplausos á los de la multitud, cuando resonaron los gritos de: *¡el baile del Sastre, el baile del Sastre!* proferidos al principio por dos ó tres personas, y repetidos luego frenéticamente no solo por los convidados que se hallaban á bordo, sino tambien por los espectadores que poblaban la costa. Agnolo se volvió hácia nosotros como para decir que puesto era nuestro huésped, nada haria sin nuestro consentimiento; unimos entonces nuestras instancias á las que ya le solicitaban. Entonces Agnolo, saludando graciosamente á la multitud, hizo señal de que iba á satisfacer el deseo que se le espesaba. Esta condescendencia fué acogida con aplausos unánimes y la música comenzó un estravagante ritornelo, que tuvo el privilegio de escitar en el mismo instante la hilaridad entre los circunstantes.

Como desgraciadamente tengo una comprension muy difícil respecto á los bailables, me aproximé al capitan, y le pregunté que era el baile del Sastre.

—¡Ah! me dijo, es una de esas diabólicas historias, que tienen á centenares en sus montañas. ¡Qué quereis! no es extraño, todos son hechizos y hechiceras en Calabria.

—Pero en fin, ¿con qué circunstancia tiene relacion este baile?

—Es un bandido de sastre, natural de Catanzaro, el maestro Terencio, que hizo gratis un par de calzones al diablo, á condicion de que el diablo se llevaria su muger. ¡Pobre muger! el diablo se la ha llevado al punto.

—¡Bah!

—¡Oh! ¡palabra de honor!

—¿Y cómo es eso?

—Tocando el violin. Jamás he oido contar una cosa semejante.

—¿De verdad?

—¡Oh! ¡dios mio! si, todavia vive. Si pasáseis á Catanzaro, podríais verle.

—¿A quién, al diablo?

—No, á ese bribon de Terencio. Sucedió esto no hace todavia diez años á vista y paciencia de todo el mundo. Ademas, es una cosa muy sabida, todos son hechiceros y hechiceras en Calabria.

—¡Oh! capitan, me contaréis la historia, ¿no es asi?

—¡Oh! no la sé bien, dijo el capitan; y por otra parte no me agrada mucho referir todas esas historias en que el diablo representa un papel, porque como sabeis ya ha habido en mi familia una historia de hechicera. Pero vais á atravesar la Calabria. ¡Dios quiera que no os suceda algun accidente en ella! y podreis preguntar al primero que encontréis la historia del maestro Terencio. A Dios gracias es muy conocida y os la contarán.

—¿Lo creéis asi?

—¡Oh! estoy seguro de ello.

Cogi mi album y escribí en él con gruesos caracteres:

«No olvidaré á hacerme referir la historia del maestro Terencio de Catanzaro, que ha hecho gratis un par de calzones al diablo, á condicion de que el diablo se llevaria á su muger.»

Y volví á dedicarme á Agnolo.

El telon estaba corrido y al compás de una música todavia mas extraña que el ritornelo cuya estravagancia me habia chocado, Agnolo acababa de comenzar un baile de su composicion, porque no solamente Agnolo ejecutaba, sino que tambien era compositor; danza de que nadie puede formarse una idea, y que hubiera tenido un éxito maravilloso en la ópera de *La Tentacion*, si se hubiesen podido trasportar á ella á un tiempo los músicos, la música y el bailarín. Desgraciadamente, no conociendo mas que el titulo del bailable, y no habiendo oido todavia el programa, no podia yo comprender sino muy superficialmente la accion, que me parecia de las mas interesantes y complicadas. Veia de cuando en cuando á Agnolo hacer la demostracion de un hombre que tira del hilo, que repasa sus calzones, y que se sorbe un vaso de vino; pero estos diferentes signos no me parecian constituir, si asi puedo decirlo, mas que los episodios del drama, cuyo argumento, sin embargo, permanecia siempre oscuro para mí. En cuanto á Agnolo, su pantomima era cada vez mas viva y animada, y su danza grotesca y fantástica á la vez, tenia en gran manera un carácter de atraccion casi mágico. Conocianse los esfuerzos que hacia para resistir, pero la música le arrebatava. Por lo que hacia al flautista y al guitarrista, el primero socaba hasta perder el aliento, y el segundo rasgaba hasta romperse la muñeca. Los circunstantes pateaban, Agnolo brincaba, Jadin y yo nos dejábamos ir como los demas por aquel espectáculo diabó-

lico, cuando de repente vi á Nunzio que atravesando la multitud, se acercaba á decir en voz baja algunas palabras al capitán. Al instante el capitán alargó el brazo, y tocándome en la espalda:

—Escelencia, dijo.

—¡Y bien! ¿qué hay? pregunté.

—Escelencia, es el abuelo que asegura que pasa alguna cosa singular en la atmósfera, y que en lugar de mirar bailar esos bailes que ofenden á Dios, haríamos mucho mejor en ponernos á rezar.

—¿Pero qué diablo quiere Nunzio que pase en la atmósfera?

—¡Jesus! exclamó el capitán, parece que todo tiembla.

Esta exacta observacion fué seguida inmediatamente de un grito general de terror. El buque vaciló como si estuviese todavía en medio del mar. Una de las dos estacas que le sostenian se escurrió á lo largo de su casco, y el *Speronare*, cayendo como un carruaje á quien le faltaran á la vez las dos ruedas del mismo lado, nos lanzó á todos, bailarines, músicos y espectadores rodando confundidos sobre la arena.

Hubo un instante de espanto y confusion imposible de describir; levantáronse todos, y cada uno huyó por distinto lado, sin saber á donde. No teniendo yo ninguna idea, gracias á la voltereta que acababa de dar, de la topografía del terreno, me iba derecho á la mar, cuando sentí una mano que me cogió y me detuvo. Me volví; era el piloto.

—¿Dónde vais, excelencia? me dijo.

—A la verdad, piloto, que no lo sé. ¿Vais vos á alguna parte? Me voy con vos, me es igual.

—No tenemos ninguna parte donde ir, excelencia, y lo mejor que podemos hacer es esperar.

—¡Y bien! dijo Jadin acercándose á su vez escupiendo la arena que tenia en la boca; ¡vaya una cabriola!

—¿No os ha sucedido nada? le pregunté.

—A mí nada; me caí sobre Milord, á quien faltó poco para que lo aplastase, y nada más. El pobre Milord, continuó Jadin dirigiendo la palabra á su perro con su mas amable tono de falsete, ha salvado la vida á su amo.

Milord se encogió sobre sí mismo y meneó apresuradamente su cola, en prueba del placer que experimentaba por haber ejecutado sin pensarlo tan bella accion.

—Pero en fin, pregunté, ¿qué hay? ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido, dijo Jadin encogiéndose de hombros, que esos imbéciles han asegurado mal las estacas, y habiendo faltado uno de los postes ha hecho lo mismo que Milord cuando se sacude las pulgas.

—Es decir, replicó el piloto, que es la tierra quien ha sacudido las suyas.

—¿Cómo?

—Escuchad lo que gritan todos poniéndose en salvo.

Me volví del lado de la aldea, y vi á nuestros convidados que corrian como locos gritando: ¡terremoto, terremoto!

—¿Qué es lo que quiere decir eso? ¿es un temblor de tierra? pregunté.

—Ni mas ni menos, dijo el piloto.

—¿Palabra de honor? preguntó Jadin.

—Palabra de honor, replicó Nunzio.

—Pues bien, piloto, tocad esos cinco, dijo Jadin, estoy sumamente contento.

—¿Por qué? preguntó gravemente Nunzio.

—Por haber gozado viendo un temblor de tierra. Pues qué, ¿creéis que se encuentra eso todos los dias de fiesta? El pobre Milord habrá visto tempestades, habrá visto volcanes, habrá visto temblores de tierra, habrá visto, pues, todo.

Me puse á reír á pesar mio.

—Si, si, dijo el piloto, reid; vosotros los franceses os reis de todo, ya lo sé. Eso no obsta para que acaso en este momento esté la mitad de la Calabria destruida. Esto no es del todo malo; pero en último resultado, por mas que sean calabreses, son hombres.

—¿Cómo, piloto! pregunté, ¿creéis que por esta pequeña sacudida que hemos sentido?....

—El movimiento venia de Norte á Mediodia, ya lo veis, excelencia; y nosotros precisamente estamos á la estremidad de la bota, y por consecuencia no hemos sentido gran cosa; pero hácia la parte de Nicastro y de Cosenza es donde debe haber habido mas huevos rotos; sin contar con que probablemente no ha terminado.

—¡Ah! dijo Jadin, ¿creéis que vamos todavía á tener diversion? Entonces bueno, bueno. En ese caso, fumemos una pipa.

Y se puso á encender la mecha esperando una segunda sacudida.

Pero aguardamos inútilmente: la segunda sacudida no se verificó, y al cabo de diez minutos, nuestra tripulacion, que en el primer momento se habia esparcido por todos lados, estaba reunida á nuestro alrededor: nadie habia padecido, á escepcion de Giovanni, que se habia estropeado la muñeca, y de Pietro, que decia haberse torcido un pie.

—¡Y bien! dijo el capitán, veamos, piloto, ¿qué debemos hacer ahora?

—¡Oh, Dios mio! capitán, poca cosa, respondió el anciano profeta; volver á colocar el *Speronare* sobre su pobre quilla, porque se me figura que esto ha concluido por el momento.

—Vamos, hijos, dijo el capitán, manos á la obra. En seguida, dirigiéndose á nosotros: si sus excelencias tuviesen la bondad.... añadí.

—¿De qué, capitán? decid.

—De ayudarnos; no sobraremos todos los que estamos para conseguir nuestro objeto, puesto que esos haraganes de calabreses son buenos para beber, comer y bailar; mas para

el trabajo no se puede contar con ellos. Ved si ha quedado siquiera uno.

Efectivamente, la costa se hallaba completamente desierta: hombres, mugeres y niños, todo habia desaparecido; lo cual, por lo demas, me parecia bastante natural para darse por sentidos de ello.

Aunque reducidos á nuestras propias fuerzas, conseguimos volver á colocar el buque en una posicion perfectamente vertical, gracias á un mecanismo muy ingenioso ideado por el piloto. La estaca que se habia caido volvió á colocarse en su sitio, la escala se aplicó de nuevo á babor, y al cabo de una hora próximamente estaba ya todo tan limpio y tan en orden á bordo del *Speronare* como si nada de extraordinario hubiese sucedido.

La noche pasó sin accidente alguno.

TERENCIO EL SASTRE.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, vimos llegar el guia y las dos mulas que habiamos pedido la vispera. Ningun daño importante habia sufrido la aldea: tres ó cuatro chimeneas habian caido, y nada mas.

Nos convinimos entonces con el capitán: necesitábamos tres dias para ir por tierra á Pizzo. Suponiendo que el viento cambiase, necesitaba doce ó quince horas, y quedó convenido que si llegaba el primero al sitio de la cita, nos esperaria hasta que apareciésemos; si por el contrario llegáramos nosotros antes, debiamos esperarle dos dias; y si pasados aquellos dos dias no habia parecido, le dejáramos una esquila en la posada principal de la ciudad, y le señalaríamos un nuevo sitio de cita.

Arreglado este punto esencial, por consejo del capitán, que nos habia advertido llevásemos la menor cantidad posible de dinero, tomamos cada uno seis ú ocho luises únicamente, dejando el resto de nuestro tesoro bajo la custodia de la tripulacion; y provistos esta vez de nuestros pasaportes perfectamente en regla, montamos en nuestras cabalgaduras y nos despedimos de nuestros marineros, quienes nos prometieron rogar todas las noches á Dios por nosotros en sus oraciones. Nosotros les exigimos partiesen al primer soplo de viento; se comprometieron bajo su palabra, nos besaron por última vez las manos, y nos separamos.

Para ir á Scylla seguimos el camino ya recorrido, y acerca del que, por consiguiente, ninguna observacion tenemos que hacer; pero

como nuestro guia se veia obligado á caminar á pie, porque despues de habernos prometido llevar tres mulas, no habia llevado sino dos, esperando que no pagariamos menos de los tres duros diarios convenidos, no podiamos ir mas que á un paso menos que regular; y aun asi nos previno al llegar á Scylla que no habiendo comido sus mulas antes de ponerse en marcha, era muy urgente que las hiciese almorzar antes de pasar adelante. Esto provocó naturalmente una explicacion: yo habia entendido que la manutencion seria como siempre de cuenta del mozo de mulas, y éste al contrario, pretendia haber entendido que el pienso de sus mulas seria de cuenta de sus pasajeros. No estaba esto consignado en el *contrato*, pero como felizmente constaba en él que el guia proporcionaria tres mulas, y no habia proporcionado mas que dos, le intimé observara sus condiciones al pie de la letra, ó que de no ser asi iria á prevenir á mi amigo el cabo de gendarmes. La amenaza hizo su efecto: quedó convenido que contentándome con las dos mulas, pagaria una tercera, y que el precio de la mula ausente quedaria afecto al pago del pienso de las dos mulas presentes.

A fin de no perder una hora inútilmente en Scylla, subimos Jadin y yo á la roca en que está edificada la fortaleza. Allí notamos un pequeño error arqueológico; y es que la ciudadela que se nos habia dicho edificada por Murat, databa de Carlos de Anjou: habia cinco siglos y medio de diferencia entre uno y otro de aquellos dos conquistadores. Pero la noticia nos la habian dado nuestros sicilianos, y ya habia observado que era menester no creerlos al pie de la letra respecto á fechas.

El 7 de febrero de 1808 fué cuando las compañías de cazadores del regimiento de infanteria ligera número 23 y del regimiento de infanteria número 67 de linea, entraron á la bayoneta en la pequeña ciudad de Scylla, y espulsaron de ella á los insurgentes que la ocupaban, y que consiguieron embarcarse protegidos por el fuerte, que estaba defendido por una guarnicion del regimiento de linea inglés número 62.

Apenas dueños de la ciudad, establecieron los franceses sobre la montaña que la domina una bateria destinada á batir en brecha el fuerte. El dia 9 comenzo el fuego la bateria, el 15 se intimó la rendicion á la guarnicion inglesa: en vista de su negativa continuó el fuego; pero en la noche del 16 al 17 partió de las costas de Sicilia una flotilla de pequeños buques y abordó sin ruido al pie de la roca. Llegado el dia notaron los sitiadores que su fuego no era respondido; al mismo tiempo recibieron el aviso de que los ingleses se embarcaban para la Sicilia. Este embarque les habia parecido imposible á causa de lo escarpado de la roca cortada á pico; pero forzoso les fué á sus ojos creerlo cuando

vieron que las chalupas se alejaban llenas de uniformes encarnados. Corrieron al punto al asalto, se apoderaron de la fortaleza sin resistencia alguna, y llegaron á lo alto de la muralla bastante á tiempo para ver alejarse la última lancha. Una escalera tallada en la roca, y que era imposible descubrir de otro lado que no fuese el mar, dió la esplicacion del milagro, los cañones del fuerte se dirigieron al punto hácia los fugitivos, y una barca que llevaba cincuenta hombres fué echada á pique; las demas temiendo la misma suerte hicieron fuerza de velas para alejarse, dejando á sus compañeros salieran del embarazo como pudieron. Las tres cuartas partes salieron de él ahogándose, la otra cuarta volvió á ganar la costa á nado y fué hecha prisionera por los vencedores. Encontráronse en el fuerte diez y nueve cañones, dos morteros, dos obuses, una carronada, muchas municiones y ciento cincuenta barriles de galleta.

La toma de Scylla puso fin á la campaña; era el único punto en que el rey Fernando ponía todavía el pie en Calabria; y José Napoleón que era rey hacia diez y ocho meses, se encontró de este modo dueño de la mitad del reino de su predecesor.

Confieso que con gran placer encontré al extremo de la península itálica las señales de las balas francesas en una ciudadela de la Gran Grecia.

Habia pasado la hora: habíamos dado cita á nuestro alquilador al otro lado de la ciudad. Volvimos pues á la carretera, donde despues de un momento de espera llegó nuestro hombre con sus dos caballerías. Al montar en mi mula noté que habian tocado á mis pistoleras, mi primera idea fué que me habian robado las pistolas; pero levantando el tapafunda las ví en su sitio. Entonces nos dijo nuestro guia que únicamente el mozo de cuadra las habia mirado, sin duda para asegurarse de si estaban cargadas y dar aviso sobre este punto importante á quien correspondia. Por lo demas, hacia mucho tiempo que viajábamos en medio de una sociedad equívoca para que nos cogieran desprevenidos: íbamos armados hasta los dientes y no abandonábamos nuestras armas, lo cual, unido al terror que Milord inspiraba, nos salvó sin duda de los malos encuentros que constantemente oíamos referir. Como por otra parte no me fiaba yo mucho de mi guia, me dió esto ocasion para decirle que si nos salian al encuentro la primera cosa que haria seria romperle la cabeza. Esta amenaza, dada á manera de aviso y con el aire mas tranquilo y mas resuelto del mundo, pareció hacer sobre él una impresion muy seria.

A eso de las tres de la tarde llegamos á Bagnaria. Aquí nos propuso nuestro guia hacer una parada, que se consagraria á su comida y á la nuestra. La proposicion era demasiado justa para no hallar en nosotros un do-

ble eco: entramos en una especie de posada, y pedimos nos sirviesen inmediatamente de comer.

Pasaria como media hora, y no viendo hacer ningun preparativo en la habitacion donde esperábamos la comida, bajé á la cocina á fin de meter prisa al cocinero. Allí me respondieron que habieran ya servido la comida á nuestras escelencias; pero que habiendo dicho nuestro guia que nuestras escelencias dormirian en la posada, no habian creído que debian apresurarse. Como apenas habíamos andado siete leguas en el dia, encontré la chanza bastante pesada, y supliqué al dueño nos hiciese la comida al instante mismo, y previniese á nuestro mozo estuviese dispuesto con sus caballerías para marchar inmediatamente despues de comer.

La primera parte de esta órden fué escrupulosamente ejecutada: diez minutos despues de mandado, estábamos á la mesa. Pero no fué lo mismo con respecto á la segunda: cuando bajamos nos anunciaron que no habiendo vuelto nuestro guia, no habian podido participarle nuestras intenciones, y que por consecuencia no estaban ejecutadas. Al instante mismo tomamos nuestra resolucion: hicimos nos presentasen la cuenta incluyendo en ella el gasto de nuestras mulas, pagamos el total y la propina, nos fuimos derechos á la cuadra, ensillamos nuestras cabalgaduras, montamos y dijimos al posadero que cuando volviera el mozo no tenia mas que decirle que corriendo en nuestro seguimiento nos alcanzaria en el camino de Palma. No era fácil perderse porque aquel camino era la carretera.

Cuando llegábamos al extremo de la ciudad, oímos á nuestras espaldas penetrantes gritos; era nuestro calabrés que iba en nuestro seguimiento y á quien no le hubiera desagradado amotinar algun tanto á sus compatriotas contra nosotros. Desgraciadamente para él nuestro derecho era evidente: no habíamos andado mas que siete leguas escasas en el dia, lo cual no era una jornada. Todavía quedaban tres horas de dia que aprovechar y solo siete millas distaba Palma. Nuestro guia intentó entonces retraernos por el temor, y nos juró que no podríamos menos de ser asaltados dos ó tres veces viajando á semejante hora; y en apoyo de su aserto, nos mostró á lo lejos cuatro gendarmes que salian de la ciudad escoltando cinco ó seis presos. Auguraba nuestro hombre que aquellos presos no eran otra cosa que ladrones sorprendidos la víspera en el mismo camino que queríamos seguir. A lo que respondimos que puesto que habian sido cogidos, ya no estaban allí; y que ademas si efectivamente habia necesidad de tomar seguridades, pediríamos á los gendarmes, que seguian el mismo camino, el permiso de viajar en su honrosa compañía. A semejante proposicion nada tenia que responder; forzoso fué, pues, á nuestro desgraciado guia tomar su

partido: pusimos nuestras mulas al trote corto, y nos siguió lamentándose.

Doy todos estos detalles para que el viajero que nos siga en aquel bienaventurado pais sepa á que atenerse, una vez por todas; acordar sus condiciones, por escrito primero y antes de nada; luego, una vez acordadas, jamás ceder sobre ninguna de ellas. Será una lucha de un día ó dos; pero pasadas estas cuarenta y ocho horas, vuestro guia, vuestro mozo de mulas ó vuestro vetturino se habrá acostumbrado, y poniéndose mas suave que un guante, se anticipará por sí mismo á vuestros deseos. Sino, es uno perdido: á cada minuto encontrará una oposición, á cada paso una dificultad; un viage de tres dias durará ocho, y allí donde creeria gastar mil reales gastará cuatro mil.

A los diez minutos nos habjamos reunido á nuestros gendarmes. Apenas eché la vista sobre su gefe, reconocí á mi cabo de Scylla: era día de suerte.

El reconocimiento fué tierno; mis dos duros habian producido su fruto. Me hubiera bastado una palabra para hacer aparecer á mi mozo de mulas con un ladrón que iba sin pareja. No la dije, solo si hice comprender con una seña á aquel bribon las buenas relaciones que yo tenia con las autoridades del pais.

Intenté hacer varias preguntas á los presos; mas por desgracia daba con las gentes mas honradas de la tierra, é ignoraban absolutamente lo que les queria la justicia. Iban á Cosenza, porque les parecia que les agradaba asi á los que les llevaban; pero estaban convencidos que apenas llegasen á la capital de la Calabria citerior, se les darian disculpas sobre el error que con ellos habian padecido, y los volverian á enviar cada uno á su casa con un certificado de buena vida y costumbres.

Viendo que era una cosa decidida, me dirigí á mi cabo; desgraciadamente estaba él mismo poco corriente de los hechos y hazañas de sus presos; sabia únicamente que habian sido presos todos ellos como acusados de robo á mano armada, y que tres ó cuatro estaban acusados de asesinato.

A pesar de la promesa hecha á mi guia, encontré aquella sociedad muy escogida para permanecer mas tiempo con ella, y haciendo una seña á Jadin quien me respondió con otra, pusimos nuestras mulas al trote. Nuestro guia quiso comenzar sus observaciones; pero yo supliqué á mi excelente cabo le diese un consejo al oido; lo cual verificó en el mismo instante, y produjo el mejor efecto.

Gracias á eso llegamos á las siete de la tarde á Palma sin mal encuentro y sin nuevas observaciones.

Nada se recorre mas pronto que una ciudad de Calabria; escepto los eternos templos de Pestum que se mantienen tenazmente en pie á la entrada de esta provincia, no hay un

solo monumento que ver desde la punta de Palinuro hasta el cabo de Spartimento; los hombres han intentado, como en todas partes arraigar allí la piedra; pero Dios jamás lo ha consentido. De vez en cuando coge á la Calabria con las dos manos, y como un áhechador hace con el trigo, conmueve las rocas, las ciudades y las aldeas. Esto dura mas ó menos tiempo; luego, cuando se detiene, todo ha cambiado de aspecto en una superficie de setenta leguas de longitud y treinta ó cuarenta de latitud. Donde habia montañas hay lagos, donde habia lagos hay montañas, y allí donde habia ciudades desaparece todo generalmente. Entonces, la poblacion que se ha salvado, semejante á un hormiguero cuya morada ha destruido un viagero al pasar, vuelve á poner manos á la obra; cada uno acarrea su piedra, arrastra su viga; hasta que, mal ó bien y en lo que es posible, en el sitio donde estaba la antigua ciudad, edifican una ciudad nueva que, como cada una de las ciudades que la han precedido, durará lo que pueda. Compréndese, que con esta eterna eventualidad de destruccion, se ocupan poco de edificar segun las reglas de uno de los seis órdenes reconocidos por los arquitectos. Podeis, pues, á menos que no tengais que hacer una investigacion histórica, geológica ó botánica, llegar á una ciudad cualquiera de la Calabria al anochecer, y salir de ella al dia siguiente de madrugada: no habreis dejado á vuestra espalda nada que merezca la pena de verse. Pero lo que si es digno de atencion en semejante viage es el aspecto salvaje del pais, los pintorescos trages de sus habitantes, la fuerza vegetativa de sus bosques, lo caprichoso de sus rocas, y los mil accidentes de sus caminos. Pero todo esto se ve en el dia, todo eso se encuentra en los caminos; y un viagero que con una tienda y las mulas fuese de Pestum á Reggio sin entrar en una sola ciudad, veria mejor la Calabria que el que siguiendo el camino real á jornadas de tres leguas, se detuviera en cada ciudad y en cada aldea.

No tratamos pues, de ningun modo de ver las curiosidades de Palma sino de procurarnos la mejor habitacion y las sábanas mas blancas de la posada del *Aguila de Oro*, á donde, sin duda para vengarse, nos condujo nuestro guia; en seguida, tomadas las primeras precauciones, nos arreglamos un poco para llevar á su destino una carta que nos habia suplicado nuestro excelente capitán entregásemos en propias manos á nuestro paso. Esta carta iba dirigida al señor Piglia, uno de los mas ricos comerciantes en aceite de la Calabria.

Encontramos en el señor Piglia no solo al comerciante *nada orgulloso* de que nos habia hablado Pietro, sino tambien un hombre muy distinguido. Nos recibió como hubiera podido hacerlo uno de sus antepasados de la Gran

Grecia, es decir, poniendo á nuestra disposicion su casa y su mesa. A tan atenta oferta, fué grande mi intencion de aceptar una y otra, lo confieso; habia olvidado casi las posadas de la Sicilia, y todavia no estaba familiarizado con las de la Calabria, de modo que el aspecto de la nuestra me habia aterrorizado; sin embargo, rehusamos aceptar llevados de una falsa cortedad; pero felizmente no fué posible hacer lo mismo con el almuerzo ofrecido para el dia siguiente. Bien es verdad que hicimos ver la dificultad de llegar al anochecer del dia siguiente á Monteleone si saliamos demasiado tarde de Palma, pero el señor Piglia destruyó al instante mismo la objecion diciéndonos que podia salir al dia siguiente de madrugada el mozo y las mulas para Gioja, encargándose él de conducirnos hasta aquella ciudad en carruaje, de modo que encontrando los hombres y las caballerías bien descansados, pudiésemos continuar en el mismo instante. La bondad con que nos fué hecha la invitacion, todavia mas que la lógica del razonamiento, nos decidió á aceptar, y quedó convenido que al dia siguiente á las nueve de la mañana nos pondriamos á la mesa, y que á las diez subiriamos al carruaje.

Una nueva sorpresa no esperaba al volver á la posada; ademas de las causas que encontrábamos en nuestras mismas habitaciones para no dormir, habia en el mismo edificio un baile con que se celebraba una boda. Esto me recordó nuestra funcion de la vispera, interrumpida de un modo tan estraño, nuestro coreógrafo Agnolo, y el baile del Sastre. Ocurrióseme entonces la idea, ya que me era forzoso velar por el ruido infernal que se hacia en la casa, de sacar utilidad al menos de mi velada. Hice subir al dueño de la posada, y le pregunté si él ó algun conocido suyo sabia con todos sus pormenores la historia de Terencio el maestro sastre. Mi huésped me respondió que la sabia perfectamente, pero que tenia algo mejor que ofrecerme que una relacion verbal: era el procedimiento impreso que referia aquella lamentable aventura. Este documento era un hallazgo: por tanto dije que daria la suma exorbitante de un carlino si se me proporcionaba al instante mismo; cinco minutos despues era poseedor del precioso impreso. Estaba ilustrado con un grabado de color que representaba al diablo tocando el violin, y á maese Terencio bailando sobre su mostrador.

He aqui la anécdota:

Era una hermosa tarde de otoño. Terencio, maestro sastre en Catanzaro, habia trabado una disputa con la signora Judit, su muger, con motivo de unos macarroni que desde hacia quince años que los dos cónyuges estaban unidos, tenia costumbre de componer de un cierto modo, mientras que maese Terencio preferia verlos componer de otro. De modo que al cabo de quince años, todas las noches á la

misma hora se renovaba la misma disputa por idéntica causa.

Mas esta vez la disputa habia ido tan lejos, que en el momento que maese Terencio se acomodaba en su mostrador para trabajar aun dos horitas mas, mientras su muger, por el contrario empleaba aquellas dos horas tomando una adelantada sobre su sueño, y en la que tenia costumbre de dormir con toda comodidad: esta vez, iba diciendo, habia ido tan lejos la disputa, que al retirarse á su habitacion habia Judit lanzado á su marido, á guisa de adiós, un acerico todo lleno de alfileres, y el proyectil, dirigido por una mano tan segura como la de Hipólito, le habia ido á parar al pobre sastre entre las dos cejas. Le habia producido un dolor repentino, acompañado de un rápido derramamiento del humor de la glándula lacrimal; lo cual habia exasperado al pobre hombre hasta el punto de exclamar:

—¡Oh! ¡cuánto no daria yo al diablo por que me librara de tí!

—¿Eh? ¿qué le darias tú, borracho? exclamó volviendo á abrir la puerta la señora Judit, que habia oído el apóstrofe.

—Le daria, exclamó el pobre sastre, le daria este par de calzones que estoy haciendo para don Girolamo, cura de Simmari.

—¡Desgraciado! respondió Judit haciendo un nuevo gesto de amenaza que obligó al pobre hombre, tanto por el sentimiento del dolor pasado como por el temor del dolor que pudiera venir, á cerrar los ojos y llevar las dos manos á su rostro; ¡desgraciado! mejor harias en glorificar el nombre del Señor, que te ha dado una muger que es la paciencia misma, y no invocar el nombre de Satanás.

Ya fuese intimidada por el deseo de su marido, ó que generosa en su victoria no quisiese golpear á un hombre aterrado, cerró la puerta de su habitacion bastante bruscamente para que Terencio no tuviese duda de que en aquel momento le separaba de su enemiga una pulgada de madera.

No obstante, no impidió eso que Terencio, quien á falta del valor del leon tenia la prudencia de la serpiente, permaneciese un instante inmóvil con el rostro cubierto por las dos manos, que Dios le habia dado como armas ofensivas, y que por una disposicion natural de la mansedumbre de su carácter, habia él convertido en armas defensivas. Sin embargo, pasados algunos segundos, no oyendo ningun ruido ni sufriendo ninguna contusion, se atrevió á mirar primero por entre sus dedos, luego á separar una mano, despues la otra, hasta que por último dirigió la vista por todos los rincones de la habitacion. Judit habia entrado efectivamente en su cuarto, y el pobre sastre respiró pensando que hasta el otro dia por la mañana se veia á lo menos libre.

Pero su admiracion fué grande cuando al dirigir sus miradas á los calzones de don Girolamo, que permanecian sobre sus rodillas

ya medio hechos, vió enfrente de sí, sentado en su mostrador, un anciano de pequeña estatura, de buen aspecto, vestido todo de negro, y que le miraba con un aire malicioso, apoyados los codos sobre el mostrador y la barba en sus dos manos.

El anciano y maese Terencio se miraron un instante cara á cara; luego rompiendo maese Terencio el silencio:

—Perdone vuestra escelencia, le dijo, ¿pero puedo saber lo que esperáis?

—¡Lo que espero! preguntó el anciano; tú debes saberlo.

—No, ¡el diablo me lleve! respondió Terencio.

Al decir estas palabras, ¡el diablo me lleve! era de ver la alegría del pequeño anciano; sus ojos brillaban como ascuas, abrióse su boca hasta las orejas, y se oyó detrás de él alguna cosa que se movía barriendo el suelo.

—¿Lo que espero, dijo, lo que espero?

—Sí, replicó Terencio.

—¿Y bien! espero mis calzones.

—¿Cómo vuestros calzones?

—Sin duda.

—Pero vos no me habeis encargado calzones.

—No, pero tú me los ha ofrecido, y yo los acepto.

—¡Yo! exclamó Terencio estupefacto; ¿yo os he ofrecido calzones? ¿qué calzones?

—Esos, dijo el anciano señalando con el dedo los que el sastre hacia.

—¿Estos? replicó maese Terencio cada vez mas admirado, ¡pero si estos pertenecen á don Girolamo, cura de Simmarí!

—Es decir que pertenecian á don Girolamo hace un cuarto de hora, pero ahora son míos.

—¿De vos? replicó maese Terencio cada vez mas admirado.

—Sin duda; ¿no has dicho, hace diez minutos, que de buena gana darías esos calzones por verte libre de tu muger?

—Lo he dicho, lo he dicho, y lo repito.

—¡Y bien! acepto el contrato; mediante estos calzones te libero de tu muger.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¿Y cuándo será eso?

—Tan pronto como los tenga en las piernas.

—¡Oh! caballero, exclamó Terencio estrechando al anciano contra su corazón, permitiéndome que os abrace.

—Con mucho gusto, dijo el anciano oprimiendo á su vez con tal fuerza al sastre entre sus brazos, que faltó poco para que éste cayese hácia atrás ahogado, reponiéndose al instante.

—¡Y bien! ¿qué tienes? preguntó el anciano.

—Dispénsame vuestra escelencia, dijo el sastre que no se atrevía á quejarse, pero creo que es la alegría. Ha faltado poco para que me pusiera malo.

—Un vasito de este líquido te repondrá, di-

jo el anciano sacando de su bolsillo un frasco y dos vasos.

—¿Qué es eso? preguntó Terencio con la boca abierta y chispeándole los ojos de alegría.

—Probadlo, dijo el anciano.

—Tengo confianza, replicó Terencio. Y llevó el vaso á su boca, se tragó el líquido de un sorbo y dió un chasquido con su lengua como aficionado satisfecho.

—¡Diablol! dijo.

Sea por la satisfaccion de ver apreciado su licor, ó que la exclamacion que habia usado el sastre para hacerle justicia agradase al pequeño anciano, brillaron sus ojos de nuevo, su boca desmesurada se abrió, y se dejó oír como la vez primera el pequeño roce que era en él evidentemente una señal de satisfaccion. Maese Terencio parecia que acababa de beber un vaso del elixir de larga vida; tan alegre, listo, dispuesto y valeroso se sentia.

—¿Así es que habeis venido para esto? ¡oh digno caballero! ¿y os contentareis con un par de calzones? eso no es nada; y así que estén hechos os llevaréis á mi muger, ¿no es verdad?

—Bien; ¿qué haces? dijo el anciano, ¿te duermes?

—No, ya lo veis, enhebro mi aguja. Ved, esto es lo que retardará la entrega de vuestros calzones: nada mas que en enhebrar su aguja emplea un sastre dos horas al día. ¡Ah! por fin ya está.

Y maese Terencio se puso á coser con tal ardor que no se le veía la mano, y tanto que la obra avanzaba con una maravillosa rapidez; pero lo que en todo esto habia de mas asombroso, y que de vez en cuando hacia prorumpir en una exclamacion de sorpresa á maese Terencio, era que aun cuando las puntadas se sucedian con una rapidez que él mismo no comprendia, el hilo tenia siempre la misma longitud; de modo, que con aquel hilo podia sin tener necesidad de volver á enhebrar su aguja, rematar no solo los calzones del anciano, sino coser todos los calzones del reino de las Dos Sicilias. Este fenómeno le dió en que pensar, y por la primera vez le ocurrió la idea de que el pequeño anciano que tenia delante podria muy bien no ser lo que parecia.

—¡Diablol! ¡diablol! dijo, tirando de su aguja con mas rapidez todavía.

Pero aquella vez probablemente habia advertido el anciano la duda que se notaba en la voz de maese Terencio, y cogiendo al punto el frasco por el cuello.

—Otra gota de este elixir, maestro, dijo llenando el vaso de Terencio.

—Con mucho gusto, respondió el sastre, que habia encontrado el licor muy superfino para no repetir con placer, y tragó el segundo vaso con la misma sensualidad que el primero.

—He aquí un famoso rosoli, dijo; ¿dónde diablos está fabricado?

Como estas palabras habian sido pronunciadas con un tono muy distinto de aquellas que habian inquietado al pequeño anciano, sus ojos volvieron á brillar, su boca se abrió de nuevo y otra vez se oyó aquel roce singular que ya habia notado el sastre.

Pero ahora maese Terencio estaba lejos de inquietarse; el efecto del licor habia sido mayor todavia que la primera vez, y el extranjero que tenia á su vista le parecia, quien quiera que fuese, que habia ido con la intencion de prestarle un grandísimo servicio para que le molestase interrogándole sobre el lugar de donde venia.

—¿Dónde se hace este licor? dijo el extranjero.

—¿Dónde? preguntó Terencio.

—¡Y bien! en el mismo sitio á donde pienso llevar á tu muger.

Terencio guiñó el ojo y miró al anciano con un aire que queria decir: ¡bueno! comprendo. Y volvió á poner manos á la obra; mas al cabo de un instante el anciano estendiendo el brazo.

—¡Y bien! ¿qué haces?

—¿Qué hago?

—Sí, cierras por detrás mis calzones.

—Sin duda, los cierro.

—Y entonces, ¿por dónde pasará mi cola?

—¿Cómo, vuestra cola?

—Ciertamente mi cola.

—¡Ah! ¿luego es vuestro rabo el que causa ese pequeño roce bajo la mesa?

—Justamente: es una mala costumbre que ha tomado de menearse por sí mismo de ese modo cuando estoy contento.

—En ese caso, dijo el sastre riendo de todas veras en vez de asustarse como hubiera debido con tan singular respuesta; en ese caso sé quien sois; y puesto que teneis un rabo no me admiraria que tuviéseis tambien el pie hendido, ¿he?

—Sin duda, dijo el anciano, miradlo. Y levantando la pierna, la pasó á través del mostrador como si no hubiese tenido que horadar mas que un papel, y enseñó un pie tan hendido como el de un macho cabrío.

—¡Bueno! dijo el sastre, ¡bueno! Judit no tiene mas que estar dispuesta.

Y continuó trabajando con tal rapidez, que á pocos instantes estaban hechos los calzones.

—¿Dónde vas? preguntó el anciano.

—Voy á encender lumbre con el objeto de calentar mi plancha, y pasarla por última vez por las costuras de vuestros calzones.

—¡Oh! si no es mas que eso no merece la pena de que te incomodes.

Y sacó del mismo bolsillo de donde habia ya sacado los vasos y el frasco un cohete que fué serpenteando á encender un leño colocado sobre los morrillos y elevándose despues por la chimenea, iluminó durante algunos segundos todas las inmediaciones. Empezó el

fuego á chisporrotear, y en un segundo se puso roja la plancha.

—¡Eh! exclamó el sastre, ¿qué haceis? vais á quemar vuestros pantalones.

—No hay peligro, dijo el anciano; como sabia yo de antemano que serian para mí, he hecho fabricar la tela de hijo de Amianto.

—Entonces es otra cosa, dijo Terencio deslizando sus piernas á lo largo del mostrador.

—¿Dónde vas? preguntó el anciano.

—A buscar la plancha.

—Espera.

—¿Cómo! ¿qué espera?

—Sin duda; ¿acaso un hombre de tu mérito debe incomodarse por una plancha?

—Pero es que es necesario que yo vaya por ella, puesto que ella no puede venir adonde yo estoy.

—¡Bah! dijo el anciano; porque no sabes hacerla venir.

Entonces sacó de su bolsillo un violin y un arco, y produjo algunas armonias.

A la primera nota, el hierro se movió á compás y fué danzando hasta el pie del mostrador; llegado allí, produjo el anciano en el instrumento una nota mas aguda, y el hierro saltó sobre el mostrador.

—Diablo, dijo Terencio, he aqui un instrumento á cuyo son debe bailarse perfectamente.

—Acaba mis calzones, dijo el anciano, y despues te tocaré una sonata.

El sastre cogió la plancha con una mano, volvió los calzones del revés, estendió las costuras sobre un rodillo de madera y las aplastó con tanto ardor que desaparecieron, y los calzones parecian de una sola pieza. Luego cuando hubo concluido:

—Tomad, dijo el anciano, podeis alabaros de tener ahí un par de calzones como ningun sastre de la Calabria es capaz de hacerlos. Tambien es verdad, añadió á media voz, que si sois hombre de palabra vais á prestarme un servicio que nadie mas que vos puede hacerme.

El diáblo tomó los pantalones, y los examinó con un aire de satisfaccion que nada dejaba que desear al amor propio de maese Terencio. Luego, despues de haber tenido la precaucion de pasar su rabo por el agujero dispuesto al efecto, se los metió subiéndolos de la punta de sus pies hasta su sitio natural, sin tomarse el trabajo de quitarse los viejos, sin duda porque contando ya con los otros, se habia contentado pasándose sencillamente con un gaban y un chaleco, luego echó la hebilla de la cintura, abrochó los botones de las rodillas, y se miró con satisfaccion en el espejo roto que maese Terencio ponía á disposicion de sus parroquianos para que juzgasen en el acto del talento de su ilustre sastre. Los calzones estaban como si en lugar de tomar medida á don Girolamo, la hubiesen tomado al mismo anciano.

—Ahora, dijo el anciano despues de haber hecho tres ó cuatro movimientos á la manera de los maestros de baile, para acomodar el vestido al molde que cubria; al presente has cumplido tu palabra, á mi me toca cumplir la mia; y cogiendo su violin y su arco, se puso á tocar un cotillon tan veloz y tan bailable, que al primer acorde se encontró maese Terencio de pie sobre su mostrador; como si la mano del ángel que llevó á Habacuc le hubiese levantado por los cabellos, y se puso á saltar al punto con un frenesi que jamás se hubiese podido figurar, aun en la época en que pasaba por un excelente bailarín. Mas no fué esto todo, aquel delirio coreográfico fué comunicado al punto á todos los objetos que se encontraban en la habitacion, la badila daba la mano á las tenazas y los taburetes á las sillas, las tijeras abrian sus hojas, los alfileres y las agujas se enderezaban sobre sus puntas y comenzó un baile general del que maese Terencio era el principal actor, y todos los objetos que le rodeaban los accesorios. Entretanto, el anciano permanecia en medio de la habitacion, llevando el compás con su hendido pie, é indicando con voz aguda las figuras mas fantásticas, que eran al instante mismo ejecutadas por el sastre y sus acólitos, y apresurando cada vez el compás, de modo, que no solo maese Terencio parecia fuera de sí, sino que la badila y las tenazas estaban rojas como si saliesen del fuego, los taburetes y las sillas se desmelenaban y corria el agua á lo largo de las tijeras, de los alfileres y de las agujas como si estuviesen nadando en sudor; en fin, á un compás último mas violento que los otros, la cabeza de maese Terencio fué á herir el techo con tal violencia que toda la casa se estremeció, y abriéndose la puerta de la alcoba, apareció la signora Judit en el dintel.

Sea que hubiese llegado el término del baile, sea que aquella aparicion dejase estupefacto al anciano mismo, cesó la música al aspecto de la digna muger. Al instante maese Terencio volvió á caer sentado sobre su mostrador, la badila y las tenazas se tendieron una al lado de las otras, los taburetes y sillas se afirmaron sobre sus cuatro pies, las tijeras aproximaron sus hojas, los alfileres se hundieron en su acerico, y las agujas entraron en su alfilerero.

Un silencio de muerte sucedió á la horrible baraunda que hacia un cuarto de hora se oia.

En cuanto á Judit, la pobre muger, como se comprende bien, estaba estupefacta de cólera viendo que su marido se aprovechaba de su sueño para dar un baile en su casa. Pero no era muger que contenia su rabia y que permanecia estática ante semejante afrenta: saltó sobre las tenazas, á fin de zurrar vigorosamente á su marido; pero como por su parte maese Terencio estaba familiarizado con

su carácter, al mismo tiempo que ella cogia el arma con la que pensaba corregir al delincuente, saltó él de su mostrador, y cogiendo al diablo por la cola, hizo un parapeto de su aliado. Desgraciadamente Judit no era muger que contaba sus enemigos, y como habia momentos en que era preciso sacudiese á alguien, fuera quien quisiera, se fué derecha al viejo, que la miraba moverse con su aire socarrón, y levantando sobre él las tenazas, le dió con toda su fuerza un golpe en la frente; mas aquel golpe, con gran admiracion de Judit, no produjo otro resultado que hacer salir del sitio herido un largo cuerno negro. Judit redobló su furia, é hirió en el otro lado, lo que hizo en el mismo instante salir otro cuerno de las mismas dimensiones y del mismo color. Al aspecto de aquella doble aparicion comenzó Judit á comprender con quién se las habia y quiso retirarse á su habitacion; pero en el momento en que iba á atravesar el umbral, el viejo aproximó su violin al hombro, pasó el arco por las cuerdas, y comenzó un wals, pero tan alegre, tan seductor, tan fascinador, que por poco que el corazon de la pobre Judit estuviese dispuesto al baile, su cuerpo, obligado á obedecer, saltó del umbral de la puerta al medio de la habitacion, y se puso á walsar frenéticamente, aunque arrojando horrosos gritos y arrancándose los cabellos de desesperacion; mientras que Terencio, sin abandonar la cola del diablo, volvia sobre sí, y las badilas, las tenazas, las sillas, los taburetes, las tijeras, los alfileres y las agujas volvia á tomar parte en el diabólico baile. Asi duró diez minutos durante los que el anciano caballero pareció divertirse mucho con los gritos y las contorsiones de Judit, la que al último compás concluyó como habia hecho Terencio, por caer sin aliento sobre los ladrillos, al mismo tiempo que todos los muebles que veia, rodaban mezclados por la habitacion.

—Ahora, dijo el músico despues de una pequeña pausa, como todo esto no es mas que un prelude, y yo soy hombre de palabra, vais, mi querido Terencio, á abrir la puerta; voy á tocar una sonata corta solo para Judit, y nosotros vamos á bailar juntos al aire libre.

Judit exhaló un horrible grito al oír aquellas palabras, é intentó huir; pero en el mismo instante sonó una nueva música, y Judit, impulsada por un poder sobrenatural, comenzó otra vez á saltar con nuevo vigor, suplicando á maese Terencio por todo lo que tuviese de mas sagrado en el mundo, no sufriese que el cuerpo y el alma de su pobre muger siguieran semejante guia; pero el sastre, sordo á los gritos de Judit, como tan frecuentemente lo habia estado Judit á los suyos, abrió la puerta como le habia mandado el caballero cornudo; al punto salió el anciano saltando sobre sus hendididos pies, y sacando una lengua roja como la llama, seguido por Judit, que se retorcia los brazos de desesperacion,

mientras sus piernas hacían las piruetas más extraordinarias y las contorsiones más frenéticas. El sastre los siguió algún tiempo para ver hasta donde iban así, y les vio primero atravesar bailando un pequeño jardín, luego internarse en una callejuela que daba al mar, y por fin desaparecer en la oscuridad. Todavía oyó por algún tiempo el estridente son del violín, la destemplada risa del viejo, y los desesperados gritos de Judit; mas de repente cesaron la música, las risas y los lamentos; un ruido como el de un yunque enrojecido que se sumergiera en el agua, los sucedió; un relámpago veloz y azulado surcó el cielo, esparciendo un espantoso olor á azufre por toda la comarca, y en seguida todo volvió á quedar en el silencio y la oscuridad.

Terencio volvió á meterse en su casa, cerró la puerta dando doble vuelta á la llave, volvió á colocar badilas, tenazas, sillars, taburetes, tijeras, alfileres y agujas en su puesto, y fué á acostarse, bendiciendo á un tiempo á Dios y al diablo por lo que acababa de sucederle.

Al día siguiente, y después de haber dormido como no lo había hecho hacia diez años, Terencio se levantó, y para cerciorarse del camino que había llevado su muger, siguió las huellas del anciano caballero, lo cual era muy fácil, habiendo dejado impreso su pie en primer lugar en el jardín, luego en la callejuela, y por último en la arena de la costa, donde se perdía en la franja de espuma que bordeaba la mar.

Desde aquel momento, Terencio el sastre es el hombre más feliz de la tierra, y no ha dejado un solo día, según asegura, de rogar día y noche por el digno gentil hombre que tan generosamente le socorrió en su aflicción.

No sé si fué Dios ó el diablo quien anduvo en éllo, pero estuve muy lejos de haber tenido una noche tan tranquila como aquella que gozó el honrado Terencio la noche de la partida de su muger; así, á las siete de la mañana estaba ya en las calles de Palma.

Como lo había presumido, nada había que ver en ellas absolutamente; todas las casas eran recientes: las dos ó tres iglesias donde entramos cuentan unos veinte años; verdad es que en cambio se goza desde la costa, y reunida en un solo panorama, la vista de todas las islas Jonias.

A las nueve menos cuarto fuimos á casa del señor Piglia; el almuerzo estaba dispuesto, y en el momento en que entramos dió orden de enganchar las mulas al carruaje. Habíamos creído al principio que el señor Piglia nos confiaría sencillamente á su cochero; mas nada de esto: con una bondad muy especial, pretendió tener en Gioja un negocio urgente, y á pesar de nuestras instancias, no fué posible evitar que nos acompañase.

El señor Piglia tenía razón al decir que repararíamos el tiempo perdido: en menos de una hora anduvimos las ocho millas que dista

Palma de Gioja. En este último punto encontramos á nuestro mozo con las mulas, que habían llegado haría una media hora, y que estaban mantenidas y descansadas. Era enorme la jornada hasta Monte Leone; nos despedimos del señor Piglia, montamos en nuestras mulas, y partimos.

Al salir de Gioja, en lugar de seguir la costa, que nada podía ofrecernos de nuevo, tomamos el camino de la montaña, mas peligroso, según nos aseguraron, pero también más pintoresco. Por otra parte, estábamos tan familiarizados con las amenazas de un peligro que jamás se realizaba seriamente, que habíamos concluido por mirarlas como enteramente quiméricas. Por lo demás, el camino era magnífico, por todas partes conservaba un carácter de grandeza salvaje que armonizaba perfectamente con los raros personajes que le daban vida. Tan pronto era un médico haciendo sus visitas á caballo, con su escopeta al hombro y su canana en la cintura; ó bien se veía al pastor calabrés envuelto en su manta andrajosa, de pie sobre alguna roca dominando el camino, y semejante á una estatua que tuviera ojos animados, viéndonos pasar á sus pies sin curiosidad y sin amenaza, indiferente como todo lo que es salvaje, poderoso como todo lo que es libre, tranquilo como todo lo que es fuerte; ya en fin, eran familias enteras de las que emigran á la vez tres generaciones; la madre sentada sobre un borriquito, teniendo en uno de sus brazos un hijo suyo y en la otra mano una guitarra vieja, mientras que los ancianos llevaban al animal de la brida, y los jóvenes en sus hombros instrumentos de labranza, y delante de ellos un cerdo, destinado probablemente á suceder á las provisiones agotadas. En una ocasión nos encontramos á una legua casi de uno de aquellos grupos, que nos había parecido marchaban con una celeridad notable, al verdadero propietario del animal inmundo, quien nos detuvo para preguntarnos si no habíamos encontrado una partida de bandidos calabreses que llevaban su res. Por la descripción que nos hizo del pobre animal, el cual, según dijo, era una hembra próxima á parir, no pudimos menos de reconocer los ladrones en los últimos bipedos, y el cerdo en el último cuadrúpedo que habíamos encontrado. Dimos al que buscaba las noticias que nuestra conciencia no nos permitía ocultarle, y le vimos volver á marchar á escape persiguiendo á la nómada tribu.

Un cuarto de legua antes de Rosarno, encontramos un paisaje tan delicioso á la manera del Poussino, con una pradera donde había muchos bueyes en primer término, y en segundo un bosque de castaños, del medio del que se destacaba sobre un fondo azulado un campanario de una forma muy bonita, mientras que una línea de montañas sombrías aparecía en tercer término, que Jadin reclamó su

derecho de hacer alto, derecho que se le concedía siempre sin contestacion. Le dejé establecerse en su punto de vista, y me puse á cazar en la montaña. En aquel arreglo ganamos un precioso dibujo para nuestro album y dos perdices coloradas para nuestra cena.

Al llegar á Rosarno renovó nuestro guía sus acostumbradas instancias para que no fuésemos mas lejos. Pero como sus mulas acababan de descansar una hora, y gracias á una casa situada en el camino y en la que se habia procurado á nuestras expensas un sacco de avena, habian tomado un escelente pienso, hicimos como que no le oíamos, y continuamos nuestro camino hasta Mileto. Aquí esperimentó ya una verdadera desesperacion cuando le reiteramos nuestra irrevocable intencion de ir á dormir á Monte Leone. Eran las siete de la tarde y nos faltaban todavia siete millas que andar, de modo, que como se comprende, no podíamos aquella vez dejar de ser sorprendidos. Para colmo de desgracia, al atravesar la plaza mayor de Mileto, vi un antiguo sepulcro en el que estaba representada la muerte de Pentésilao. Entonces fui yo quien reclamé un diseño, y con gran desesperacion de nuestro guía se pasó una media hora delante de aquella piedra, donde aseguró que no veia sin embargo nada que fuera digno de detenernos.

Habia ya cerrado casi la noche cuando salimos de la ciudad, y debo decirlo en honor de nuestro pobre mozo de mulas, á un cuarto de legua de distancia de las últimas casas subia tan rápidamente el camino por la montaña y se internaba en un bosque de castaños tan sombríos, que nosotros mismos no pudimos menos de cambiar una mirada, y asegurarnos por un movimiento simultáneo que los pistones de nuestras carabinas y pistolas permanecian bien colocados. Y no fué esto todo; pensando que era inútil aquello para los que pudieran tener malas intenciones con respecto á nosotros, nos apeamos de nuestras cabalgaduras, entregamos las bridas á nuestro guía, pasamos las pistolas de las pistoleras á nuestros cintos, y habiendo hecho tomar á las mulas el centro del camino, nos colocamos en medio de suerte que nos sirviesen de parapeto por los lados; pero debo decir en honra de los calabreses que fué completamente inútil esta precaucion. Recorrimos las siete millas sin encontrar mas que pastores ó aldeanos, quienes en lugar de intentar hacernos daño, se anticipaban apresuradamente á saludarnos con su comun *buon viaggio*, que no oia nuestro guía ninguna vez sin estremecerse de pies á cabeza.

Llegamos á Monte Leone cerrada la noche, lo cual fué causa de que nuestro prudente guía nos detuviese en el primer meson que vió; como apenas se veia á cuatro pasos de distancia no podia pensarse en elegir casa mejor.

Dios libre á mi mas mortal enemigo de

llegar á Monte Leone á la hora que llegamos, y de detenerse en casa de maese Antonio Adamo.

En Monte Leone comenzamos á oír hablar del temblor de tierra que tres dias antes habia interrumpido nuestro baile. La sacudida habia sido bastante violenta, y aunque no habia sucedido ningun accidente serio, habia asaltado por un momento gran temor á los monte leoneses de ver renovarse la catástrofe que en 1783 habia destruido enteramente su ciudad.

Pasamos en casa de maese Adamo una de las noches mas malas que habiamos conocido. Por mi parte, hice mudar sucesivamente tres diferentes pares de sábanas en mi cama; tan dudosa me pareció aun la limpieza de este tercer par, que me decidí á acostarme vestido.

Al dia siguiente, al rayar la aurora hicimos ensillar las mulas, y partimos para Pizzo. Al llegar á lo alto de la cadena de montañas que corria á nuestra izquierda, vimos el mar y asentada en su costa la histórica ciudad que íbamos buscando.

Pero lo que con gran sentimiento nuestro buscamos inútilmente en el puerto, fué nuestro Speronare. En efecto, consultando el humo de Stromboli que se elevaba á unas treinta millas delante de nosotros en medio del mar, vimos que el viento no habia cambiado y continuaba del Norte.

Por una estraña casualidad, entrábamos en Pizzo el dia del vigésimo aniversario de la muerte de Murat.

EL PIZZO.

Hay ciertas ciudades desconocidas donde suceden de repente esas catástrofes tan inesperadas, tan ruidosas y tan terribles, que su nombre llega á ser al punto un nombre europeo, y que se elevan en medio de su siglo como una de esas históricas pirámides plantadas por la mano de Dios para toda una eternidad: tal es la suerte de Pizzo. Sin anales en el pasado y probablemente sin historia en el porvenir, vive con su ilustracion de un dia, y ha llegado á ser una de las homéricas citaciones de la Iliada napoleónica.

Nadie ignora en efecto que en la ciudad de Pizzo es donde Murat se dejó fusilar, que allí encontró una muerte oscura y sangrienta este nuevo Ajax, despues de haber creído un instante que él tambien se libraria á pesar de los dioses.

Breves palabras sobre aquella estraordinaria fortuna, que no obstante el recuerdo de

las faltas á que iba unido al nombre de Murat, consiguió y ha llegado á ser en Francia su nombre el mas popular del Imperio despues de Napoleón.

Estraño destino fué el suyo: nacido en una posada, criado en una miserable aldea, consiguió Murat por la proteccion de una familia noble, obtener una plaza en el colegio de Cahors, la que abandonó muy pronto para ir á terminar sus estudios al seminario de Tolosa. Debe ser sacerdote, ya es subdiácono, se le llama el abate Murat, cuando por una ligera falta de la que no quiere pedir perdon, le vuelven á enviar á la Bastida. Allí encuentra la posada paterna, de la que es á poco tiempo el primer criado. No tarda en fastidiarse de aquella existencia. El 42.º regimiento de cazadores pasa por delante de su puerta, se presenta al coronel y se engancha. Seis meses despues es ya cuartel-maestre; pero una falta contra la disciplina hace que sea espulsado del regimiento como lo habia sido del seminario. Por segunda vez le ve volver su padre, y no le admite sino á condicion de que volverá á ocupar el puesto que antes tenia entre sus criados. En aquel tiempo se decreta la formacion de la guardia constitucional de Luis XVI, y Murat es designado para formar parte en ella; marcha con uno de sus camaradas con quien llega á Paris. El camarada se llama Bessieres: éste será el duque de Istria.

Pronto abandona Murat la guardia constitucional como abandonó el seminario, como salió de su primer regimiento. Entra en los cazadores con el grado de subteniente; un año despues es teniente coronel. Entonces es un revolucionario furioso; escribe al club de los jacobinos para cambiar su nombre de Murat en el de Marat. En esto llega el 9 de termidor, y como el club de los jacobinos no ha tenido tiempo para hacer justicia á su demanda, Murat conserva su nombre.

El 13 de vendimiario llega; Murat está á las órdenes de Bonaparte. El jóven general adivina al hombre de guerra. Tiene aquel el mando del ejército de Italia; Murat será su ayudante de campo.

Entonces Murat se engrandece con el hombre de la fortuna á quien se ha unido. Es verdad que Murat tiene parte en todas las victorias; carga el primero á la cabeza de su regimiento, es el primero que sube al asalto, en las ciudades él entra el primero. Así que en menos de seis años es nombrado sucesivamente general de division, general en jefe, mariscal del imperio, principe, gran almirante, gran cruz de la Legion de Honor, gran duque de Berg y rey de Nápoles. El que queria llamarse *Marat* va á llamarse *Joaquin Napoleon*.

Pero el rey de las Dos Sicilias es siempre el soldado de Rivoli y el general de Aboukir. Ha hecho de su sable un cetro, y de su casco una corona; he ahí todo. Ostrowno, Smolensk

y la Moscowa le encuentran tal como le habian conocido la Corona y el Tagliamento, y el 16 de setiembre de 1812 entra el primero en Moscou, como el 13 de noviembre de 1805 habia sido el primero á entrar en Viena.

Aqui se detiene la vida gloriosa y triunfante, Moscou es el apogeo de la grandeza de Murat y Napoleón. Pero el uno es un héroe, el otro no es mas que un hombre. Napoleón va á caer, Murat va á descender.

El 5 de diciembre de 1812 entrega Napoleón el mando del ejército á Murat. Napoleón ha hecho á Murat lo que es; Murat le debe todo, grados, posicion, fortuna: le ha dado su hermana y un trono. ¿En quién se fiará Napoleón si no se fia en Murat, en ese mozo de posada que él ha convertido en rey?

La hora de las traiciones se acerca; Murat la adelanta. Murat abandona el ejército, Murat vuelve la espalda al enemigo, Murat el invencible es vencido por el temor de perder su trono. Llega á Nápoles para regatear su corona á los enemigos de la Francia; entáblanse negociaciones con el Austria y la Rusia. Que el vencedor de Austerlitz y de Marengo caiga ahora, ¿qué importa? el fugitivo de Wilna quedará en pie.

Pero Napoleón ha herido el suelo con el pie, y trescientos mil soldados han salido de la tierra. El gigante derribado ha tocado á su madre y como Anteo ya está de pie dispuesto á una nueva lucha. Murat escucha con inquietud ese cañon que resuena todavia al Septentrion hácia el interior de la Sajonia, cuando creia ya al estrangero en el corazon de la Francia. Los titulos de dos victorias llegan hasta él y le hacen estremecer: Lutzen, Bautzen. A aquel rumor Joaquin se convierte en Murat; pide otra vez su sable de honor y su caballo de batalla. Con la misma velocidad con que habia huido vuelve á la campaña. Se decia que estaba en su palacio de Caserta ó de Chiaramonte: no, atraviesa los caminos de Freyberg y de Pyna: no, está en Dresde, donde desiroza un ala del ejército enemigo. ¿Por qué Murat no fué muerto en Bautzen como Muroc, ó no se ahogó en Leipsick como Poniatowski?...

No hubiese firmado con la córte de Viena el 11 de enero de 1814 el tratado por el que se comprometia á aumentar el ejército de los aliados con treinta mil hombres, y ponerse á su cabeza para marchar contra la Francia.

Por cuyo tratado permaneció rey de Nápoles, al mismo tiempo que Napoleón pasaba á ser soberano de la isla de Elba.

Pero un dia Joaquin se apercibe de que su nuevo trono se conmueve y vacila en medio de los antiguos tronos.

La antigua familia de reyes se ruboriza de vergüenza al ver al intruso á quien Napoleón la ha obligado á tratar como hermano. Los Borbones de Francia han pedido á Viena la caída de Joaquin.

Al mismo tiempo circula un rumor extraño. Napoleón ha abandonado la isla de Elba y marcha sobre París. La Europa le ve pasar.

Cree Murat que ha llegado el momento de hacer contrapeso en aquel suceso que tiene suspenso al mundo. Ha reunido á la sordina setenta mil hombres, y cae con ellos sobre el Austria; pero esos setenta mil hombres no son ya franceses. Al primer obstáculo con que choca se rompe. Su ejército desaparece como el humo. Vuelve solo á Nápoles, lánzase en una lancha, gana á Tolon, y va á pedir la hospitalidad de la emigración al mismo á quien ha hecho traicion.

Napoleon se contenta con responderle:

—Me habeis perdido dos veces; la primera declarándoos contra mí; la segunda declarándoos á mi favor. Ya no hay nada de comun entre el rey de Nápoles y el emperador de los franceses. Sin vos venceré ó caeré sin vos.

A partir desde este momento Joaquin cesó de existir para Napoleón. Una sola vez, cuando el vencedor de Ligny lanzaba sus coraceros sobre la meseta del monte San Juan, y cuando los veía sucesivamente destrozados por los cuadros ingleses, murmuró:

—¡Ah! ¡si Murat estuviese aquí!...

Murat habia desaparecido. Nadie sabia lo que habia sido de Murat; no debia volver á aparecer mas que para morir.

Entremos en Pizzo.

Como se comprende bien, Pizzo, asi como Avignon, era casi para mí una peregrinacion de familia. Si el mariscal Brune era mi padrino, el rey de Nápoles era el amigo de mi padre. Cuando niño, tiraba de las patillas del uno y de los bigotes del otro, y mas de una vez figuraba que iba á caballo sobre el sable del vencedor de Fribourg, adornada mi cabeza con la gorra de preciosas plumas del héroe de Aboukir.

Iba yo, pues, á recoger una por una, si me es permitido decirlo asi, las últimas horas de la mas cruel de las agonias cuya memoria han conservado los fastos de la historia.

Habia tomado mis precauciones de antemano. Se recordará que en Vulcano me habian dado los hijos del general Nunziante una carta de recomendacion para el caballero Alcalá. Este administrador del duque del Infantado se encontraba en 1817 en Pizzo, donde reside aun, y habia prestado á Murat prisionero todos los servicios que le habian sido posibles. Mientras duró su prision le habia visitado todos los dias, y en fin, le habia dado su último adios algunos instantes antes de su muerte.

Apenas entregué al caballero Alcalá la carta de recomendacion de que era portador, comprendió cuánto interés debian tener para mí los menores detalles de la catástrofe cuyo historiador queria ser, y ofreció á mi disposicion todos sus recuerdos.

Empezamos por visitar á Pizzo.

Pizzo es una pequeña ciudad que contie-

ne mil quinientas ó mil ochocientas almas, situada sobre la prolongacion de uno de los estribos de la gran cadena de montañas que parte de los Apeninos, un poco mas arriba de Potenza y se estiende hasta Reggio dividiendo toda la Calabria. Como en Scylla, de este estribo se desprende hasta el mar una larga cresta de rocas, en la última de las que está situada la ciudadela.

Por ambos lados domina, pues, el Pizzo á la playa con una elevacion de cien pies. Á su derecha está el golfo de Santa Eufemia, á su izquierda la costa en que se estiende el cabo Sambroni.

En medio del Pizzo hay una gran plaza de forma próximamente cuadrada, mal construida, y en la que desembocan tres ó cuatro calles tortuosas. En su estremidad meridional está adornada con la estatua del rey Fernando, padre de la reina Amalia y abuelo del actual rey de Nápoles.

Por ambos lados de esta plaza es preciso bajar para dirigirse al mar; á la derecha se baja por una rampa suave y arenosa; á la izquierda por una escalera ciclópea, formada como la de Caprea por anchos escalones de granito.

Bajada esta escalera, se encuentra una playa en donde están diseminadas casitas á que dan sombra algunos olivos; mas á sesenta pasos de la costa falta la vegetacion, y no se ve mas que una sábana de arena sobre la que se hunde uno hasta las rodillas.

Desde esta pequeña playa fué donde el 8 de octubre de 1815 tres ó cuatro pescadores que volvian de tender sus redes, no pensando aprovechar el dia, porque el 8 de octubre era domingo, divisaron una pequeña flota compuesta de tres buques, y habiendo parecido al principio vacilaban un instante sobre el camino que debian seguir, se dirigieron de repente con rumbo al Pizzo. A cincuenta pasos de la orilla, poco mas ó menos, se pusieron los tres buques al par; arrojaron una chalupa al mar, treinta y una persona bajaron á ella, é inmediatamente avanzó hácia la costa. Tres hombres estaban en la proa: el primero de ellos era Murat, el segundo el general Francescheti, y el tercero el ayudante de campo Campana, los demas individuos que iban en la chalupa eran veinte y cinco soldados y tres criados.

La flotilla, en que habia quedado el resto de las tropas y los fondos de Murat, se dejaba bajo el mando de un tal Bárbara, natural de Malta, á quien Murat habia colmado de beneficios, y nombrádole su almirante.

Al llegar cerca de la costa, quiso saltar á tierra el general Francescheti; pero Murat le detuvo poniéndole la mano sobre la cabeza y diciéndole:

—Perdonad, general, mas es á mí á quien corresponde desembarcar el primero.

Dichas estas palabras, saltó y se encontró

en la playa. Siguióle el general Francescheti, y Campana despues de éste, en seguida desembarcaron los soldados, y por último los criados.

Murat iba vestido con una casaca azul, bordada de oro en el cuello, en el pecho y en los bolsillos, llevaba un pantalon blanco de casimir, botas de montar, un cinturón del que pendia un par de pistolas, un sombrero bordado como la casaca, guarnecido de plumas y cuya presilla estaba formada de catorce diamantes que podrian valer cada uno doce mil reales próximamente; en fin, llevaba arrollada bajo su brazo izquierdo su antigua bandera real bajo la que esperaba reunir á sus nuevos partidarios.

A la vista de aquella pequeña partida de tropa se habian retirado los pescadores. Murat encontró, pues, desierta la playa. Pero no habia medio de equivocarse, desde el sitio en que habia desembarcado veia perfectamente la colosal escalinata que conduce á la plaza: dió el ejemplo á su reducido destacamento, poniéndose á su cabeza y marchando directamente á la ciudad.

Al llegar á la mitad de la escalera se volvió para mirar á la flotilla; vió que la chalupa volvia á reunirse al buque; creyó que volvia para trasportar mas soldados y continuó subiendo.

Cuando llegaba á la plaza daban las diez. Estaba llena de gente: era la hora en que se iba á comenzar la misa.

Grande fué la admiracion cuando se vió desembocar la pequeña partida conducida por un hombre tan ricamente vestido, por un general y por un ayudante de campo. Murat penetró hasta el medio de la plaza sin que nadie le reconociese; tan lejos estaban de esperar volverle á ver jamás. Sin embargo, Murat habia ido al Pizzo cinco años antes, y en la época en que era rey.

Mas si nadie le reconoció, entre los aldeanos reconoció él á un antiguo sargento que habia servido en su guardia en Nápoles. Murat, como la mayor parte de los soberanos, tenia la memoria de los hombres. Marchó directamente hácia el ex-sargento, le puso la mano en el hombro, y le dijo:

—¿Tú te llamas Tabella?

—Sí, contestó éste; ¿qué me quereis?

—¿No me reconoces, Tabella? continuó Murat.

Tabella miró á Murat, mas nada respondió.

—Tabella, yo soy Joaquin Murat, dijo el rey. Ten la suerte de gritar el primero. ¡Viva Joaquin!

La tropa de Murat gritó al punto ¡viva Joaquin! pero el calabrés permaneció inmóvil y silencioso, y ninguno de los presentes respondió con un solo grito á las aclamaciones, cuya señal les habia dado por sí mismo su antiguo rey; antes al contrario, un sordo rumor comenzó á circular por la multitud.

Murat comprendió aquel sordo mugido de la tormenta, y dirigiéndose de nuevo al sargento:

—Tabella, le dijo, marcha á buscarme un caballo, y de sargento que eras te hago capitán.

Pero Tabella se alejó sin responder, se internó en una de las tortuosas calles que desembocan en la plaza, donde el genfo era cada vez mayor. Entonces el general Francescheti, viendo que ninguna aclamación acogia al rey, y que antes al contrario los severos rostros de los circunstantes se volvian por momentos mas sombríos, se aproximó al rey:

—Señor, le dijo, ¿qué debemos hacer?

—¿Crees que ese hombre me traerá un caballo?

—No lo creo, dijo Francescheti.

—Entonces, vamos á pie á Monteleone.

—Señor, acaso seria mas prudente volver á bordo.

—Es demasiado tarde, dijo Murat, la suerte está echada, que se cumpla mi destino en Monteleone. ¡A Monteleone!

—¡A Monteleone! repitieron los soldados; y siguieron al rey, que enseñándoles el camino marchaba á su cabeza.

El rey para ir á Monteleone siguió el camino que acabábamos de andar nosotros para trasladarnos desde aquella ciudad al Pizzo; mas ya, y en aquella circunstancia suprema habia perdido demasiado tiempo. Al mismo tiempo que Tabella, habian desaparecido tres ó cuatro hombres, no para encerrarse en su casa, como el ex-sargento de la guardia napolitana, sino para coger sus carabinas y cananas, esos compañeros constantes del calabrés. Uno de ellos, llamado Jorge Pellegrino, apenas se hubo armado fué corriendo á casa de un capitán de gendarmes llamado Trenta Capelli, cuyos soldados sebastian en Cosenza, pero que se encontraba provisionalmente con su familia en Pizzo, y le refirió lo que acababa de suceder, proponiéndole se pusiese á la cabeza de la poblacion y prendiera á Murat. Trenta Capelli habia comprendido al punto las ventajas que indudablemente le resultarían prestando un servicio semejante al gobierno. Estaba de uniforme dispuesto á ir á misa; lanzóse de su casa seguido de Pellegrino, corrió á la plaza, propuso á toda la poblacion, ya en conmocion, perseguir á Murat. El grito de: ¡A las armas! resonó al instante: cada uno se precipitó en la primera casa que encontró de donde salia con un fusil, y toda aquella multitud guiada por Trenta Capelli y Jorge Pellegrino, se lanzó al camino de Monteleone, cortando la retirada á Murat y su corta partida.

Murat habia llegado al puente que se encuentra á trescientos pasos próximamente antes de Pizzo, cuando oyó detrás de sí los gritos de aquel tumulto que seguia su camino; se volvió, y como no sabia huir, esperó.

Trenta Capelli marchaba á la cabeza. Cuando vió á Murat detenerse, no quiso perder la ocasion de hacerle prisionero por su mano; hizo, pues, señal á la turba de detenerse donde estaba, y avanzando solo contra Murat, quien por su parte avanzaba solo contra él:

—Ya veis que tenéis cortada la retirada, le dijo; que somos treinta contra uno, y que por consecuencia no podeis resistiros; rendios, pues, y evitarcis la efusion de sangre.

—Yo tengo algo mejor que ofreceros á vos, dijo á su vez Murat; seguidme, reunios á mi con esa gente, y habrá para vos las charretteras de general; y cincuenta luises para cada uno de esos hombres.

—Lo que me proponéis es imposible, dijo Trenta Capelli, todos somos adictos al rey Fernando hasta la muerte; no podeis dudar de ello, puesto que ni uno de ellos ha respondido á vuestro grito de ¡viva Joaquín! ¿No es así? Escuchad.

Y Trenta Capelli, levantando su espada, gritó:

—¡Viva Fernando!

—¡Viva Fernando! repitió á una voz todo el pueblo, al que comenzaban á mezclarse las mugeres y los niños, que acudian y se amontonaban á retaguardia.

—Será, pues, lo que Dios quiera, dijo Joaquín, mas no me rendiré.

—Entonces, dijo Trenta Capelli, que la sangre caiga sobre los que la hagan correr.

—Separaos, capitán, dijo Murat, estorbais á ese hombre que me apunta.

Y le mostró con el dedo á Jorge Pellegrino que le apuntaba.

Echóse á un lado Trenta Capelli, salió el tiro, pero Murat no fué herido.

Entonces comprendió Murat que si un solo disparo salía de los suyos, iba á comenzar una carnicería en la que él y sus hombres serian despedazados: veía que se habia equivocado acerca de la disposicion de los calabreses: no le quedaba mas que un recurso, el de volver á ganar su flotilla. Hizo una señal á Francescheti y á Campana, y lanzándose desde el puente á la playa, es decir, desde una altura de treinta á treinta y cinco pies, cayó en la arena sin hacerse ningun daño: Campana y Francescheti saltaron en seguida y tuvieron la misma suerte que él. Pusiéronse entonces los tres á correr hácia la costa, en medio de la griteria de todo el populacho, que no atreviéndose á seguirles por el mismo camino, volvió á bajar gritando hácia el Pizzo para ganar la ancha escalinata de que hemos hablado y que conduce á la playa.

Murat se creyó en salvo porque esperaba hallar la chalupa en la costa y la flotilla en el sitio en que la habia dejado; pero al dirigir sus ojos hácia el mar, vió la flotilla que le abandonaba y se largaba, llevando la chalupa amarrada á la proa del navío almirante, que montaba Bárbara. Este miserable entregaba á

su señor para apoderarse de tres millones que sabia estaban en la cámara del rey.

Murat no podia creer en aquella traicion: puso su bandera al extremo de su espada é hizo señales, pero las señales quedaron sin respuesta. Mientras tanto, las balas de los que habian quedado sobre el puente llovian á su alrededor, al mismo tiempo que comenzaba á verse desembocar por la plaza la cabeza de la columna que se habia puesto en persecucion de los fugitivos. No habia tiempo que perder, solo quedaba una probabilidad de salvacion, y era la de arrojar al mar una lancha que se hallaba á veinte pasos, y hacer fuerza de remos hácia la flotilla, que sin duda volveria entonces en socorro del rey. Murat y sus compañeros se pusieron, pues, á arrastrar la barca con la energia de la desesperacion. Deslizábase ya la lancha sobre la arena y llegaba al agua: en aquel momento se oyó una descarga, y Campana cae muerto. Trenta Capelli, Pellegrino y todo su acompañamiento no distaban ya mas que cincuenta pasos de la lancha; Francescheti salta dentro, y al impulso que la da la aleja dos ó tres pasos de la orilla. Murat quiso saltar á su vez, pero por una de esas fatalidades insignificantes al parecer que arruinan las altas fortunas, las espuelas de sus botas de montar se enredan en una red que estaba tendida en la plaza. Detenido en su impetu, Murat no puede llegar á la lancha, y cae de cara en el agua. En el mismo instante, y antes que hubiera podido levantarse, toda la poblacion estaba sobre él: en un segundo le arrancaron sus charretteras, hicieron girones su casaca, y ensangrentaron su rostro. El destrozo real se hubiese hecho al instante y cada uno hubiese sacado su pedazo en sus hambrientos dientes, si Trenta Capelli y Jorge Pellegrino no hubiesen acudido á cubrirle con sus cuerpos. Subieron en tumulto la escalera que conduce á la ciudad. Al pasar por delante de la estatua de Fernando redoblaron los gritos. Trenta Capelli y Pellegrino vieron que Murat iba á ser asesinado si nó le sacaban pronto de las manos de aquel populacho; le arrastraron hácia el castillo, entraron allí con él, se hicieron abrir la puerta de la primera casa que encontraron, le arrojaron dentro, y cerraron en seguida. Murat rodó aturdido sobre el pavimento, se levantó, y miró á su alrededor; estaba en medio de unos veinte hombres presos como él, pero presos por robos y asesinatos. El ex-gran duque de Berg, el ex-rey de Nápoles, el cuñado de Napoleon, estaba en el calabozo de los reos del presidio correccional.

Un instante despues entró el gobernador del castillo; se llamaba Mattei, y como iba de uniforme, Murat le reconoció por lo que era.

—Comandante, exclamó entonces Murat levantándose del banco en que estaba sentado, y marchando directamente hácia el goberna-

dor; decid, decid, ¿es esta una prision digna de un rey?

Al oír aquellas palabras, y mientras el gobernador balbuceaba algunas disculpas, fueron los presidiarios quienes se levantaron á su vez estupefactos de admiracion; habian tomado á Murat por un compañero de latrocinios, y he aqui que ahora le reconocen por su antiguo rey.

—Señor, dijo Mattei dando sin embarazo al prisionero el titulo que le estaba prohibido darle; señor, si quereis seguirme os conduciré á una habitacion particular.

—¡Il re Joachino! murmuraron los presidiarios.

—Sí, les dijo Murat irguiéndose con su alta estatura; sí, el rey Joaquín, que por mas que esté prisionero y sin corona, no saldrá, sin embargo de aqui sin dejar á sus compañeros de prision, sean lo que quieran, una señal de su paso.

Dichas estas palabras, metió la mano en el bolsillo de su calzon, y sacó de él un puñado de oro que tiró por el suelo; en seguida, sin aguardar á recibir las gracias de los miserables cuyo compañero habia sido un momento, hizo señal al comandante Mattei de que estaba pronto á seguirle.

Marchó el primero el comandante, le hizo atravesar un pequeño patio, y le condujo á una habitacion que tenia dos ventanas, de las que la una daba al mar, y la otra á la playa donde habia sido cogido. Llegado alli, le preguntó si deseaba alguna cosa.

—Desearia un baño perfumado, y sastres que me hicieran un traje.

—Uno y otro será bastante difícil proporcionároslo, general; replicó Mattei dándole aquella vez el titulo oficial que habian convenido darle.

—¡Cómo! ¿por qué? preguntó Murat.

—Porque no sé dónde se encontrarán aqui esencias, y porque entre los sastres de Pizzo no hay uno capaz de hacer á su escelencia otra cosa que un traje del pais.

—Comprad toda el agua de Colonia que se encuentre, y haced venir sastres de Monteleone; quiero un baño perfumado, y le pagaré en cincuenta ducados; encuéntrase el medio de preparármelo, y es todo lo que pido. En cuanto al traje, haced venir los sastres, y les explicaré lo que quiero.

El comandante salió diciendo que iba á procurar cumplir las órdenes que acababa de recibir.

Un instante despues entraron dos criados de librea: llevaban cortinas de damasco para poner en las ventanas, sillas y sillones de lo mismo, y en fin, colchones, sábanas y cubiertas para la cama. La habitacion en que se hallaba Murat era la del conserge, y por tanto faltaban en ella todos esos objetos, ó los habia en tan mal estado, que únicamente podian servirse de ellos personas de condicion mas

inferior. Preguntó Murat á quién debia aquella atencion, y le respondieron que era al caba-llero Alcalá.

No tardó en tener Murat el baño que habia pedido. Estaba todavía en él, cuando le anunciaron al general Nunziant: era un antiguo conocimiento del prisionero, que le recibió como amigo; pero la posicion del general Nunziant era falsa, y pronto conoció Murat su embarazo. El general, advertido por Tropea de lo que acababa de pasar en Pizzo, iba á llenar su deber interrogando al prisionero; y pidiendo perdon á su rey por los rigores que le imponia su condicion, comenzó un interrogatorio. Entonces Murat se contentó con responder:

—Quereis saber de dónde vengo y á dónde voy, ¿no es eso, general? Pues bien; vengo de Córcega, voy á Trieste, la borrasca me ha arrojado á las costas de Calabria, la falta de víveres me ha obligado á arribar á Pizzo; he aqui todo. Ahora, ¿quereis prestarme un servicio? Enviadme vestidos para salir del baño.

Comprendió el general que no podia permanecer alli mas tiempo sin hacer ceder las conveniencias á un deber acaso un poco riguroso; retiróse, pues, para esperar órdenes de Nápoles, y envió á Murat lo que pedia.

Era un uniforme completo de oficial napolitano. Se le puso Murat sonriendo á su pesar de verse vestido con los colores del rey Fernando; luego pidió pluma, papel y tintero, y escribió al embajador de Inglaterra, al gefe de las tropas austriacas y á la reina su muger. Cuando acababa estos despachos, llegaron dos sastres que habian hecho ir de Monteleone.

Al punto Murat, con esa frivolidad de espíritu que le caracterizaba, pasó de los negocios de vida y muerte que acababa de tratar, al encargo, no ya de dos uniformes, sino de dos trages completos: explicó con los menores detalles qué corte deseaba tuviera la casaca, qué color los pantalones, qué bordados el todo; luego, seguro de que habian comprendido perfectamente sus instrucciones, les dió algunos luses de señal, y los despidió, haciéndoles antes prometer que sus vestidos estarian concluidos para el domingo siguiente.

Luego que salieron los sastres, se aproximó Murat á una de sus ventanas: era precisamente la que daba á la playa donde habia sido cogido. Una gran concurrencia estaba reunida al pie de un pequeño fortin que todavia puede verse hoy á flor de tierra. En vano trató de adivinar Murat qué hacia aquel monton de curiosos. En aquel momento entró el conserge para preguntar al prisionero si queria cenar. Murat le interrogó acerca de la causa de aquella reunion.

—¡Oh! no es nada, respondió el conserge.

—Pero en fin, ¿qué hacen ahí esas gentes? preguntó Murat insistiendo.

—¡Bah! respondió el conserge, están viendo cavar una sepultura.

Recordó Murat que en medio de la turbacion causada por su catástrofe habia visto efectivamente caer cerca de él á uno de sus dos compañeros, y que el que habia caido era Campana: sin embargo, habia pasado todo con tal rapidez y de un modo tan imprevisto, que apenas habia tenido tiempo de notar las circunstancias mas importantes que habian inmediatamente precedido y seguido á su arresto. Todavía, pues, esperaba haberse engañado, cuando vió á dos hombres atravesar los grupos, entrar en el fortin, y salir de él cinco minutos despues conduciendo el ensangrentado cadáver de un jóven enteramente despojado de sus vestidos: era el de Campana.

Murat cayó sobre una silla, é inclinó su cabeza sobre sus dos manos: aquel hombre de bronce, que sin heridas, aunque siempre en medio del fuego, habia caracoleado en su corcel en medio de tantos campos de batalla sin amilanarse un solo momento, se sentia destrozado á la vista del inesperado espectáculo de aquel escelente jóven que su familia le habia confiado, que acababa de caer por él en un encuentro sin gloria, y á quien personas completamente indiferentes enterraban como á un perro sin preguntar siquiera su nombre.

Al cabo de un cuarto de hora, se levantó Murat y se aproximó de nuevo á la ventana. Encontrábase ya la playa casi desierta, esceptuando algunos, aunque escasos, curiosos rezagados; mas en el sitio que cubria diez minutos antes la reunion de gente que habia llamado la atencion del prisionero, una ligera elevacion, que se notaba por el diferente color que conservaba la tierra removida recientemente, indicaba el sitio donde Campana acababa de ser enterrado.

Dos gruesas y silenciosas lágrimas corrían de los ojos de Murat, y estaba tan profundamente preocupado que no veía al conserje que hacia algunos minutos estaba allí sin atreverse á dirigirle la palabra. En fin, á un movimiento que el buen hombre hizo para llamar su atencion, Murat se volvió.

—Escelencia, dijo, tencis la cena dispuesta.

—Bueno, dijo Murat moviendo la cabeza como para hacer caer la última lágrima que temblaba en su párpado; bueno, te sigo.

—Su esclencia el general Nunziantie pregunta si le será permitido cenar con vuestra esclencia.

—Perfectamente, dijo Murat, avísale y vuelve dentro de cinco minutos.

Murat empleó aquellos cinco minutos en borrar de su rostro toda huella de emocion, y en seguida el mismo general Nunziantie fué el que entró en lugar del conserje. Con tan risueña fisonomía le recibió el prisionero, que se hubiera dicho que no habia pasado nada de extraordinario para él.

La cena estaba preparada en la habitacion inmediata; pero la tranquilidad de Murat era completamente superficial; su corazon estaba

destrozado, y en vano procuró tomar alguna cosa. El general Nunziantie comió solo; y suponiendo que el prisionero podria tener necesidad de tomar algo durante la noche, hizo le llevasen un pollo fiambre, pan y vino á su habitacion. Despues de haber permanecido un cuarto de hora, sobre poco mas ó menos, á la mesa, no pudiendo sufrir ya Murat la violencia que se hacia, manifestó el deseo de retirarse á su habitacion y de permanecer solo y tranquilo hasta el dia siguiente. El general Nunziantie se inclinó en señal de conformidad, y volvió á conducir al prisionero hasta su habitacion. En el dintel se volvió Murat y le presentó la mano; luego entró, y la puerta se cerró tras él.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, llegó un despacho telegráfico en respuesta al que habia anunciado la tentativa de desembarco y el arresto de Murat. Este despacho ordenaba la convocacion inmediata de un consejo de guerra. Murat debia ser juzgado militarmente, y con todo el rigor de la ley que él mismo habia hecho en 1840 contra todo bandido que fuera cogido en sus estados con las armas en la mano.

Sin embargo, tan rigorosa parecia aquella medida al general Nunziantie, que declaró que como podia haber error en la interpretacion de los signos telegráficos, aguardaria un despacho escrito. De esta manera el prisionero tuvo un plazo de tres dias, lo que le dió nueva confianza respecto al modo como iba á ser tratado. Mas al fin, el 42 por la mañana llegó el despacho escrito. Estaba claro y conciso, no habia medio de eludirle. Héle aqui:

«Nápoles, 9 de octubre de 1845.

«Fernando, por la gracia de Dios, etc.

«Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

«ART. 1.º El general Murat será juzgado por una comision militar cuyos miembros serán nombrados por nuestro ministro de la Guerra.

«ART. 2.º No se concederá al reo mas que media hora para recibir los auxilios de la religion.»

Como se ve, tan poco se dudaba de la condenacion, que se habia ya dispuesto el tiempo que habia de trascurrir entre ella y la muerte.

Un segundo decreto estaba unido al anterior. Este segundo, que se desprendia del primero, contenia los nombres de los miembros elegidos para componer el consejo de guerra.

Pasóse todo el dia sin que el general Nunziantie tuviese ánimo para poner en conocimiento de Murat las noticias que habia recibido. En la noche del 42 al 43 se reunió la comision: en fin, como era necesario que el 43 por la mañana compareciese Murat ante sus jueces, no fué posible ocultarle por mas tiem-

po la situacion en que se encontraba, y el 43 á las seis de la madrugada, se le notificó la órden de presentarse al consejo, y se le comunicó la lista de sus jueces.

El capitán Strati fué quien le hizo aquella doble notificacion, que recibió Murat, sin embargo, por imprevista que fuese para él, como si hubiese estado preparado á ella, y con la sonrisa del desprecio en los labios; pero terminada aquella lectura declaró Murat que no reconocia un tribunal compuesto de simples oficiales; que si se le trataba como rey, era preciso para juzgarle un tribunal de reyes; que si se le trataba como mariscal de Francia, no podia ser pronunciada su sentencia mas que por una comision de mariscales; en fin, que si le trataban como general, que era lo menos que podian hacer por él, era preciso reunir un jurado de generales.

El capitán Strati no tenia encargo de responder á las observaciones del prisionero; así que se contentó con decir que su deber era hacer lo que habia hecho, y que conociendo el prisionero mejor que nadie las rigorosas prescripciones de la disciplina, le suplicaba le perdonase.

—Está bien, dijo Murat; por otra parte no es sobre vosotros sobre los que recaerá lo odioso del hecho, sino sobre Fernando, que habrá tratado á uno de sus hermanos en magstad como lo hubiera hecho con un bandido. Id y decid á la comision que puede proceder sin mí. No me presentaré al tribunal; y si se me lleva á él á la fuerza, ningun poder humano me obligará á romper el silencio.

Strati se inclinó y salió. Murat que estaba todavia en la cama, se levantó y vistió apresuradamente: no se hacia ilusiones sobre su situacion, sabia que estaba condenado de antemano y habia visto que entre su sentencia y su suplicio le estaba concedido solo media hora. Paseábase á grandes pasos por su habitacion; cuando entró el teniente Francesco Froyo, relator del consejo: iba á suplicar á Murat á nombre de sus colegas, compareciese ante el tribunal aunque no fuera mas que un momento; pero Murat reiteró su negativa. Entonces Francesco Froyo le preguntó su nombre, su edad y el lugar de su nacimiento.

A aquella pregunta se volvió Murat, y con una espresion de altivez imposible de describir:

—Soy, dijo, Joaquin Napoleon, rey de las Dos Sicilias, nacido en la Bastida-Fortuniere, y la historia añadirá: asesinado en el Pizzo. Y ahora que sabéis ya lo que deseábais, os mando salir.

El relator obedeció.

Cinco minutos despues entró el general Nunzianté; iba á suplicar á su vez á Murat compareciese ante la comision, pero fué increíble.

Pasáronse cinco horas durante las que Murat permaneció solo encerrado y sin que na-

die fuese introducido en su habitacion; pasado ese tiempo volvió á abrirse la puerta y apareció el procurador del rey La Camera, llevando en una mano la sentencia del consejo, y en la otra la ley que el mismo Murat habia hecho contra los bandidos, y por la que habia sido juzgado. Murat estaba sentado; advinió que era su condena la que se le llevaba: se levantó, y dirigiéndose con una voz firme al procurador del rey: Leed, caballero, le dijo, os escucho.

El procurador del rey leyó entonces la sentencia. Murat era condenado por todos menos un voto.

Terminada aquella lectura:—General, le dijo el procurador del rey, espero que moriréis sin ningun sentimiento de odio contra nosotros, y que de nadie os quejareis mas que de vos mismo por la ley que habeis hecho.

—Caballero, respondió Murat, yo habia hecho esa ley para los bandidos y no para las festas coronadas.

—La ley es igual para todos, respondió el procurador del rey.

—Eso, puede suceder, dijo Murat, cuando es útil á ciertas gentes; pero el que ha sido rey lleva un carácter sagrado que mereceria mirarse mucho, antes de tratarle como al comun de los hombres. Hacia yo al rey Fernando el honor de creer que no me haria fusilar como un criminal; me engañaba: tanto peor para él; no hablemos mas de ello. He estado en treinta batallas, cien veces he visto el rostro á la muerte. Ella y yo somos muy antiguos conocidos para no estar familiarizados el uno con la otra. Esto quiere decir, señores, que cuando estéis dispuestos yo lo estaré; que no os haré aguardar un instante. En cuanto á vuestros deseos, sé que no tenéis mas que los que tendria un soldado en la pelea, que recibiendo órden de su gefe de disparar sobre mí, me hubiera atravesado el cuerpo de un balazo. Idos, señores, comprendereis que no dándome mas que media hora el decreto del rey, no tengo tiempo que perder si he de dar un adios á mi muger y á mis hijos. Andad, señores; y añadió sonriendo, como lo hacia cuando era rey; y que Dios os tenga en su santa y digna guarda.

Habiendo quedado solo Murat se sentó frente á la ventana que daba al mar, y escribió á su muger la siguiente carta, cuya autenticidad podemos garantir, puesto que la hemos trasladado de la copia misma del original que habia conservado el caballero Alcala.

«Querida Carolina de mi corazon.

«Ha llegado la hora fatal, voy á morir en el último de los suplicios: dentro de una hora ya no tendrás esposo, y nuestros hijos no tendrán padre; acordaos de mí, jamás olvideis mi memoria.

«Muerdo inocente, y la vida me es arrebatada por una injusta sentencia.

«Adios, mi Aquiles; adios, mi Letitia; adios, mi Luciano; adios, mi Luisa.

«Mostraos dignos de mi; os dejo en una tierra y en un reino lleno de mis enemigos; mostraos superiores á la adversidad y acordaos de no creeros mas de lo que sois, pensando en lo que habeis sido.

«Adios, yo os bendigo, no maldigais jamás mi memoria; recordad que el mas grande dolor que experimento en mi suplicio es el de morir lejos de mis hijos, lejos de mi muger, y no tener ningun amigo para que cierre mis párpados.

«Adios, Carolina mia, adios, hijos míos, recibid mi bendición paterna, mis tiernas lágrimas y mis últimos besos.

«Adios, adios, ¡no olvideis á vuestro desgraciado padre!

«Pizzo 13 de octubre de 1815.

«Joaquín Mural.»

Cuando acababa esta carta, se abrió la puerta: volviöse Murat y reconoció al general Nunziante.

—General, le dijo Murat, ¿seriais bastante amable para proporcionarme unas tijeras? si las pido yo, acaso me las nieguen.

Salió el general, y volvió á entrar algunos segundos despues, llevando las tijeras. Murat le dió gracias con un movimiento de cabeza, las tomó, cortó un rizo de sus cabellos, y despues metiéndole en la carta y presentándosela al general.

—General, le dijo, ¿me dais vuestra palabra de que esta carta será entregada á mi Carolina?

—¡Os lo juro por mis charreteras! respondió el general.

Y se volvió de espaldas para ocultar su emocion.

—¡Y bien! general, dijo Murat dándole en el hombro, ¿qué es eso? ¡qué diablo! los dos somos soldados, hemos visto la muerte de frente. ¡Pues bien! yo la voy á volver á ver, he ahí todo, y esta vez acudiré á mi órden, lo cual no hace siempre. Porque espero que se me dejará mandar el fuego, ¿no es eso?

El general hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Y ahora, general, continuó Murat ¿cuál es la hora designada para la ejecución?

—Designadla vos mismo, respondió el general.

—Eso es querer que no os haga esperar.

—Espero que no creereis sea ese el motivo.

—Ea, general, me chanceo y nada mas.

Murat sacó su reloj del bolsillo; era un reloj guarnecido de diamantes, en el que tenia el retrato de la reina; la casualidad hizo que se le presentase del lado del esmalte.

Murat miró un instante el retrato con una expresion de dolor indefinible, luego dando un suspiro

—Ved, general, dijo, ¡cómo se parece á la reina! En seguida volvió á meter el reloj en su bolsillo, cuando recordando de repente la causa porque lo habia sacado

—¡Oh! perdonad, general, dijo, olvidaba lo principal; veamos, son las tres dadas; será para las cuatro, si os parece; cincuenta y cinco minutos, ¡es demasiado!

—Está bien, general, dijo Nunziante. E hizo un movimiento para salir sintiendo que se le oprimia el corazon.

—¿Acaso no os volveré á ver? dijo Murat deteniéndole.

—Mis instrucciones prescriben que asista á vuestra ejecución, pero me dispensareis, ¿no es eso, general? No tendria valor....

—Está bien, está bien, sois un niño, dijo Murat; me dareis la mano al pasar, y será lo único.

El general Nunziante se precipitó hácia la puerta; conocia que iba á prorumpir en sollozos. A la parte opuesta del umbral habia dos sacerdotes.

—¿Qué quieren esos hombres? preguntó Murat, ¿creen que tengo necesidad de sus exhortaciones, y que no sabré morir?

—Piden permiso para entrar, señor, dijo el general Nunziante, dando por primera vez en su turbacion al prisionero el tratamiento reservado á la magestad.

—Que entren, que entren, dijo Murat.

Entraron los dos sacerdotes: uno de ellos se llamaba Francesco Pellegrino, y era tio de aquel mismo Jorge Pellegrino que era causa de la muerte de Murat; el otro se llamaba don Antonio Masdea.

—Y ahora, señores, les dijo Murat dando un paso hácia ellos, ¿qué quereis? decidlo pronto; me fusilan dentro de tres cuartos de hora, y no estoy para perder tiempo.

—General, dijo Pellegrino, venimos á preguntaros si quereis morir como cristiano.

—Moriré como soldado, dijo Murat. Marchad.

Pellegrino se retiró al primer sofón; pero don Antonio Masdea se quedó. Era un excelente anciano de rostro venerable, de aspecto grave, de modales sencillos. Murat se impacientó un momento al principio viendo que no seguía á su compañero; pero observando el dolor profundo que estaba impreso en su fisonomía, se contuvo.

—¡Y bien! padre, le dijo, ¿no me habeis oido?

—No me habeis recibido así la primera vez que os ví, señor; es verdad que en aquella época érais rey, y yo iba á pedir os una gracia.

—Con efecto, dijo Murat, vuestra fisonomía no me es desconocida: ¿dónde, pues, os he visto? ayudad mi memoria.

—Aquí mismo, señor. Cuando pasásteis á Pizzo en 1810, fui á pedir os un socorro para acabar nuestra iglesia: solicitaba yo 25,000 francos, vos me enviásteis 10,000.

—Es que preveía ya que sería enterrado en ella, respondió Murat sonriendo.

—¡Y bien! señor, ¿rehusaréis á un anciano la última gracia que os pide?

—¿Cuál?

—La de morir como cristiano.

—¿Queréis que me confiese? pues bien, escuchad: siendo niño, desobedecí á mis padres que no querían me hiciese soldado. He ahí la única cosa de que tengo que arrepentirme.

—Mas, señor, ¿queréis darme una protesta de que moris en la fé católica?

—¡Oh! si no es mas que eso, sin dificultad, dijo Murat; y yendo á sentarse á la mesa, donde ya habia escrito, puso lo siguiente:

«Yo, Joaquin Murat, muero como cristiano, creyendo en la Santa Iglesia católica, apostólica y romana.

«*Joaquin Murat.*»

Y entregó el billete al sacerdote, quien se dispuso á marchar.

—Padre mío, dijo Murat, vuestra bendición.

—No me atrevia á ofrecérosia de viva voz, pero os la daba con el corazón, respondió el sacerdote.

Y puso las dos manos sobre aquella cabeza que habia llevado la diadema.

Murat se inclinó y dijo en voz baja algunas palabras que imitaban á una oracion; luego hizo señal al señor Masdea de que le dejase solo. Esta vez obedeció el sacerdote.

El tiempo fijado entre la partida del sacerdote y la hora de la ejecucion, se pasó sin que se pueda decir qué hizo Murat en aquella media hora. Sin duda pasó revista á toda su vida, á partir desde la oscura aldea, habiendo después brillado cual meteoro real, volviendo á extinguirse en una aldea desconocida. Todo lo que puede decirse es que una parte de aquel tiempo lo habia empleado en arreglarse, porque cuando el general Nunziente volvió á entrar, encontró á Murat preparado como para una parada; sus negros cabellos estaban arreglados sobre su frente, formando un marco á su rostro varonil y tranquilo; apoyaba la mano sobre el respaldo de una silla en actitud de esperar.

—Os habeis retrasado cinco minutos, dijo; ¿está todo dispuesto?

El general Nunziente no pudo responderle, tan conmovido estaba. Pero Murat vió que le esperaban en el patio: por otra parte, en aquel momento el ruido de las culatas de muchos fusiles resonó sobre las baldosas.

—Adios, general, adios, dijo Murat; os recomiendo mi carta á mi querida Carolina.

Luego, viendo que el general ocultaba su cabeza entre sus manos, salió de la habitacion y entró en el patio.

—Amigos míos, dijo á los soldados que le esperaban, ya sabéis que soy yo quien va á mandar el fuego; el patio es bastante corto y

podreis hacer bien la puntería: apuntad al pecho, preservadme el rostro.

Y fué á colocarse á seis pasos de los soldados, casi arrimado al muro y subido sobre un escalon.

Hubo un instante de tumulto en el momento en que iba á empezar á mandar el fuego: eran los presos del correccional, que no teniendo mas que una ventana que diese al patio, luchaban por asomarse á ella.

El oficial que mandaba el piquete los impuso silencio, y se callaron.

Entonces Murat mandó cargar fria y tranquilamente, sin apresurarse ni detenerse, como lo hubiera hecho en un simple ejercicio. A la palabra ¡fuego! solo tres disparos se oyeron; Murat quedó de pie: entre los soldados intimidados, seis no habian disparado, tres habian apuntado por encima de la cabeza.

Entonces fué cuando aquel corazón de leon, que hacia de Murat un semidios en la batalla, se mostró en toda su terrible energía. Ni un músculo de su rostro se contrajo, ni un movimiento indicó el temor. Todo hombre puede tener valor para morir una vez: Murat le tenia para morir dos veces.

—Gracias, amigos míos, gracias por el sentimiento que os ha hecho preservarme de la muerte. Pero como será preciso de todos modos concluir por donde debierais haber comenzado, volvamos á empezar, y ahora nada de gracia, os lo suplico.

Y comenzó de nuevo á mandar cargar con aquella misma voz tranquila y sonora, mirando á cada voz de mando que daba, el retrato de la reina; al fin se oyó la palabra ¡fuego! seguida de una detonacion, y Murat cayó atravesado de tres balazos. Habia muerto instantáneamente: una de las balas le habia atravesado el corazón.

Le levantaron y al levantarle hallaron en su mano el reloj, que no habia abandonado un momento, y en el que estaba el retrato. Yo he visto aquel reloj en Florencia en manos de madama Murat, que lo habia vuelto á comprar por 2,400 francos.

Llevaron el cuerpo á la cama, y redactada el acta de la ejecucion, cerraron la puerta.

Durante la noche fué trasportado el cadáver á la iglesia por cuatro soldados. Le arrojaron en la fosa comun, y en seguida echaron sobre él muchos sacos de cal; luego llenaron la fosa y colocaron la piedra que desde aquel tiempo no se volvió á levantar.

Circuló un rumor extraño. Se aseguró que los soldados no habian llevado á la iglesia mas que un cadáver decapitado; si se han de creer ciertas tradiciones verbales, la cabeza fué llevada á Nápoles y entregada á Fernando, conservándola después en una vasija llena de espirita de vino, á fin de que si algun aventurero se queria aprovechar de aquel fin oscuro y aislado para intentar tomar el nombre de

Joaquin, se le pudiese responder enseñándole la cabeza de Murat.

Conservábase aquella cabeza en un armario colocado á la cabecera de la cama de Fernando, y cuya llave solo éste tenia, tanto que hasta despues de muerto el anciano rey, su hijo Francisco no pudo abrir aquel armario, y entonces impulsado por la curiosidad, le abrió y descubrió el secreto paterno.

Así murió Murat, á la edad de cuarenta y siete años, perdido por el ejemplo que le habia dado Napoleon seis meses antes, volviendo de la isla de Elba.

En cuanto á Bárbara, traidor á su rey, que se habia pagado él mismo su traicion llevándose los tres millones depositados en su navio, pide limosna en la actualidad en los cafés de Malta.

Despues de haber recogido de la misma boca de testigos oculares todas las notas relativas á este triste asunto, comenzamos la visita de las localidades que se han designado en su narracion. Nuestra primera visita fué á la playa donde tuvo lugar el desembarco. Nos enseñaron en la orilla del mar, donde se conserva como un objeto de curiosidad, la vieja chalupa que Murat empujaba hácia el agua cuando fué cogido, y cuyo casco todavia se ve atravesado por dos balazos.

Pero antes del pequeño fortin quisimos nos enseñasen el sitio donde está enterrado Campana; nada hay que le señale á la curiosidad de los viajeros: está cubierto de arena como toda la playa.

De la tumba de Campana, fuimos á medir la roca desde cuya cima se habian lanzado el rey y sus dos compañeros. Tiene algo mas de treinta y cinco pies de elevacion. Desde alli volvimos al castillo; es una pequeña fortaleza sin grande importancia militar, á la que se sube por una escalinata situada entre dos muros; dos puertas se cierran en la subida. Al llegar á su último escalon está á su derecha la prision de los sentenciados del correccional, á su izquierda la entrada de la habitacion que ocupó Murat, y detrás en un ángulo entrante de la escalera, el sitio donde fué fusilado. La pared que se eleva detrás de la escalera sobre la que Murat estaba subido conserva todavia las señales de seis balas. Tres de ellas atravesaron el cuerpo del reo.

Entramos en la habitacion. Como todas las habitaciones de las gentes pobres de Italia, se reduce á cuatro paredes desnudas, blanqueadas con yeso y cubierta de una multitud de imágenes, de Madonas y de santos; enfrente de la puerta estaba el lecho en que el rey pasó su agonía de soldado. Vimos dos ó tres niños echados en aquella cama. Una anciana encorvada y que tenia miedo al cólera, rezaba su rosario en el rincon; en la habitacion inmediata donde se habia celebrado el consejo de guerra, cantaban los soldados con un desentono horrible.

El hombre que nos enseñaba aquella triste habitacion era el hijo del antiguo conserje; era un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años. Habia visto á Murat durante los cinco dias de su prision, y le recordaba perfectamente, puesto que podia tener en aquella época quince ó diez y seis años.

Por lo demas, ningun recuerdo material habia quedado de aquella gran catástrofe, á escepcion de las balas que habian agujereado la pared.

Desde la habitacion clara saqué un diseño muy exacto de aquel patio: difícil es ver una cosa de aspecto mas triste que esas paredes blancas que se destacan en cortados perfiles sobre un cielo de color azul de Prusia.

Del castillo nos dirigimos á la iglesia. La piedra colocada sobre el cadáver de Murat jamás se ha vuelto á levantar. De la bóveda pende como un trofeo de victoria la bandera que llevaba consigo, y que le fué cogida.

A mi vuelta á Florencia, hácia el mes de diciembre del mismo año, madama Murat, que habitaba en aquella ciudad, bajo el nombre de condesa de Lipona, sabiendo que llegaba yo del Pizzo, hizo me suplicaran en su nombre pasase á su casa. Me apresuré á corresponder á su invitacion; jamás habia tenido detalles bien precisos sobre la muerte de su marido, y me suplicó no la ocultase nada. Yo la referí todo lo que habia sabido en Pizzo.

Entonces fué cuando me enseñó el reloj que habia vuelto á comprar y que Murat tenia en su mano cuando cayó... En cuanto á la carta que la habia escrito pocos momentos antes de morir, no la habia recibido y fui yo quien la dió la primera copia.

Olvidábame decir, que en recuerdo y en recompensa del servicio prestado al gobierno napolitano, la ciudad de Pizzo está exenta para siempre del pago de derechos y de impuestos.

MAIDA.

Como he dicho ya, nuestro Speronare no habia llegado, y era esto tanto mas alarmante cuanto que el tiempo se preparaba á la tempestad. Efectivamente la noche fué horrorosa. Estábamos hospedados en una pequeña posada, que nos habia seducido por su aspecto, situada sobre la playa misma donde desembarcó el rey, y á un centenar de pasos del pequeño fortin donde está enterrado Campana; pero no bien estuvimos instalados en ella cuando nos apercibimos de que todo faltaba allí, aun las camas. Desgraciadamente era

demasiado tarde para volver á subir á la ciudad, el agua caía á torrentes, los estallidos del trueno se sucedían con tal rapidez que no se oía mas que un solo y continuado temblor que dominaba, tan violento era, el ruido de las olas que cubrían toda la playa é iban á morir á diez pasos de nuestra posada.

Nos acomodaron dos camas de tijera; pero por mas registros que se hicieron en la casa, no pudieron encontrar sábanas limpias. A consecuencia de esto me vi obligado, como la víspera, á echarme vestido en la cama, mas al cabo de un instante fué el blanco de caravanas de chinches de tal modo numerosas, que les cedi el sitio é intenté dormir tendido sobre dos sillas. Acaso lo hubiera conseguido si hubiesen tenido maderas las ventanas de la habitación, pero no las habia, y de tal modo eran los relámpagos continuos, que se hubiera dicho en verdad que era muy de día. Con grandes gritos llamaba yo por la mañana á nuestros marineros, porque en aquel momento rogaba á Dios que no hubiesen abandonado el puerto.

Llegó por fin el día sin que hubiese cerrado mis ojos; era la tercera noche que no podía dormir; estaba estenuado de fatiga. Como Murat, hubiese dado cincuenta ducados por un baño; mas fué imposible hallarle en todo el Pizzo: solo el caballero Alcalá tenia uno, probablemente el que habia servido al prisionero. Pero por mas deseo que tuviera yo de tratarme como rey, no me atreví á llevar la indiscrecion hasta allí.

Con el día se calmó la tempestad. Mas el aire se habia vuelto muy frio, y la atmósfera se hallaba cubierta y nebulosa. En cualquiera otra ocasion me hubiera yo tendido sobre la arena y al fin hubiera dormido, pero ahora estaba toda mojada, y se habia convertido en una llanura de lodo semejante á los volcanes de los Maccalubi. Sin embargo, salimos de nuestro chiribitil á fin de buscar alimento, el que por fin encontramos en una posada mezquina situada en la plaza. Mientras estábamos almorzando preguntamos si podríamos acostarnos á la noche siguiente: nos respondieron como siempre, afirmativamente, y enseñándonos una habitación donde al menos parecia que no habia mas que pulgas. Enviamos á nuestro mozo de mulas á pagar la cuenta á la posada de la playa, é hicimos trasladar nuestra *roba* al nuevo domicilio.

Jadín que habia conseguido dormir algo la noche anterior, fué á sacar una vista general del Pizzo; entretanto mandé hiciesen mi cama con la intencion de descansar al menos sino podía dormir.

Pero entonces se renovó la historia de las sábanas; las sábanas son un negocio de gran importancia en las posadas de Italia en general, y en las de Sicilia y Calabria en particular. Es raro que de primera intencion os den

un par de sábanas blancas; casi siempre intentan sorprenderos con sábanas de limpieza dudosa, ó con una sábana limpia y otra sucia; todas las noches se renueva una lucha con las mismas astucias y la misma obstinacion de parte de los posaderos, que harían mucho mejor á mi parecer en hacerlas lavar. Pero sin duda, sea cualquiera la preocupacion que á ello se oponga, la supersticion que lo prohíba, las sábanas blancas son el *rara avis* de Juvenal, el fenix de la princesa de Babilonia.

Pasé revista á toda la ropa blanca de la posada sin conseguir mi objeto. Esta vez ya no me contuve; indiscreto ó no, escribí al caballero Alcalá para suplicarle nos prestase dos pares de sábanas. El mismo se presentó para ofrecernos fuésemos á dormir á su casa; pero como pensábamos partir al día siguiente muy de madrugada, no quise causarle aquella molestia. Insistió, pero yo me mantuve en mi negativa; y el mozo de la posada, á quien enviamos á su casa, volvió con las bienaventuradas y deseadas sábanas.

Me aproveché de aquella visita para acordar con él lo que nos interesaba relativamente al Speronare. Era evidente que despues de la tormenta de la noche no llegarían nuestras gentes en el día; era preciso, pues, continuar nuestro camino por tierra. Dejé tres cartas para el capitán, una en la posada de la plaza, otra en la de la costa, y la última al caballero señor Alcalá. Las tres advertían á nuestra tripulacion que marcháramos á Cosenza, y la dábamos cita en San Luzido.

Comenzaban á llegar del interior de la Calabria noticias del temblor de tierra; declábase que Cosenza y sus cercanías habian sufrido mucho; se aseguraba que muchas aldeas no presentaban mas que ruinas; habian desaparecido casas enteras tragadas por la tierra con los habitantes que contenían. Continuaban las sacudidas todos los días, ó mas bien, todas las noches, por lo que se ignoraba donde terminaría la catástrofe. Pregunté al caballero Alcalá sino tendría la tempestad de aquella noche alguna relacion con el temblor de tierra, pero me respondió sonriendo, medio creyente y medio incrédulo, que la tempestad de la noche era la del aniversario. Le pedí la esplicacion de aquella especie de enigma atmosférico.

—Informaos, me dijo, de cualquier aldeano de las cercanías, y os responderá con una perfecta conviccion: Es el espíritu de Murat que visita el Pizzo.

—Y vos, ¿qué me responderiais? le pregunté sonriendo.

—Yo os responderé que hace veinte años no ha faltado una sola vez esta tempestad, el mismo día y á la misma hora, afirmacion de que, con vuestra cualidad de francés y de filósofo, sacareis la conclusion que gustéis.

Con lo que el caballero Alcalá se retiró,

por temor sin duda de ser acosado con nuevas preguntas.

Pasóse todo el día sin que distinguiésemos ni sombra de Speronare: permanecimos en la azotea del castillo hasta el anochecer, con los ojos fijos en Tropea, sobrecogidos de alguna ligera inquietud. Contando con el viento, habíamos partido, como hemos dicho, con algunos luises tan solo, y si el tiempo continuaba contrario debíamos ver muy pronto el fin de nuestra bolsa. Para colmo de desgracia, cuando volvimos á la posada, nuestro mozo de mulas nos hizo saber que no contásemos con él para el día siguiente, porque decía éramos demasiado atrevidos, y era un milagro que no hubiésemos sido asesinados y con nosotros él, sobre todo, con el nombre de franceses, nombre que ha dejado pocos recuerdos amistosos en Calabria. Intentamos decirle á que fuera con nosotros hasta Cosenza, pero fueron inútiles todas nuestras instancias; le pagamos, y nos fuimos á buscar otro mozo de mulas.

No era esto cosa fácil, y no porque faltase la especie sino porque en Pizzo cambiaba de nombre el animal. En todas partes de Italia había oído llamar á las mulas, *muli*, y continuaba yo nombrándolas de aquel modo: nadie me entendía. Supliqué entonces á Jadin cogiese su lápiz y dibujase una mula con todos sus arreos.

Nuestro huésped, á quien nos habíamos dirigido, observó con mucho interés aquel dibujo; cuando estuvo concluido:

—¡Ah! exclamó, *vettura*.

En el Pizzo una mula se llama *vettura*. Aviso á los filólogos, y sobre todo, á los viajeros.

El día siguiente á las seis, nuestras dos *vetturas* estaban dispuestas. Temiendo de parte de nuestro nuevo conductor las mismas vacilaciones que habíamos sufrido con el que acabábamos de dejar, entablamos una explicacion preliminar acerca de ello; mas éste se contentó con respondernos enseñándonos su carabina que llevaba á la espalda:

—Donde queráis, como queráis y á la hora que os acomode.

Apreciamos aquel laconismo completamente escarpiata; visitamos por última vez la azotea para asegurarnos de que el Speronare no parecia; y por fin, contrariados tambien aquella vez volvimos á la posada, montamos en las mulas y partimos.

Aquel carácter aventurero de nuestro guia nos fué bien pronto explicado por él mismo: era un verdadero pizziota. Pido perdon á la Academia por crear un nombre de pueblo que acaso no existe. La conducta que observó el Pizzo con Mural, necesario es decirlo, fué juzgada de muy diverso modo entre el resto de los calabreses. A esta primera discusion, ocasionada por un movimiento político, vinieron á unirse los favores de que la ciudad se

vió colmada y que provocaron un sentimiento de envidia; de modo, que los habitantes del Pizzo, no me atrevo á repetir la palabra, apenas salen de la circunscripcion de su territorio se encuentran en guerra con las poblaciones vecinas. Esta circunstancia hace que desde su infancia salgan armados, que se acostumbren desde jóvenes al peligro, y que por consecuencia acostumbrados á él, cesen de temerle. Sobre este punto, acerca del valor, los demas calabreses llamándolos casi siempre *traditori*, les hacen al menos completa justicia.

Caminando y conversando con nuestro guia, nos habló de una aldea llamada Vena, donde se había conservado un traje extraño y un dialecto que nadie comprendia en Calabria. Estas dos circunstancias nos hicieron entrar en deseo de ver aquella aldea; pero nuestro guia nos previno que no encontraríamos allí posada, y que por tanto era preciso no pensar en detenerse en ella, sino en pasar de largo tan solo. Nos informamos entonces donde podríamos detenernos por la noche, y nuestro pizziota nos indicó la aldea de Maida, como la mas próxima á la de Vena, y en la que en rigor, podian detenerse los *signori*; suplicámosle, pues, se desviase del camino real y nos condujese á Maida. Como era el mozo mas condescendiente del mundo, no puso ninguna dificultad; era un día de retraso para llegar á Cosenza, y nada mas.

Nos detuvimos á eso del medio día en una pequeña aldea llamada Findaco del Fico, para que descansaran nuestras caballerias y procurar almorzar; despues de una parada de una hora, volvimos á emprender nuestro camino dejando la carretera á la izquierda é internándonos en la montaña. Hacia tres ó cuatro días había casi cesado el temor de morir de hambre en las posadas; estábamos en la region de las montañas donde crecen los castaños, y como nos aproximábamos á la época del año en que comienza la recoleccion de este fruto, nos adelantábamos nosotros algunos días llenándonos los bolsillos de castañas, las que hacia asar en el rescoldo al llegar á las posadas, y que comia con preferencia á los macarroni, á que jamás me he podido acostumbrar, y que frecuentemente era el único plato que con toda su buena voluntad nos habian podido ofrecer nuestros posaderos. Esta vez, como siempre, me guardé bien de faltar á aquella costumbre, porque de antemano formaba una idea bastante mediana del hospedaje que nos esperaba.

Despues de tres horas de marcha por la montaña descubrimos á Maida. Era un confuso monton de casas, situadas en lo alto de una montaña, que como todas las casas calabresas habian sido revocadas primitivamente con una capa de yeso ó cal; pero que en las sucesivas sacudidas que habian experimentado, habia caido una parte de aquel adorno superficial, y

casi todas estaban llenas de estensas manchas grises que les daban el aspecto de haber padecido alguna enfermedad cutánea. Nos miramos Jadin y yo meneando la cabeza, suponiendo mentalmente la infinita cantidad de animales de toda especie que además de los maidianos, debían habitar en semejantes casas. Daba espanto en pensarlo; pero habíamos avanzado demasiado para retroceder. Continuamos, pues, nuestro camino sin dar parte á nuestro guía de terrores, que no hubiera comprendido.

Llegados al pie de la montaña, era la pendiente tan rápida y escarpada, que preferimos echar pie á tierra y llevar delante nuestras mulas. Apenas habíamos andado unos cien pasos siguiendo aquel camino, cuando descubrimos sobre la punta de una roca una muger andrajosa y desmelenada. Como estábamos, si se ha de creer á los sicilianos, en un país de hechiceras, pregunté á nuestro guía á que raza de vampiros pertenecía la bruja calabresa que teníamos delante: nuestro guía nos respondió que no era una hechicera sino una pobre loca; y añadió que si queríamos dárle algunos cuartos de limosna, sería una buena acción á los ojos de Dios. Por mas pobres que empezásemos á estar nosotros mismos, no quisimos perder aquella ocasion de aumentar la suma de nuestros méritos, y la envié por nuestro guía la suma de dos carlinos: sin duda pareció aquella suma á la buena muger toda una fortuna, porque al instante mismo abandonó su roca y se puso á seguirnos dando señales de reconocimiento y gritos de alegría; tuvimos á bien decirle que lo teníamos ofrecido, mas nada quiso oír, y continuó caminando detrás de nosotros arrastrando consigo á todos los que encontrábamos en nuestro camino, y que alejados de toda carretera frecuentada, parecían tambien admirados al ver estrangeros, que así podían ser insulares de las islas Sandwich como indígenas de la Nueva Zelandia. De lo cual resultó que al llegar á la primera calle llevábamos una comitiva de unas treinta personas hablando y gesticulando á quien mas podia, y en medio de aquellas treinta personas, la pobre loca que referia como la habíamos dado dos carlinos, prueba incontestable de que éramos principes disfrazados.

Por lo demas, habiendo entrado en la poblacion, fué mucho peor: todas las casas, semejantes á los sepulcros el dia del juicio dieron salida en el mismo instante á sus moradores; al cabo de un instante no fuimos ya seguidos, sino rodeados de tal modo, que nos fué imposible avanzar. Nos apresuramos entonces á preguntar por una posada; pero parecia ó que nuestro acento tenia un carácter enteramente raro, ó que pedíamos una cosa desconocida, pero que á cada interpelacion de este género la multitud prorumpia en una sonrisa tan alegre y comunicativa que con-

cluíamos por participar de la hilaridad general. Pero lo que escitó en el mas alto grado la curiosidad de los maidianos varones, fueron nuestras armas, que por su lujo contrastaban, preciso es decirlo, con el aspecto mas que modesto de nuestro porte; no podíamos impedirles tocar, como niños grandes, esos dobles cañones labrados que eran el objeto de una admiracion, que dicho sea de paso, me agradaba mas ver manifestarse en medio de la aldea que en un camino real. Comenzábamos al fin á mirarnos con cierta inquietud, cuando de repente atravesó un hombre por entre el gentío, me cogió por la mano, declaró que éramos su propiedad y que iba á conducirnos á una casa donde estaríamos como los ángeles en el cielo. La promesa, como es de suponer, nós balagó. Respondimos á aquel hombre campechano que si cumplia solamente la mitad de lo que prometia, no tendria queja de nosotros: nos juró por sus dioses principales que ni los principes podria exigir cosa mejor que la que él iba á presentarnos. En seguida, atravesando aquella multitud que cada vez se hacia mas compacta, marchó delante de nosotros sin perdersenos de vista un instante, hablando sin cesar, gesticulando sin descanso, repitiendonos á cada momento que éramos muy favorecidos del cielo cuando habíamos caído entre sus manos.

Todo aquel ruido y todas aquellas promesas terminaron llevándonos ante una casa, preciso es confesarlo, de un aspecto superior á las que la rodeaban; pero cuyo interior nos previno al instante mismo de los males de que estábamos amenazados. Era una especie de taberna, compuesta de una habitacion grande dividida en dos por un lienzo lleno de girones que pendia de las vigas, y que dejaba paso de la parte anterior á la posterior por un desgarron en forma de puerta. A la derecha de la parte anterior consagrada al público, habia un mostrador con algunas botellas de vino y de aguardiente y algunos vasos de diferentes tamaños. Tras aquel mostrador estaba la dueña de la casa, muger de treinta á treinta y cinco años, que acaso no hubiese parecido absolutamente fea si una repugnante porqueria no obligase á volver la cabeza por no verla. A la izquierda, en una entrada que hacia la pared, estaba una marrana recién parida, dando de mamar á una docena de lechoncillos, advirtiendo con sus gruñidos á los huéspedes que no consentia invadiesen su dominio. La parte posterior iluminada por una ventana que daba á un huerto, ventana casi enteramente obstruida por las enredaderas, era la habitacion de la huéspeda. A la derecha estaba su cama cubierta con viejas cortinas verdes, á la izquierda una enorme chimenea bajo la que se movia tendida en la ceniza una cosa que parecia en la oscuridad un perro, y que poco despues reconocimos era uno de esos desgraciados imbéciles por el

cretinismo, de cuello grueso y vientre voluminoso, que tan comunmente se ven en el Valais. En el borde de la ventana estaban colgados siete ú ocho candiles de tres mecheros y debajo la mesa, cubierta en aquel momento con trapos hechos girones, que se hubiesen arrojado en Francia á la puerta de una fábrica de papel. El techo era de vigas, y tenia una abertura que comunicaba con un granero lleno de heno y paja.

Este era el paraiso donde debiamos estar como ángeles.

Nuestro conductor entró el primero, y dijo en voz baja algunas palabras á nuestra huésped; despues, con risueña fisonomía se acercó á anunciarnos que aunque la signora Bertassi no tenia costumbre de recibir viajeros, consentia, en gracia de nuestras escelencias, en faltar á sus hábitos y darnos comida y cama. A creer á nuestro guia, era efectivamente un favor tan grande el que se nos concedia, que hubiera sido la mayor impolitica rehusarlo. El parecer políticos ó impoliticos á la signora Bertassi, era, como se puede suponer, muy insignificante para nosotros; mas despues de habernos informado de nuestro pizziota, supimos que seguramente no encontraríamos una sola posada en todo Maida, y muy probablemente ni una casa tan buena como la que se nos presentaba. Decidimonos, pues, á entrar, y entonces fué cuando pasamos revista al local: como se ve, era muy á propósito para hacer erizarse los cabellos.

Por lo demas, nuestra huésped, sin duda efecto de la confidencia hecha por nuestro cicerrone, estaba encantadoramente bondadosa. Corrió á la trastienda, que servia á la vez de alcoba, sala y comedor, y echó en el fagon una gavilla: á la luz que despedia la llama, y qué la obligó á separarse, vimos que lo que habiamos tomado por un perro de ganado, era un jóven de diez y ocho á veinte años. Al alterar de aquel modo su habitual posicion no hizo más que lanzar algunos sonidos lastimeros y retirarse á sentar en un taburete en el rincon mas distante del bogar, verificándolo con los movimientos lentos y penosos de un reptil alestargado. Pregunté á la signora Bertassi hácia donde estaba la habitacion que nos destinaba; me respondió que era aquella misma; que Jadin y yo nos acostariamos en su cama, y que ella y su hermano (el idiota era su hermano) dormirian junto al fuego. Nada teniamos que contestar á una muger que se sacrificaba por nosotros de aquel modo.

Tengo por sistema aceptar todas las situaciones de la vida sin intentar hacer lo que es imposible, sino antes por el contrario, procurar en el momento mismo sacar de las cosas el mejor resultado posible; parecióme tan claro como la luz del dia que, con las ratas del granero, el cerdo que estaba en la tienda y otra multitud de animales que debian poblar la alcoba, no podriamos dormir un ins-

lante: teniamos, pues, que estar como de duelo; me resigné y pensé en la comida.

Habia macarroni, los cuales no comia yo; podia encontrarse, buscando bien y sacrificando el bolsillo, un pollo ó un pavipollo: por último, la huerta, colocada detrás de la casa, encerraba muchas especies de hortalizas para ensalada. Con esto y las castañas de que teniamos llenos los bolsillos no se puede hacer una comida de príncipes; pero no se muere uno de hambre.

Suplico se me dispensen todos estos detalles; escribo para los desgraciados viajeros que puedan encontrarse en una posicion análoga á la en que nos hallábamnos nosotros, que prevenidos por nuestro ejemplo, y acaso conseguirán librar mejor que nosotros.

Calculé con razon que las diferentes provisiones de nuestra comida requiririan algun tiempo para reunirse. Resolví, pues, no dejar brazos ociosos. Encargué á la huésped preparar los macarroni, al cicerrone buscase el pollo, al idiota que fuese por dos cuartos de bramante, y á Jadin que partiese las castañas, reservándome ir á buscar la ensalada. Al cabo de diez minutos cada uno habia desempeñado su encargo, á escepcion de Jadin que habia tenido que poner paz entre la marrana y Milord; pero mientras se disponian los otros preparativos, se reparó el tiempo perdido por aquella parte.

Se colocaron los macarroni al fuego; el volátil, muerto, á pesar de sus protestas de que era una polla y no un pollo, fué colgada de un bramante por las patas y comenzó á dar vueltas; en fin, convenientemente lavada y mondada la ensalada, esperaba el aderezo en una ensaladera fregada con tres aguas. Mas tarde se verá como á pesar de todas estas precauciones, me quedé en ayunas, y como Jadin no comió mas que macarroni.

Entretanto habia entrado la noche: encendieron dos candiles, uno para iluminar la mesa, y el otro para el servicio; como se ve, nuestra huésped hacia las cosas espléndidamente.

Servieron los macarroni: por dicha para Jadin esta era la entrada; comió de ellos y los encontró muy buenos; por lo que hace á mí, ya he dicho mi repugnancia á esta clase de platos, me contenté con mirar.

Tocábale el turno al pollo: dió vueltas como un huso, estaba dorado á punto, y presentaba un aspecto de los mas apetitosos; me aproximé para cortar el bramante, y vi á nuestro idiota que, tendido como siempre en la ceniza, meneaba no sé que cosa que tenia puesta á la lumbre en un platito de barro. Tuve la desgraciada curiosidad de echar una mirada á su guiso particular, y vi que habia recogido con gran cuidado las tripas de nuestra ave y las freía. Sin duda seria muy ridiculo, pero al ver aquello dejé caer el pollo en la cazuela donde se recogia la manteca que caia, como

ciendo al mismo tiempo que despues de lo que acababa de ver me seria imposible ya comer nada. Como Jadin no habia visto nada, preguntó la causa de mi tardanza en presentar el asado. Desgraciadamente, con el pañuelo en la boca, me habia vuelto del lado de la cortina incapaz de responder por el momento una sola palabra á sus interpelaciones; por lo cual se levantó, se acercó él mismo á ver lo que pasaba, y encontró al desgraciado idiota comiendo con las manos su atroz fritada. Aquello le perdió, volvió á otro lado la vista pronunciando todos los juramentos que le podia proporcionar este bello y rico idioma francés. En cuanto al idiota, muy lejos de pensar fuese el objeto de aquella explosion, no dejaba de comer: tanto, que cuando nos volvimos habia concluido.

Volvimos á colocarnos triste y silenciosamente á la mesa. Con solo pronunciar la palabra pollo cualquiera de nosotros hubiese tenido las mas fatales consecuencias; nuestra huéspedá quiso aproximarse al fogon con un plato en la mano, pero me apresuré á decirle que nos contentáramos con comer ensalada. Un instante despues oi el ruido que hacian la cuchara y el tenedor chocando en la ensaladera, y me volví rápidamente no dudando que pasaba algo nuevo contra nuestra cena; y cualquiera que sea mi natural paciencia, di un furioso grito. Nuestra huéspedá, porque no esperásemos la ensalada, que se habia convertido en el plato fuerte de la comida, se apresuraba á aderezarla por sí misma, y habiendo comenzado por echarla vinagre, lo cual como es sabido, es una heregia culinaria, vertia por uno de los fres mecheros el aceite del candil en la ensaladera.

Al ver aquello me levanté y me salí.

Un instante despues ví llegar á Jadin con un cigarro en la boca; era su gran consuelo en las frecuentes desventuras que experimentábamos, consuelo de que estaba yo privado desgraciadamente, porque nunca pude fumar sino cierta clase de tabaco ruso, muy suave y casi sin olor. Nos pusimos á mirar con los brazos cruzados y moviendo la cabeza; habíamos visto cosas terribles, pero sin embargo, jamás habia llegado hasta allí el espectáculo. Una cosa solo nos consolaba, y era nuestro recurso habitual, es decir, las castañas que se asaban en el rescoldo.

Cuando volvimos á entrar, las encontramos servidas y mondadas; el horrendo idiota para captarse nuestra voluntad, habia querido prestarnos aquel servicio en nuestra ausencia.

Esta vez nos pusimos ya á reir; tan repetidas iban siendo nuestras desventuras que degeneraban en lo cómico. Hicimos con las castañas lo que habíamos hecho con el pollo y la ensalada, dejamos que signieran el mismo camino. Partimos cada uno un pedazo de pan, y por temor de que nos hiciera tomarle asco al-

guna otra cosa, nos le fuimos á comer por las calles de Maida.

Al cabo de una media hora volvimos á pasar por delante de la casa, y vimos á través de los vidrios, á la huéspedá, el idiota y un militar, desconocido para nosotros, los cuales sentados á nuestra mesa, se comian nuestra cena.

No quisimos interrumpir aquel festin en pequeño, y aguardamos á que hubiesen concluido para volver á entrar.

El militar, que era un carabinero, nos pareció gozaba en la casa una autoridad casi autocrática: sin embargo, al primer golpe de vista nos apercibimos de que participaba de la benevolencia de nuestra huéspedá para con nosotros; y sabiendo que éramos franceses y que llegábamos del Pizzo, se puso á exaltar con entusiasmo la revolucion de julio y á deplo rar el asesinato de Murat. Esta doble explosion de sentimientos políticos nos pareció algo sospechosa en un soldado fiel de S. M. el rey Fernando, que no habia hasta entonces manifestado profundas simpatias por la una ni por el otro. Era evidente que nuestro carabinero, no pudiendo adivinar con que objeto recorriamos el pais, no hubiera sentido conducirnos á Nápoles de partida en partida como carbonarios, y de atribuirse la gloria de nuestro arresto. Desgraciadamente para el leal soldado de S. M. Fernando, era el lazo demasiado grosero para que nos dejásemos coger en él: Jadin me encargó que le dijese en su nombre, en italiano, que era un espía; yo se lo dije en su nombre y en el mio, lo cual hizo reir mucho al carabinero, pero lo que no fué bastante para que se retirase, como lo habíamos esperado; lejos de eso, se puso á mirar nuestras armas con la mas minuciosa atencion, y concluido aquel exámen, nos propuso jugar una botella de vino á las cartas. Era ya demasiado impertinente la proposicion, y asi llamamos á nuestra huéspedá para que tuviese la bondad de plantar al fiel soldado de S. M. Fernando en la calle. Esta invitacion nuestra ocasionó prolongadas negociaciones por la suya, al fin de las que el carabinero salió tendiéndonos la mano, llamándonos sus amigos, y anunciándonos que tendria el honor de beber un trago con nosotros al dia siguiente por la mañana antes de nuestra marcha.

Nos creíamos libres de visitas, cuando asi que salió el carabinero llegó una amiga de nuestra patrona que se colocó junto á ella en un rincón del hogar. Como á escoger aquella era una especie de muger, tuvimos paciencia durante una hora. Sin embargo, pasado este tiempo, preguntamos á la signora Bertassi si nos dejaria su amiguita tomar nuestras disposiciones para pasar la noche; pero la signora Bertassi nos respondió que su amiga iba á pasar la noche con ella, y que no teníamos necesidad de molestarnos porque

estuviera delante. Comprendimos entonces que la llegada de la reciénvenida era una delicada atencion de nuestro cicerone, quien nos habia prometido estariamos donde nos iba á llevar, como los ángeles en el cielo, y sin duda queria, en lo que de él dependiera, cumplirnos su promesa. Tomamos nuestro partido en consecuencia, y resolvimos obrar como si estuviésemos solos.

Por lo demas, nuestras disposiciones nocturnas eran fáciles de tomar. Como nuestra huéspedea, sin duda para obsequiarnos mas, no solo nos habia cedido su lecho sino tambien sus sábanas, ya no tratamos de desnudarnos. Cedi el catre á Jadin quien se echó en él vestido cogiendo á Milord en los brazos, á fin de dividir con él los ataques de que iba á ser victima, y yo me acomodé sobre dos sillas, envuelto en mi capa. Las dos mugeres se acomodaron como pudieron en el fogon, y el idiota completaba el cuadro haciendo su nido como de costumbre, en las cenizas.

Es imposible formarse una idea de la noche que pasamos. La constitucion mas robusta no resistiria tres noches semejantes. El dia llegó encontrándonos tiritando y completamente estenuados; no obstante, calculando que el mejor remedio para nuestro lastimoso estado, eran el aire y el sol, no hicimos aguardar á nuestro guia, que á las seis de la mañana estaba puntualmente á la puerta con sus dos mulas: arreglamos la cuenta con nuestra huéspedea, quien incluyendo en la lista *todo lo que se nos habia servido* como si hubiera sido *gastado* por nosotros, nos pidió cuatro duros, que pagamos sin replicar, tanta prisa nos corria salir de aquel horroroso sitio. En cuanto á nuestro cicerone, como no le vimos, presumimos que su retribucion estaba comprendida en el exceso.

Nos encaminamos hácia Vena que está cinco millas mas adentro en la montaña que Maida. Pero al cabo de veinte minutos de marcha oímos que nos llamaban á nuestra espalda á grandes gritos, y al volvernos vimos á nuestro carabnero armado de todas armas, que corria hácia nosotros á todo el galope de su caballo. Creimos al principio que poco lisonjeado con nuestro recibimiento de la víspera, habia hecho alguna falsa declaracion al juez, y que habia recibido de éste la autorizacion para echarnos el guante; pero salimos del error agradablemente cuando le vimos sacar de su pistolera una botella de aguardiente y del bolsillo dos vasitos. Esclavo de la palabra que nos habia dado de beber con nosotros el trago de marcha, y habiendo llegado demasiado tarde para tener aquella satisfaccion, habia ensillado su caballo y nos habia seguido. Como la intencion era evidentemente buena, por mas que fuera el modo muy singular, no encontramos razon para negarnos á corresponder á su politica; cogimos cada uno nuestro vasito, él empuñó la botella,

y brindando nosotros á la salud del rey Fernando, fiel siempre á los principios revolucionarios que nos habia manifestado, se obstinó en brindar por la del rey Luis Felipe. Despues de lo que, negándonos á repetir, nos apretó otra vez la mano y volvió á partir al galope como habia venido.

Jadin aseguraba que el fiel soldado de S. M. el rey Fernando era el que habia sacado la mejor parte de nuestros cuatro duros; y como Jadin es un hombre muy sensato y lleno de penetracion para juzgar las miserias humanas, estoy por creer que tenia razon.

BELLINI.

A la hora y media de camino llegamos á Vena.

Nuestro guia no nos habia engañado, porque á las primeras palabras que dirigimos á un habitante del pais, nos fué fácil ver que el idioma que hablábamos era tan completamente desconocido como para nosotros en el que nos respondian; consistia esto en que nuestro interlocutor hablaba un chapurrado en greco-italico, siendo la aldea una de esas colonias italianas que emigraron de la Grecia despues de la conquista de Constantinopla por Mahomet II.

Nuestra entrada en Vena fué siniestra: Milord comenzó por estrangular un gato albanés, el cual vista la antigüedad de su origen, y la dificultad de disputar el precio, no podia en conciencia ser sometido á la tarifa de los gatos italianos, sicilianos ó calabreses; nos costó cuatro carlinos; éste era un suceso grave en el estado de nuestra hacienda; así que Milord fué inmediatamente atado, para que no se repitiera semejante catástrofe.

Este asesinato y los alaridos que habian dado, no la víctima, sino sus propietarios, fueron causa de que se reuniese toda la aldea, cuya reunion nos permitió observar, que segun los trages de diario que llevaban las mugeres, debian ser costosos y muy bonitos los reservados para el domingo y dias festivos: propusimos, pues, á la dueña del gato, que tenia cariñosamente al difunto entre sus brazos como sino pudiera separarse de él aun cadáver, aumentar la indemnizacion hasta un duro si se queria poner su mas bonito trage, y ponerse de modelo para que Jadin hiciera su retrato. Larga fué la negociacion: hubo controversias muy animadas entre el marido y la muger; al cabo la muger se decidió, entró en su casa y media hora despues la vimos

salir con un traje resplandeciente de oro y lleno de bordados: era su traje de boda.

Jadin puso manos á la obra, mientras yo procuraba reunir los elementos de un almuerzo, pero por mas esfuerzos que hice, no conseguí comprar ni un pedazo de pan. No fueron mas felices las diligencias que con el mismo objeto hizo nuestro guía.

Al cabo de una hora Jadin concluyó su dibujo. Entonces, como á no comer el gato, el cual habia pasado de la apoteosis al suplicio, y le arrastraban dos niños por la cola, no habia probabilidad de que encontrásemos con que satisfacer el apetito que nos atormentaba desde la víspera á la misma hora, no juzgamos oportuno permanecer mas largo tiempo en la colonia griega, y volvimos á montar para ponernos otra vez en camino. Encontramos un bosque de castaños, nuestro recurso de siempre, cogimos castañas, encendimos una hoguera y las asamos; esto fué nuestro almuerzo, despues del cual continuamos la marcha.

Hacia las tres de la tarde volvimos á tomar el camino real: el paisaje continuaba siendo precioso, y el camino que habíamos dejado sabiendo ya á Fundaco del Fico, continuaba todavia subiendo; resultó de esta ascension no interrumpida, que al cabo de otra hora de marcha, nos encontramos sobre un punto culminante, donde se nos presentaron de repente á la vista los dos mares, es decir, el golfo de Santa Eufemia á nuestra izquierda, y el golfo Squilace á la derecha. En la costa del golfo de Santa Eufemia estaban los restos de los dos buques que se habian perdido á lo largo de la costa durante la noche en que nosotros mismos pensamos naufragar. A orilla del golfo de Squilace se extendia en un espacio de terreno bastante considerable, la ciudad de Catanzaro, que se habia hecho célebre algunos años antes por la maravillosa aventura de Terencio el maestro sastre. Nuestro guía quiso hacernos ver á algunos centenares de pasos de la mar, la casa que todavia habitaba á la sazón aquel dichoso viudo; pero por mas esfuerzos que hizo de su parte y buena voluntad de la nuestra, imposible nos fué distinguirla á la distancia en que estábamos, en medio de otras doscientas ó trescientas exactamente parecidas.

Fácil era conocer que nos aproximábamos á algun lugar habitado; en efecto, á la media hora encontramos ataviadas con los mas pintorescos trages, mugeres que llevaban sobre sus espaldas cargas de leña. Jadin aprovechó el momento en que una de ellas descansaba para sacar un dibujó. Nuestro guía á quien preguntamos de donde eran, nos dijo que pertenecian á la aldea de Triolo.

Al cabo de un cuarto de hora vimos la aldea. Una sola posada, situada en el camino real, abria su puerta á los viajeros, cierta limpieza exterior nos predispuso en su favor; en

efecto, estaba edificada de nuevo, y los que la habitaban todavia no habian tenido tiempo de ensuciarla completamente.

Al instalarnos en nuestra habitacion, observamos que los tabiques interiores eran de madera de abeto y no paredes de piedras, preguntamos la causa de aquella rareza, y nos dijeron que era por los frecuentes terremotos; efectivamente, gracias á aquella precaucion, nuestro cuarto habia sufrido muy poco en las últimas sacudidas, al paso que muchas casas de Triolo estaban ya muy estropeadas.

Estábamos rendidos de cansancio, menos por lo que habíamos caminado como por no haber dormido, de modo, que no nos ocupamos mas que de nuestra cena y las camas. Por fin, la cena fué fácil conseguirla; las camas ya fué otra cosa: dos viajeros que habian llegado el mismo dia, y que en aquel momento reconocian los estragos que el terremoto habia causado en Triolo, habian cogido los únicos dos pares de sábanas que habia en la posada, de modo, que era preciso contentarnos con las demas. Informámonos entonces seriamente á punto fijo de cuando cesaria aquella escasez de ropa blanca, y nos aseguró nuestro huésped que encontraríamos en Coenza un excelente hotel, donde probablemente habia sábanas limpias, si en aquel momento no estaba convertido en ruinas por los terremotos. Preguntamos el titulo de aquella bienaventurada posada, que era para nosotros lo que la tierra prometida para los hebreos, y supimos decia en su muestra: *Al Reposo d'Alarico*, es decir, *Al Reposo de Alarico*. Este titulo era de buen agüero: si un rey habia descansado en ella, es evidente que nosotros que éramos simples particulares, no podíamos ser mas difíciles de contentar que un rey. Tuvimos, pues, paciencia, con la idea de que no nos quedaban ya mas que dos noches que sufrir, despues de las que seríamos felices como los visigodos.

Libré, pues, á mi huésped del compromiso de sus sábanas, y mientras Jadin iba á fumar su pipa, me arrojé sobre la cama, envuelto en mi capa.

Me hallaba en ese estado de somnolencia que hace á uno impasible, y durante el que se percibe ademas la realidad del sueño, cuando oí en la habitacion inmediata la voz de Jadin dialogando con nuestros dos compatriotas. En medio de mil palabras confusas, oí el nombre de Bellini. Esto me trasladó á Palermo, donde habia oído cantar su Norma, acaso su obra maestra: el terceto del primer acto vino á mi memoria, me sentí trasportado por aquella melodía, y di un paso mas hácia el sueño. Luego me pareció oír:

—¡Ha muerto!

—¿Bellini ha muerto?

—Sí. Yo repetí maquinalmente.

—¡Bellini ha muerto! ¡y me dormí!

Cinco minutos despues, se abrió la puerta

de mi habitacion, y desperté sobresaltado: era Jadin quien entraba.

—¡Pardiez! le dije, habeis hecho bien en despertarme, tenia una pesadilla.

—¿Sobre qué?

—Soñaba que el pobre Bellini habia muerto.

—Nada mas cierto que vuestro sueño, Bellini ha muerto.

Me puse de pie inmediatamente.

—¿Qué decís? sepamos.

—Os repito lo que acaban de asegurarme nuestros dos compatriotas, quienes lo han leído en Nápoles en los periódicos franceses. Bellini ha muerto.

—¡Imposible! exclamé, tengo una carta suya para el duque de Noja.

Me lancé hácia mi gaban; saqué del bolsillo mi cartera, y de la cartera la carta.

—Ved.

—¿Qué fecha tiene?—Miré.

—Seis de marzo.

—¡Y bien! querido, me dijo Jadin, hoy es 48 de octubre, y el pobre mozo ha muerto en ese intervalo, ahí tenéis lo que ha pasado. ¿No sabéis que segun los cálculos hechos, nuestra perfecta humanidad posee veinte y dos mil enfermedades, y, que debemos á la muerte doce cadáveres por minuto, sin contar las épocas de peste, de tífus y de cólera que forman suma aparte?

—¡Bellini ha muerto!... repetí teniendo su carta en la mano.

Aquella carta se la habia visto escribir, junto á mi chimenea; recordaba sus hermosos cabellos rubios, sus ojos de dulce mirar, su fisonomía tan melancólica; le oía hablarme el francés que hablaba tan mal con un acento tan encantador; le veia poner su mano sobre aquel papel; en él se conservaba su escrito, su nombre; ¡aquel escrito vivia y él estaba muerto! Apenas hacia dos meses que habia visto en Catania, su patria, á su anciano padre, feliz y satisfecho como se suele estar la víspera de una desgracia. El anciano me habia abrazado cuando le dije que conocia á su hijo; ¡y este hijo habia muerto! no era posible. Si Bellini hubiera muerto, me parece que aquellas líneas hubiesen cambiado de color, que su nombre se hubiera borrado; ¡qué sé yo! soñaba, estaba loco. Bellini no podia haber muerto; me volví á dormir.

Al día siguiente me repitieron lo mismo, pero no quise creerlo mas que la víspera: hasta que llegué á Nápoles no quedé convencido.

El duque de Noja habia sabido que tenia para él una carta del compositor de la *Sonámbula* y de los *Puritanos*, y me la envió á pedir. Fui á verle y se la enseñé, mas no se la di. Esta carta era ya para mí una cosa sagrada: ella probaba, no solo que yo habia conocido á Bellini, sino que habia sido su amigo.

La noche fué lluviosa, y el tiempo no tenia visos de mejorar mucho durante el día,

iba ser largo y cansado, puesto que no podíamos detenernos mas que en Rogliano, es decir, á diez leguas próximamente de donde estábamos. Eran las ocho de la mañana; suponiendo que hiciéramos en el camino una parada de dos horas para nuestro guía y las mulas, no podíamos esperar de ningún modo llegar antes de las ocho de la noche.

Apenas echamos á andar, volvió á comenzar la lluvia. El mes de octubre, comunmente muy hermoso en Calabria, estaba sumamente revuelto por el terremoto. Por lo demas, á los tres días hacia, y á medida que nos aproximábamos á Cosenza, el temblor de tierra era la causa, ó mas bien el pretesto, de todas las desdichas que nos sucedían. Era el letargo del *Legatario universal*.

Al medio día hicimos nuestra parada: en aquella ocasión habíamos tenido cuidado de llevar con nosotros pan, vino y un pollo asado, de modo, que para hacer un excelente almuerzo no nos faltaba ya mas que un rayo de sol; mas lejos de eso, la atmósfera se oscurecía cada vez mas, y enormes nubarrones cruzaban por el cielo, impulsados por un viento de Mediodía que presagiándonos la tempestad, tenía sin embargo de bueno que nos daba la seguridad de que nuestro Speronare, á no ser por falta de voluntad de su tripulación, debia estar navegando para salir á nuestro encuentro. Y nuestra reunión se iba haciendo muy urgente por mil razones, entre las que la principal era la próxima terminación de nuestras monedas.

A eso de las dos estalló la tempestad que nos estaba amenazando desde por la mañana: preciso es haber sufrido una tormenta en los países meridionales, para formarse una idea del trastorno que entre el viento, la lluvia, los truenos, el granizo y los relámpagos experimenta la naturaleza. Ibamos por un camino sumamente escarpado y dominando precipicios, de modo, que de vez en cuando, encontrándonos en medio de nubes que corrían rápidamente impulsadas por el viento, nos veíamos obligados á detener nuestras mulas; porque cesando completamente de ver á tres pasos de distancia, hubiese sido muy posible que nuestras cabalgaduras nos precipitasen desde lo alto de las rocas á algun abismo profundo. No tardaron los torrentes en tomar parte en aquel trastorno y empezaron á desprenderse de lo alto de las montañas; en fin, arroyos convertidos en rios atravesaban el camino, en los que entraron las mulas mojándose en los primeros hasta los corvejones, luego hasta el vientre, y por último hundiéndonos hasta las rodillas. Nuestra situación se hacia cada vez mas penosa. Aquella continua lluvia nos habia calado hasta los huesos, las nubes que pasaban envolviéndonos, impulsadas por el cálido soplo del sirocco, nos dejaban el rostro y las manos cubiertas de una especie de sudor, que á muy pocos instantes

se helaba al contacto del aire; en fin aquellos torrentes cada vez mas rápidos, aquellas cascadas cada vez mas encrespadas, amenazaban arrastrarnos en su violento curso. Aun nuestro guia parecia alarmado, por mas habituado que debiese estar á semejantes cataclismos; los mismos animales participaban de aquel temor; á cada torrente que nos cortaba el paso lanzaba Milord desgarradores aullidos, á cada trueno se estremecian las mulas.

Aquella incesante lluvia, aquellas nubes sucesivas, aquellas cascadas que encontrábamos á cada paso habian comenzado por causarnos, mientras conservámos algun calor, una sensacion de las mas desagradables; mas poco á poco se apoderó de nosotros tan gran frio, que apenas notábamos, con la sensacion que experimentábamos, que pasábamos por medio de aquellas lluvias improvisadas. Por mi parte, de tal modo me acometia el entorpecimiento, que ya no sentia la mula entre mis piernas, y no sé como guardaba equilibrio, á no ser por milagro: asi que cesé completamente de ocuparme de mi cabalgadura, dejándola ir por donde quisiera. Intenté hablar á Jadin, mas con trabajo oia mis propias palabras, y de seguro no oia la respuesta. Aquella estraña situacion iba en aumento, y habiendo llegado la noche entretanto, perdí casi todo sentimiento de mi existencia, á escepcion del movimiento maquinal que me imprimia mi cabalgadura. De tiempo en tiempo cesaba repentinamente este movimiento, y yo permanecia inmóvil; era que mi mula, entorpecida como yo, no queria andar, viéndose obligado nuestro guia á reanimarla á palos. Una vez la parada se prolongó algo mas, pero no tuve fuerza para informarme de lo que la causaba; luego supe que era Milord que no pudiendo ya mas, habia cesado por su parte de seguirnos, y habia sido preciso esperarle. En fin, pasado un tiempo que me seria imposible decir cuanto fué, nos detuvimos de nuevo; oi gritos, vi luces, sentí que me levantaban de la silla; luego experimenté un vivo dolor por el contacto de mis pies con la tierra. Quería sin embargo andar, pero me fué imposible. A los pocos pasos perdí completamente el sentido, y cuando volví en mí me hallaba junto á un gran fuego, y cubierto de servilletas calientes que me aplicaban con una caridad muy cristiana, mi huésped y sus dos hijas. Jadin habia soportado mejor que yo aquella horrorosa jornada, habiéndole conservado su gaban de pana mucho mas tiempo el calor que me lo habian conservado á mi la capa de paño y el gaban de lienzo. En cuanto á Milord, estaba tendido sobre una baldosa que habian calentado con cenizas, y parecia completamente privado de conocimiento: dos gatos jugaban entre sus patas; le creí difunto.

Mis primeras sensaciones fueron dolorosas; era preciso que volviese atrás para vi-

vir: menos camino me faltaba para morir, y todo hubiese terminado.

Miré á mi alrededor, estábamos en una especie de choza; pero al menos estábamos al abrigo de la tempestad y junto á un buen fuego. Oíase fuera el trueno que continua retumbando, y el viento que mugia haciendo estremecerse la casita. Distinguía yo los relámpagos á través de una grieta de la pared causada por las sacudidas del terremoto.

Estábamos en la aldea de Rogliano, y aquella desventurada cabaña era su mejor posada.

Por fin, comenzaba á recuperar mis fuerzas: y aun experimentaba una sensacion de bienestar al volver á la vida y al calor. Aquella inmersión de seis horas podia reemplazar un baño, y si hubiera tenido sábanas y vestidos secos que ponerme, casi hubiera bendecido á la tempestad y la lluvia, pero toda nuestra ropa estaba empapada de agua, y alrededor de un inmenso brasero encendido colocado en medio de la habitacion, veia mis camisas, mis pantalones, gaban y demas que humeaban á competencia, pero que á pesar del cuidado que habian tenido de retorcér todo, no prometian secarse tan pronto.

Entonces fué cuando envidié las famosas sábanas limpias que probablemente debíamos encontrar en el *Reposo de Alarico*, y de que ni aun me atrevia á informarme en Rogliano. Por lo demas, en rigor, mi posicion era tolerable; estaba sobre un colchon, entre la chimenea y el brasero, en medio de la habitacion; una docena de servilletas, que me envolvian desde la cabeza hasta los pies, podian si se quiere, reemplazar á las sábanas. Mandé calentar una manta y que me la echasen sobre el cuerpo. Luego, sordo á toda proposicion de cenar, declaré que abandonaba generosamente mi parte á mi guia, de un valor y una voluntad admirables.

Sea extraordinario cansancio, sea que efectivamente fuese la situacion mas tolerable que la vispera, conseguimos dormir algo en aquella noche. Y en lo que me es posible acordarme en medio del entorpecimiento en que caí, nuestras huéspedas nos prodigaron mil atenciones llenas de bondad, pareciendo que les habia inspirado una profunda piedad el estado en que nos habian visto.

A la mañana siguiente, nos anunció nuestro guia que una de sus mulas no podia tenerse de pie; le habia atacado tal enfriamiento, que parecia enteramente paralizada. Enviaimos á buscar al médico de Rogliano, el cual, como Figaro, era á la vez barbero, doctor y veterinario; respondia del animal si le dejaban administrarle medicamentos por dos dias. Decidimos entonces que se cargaria todo nuestro bagage sobre la mula buena, y que iriamos á pie hasta Cosenza, que no dista de Rogliano mas que cuatro leguas.

La primer cosa que hice al salir, fué ase-

gurarme de que lado era el viento; felizmente era sudeste, por lo que nuestro Speronare debia vogar perfectamente. La llegada de nuestro Speronare se hacia cada momento mas urgente. Estábamos Jadin y yo tocando el fin de nuestras monedas, y habiamos calculado, que pagado nuestro guia, nos quedaria un duro y dos ó tres carlinos.

A medida que nos aproximábamos, veíamos señales cada vez mas marcadas del temblor de tierra: las casas, esparcidas orilla del camino como es costumbre en las inmediaciones de las ciudades, estaban casi todas abandonadas: unas no tenian techo, mientras otras estaban con grietas de arriba á bajo, y aun algunas derribadas completamente. En medio de todo esto, encontramos cosentinos á caballo con su escopeta y su canana, aldeanos en sus carros llenos de toneles teñidos por el vino; y de legua en legua, esas emigraciones de familias enteras, con sus instrumentos de labor, su guitarra y su inseparable cerdo. Por fin, al llegar á lo alto de una montaña, descubrimos á Cosenza, estendiéndose por el fondo del valle que dominabamos, y en un prado, próximo á la ciudad, una especie de campiña que nos parecia infinitamente mas poblada que la misma ciudad.

Despues de haber atravesado un arrabal, bajamos por una calle espaciosa bastante regular, pero que parecia por su soledad una calle de Herculano ó de Pompeya; muchas casas estaban destruidas completamente, otras llenas de grietas desde el tejado hasta los cimientos, otras, en fin, tenian todos los cristales rotos, y estas eran las que menos habian padecido. Esta calle nos condujo orilla del Busento, donde como se recuerda, fué enterrado Alarico; el rio estaba completamente seco, y el agua habia desaparecido sin duda en alguna sima que se habia abierto en el trayecto entre su manantial y la ciudad. Vimos en su seco cauce una multitud de gentes que hacian escavaciones segun las indicaciones de Jorrandes, y el cual refiere los ricos funerales de aquel rey. Siempre que ese mismo fenómeno se renueva se hacen las mismas escavaciones, sin que los sabios cosentinos, en su admirable veneracion por la antigüedad, desmayen jamás por los desengaños sucesivos que han sufrido. La única cosa que han producido siempre esas escavaciones es un pequeño ciervo de oro, que se encontró á fines del siglo pasado.

Frente á nosotros y al otro lado del Busento estaba la famosa posada del *Reposo de Alarico*, abriendo su grande puerta magestuosamente al fatigado viagero. Habiamos suspirado mucho tiempo por llegar á aquel término para no procurar llegar á él lo mas pronto posible; en consecuencia atravesamos el puente, y llegamos á pedir hospitalidad á la fonda protegida por el espoliador del Panteon y el destructor de Roma.

COSENZA.

Al principio, creimos abandonado el hotel como las casas que habiamos encontrado en el camino. Recorrimos todo el piso bajo del primero sin encontrar ni amos ni criados á quien dirigir la palabra: la mayor parte de los cristales de las ventanas estaban rotos y pocos muebles estaban en su sitio. Comprendimos que aquel desórden era el resultado de la catástrofe que traia agitado en aquel momento á los cosentinos y comenzamos á temer no habriamos encontrado allí El Dorado que nos habiamos prometido.

En fin, despues de subir del piso bajo al principal, y volver á bajar del principal al bajo sin encontrar á nadie, creimos oír algun ruido debajo de nosotros. Nos dirigimos por una escalera que nos condujo á una cueva, y despues de bajar una docena de escalones, nos encontramos en un salon subterráneo, iluminado por cinco ó seis lámparas, y ocupado por unas veinte personas.

Jamás he visto aspecto mas extraño que el que presentaba aquella habitación, cuyos habitantes formaban tres grupos muy distintos. El primero se componia de un canónigo que, desde hacia ocho dias que duraba el terremoto, no habia querido levantarse; estaba en una gran cama embutida en el ángulo mas profundo de la sala, y cerca de él estaban cuatro campieri que velaban sin cesar con su carabina en la mano. En frente del lecho habia una mesa donde jugaban á las cartas varios ganaderos. En fin, mas próximo á la puerta un grupo comia y bebia; provisiones de pan y vino estaban hacinadas en un rincón, con objeto de que si la casa se hundia sobre sus habitantes, no muriesen ni de hambre ni de sed mientras les llevasen socorros. El cuarto bajo y el principal estaban como hemos dicho, completamente abandonados.

Apenas nos vieron los mozos de la posada en el umbral de la puerta acudieron á nosotros, no con la política natural en la especie á que pertenecian, sino por el contrario con un aire desabrido que no prometia nada bueno. En efecto, en lugar de las ofertas y promesas ordinarias que os acogen al pisar las posadas, nos esperaba un interrogatorio en regla. Nos preguntaron de donde veniamos, á donde íbamos, quiénes éramos, cómo viajábamos, y habiendo tenido la imprudencia de confesar que llegábamos con un guia y un solo mulo, nos respondieron que en el hotel del *Reposo de Alarico* no se alojaban viageros que iban á pie. Ganas se me pasaron de apalear á mi sabor al bribon que nos daba aquella respuesta; pero me contuvo Jadin, y

no hice mas que sacar de mi bolsillo la carta que el hijo del general Nunziante me habia dado para el baron Mollo.

—¿Conoceis al baron Mollo? dije al mozo.

—¿Acaso le conoceis vos? preguntó á su vez aquel á quien yo me dirigia, con un tono muy amable.

—No se trata de saber si le conozco; se trata de saber si le conoceis.

—Si... señor.

—¿Está ahora en Cosenza?

—Está... esclencia.

—Llevedle esta carta al instante mismo, y preguntadle á que hora podrá recibir á los dos caballeros que la han traído. Acaso nos encuentre una posada.

—Mil perdonos, esclencia; si hubiésemos sabido que sus esclencias tenian el honor de conocer al baron Mollo, ó mas bien, que el baron Mollo tenia el honor de conocer á sus esclencias, ciertamente, en lugar de responder lo que hemos respondido, nos hubiéramos apresurado á servirlos.

—En ese caso, no respondais, y andad listo. ¡Id!

El mozo se inclinó hasta el suelo, y salió corriendo.

Diez minutos despues, entró el dueño de la fonda y se dirigió á nosotros.

—¿Son sus esclencias los que conocen al baron Mollo? nos preguntó.

—Es decir, le respondi, nuestras esclencias tienen cartas para él de un hijo del general Nunziante.

—En ese caso tengo que escusarme con sus esclencias de la manera como han sido recibidos por el mozo. En este tiempo de desgracia en que la mitad de las casas están abandonadas, recomendamos á las gentes de casa las mas severas medidas de respeto á los forasteros, y yo suplicaria á sus esclencias no se incomoden si en el primer momento....

—Se nos ha tomado por ladrones, ¿no es eso?

—¡Oh! esclencias.

—Vamos, vamos, dijo Jadin, nos pasaremos en cumplimientos hasta mañana por la mañana. Entretanto ¿se nos podrá proporcionar un cuarto?

—¿Qué dice su esclencia? preguntó el dueño de la fonda.

Le traduje el deseo manifestado por Jadin.

—Ciertamente, replicó. ¡Oh! habitaciones no faltan; pero falta saber si sus esclencias quieren acostarse en las habitaciones de los pisos.

—Seguramente, dijo Jadin, que queremos acostarnos en esas habitaciones. ¿Dónde queréis, pues, que nos acostásemos? ¿en la Cueva?

—En las circunstancias actuales acaso seria lo mas prudente. Ved esos señores, añadió nuestro huésped mostrándonos la honrada

sociedad que hemos descrito, hace ocho dias que están aquí.

—Gracias, gracias, dijo Jadin; está infectada vuestra sociedad.

—Además tenemos las barracas, nos dijo el fondista.

—¿Qué son las barracas? pregunté.

—Son pequeñas cabañas de madera y paja que hemos hecho edificar en el prado, y bajo las que se han alojado todos los señores de la ciudad.

—Pero en fin, preguntó Jadin, ¿por qué tenéis oposicion en darnos una habitacion de cualquier piso?

—Porque de un momento á otro puede caer el techo sobre la cabeza de sus esclencias y aplastarlos.

—¡Caer el techo! ¿y por qué caerá?

—Por el terremoto.

—¿Creeis vos en el terremoto? me dijo Jadin.

—¡Caramba! me parece que hemos visto huellas de él.

—Nada de eso, son unos trapalones; sus casas caen porque son viejas, y dicen que es por un temblor de tierra para obtener una indemnizacion del gobierno. Pero el hotel está edificado de nuevo; no caerá.

—¿Es ese vuestro parecer?

—Lo creo.

—Decid, querido huésped, ¿tenéis baños?

—Si.

—¿Podreis darnos de almorzar?

—Si.

—¿Teneis sábanas limpias?

—¡Oh! sí, señor.

—¡Pues bien! con promesas como esas, no abandonaremos la fonda, aunque debiera desplomarse sobre nuestras cabezas.

—Sois muy dueños.

—Así, pues, ya lo ois; dos baños, dos almuerzos, dos camas: todo esto lo mas pronto posible.

—¡Caramba! acaso haré esperar á sus esclencias; es necesario encontrar el cocinero.

—¿Y por qué no está ese perillan en sus hornillas?

—Caballero, ha tenido miedo, y está en las barracas; pero en fin, como hay menos peligro de dia que de noche, acaso accederá á venir á la fonda.

—Si no consiente, avisádnoslo en el mismo instante, y nosotros mismos guisaremos.

—¡Oh! esclencias, jamás consentiria....

—Ya veremos todo despues; lo primero nuestros baños, nuestro almuerzo y nuestras camas.

—Voy corriendo á hacer prepararlo todo. Entretanto, sus esclencias pueden buscar en el hotel la habitacion que mas les acomode.

Volvimos á comenzar nuestra visita, y nos detuvimos en una habitacion del primer piso cuyos balcones daban al rio, y al arra-

bal; el arrabal continuaba desierto y el rio habitado.

A la hora y media habiamos tomado nuestros baños, habiamos hecho una excelente comida, y estábamos en nuestros lechos confortablemente calientes.

Nos anunciaron al baron Mollo: no le habian encontrado en su casa; habian ido al punto á las barracas, donde habian necesitado tiempo para distinguir su cabaña de las inmediatas. Luego, con esa política escesiva que se ve en todos los nobles italianos, no habia querido permitir que nos incomodásemos, cansados como debiamos estarlo, y habia ido en persona á la fonda, lo que habia elevado al mas alto grado la confusion del pobre camarero y la veneracion de nuestro huésped para con sus viajeros.

Hicimos presentasen al baron nuestras escusas y le dijeran que no habiéndonos acostado en ocho dias en sábanas limpias, nos habiamos apresurado á gozar de aquella novedad; pero que, sin embargo, si queria dejar á un lado la etiqueta y entrar en nuestra habitacion, nos daria en ello mucho gusto: tres minutos despues que el camarero habia ido á llevar nuestra respuesta, se abrió la puerta y entró el baron.

Era un hombre de cincuenta y cinco á sesenta años, que hablaba muy bien francés, y notable por sus maneras finas; habia vivido en Nápoles en tiempo de la dominacion francesa, y como casi todas las personas de las clases superiores, conservaba de nosotros un excelente recuerdo.

Ademas, la carta que le habiamos hecho entregar habia producido un efecto maravilloso. El hijo del general Nunziante, versado en la literatura francesa, que constituia sobre el volcan á donde estaba relegado casi su única distraccion, me habia recomendado á él de la manera mas eficaz; de suerte, que iba para poner á nuestra disposicion su persona, su carruaje, sus caballos, y aun su barraca. En cuanto á su palacio, era escusado hablar de él; se habia abierto de arriba á abajo, y todas las tardes se despedia de él creyendo no le volveria á ver en pie al dia siguiente.

Fuénos preciso entonces reconocer que efectivamente habia habido temblor de tierra. La primera sacudida se habia hecho sentir en la noche del 42, y habia sido escesivamente violenta: aquella misma sacudida era la que á la estremidad de la Calabria, nos habia arrojado á todos desde el puente del Sponarate á la arena de la playa. Todas las noches se sucedian otras sacudidas á la primera, pero se observaba que cada vez iban siendo mas débiles, pero sin embargo, sin duda porque las casas que no habian caido á la primera sacudida estuviesen conmovidas y no pudiesen resistir á las siguientes, aunque menos violentas, cada medio dia se presenciaba un nuevo desastre. Por lo demas, Cosenza

no era el punto que mas habia sufrido; muchas aldeas, y entre otras las de Castiglione, distante cinco millas de la capital de la Calabria, estaban enteramente destruidas.

En Cosenza solo habian caido unas sesenta casas y habian perecido como veinte personas.

El baron Mollo nos reprendió mucho la imprudencia que cometiamos permaneciendo así en el hotel; pero nos encontrábamos tan bien en nuestras camas, que le dijimos que puesto tan cortesmente se habia puesto á nuestra disposicion, le encargábamos, en caso de desgracia, nos mandase hacer un funeral digno de nosotros, porque de ningun modo, nos moveriamos de donde estábamos. Viendo que era firme nuestra resolucion, nos renovó sus ofrecimientos el baron Mollo, nos dió las señas de su barraca, y se despidió de nosotros.

Dos horas despues nos levantamos perfectamente respuesos, y comenzamos á visitar la ciudad.

El centro era el que mas habia sufrido: todas las casas estaban allí casi abandonadas, y ofrecian un aspecto de desolacion imposible de describir: en algunas completamente arruinadas, y cuyos habitantes no habian tenido tiempo de huir, se hacian escavaciones para buscar los cadáveres; mientras que los parientes estaban llenos de ansiedad por saber si los sepultados saldrian vivos ó muertos. En medio de todo aquello circulaba una hermandad de capuchinos llevando consuelos á los afligidos, prodigando socorros á los heridos, y cumpliendo los últimos deberes con los muertos. En todas partes donde los habia encontrado, he visto siempre á los capuchinos dando admirables ejemplos de abnegacion á las demas órdenes monásticas; en aquella ocasion no habian faltado á su piadosa mision.

Despues de haber visitado la ciudad, fuimos á las barracas. Era aquello, como hemos dicho, una especie de campamento situado en un pequeño prado inmediato al convento de los capuchinos, y rodeado casi completamente de setos, como una plaza fuerte de murallas; barracas de listones, cubiertas de paja, se habian construido en cuatro filas, de modo que formasen dos calles, fuera de las que se habian construido las habitaciones de los que no quieren hacer lo que los demas, y que se habian hecho en diversos sitios una especie de casas de campo; por último, otros que en medio de la desolacion general habian querido conservar su posicion aristocrática, no habian querido rebajarse habitando una humilde barraca y vivian en sus carruages sin tiro, viviendo el cochero en su pescante, y los criados en la trasera. Todas las mañanas se reunia una especie de mercado en un lado del prado, los cocineros y las cocineras iban allí á hacer sus provisiones, y despues en una especie de hornillas improvisadas, situadas detrás

de cada barraca, se preparaban las comidas como mejor se podia, y se comia generalmente en una mesa colocada delante de la puerta, lo cual, y teniendo en cuenta la costumbre observada por los cosentinos de comer de una á dos, hacia que aquellas comidas se pareciesen mucho á los banquetes fraternales de los esparciatas.

Nada mas que la vista puede dar una idea del aspecto de aquella ciudad improvisada, en que estaba puesta al descubierto la vida interior de toda una poblacion desde las gradas mas inferiores hasta las mas elevadas; desde el plato de barro hasta la sopera de plata; desde el humilde macarroni cocido con agua por toda comida, hasta la opulenta comida de que ese plato no constituye mas que una entrada. Precisamente habiamos llegado á la hora de ese banquete general, y se presentaba á nuestra vista por el lado mas original y curioso.

A la mitad de nuestro paseo por medio de aquella doble hilera de mesas, vimos á la puerta de una barraca mas espaciosa que las demas, al baron Mollo, servido por dos criados de librea, y comiendo con su familia. Apenas nos descubrió, se levantó y nos presentó á sus convidados ofreciéndonos tomar asiento en medio de ellos, le dimos gracias, pues acabábamos tambien de almorzar. Hizo entonces que nos sacasen dos sillas, y permanecemos un momento hablando de la catástrofe; porque se comprende bien que este era el objeto de la conversacion general, y que el diálogo distraido un momento de aquel objeto volvía á él al punto, conducido contra la voluntad por la vista de los objetos exteriores.

Permanecemos hasta las cuatro paseándonos entre las barracas, que eran el sitio de reunion de los mismos que no habian querido abandonar sus casas, y su número, preciso es decirlo, era muy reducido. Allí era donde se hacian y se recibian mutuamente las visitas, y donde se habian renovado las relaciones sociales, interrumpidas un instante por la catástrofe, pero que mas fuerte que ella se habian restablecido casi al punto. A las cuatro nos esperaba tambien nuestra comida en el hotel.

Pasóse sin novedad la comida, y no produjo otro resultado que aumentar nuestra veneracion hacia el hotel del Riposo de Alarico. No es que la comida fuese ni muy delicada ni muy variada, puesto que se me figura que durante los ocho dias que permanecemos allí, el plato fundamental fué constantemente un guisado de carnero con nabos. Pero hacia tanto tiempo que no habiamos visto una mesa que tuviera un mantel medianamente limpio, y en donde se viese la porcelana y la plata, que nos tuvimos por las gentes mas felices de la tierra por haber encontrado aquel superfluo de primera necesidad.

Despues de comer hicimos subir á nuestro piziota y ajustamos nuestras cuentas con él; como habiamos calculado, pagados el hombre y las caballerias, nos quedaba, sobre poco mas ó menos un duro; esto constituia por el pronto toda nuestra fortuna; así que, jamás negociante holandés esperó un buque con cargamento de las Indias con una impaciencia semejante á la con que nosotros esperáramos al Speronare.

A las seis cerró la noche: la noche era el momento formidable; desde la primera en que se hizo sentir la sacudida, toda se habian señalado por nuevas conmociones y por nuevas desgracias; desde la media noche hasta las dos era cuando se agitaba comunmente la tierra, y se comprende con que ansiedad esperaba toda la poblacion aquella fatal repetición.

A las siete nos volvimos á las barracas; casi todas estaban alumbradas con linternas, entre las que algunas, quitadas de los carruages por los dueños, despedían una luz mas viva, y brillaban como planetas en medio de estrellas ordinarias. Como el tiempo estaba bastante bueno, todos habian salido y se paseaban; pero habia en los movimientos, en la voz y hasta en la misma alegria de aquella poblacion, algo de brusco, de contraído y de desatentado que denunciaba la inquietud general. Todas las conversaciones versaban sobre el temblor de tierra, y á cada diez pasos se oian estas palabras repetidas casi en forma de oracion:

—En fin, acaso Dios nos concederá la gracia de que no haya sacudida esta noche.

Este desco tantas veces repetido, era imposible no lo hubiese Dios oido, unido á nuestra sistemática incredulidad, é hizo que encontrándonos muy rendidos por las malas noches que habiamos pasado, nos retirásemos á la fonda á eso de las diez. Antes de entrar en nuestra habitacion, tuvimos curiosidad de mirar el salon de la cueva: todo continuaba allí en la misma situacion. El canónigo acostado en su cama, rezaba, continuando custodiado por sus cuatro campieri; los ganaderos jugaban á las cartas, y el otro grupo no cesaba de beber y comer, esperando el fin del mundo.

Llamamos al mozo, quien acudió ya apresuradamente á nuestro llamamiento, y se creyó obligado, para captarse nuestra voluntad que temia haber perdido para siempre, á intentar disuadirnos de dormir en nuestra habitacion; mas respondimos á sus consejos mandándole nos alumbrase y fuese á poner lienzos en las ventanas, viudas la mayor parte, como dejamos dicho, de sus cristales. Se apresuró á ejecutar aquel doble mandato, y no tardamos en hallarnos al abrigo del aire exterior y acostados en nuestras excelentes camas, ó que al menos nos parecian tales por comparacion.

Entonces tratamos la grave cuestion de saber si debiamos emplear el único peso que nos quedaba en enviar un mensajero á San Lucido, á fin de saber si el Speronare habia llegado alli, y en caso de que no hubiera llegado, dejase al menos el mensajero una carta dirigida al capitán, la cual le informase de nuestra situacion, y le invitase á ir á vernos, llevando siquiera veinte luises en su bolsillo, tan pronto como desembarcase. La cuestion se resolvió afirmativamente; el mozo se encargó de buscar al mensajero, y escribí la carta que le habian de entregar si le encontraban en el punto de cita, que habia de esperarle si no estaba en él.

Despues de lo cual, rogamos á Dios nos tuviese en su santa y digna guarda. Conservamos una de nuestras lámparas, que colocamos detrás de un biombo, á fin de tener luz en caso de novedad; apagamos la otra y nos dormimos.

A eso de media noche nos despertó el grito de terremoto, terremoto! Una terrible sacudida que nosotros no habiamos sentido, acababa de verificarse, segun parecia: saltamos fuera de nuestras camas, que habian rodado hasta el medio de la habitacion, y corrimos á la ventana.

Una parte de la poblacion vagaba por las calles dando espantosos alaridos. Todos aquellos que, como nosotros, habian permanecido en las casas, se precipitaban fuera en el traje pintoresco con que la conmocion les habia sorprendido.

Dirigióse la multitud del lado de las baracas, y poco á poco se fué restableciendo la tranquilidad: permanecimos como una media hora á la ventana, y como no se verificase nueva sacudida, la ciudad toda volvió á quedar silenciosa: volvimos á cerrar las ventanas, estendimos los lienzos, colocamos las camas junto á la pared, y nos volvimos á acostar.

Al día siguiente cuando llamamos, fué nuestro mismo huésped quien entró. La conmocion de la noche habia sido tan violenta, que habia creído que aquella vez su posada se habia hundido: entonces habia salido de su barraca y acudido presuroso temiendo nos hubiese sucedido algun accidente, pero nos habia visto á la ventana y se tranquilizó.

Tres casas mas se habian convertido en ruinas completamente: felizmente como eran de las mas resentedas, estaban desiertas, y por consiguiente nadie habia sido victima de aquel accidente.

Con el día volvió la tranquilidad: por un singular acaso, las sacudidas se reproducian á intervalos regulares y siempre por la noche, lo cual aumentaba el terror. Desde el amanecer habiamos oido tocar las campanas, y como estábamos en domingo, habia misa mayor y sermón en el convento de los Capuchinos. Aunque acudimos con mucha anticipacion, prevenidos ya por nuestro huésped de que la

iglesia era demasiado pequeña para contener los fieles, llegamos, sin embargo, demasiado tarde; llegaba la gente hasta la calle, y con gran trabajo atravesamos por entre la multitud para penetrar en lo interior. Lo conseguimos al fin, y nos encontramos bastante cerca del púlpito para no perder una palabra.

Vista la solemnidad de las circunstancias, se habia convertido el púlpito en una especie de teatro, de unos diez pies de largo por tres ó cuatro de ancho, que hacia completamente el efecto de un balcon asegurado á una columna. Este balcon estaba colgado de negro, como para los funerales, y en uno de los estremos habia un crucifijo de madera. Llegado el momento, el que oficiaba interrumpió la misa, y uno de los frailes salió del coro y subió al púlpito. Era un hombre de treinta á treinta y cinco años, con la barba y cabellos negros que hacian resaltar mas su estremada palidez. Sus grandes ojos hundidos parecian brillantes por la fiebre, y cuando puso el pie sobre la primer grada de la escalera lo hizo con paso tan débil y vacilante, que parecia no tendria resistencia para llegar arriba; sin embargo, aunque con lentitud, y mas bien arrastrándose que andando, subió. Una vez en el púlpito, se apoyó en la barandilla, como aniquilado por el esfuerzo que acababa de hacer; luego despues de dirigir una prolongada mirada por el auditorio, comenzó á hablar con una voz tan débil que apenas podian oírle los que estaban mas próximos á él. Pero poco á poco fué esforzándose su voz, su accion se animó, levantó su cabeza, y excitado sin duda por la misma fiebre que parecia devorarle, comenzaron sus ojos á lanzar rayos, mientras sus palabras, rápidas, concretas, incisivas, reprendian al auditorio por aquella corrupcion general á que el mundo habia llegado, corrupcion que atraia la cólera de Dios sobre la tierra, cólera de que era la expresion visible é inmediata la catástrofe que asolaba á Cosenza. Entonces fué cuando comprendí la estension dada al púlpito. Ya no era aquel hombre débil y enfermizo que apenas podia arrastrarse, que tenia necesidad de la barandilla para sostenerse; era el predicador arrebatado por el tema, dirigiéndose á la vez á todas partes donde habia auditorio, lanzando sus apóstrofes, tan pronto á la especie como al individuo, pasando de un lado á otro del púlpito, lamentándose como Jeremias, ó amenazando como Ezequiel; luego, y de vez en cuando, dirigiéndose al Santo Cristo, besando sus pies, arrojándose de rodillas á sus plantas, suplicándole; en seguida, repentinamente, cogiéndole en sus manos y elevándole con semblante amenazador sobre la aterrada multitud. No podia yo oír todo lo que decia; mas sin embargo, comprendia la influencia que aquella potente voz debia ejercer sobre la multitud en semejantes circunstancias. Asi que el efecto producido era general, profundo, terrible;

hombres y mugeres habian caido de rodillas, besando la tierra, golpeándose el pecho, gritando ¡misericordia! mientras el predicador, dominando todo aquel gentío, se movia sin descanso, alcanzando con el gesto y la voz hasta á los que le escuchaban desde la calle. No tardaron mucho los lamentos, las lágrimas y los sollozos del auditorio en ser tan violentos que ahogaron la voz que los escitaba; entonces aquella voz se suavizó algun tanto: pasó de la amenaza á la misericordia, de la venganza al perdón. En fin, terminó por anunciar que la comunidad tomaba sobre sí los pecados de la ciudad entera, y advirtió que si á los dos dias no habia cesado el temblor de tierra, él y sus hermanos saldrian por la ciudad en procesion espíatoria, lo que esperaba acabaria de desarmar á Dios. Entonces, como un fuego que ha consumido toda la leña que se le ha echado, pareció estinguirse el orador: el febril color que habia inflamado un instante sus mejillas desapareció para ser reemplazado por su palidez habitual; una debilidad mas grande todavia que la anterior parecia que quebrantaba sus miembros, tuvieron necesidad de sostenerle para que bajara del púlpito, y le llevaron, mas bien que ayudarle á andar, hasta su silla de coro, donde se desmayó.

Aquella escena, lo confieso, me hizo una notable impresion. Habia en la convicción de aquel hombre algo que seducia; no sé si su elocuencia era conforme á las reglas del lenguaje y del arte, pero seguramente era conforme á las simpatías del corazón y á las debilidades de la humanidad. Nacido hace dos mil años, aquel hombre hubiese sido un profeta.

Sali de la iglesia profundamente impresionado. El auditorio permaneció orando mucho tiempo despues de haber concluido la misa; las barracas y la ciudad estaban desiertas; y la poblacion toda entera se habia aglomerado alrededor de la iglesia.

Resultó de esto que al volver á la fonda conseguimos con gran trabajo el almuerzo; nuestro cocinero era probablemente uno de los pecadores mas arrepentidos de la Calabria, porque fué de los últimos que volvieron de la iglesia, y tan consternado y abatido, que creimos íbamos á hacer penitencia por él no almorzando.

A cosa de las dos volvió nuestro mensajero: no habia visto ningun Speronare en San Lucido, pero le habian dicho que como hacia tres dias venia el viento de la Sicilia, ciertamente no tardaria en aparecer: por tanto habia dejado la carta á un marinero amigo suyo que conocia al capitán Arena, quien habia prometido entregársela en cuanto llegase.

Pasamos el dia como la víspera, pasándonos en las barracas, aquel singular Longchamps. Llegada la noche, quisimos gozar del espectáculo del temblor de tierra; como estábamos ya casi repuestos por la excelente no-

che que habíamos pasado, en vez de acostarnos á las diez, fuimos al punto de reunion general, donde encontramos á todos los habitantes en la terrible expectativa que hacia diez dias los tenia en vela hasta las dos de la madrugada.

Hasta media noche todo permaneció bastante tranquilo, presentándose rara vez las alteraciones antes de aquella hora; mas luego que las doce campanadas, semejantes á un lamento, resonaron lentamente en la iglesia de los Capuchinos, las personas que se habian detenido salieron á su vez de las barracas, se formaron los grupos y comenzó á manifestarse una grande agitacion: á cada momento algunas mugeres, figurándose haber sentido temblar la tierra bajo sus pies, exhalaban un grito aislado, al que respondian dos ó tres gritos semejantes; despues se tranquilizaban momentáneamente viendo que el terror era anticipado y se esperaba con mas ansiedad todavia el momento de gritar con motivo por la realidad.

Llegó por fin ese momento. Estábamos agarrados del brazo Jadin y yo, cuando nos pareció sentir en el aire un estremecimiento metálico; casi al mismo tiempo, y antes aun de que hubiésemos abierto la boca para darnos parte de aquel fenómeno, sentimos moverse la tierra bajo nuestros pies: tres movimientos de oscilacion de Norte á Sur, se notaron sucesivamente: luego les siguió un movimiento de elevacion. Resonó un grito general; algunas personas, mas asustadas que las demas, comenzaron á huir sin saber á donde se dirigian. Hubo un instante de confusion entre aquella multitud; al grito que ella habia arrojado respondieron los clamores que salian de la ciudad: luego, y dominando todo, se oyó el ruido sordo y semejante á un trueno lejano, de dos ó tres casas que se hundian.

Aunque bastante conmovido yo mismo esperando el suceso, habia asistido á aquel espectáculo, del que yo era uno de los actores, con bastante calma para hacer observaciones exactas sobre lo que habia pasado: el movimiento de oscilacion, yendo de Mediodia á Norte, me pareció nos habia movido de nuestro sitio tres pies lo menos; aquella sensación era semejante á la que experimentarí un hombre colocado en la butaca de un teatro y que sintiera el suelo deslizarse bajo sus pies; el movimiento de elevacion, semejante al de una ola que llevara una barca, me pareció ser de dos pies sobre poco mas ó menos, y fué bastante inesperado y violento para que cayese sobre una rodilla. Los cuatro movimientos que se sucedieron á intervalos casi iguales, se verificaron en seis ú ocho segundos.

Otras tres sacudidas tuvieron lugar en el espacio de una hora próximamente; pero menos fuertes que la primera, se redujeron á un estremecimiento del suelo, y fueron gradualmente dismipuyendo. En fin, se comprundia

que aquella noche no era la última todavía, y que probablemente se repetiría al día siguiente. Se felicitaron mutuamente por el nuevo peligro á que acababan de escapar, y fueron entrando poco á poco en las barracas. A las dos y media estaba la plaza casi desierta.

Seguimos el ejemplo que nos habían dado, y volvimos á nuestras camas: habían tomado como la víspera, participacion en el temblor de tierra, separándose de la pared y yendo la una junto á la ventana y la otra próxima á la puerta; las colocamos en su sitio, y las aseguramos tendiendonos en ellas. En cuanto al hotel del Reposo de Alarico, se habia conservado digno de su dueño y permanecia sobre sus cimientos firme como una roca.

A las ocho de la mañana nos despertó el capitán Arena; habia llegado el día antes con el Speronare y toda la tripulacion á San Lucido, habia recibido nuestra carta, y acudia en persona á nuestro socorro con los bolsillos llenos de lúises.

Ya era tiempo: nos quedaban todo lo mas dos carlinos.

TERREMOTI.

Nos habia oido el baron Mollo expresar el deseo que teniamos de ir á visitar Castiglione, una de las aldeas de las inmediaciones de Cosenza que habían sufrido mas. En consecuencia, á las nueve de la mañana vimos llegar su carruage, que ponía á nuestra disposicion por todo el día.

Partimos á eso de las diez; el carruage no podia conducirnos mas que tres millas desde Cosenza. Llegados allí, debiamos tomar por un sendero en la montaña y andar otras tres millas á pie antes de llegar á Castiglione.

Apenas salimos de la poblacion, comenzó á caer una lluvia muy menuda, que aumentando sin cesar, se convirtió en torrentes cuando nos apeamos. Sin embargo, no por eso desistimos de continuar nuestro camino; tomamos un guía y nos encaminamos hácia la desventurada aldea.

La descubrimos desde bastante lejos, halláudose situada en la cima de una montaña, y desde que la alcanzamos á ver apareció como un monton de ruinas. En medio de aquellas ruinas veíamos agitarse toda la poblacion. En efecto, al aproximarnos vimos á todos ocupados en hacer escavaciones: los vivos desenterraban á los muertos.

Nada puede dar una idea del aspecto de Castiglione. Ni una casa habia quedado ileça;

la mayor parte estaban enteramente arruinadas, algunas hundidas en la tierra completamente: un tejado se hallaba al nivel del suelo y se andaba por encima; otras habían girado sobre sí mismas, y entre estas habia una cuya fachada, antes á Oriente, se habia vuelto hácia el Norte; la porcion de terreno sobre que estaba situado el edificio habia seguido el mismo movimiento de rotacion, de modo que aquella casa era una de las menos estropeadas. El jardin, situado hasta entonces al Mediodía, se encontraba al presente al Oeste. Hasta aquel momento llevaban sacados de los escombros ochenta y siete muertos; cincuenta y tres personas estaban heridas de mas ó menos gravedad, y veinte y dos individuos debian estar todavía enterrados bajo las ruinas. En cuanto á los ganados, la pérdida habia sido considerable, pero no podia valuarse todavía porque muchos habían salido vivos, y aunque heridos ó muriéndose de hambre, podían salvarse. Un aldeano ocupado en las escavaciones, nos preguntó quiénes éramos; le respondimos que éramos pintores.

—Entonces, ¿qué venis á hacer aqui? nos dijo; bien veis que ya no hay en esta poblacion nada que pintar.

Los detalles de los diversos sucesos á que da lugar un terremoto son tan variados y frecuentemente tan increíbles, que vacilo en consignar aqui todo lo que se nos refirió, y prefiero copiar la relacion oficial que el señor Gourbillon hizo de la catástrofe de que fué testigo ocular. Acaso la relacion es un poco anticuada en su forma; pero prefiero dejarla tal como está, á hacer en ella ningun cambio que pudiera dar lugar á la acusacion de haber alterado en nada la verdad.

«El 4 de febrero de 1783, al Sudoeste de la aldea de San Lucido (1), estaban situados el lago y la montaña de San Juan; el 5 desaparecieron el lago y la montaña; un llano pantanoso ocupó su lugar, y el lago se encontró trasportado mas al Oeste, entre el rio Cacacieri y la situacion que precedentemente habia ocupado. Otro lago se formó el mismo día entre el rio de Aqua Bianca y el brazo superior del rio de Aqua di Pesce. Todo el terreno que termina el rio Leone, y el situado á las márgenes del Torbido, se llenó igualmente de pantanos y de pequeñas balsas.

«La bonita iglesia de la Trinidad en Mileto (2), una de las mas antiguas ciudades de las dos Calabrias, se hundió en la tierra de repente el 5 de febrero, de modo que no se veia de ella mas que la estremidad de la flecha del campanario. Un hecho mas increíble todavía, es que todo aquel vasto edificio se hundió en la tierra sin que ninguna de sus

(1) La misma donde nos esperaba nuestro Speronare.

(2) Mileto está situada á unas cuatro millas de Monteleone: es la misma ciudad donde vimos al pasar un sepulcro antiguo.

partes pareciese haber sufrido la menor alteración.

«Se abrieron profundos abismos en toda la estension del camino trazado sobre el monte Lake, camino que conduce á la aldea de Yero-crane.

«El padre Agace, superior de un convento de carmelitas en esta última ciudad, estaba en este camino en el momento de una de las fuertes sacudidas: muy pronto se abrió la vacilante tierra bajo sus pies; las grietas se abrian y cerraban con un ruido y una rapidez notables. El desgraciado fraile, cediendo á un terror sin duda muy natural, emprendió maquinalmente la fuga; al punto la avara tierra le sujetó por un pie, que devora y encierra. El dolor que experimenta, el espanto que le sobrecoge, el horroroso cuadro que le rodea, apenas le han privado de sus sentidos, cuando una violenta sacudida le hace volver en sí; el abismo que le aprisiona se abre, y la causa de su cautividad se convierte en la de su libertad.

«Tres habitantes de Seriano, Vicente Greco, Pablo Feglia y Miguel Roviti, recorrían las inmediaciones de aquella ciudad para examinar el sitio donde otras once personas habian sido miserablemente tragadas la vispera; este sitio estaba situado orilla del río Caribde. Sorprendidos ellos mismos por un nuevo terremoto, consiguieron los dos primeros escaparse; solo Roviti es menos afortunado que los otros; cae boca abajo, y la tierra se hunde bajo su cuerpo; tan pronto le atrae á su seno, tan pronto le vomita fuera. Medio sumergido en las fangosas aguas de un terreno que se ha hecho acuático de repente, se ve el desgraciado largo tiempo traqueteado por las terráqueas ondas, que al fin le arrojan á una gran distancia, horriblemente magullado, pero respirando todavía. La escopeta que llevaba le encontraron ocho dias despues cerca del nuevo cauce que el Caribde se habia trazado.

«En una casa de la misma ciudad, que como todas las demas casas, habia sido destruida completamente, un cuartito con dos cerdos resistió únicamente á la ruina comun. Treinta y dos dias despues del temblor de tierra, su retiro fué descubierto en medio de los escombros, y con gran admiracion de los obreros, aparecieron los dos animales bajo el techo protector; durante aquellos treinta y dos dias no habian tomado alimento alguno, y aun el aire indispensable á su existencia no habia podido pasar sino á través de algunas rendijas imperceptibles: estos animales vacilaban sobre sus piernas y estaban notablemente delgados. Rechazaron al principio toda especie de alimento y se arrojaron con tal avidez sobre el agua que les presentaron, que parecia temian verse todavía privados de ella. Cuarenta dias despues engordaron tanto como antes de la catástrofe en que habian estado para perecer. Mataron á ambos, aunque en consideración al papel que habian representado en

aquella gran tragedia, acaso hubieran debido salvarles la vida.

«En la pendiente de una montaña que conduce, ó mas bien, que conducía á la pequeña ciudad de Acene, se abrió de repente un precipicio inmenso y escarpado en todo el camino de San Esteban del Bosque á esa misma ciudad. Un hecho muy notable y que hubiese sido bastante en cualquier otra parte para cambiar los planes ordinarios de construcción de los edificios públicos en un país que, como este, está espuesto incesantemente á los temblores de tierra, es que en medio del trastorno general, tres casas viejas de figura piramidal fueron los únicos edificios que quedaron en pie. La montaña es al presente un llano.

«Las ruinas de la aldea de Cavida y las de las dos aldeas de San Pedro y Crepoli, presentan un hecho tambien muy notable: el piso de esos tres diferentes sitios está hoy mucho mas bajo que su antiguo nivel.

«Se observaron en toda la estension del país arrasado por el temblor de tierra, sin que se pueda sin embargo, explicar la causa de ello, como dos círculos marcados en el terreno. Estos círculos eran generalmente de la dimension de una rueda de carro; estaban escavados en forma de espiral á once ó diez y seis pulgadas de profundidad, y no ofrecian ninguna señal del paso de las aguas que sin duda los habian formado, mas que una especie de tubo ó conducto imperceptible, en muchos sitios imposible de distinguir, y que ocupaba ordinariamente el centro del surco. En cuanto á la naturaleza misma de las aguas en cuestion, saltando de repente del seno de la tierra, se oulta la verdad en una multitud de conjeturas y diferentes relaciones: pretenden unos que hirvientes aguas saltaron de la tierra del medio de sus grietas, y citan muchos habitantes que conservan todavía las señales de las quemaduras que les hicieron; otros niegan que eso sea exacto, y sostienen que las aguas estaban frias por el contrario, y de tal modo impregnadas de un olor sulfuroso, que el aire mismo estuvo largo tiempo infestado; en fin, algunos desmienten una y otra asercion, y no ven en aquellas aguas mas que aguas comunes de río y manantial. Por lo demas, las diferentes opiniones pueden acaso ser igualmente exactas con respecto á los lugares donde se hicieron las diferentes observaciones, puesto que el suelo de la Calabria encierra efectivamente esas tres diferentes especies de aguas.

«La ciudad de Rosarno fué enteramente destruida; el río que la atravesaba presentó un fenómeno notable. En el momento de la sacudida que derribó la ciudad, ese río muy caudaloso y rápido en invierno, suspendió de repente su curso.

«El camino que iba de esta ciudad á San Fici se hundió y se convirtió en un espantoso precipicio. Las rocas mas escarpadas no re-

sistieron al trastorno de la naturaleza, las que no fueron completamente derribadas se encuentran todavía desquiciadas en todos sentidos y cubiertas de anchas grietas como si hubiesen sido cortadas de intento con un instrumento cortante; algunas están, por decirlo así, abiertas de claro en claro desde la cumbre hasta sus cimientos, presentando á las asombradas miradas como otras tantas callejuelas, que estuvieran escavadas por el arte en el espesor de la montaña.

«En Polystene, dos mugeres estaban en una misma habitacion en el momento en que se hundió la casa: estas dos mugeres eran madres; la una tenia consigo un niño de tres años, la otra daba de mamar todavía al suyo.

«Largo tiempo despues, es decir, cuando la consternacion y la ruina general permitieron escavar en los escumbros, se encontraron los cadáveres de aquellas dos mugeres en una misma actitud; las dos estaban de rodillas inclinadas sobre sus hijos estrechamente agarrados en sus brazos, y el seno que los protegía los aplastó á los dos, sin separarlos de él.

«Estos cuatro cadáveres no fueron desenterrados hasta el 14 de marzo siguiente, es decir treinta y cuatro dias despues del suceso. Los de las dos madres estaban cubiertos de manchas lividas; los de los niños eran verdaderos esqueletos.

«Mas feliz que aquellas dos madres, sacaron á una anciana al cabo de siete dias de las ruinas de su casa; la encontraron desmayada y casi moribunda. La luz del dia la ofendia mucho: rehusó al principio toda especie de alimento, no suspiraba mas que por el agua. Habiéndole preguntado sobre lo que habia experimentado, dijo que durante muchos dias habia sido la sed su mas cruel tormento; luego habia caido en un estado de estupor y de insensibilidad total, estado que no le permitia recordar lo que habia experimentado, pensado ó sentido.

«Una salvacion mas extraordinaria todavia es la de un gato hallado despues de cuarenta dias bajo las ruinas de la casa de don Miguel Angel Pillogallo; fué hallado el pobre animal tendido sobre el suelo en un estado de abatimiento y de calma. Así como los cerdos de que he hablado mas arriba, estaba sumamente demacrado, vacilante sobre sus piernas, tímido, asustadizo, y enteramente privado de su vivacidad habitual. Se notó en él la misma aversion á los alimentos y la misma propension á toda especie de bebida. Recobró poco á poco sus fuerzas y en cuanto pudo reconocer la voz de su amo, mahulló debilmente á sus pies, como para espresar el placer que sentia volviéndole á ver.

«La pequeña ciudad de los *Cinque-Fronti*, llamada así de las cinco torres que se elevaban fuera de sus muros, fué igualmente destruida por entero: iglesia, casas, plazas, calles, hombres, animales, todo pereció, todo

desapareció, todo se hundió súbitamente á muchos pies debajo de tierra.

«La antigua Tauranium, hoy Terranova, reunió en sí todos los desastres enormes.

«El 5 de febrero, al medio dia, se cubrió el cielo de repente de espesas y oscuras nubes que se cernian lentamente sobre la ciudad, y que un viento fuerte de Noroeste dispó al instante. Los pájaros volaban en todas direcciones como estraviados en su camino; los animales domésticos se vieron acometidos de una agitacion notable; unos emprendían la fuga, otros permanecían inmóviles en su sitio y como heridos de un secreto terror. Los caballos relinchaban y se estremecían sus miembros, separándolos para no caer; los perros y los gatos, encorbados sobre sí mismos, se agazapaban á los pies de sus amos. Tan tristes presagios, tan extraordinarias señales hubieran debido despertar sospechas y el temor en el alma de los desgraciados habitantes, é inducirlos á emprender la fuga; su destino lo dispuso de otro modo: cada uno permaneció en su casa sin evitar ni preveer el peligro. En un instante la tierra, todavía tranquila, vaciló sobre su base; y un sordo y prolongado murmullo pareció salir de sus entrañas; al punto aquel murmullo se convirtió en un ruido horrible: tres veces se elevó la ciudad mucho mas que su nivel ordinario, tres veces descendió muchos pies; á la cuarta no existía.

«Su destruccion no habia sido uniforme, y señalaron aquel suceso extraños episodios. Algunos barrios de la ciudad fueron arrancados súbitamente de su situacion natural; elevados con el suelo que les servia de base, unos fueron lanzados hasta las orillas del Solí y del Marro, que bañaban las murallas de la ciudad, otros á trescientos pasos, aquellos á seiscientos de distancia; algunos fueron arrojados aqui y allá sobre la pendiente de la montaña que dominaba la ciudad, y sobre la que estaba construida. Un estampido mas fuerte que el del trueno, y que á cortos intervalos, permitia apenas oír lamentos sordos y confusos; nubes espesas y negruzcas que se elevaban de en medio de las ruinas, tal fué el efecto general de este vasto caos, en que la tierra y la piedra, el agua y el fuego, el hombre y los animales fueron lanzados y mezclados, revueltos y pulverizados.

«Sin embargo, aunque pocas, escaparon algunas víctimas á la muerte; y lo mas extraño es que aquella misma naturaleza, que parecia tan ávida de la sangre de todos, salvó á estas de su propia rabia por medios tan inauditos y tan violentos que se hubiese dicho que queria probar á nuestro orgullo el poco caso que hacia de la vida y de la muerte del hombre.

«La ciudad de Terranova fué destruida por el cuádruple género de temblor de tierra conocido bajo las diferentes denominaciones de sacudidas, de *oscilacion*, *elevacion*, *depression*

y salto. Este último género, el mas horrible como el menos frecuente de todos, consiste no solo en el cambio de situacion de las partes constitutivas de un cuerpo, sino tambien en esa especie de movimiento de proyección que lanza una de las mismas partes hácia un lugar diferente del que ocupa. Las ruinas de aquella desgraciada ciudad ofrecen todavía tantos ejemplos de este género, que el ánimo mas incrédulo se veria obligado á reconocer la existencia de él: referiré algunos.

«La totalidad de las casas situadas á la orilla de la plataforma de la montaña, todas aquellas que formaban las calles que desembocaban en los puntos llamados del Viento y de San Sebastian, todos esos edificios, digo, los unos medio destruidos ya, los otros sin ningun detrimento notable, fueron arrancados de su sitio natural, y lanzados ya á la pendiente de la montaña, y á orillas del Soli y del Marro, ya en fin mas allá del primer rio. Este suceso increíble dió lugar á la causa mas estraña sobre la que se ha podido jamás hablar.

«Después de esta estraña mutacion de sitios, el propietario de un cercado plantado de olivos, poco antes situado por bajo de la plataforma en cuestion, reconoció que su cercado y sus árboles habian sido trasportados mas allá del Soli, á un terreno plantado antes de morceras, pero cuyo terreno habia desaparecido y que pertenecia antes á otro habitante de Terranova. A la reclamacion que hace de su propiedad, responde éste negándose á volverla apoyándose en que el cercado en cuestion habia ocupado el lugar de su propio terreno, y por consecuencia le habia privado de él. Esta cuestion, tan nueva como difícil de resolver, en la que no se podia probar en efecto que la desaparicion del suelo inferior no hubiese sido el efecto inmediato de la caída y de la toma de posesion del suelo superior, esta cuestion no podia, como se comprende, resolverse mas que por un mútuo convenio. Se nombraron árbitros y el propietario del terreno usurpador fué obligado á usufructuar los olivos con el amo del terreno usurpado.

«En la calle de que mas arriba se ha hablado, habia una posada situada á trescientos pasos próximamente del rio Soli; un momento antes de la formidabile sacudida, el posadero, llamado Juan Aguilino, su muger, una de sus sobrinas y cuatro viajeros se hallaban reunidos en un salon del piso bajo de la posada. En el fondo del salon habia una cama, al pie de esta cama un brasero, especie de gran taza que contiene el carbon encendido, única chimenea de toda la Italia Meridional; en fin, alrededor en la sala habia una mesa, sillas, y algunos otros muebles para el uso de la familia. El posadero estaba tendido en la cama y sumergido en un profundo sueño; su muger sentada al brasero y apoyada en su tarima, sostenia en sus brazos á su tierna sobrina, que jugaba con ella. Los viajeros, colocados

alrededor de una mesa á la izquierda de la puerta de entrada, jugaban una partida á las cartas.

«Tales eran las diversas actitudes de los personajes y la disposicion de la escena, cuando en menos tiempo que el que se emplea en decirlo, cambiaron de situacion el teatro y los actores. Una violenta sacudida arrancó la casa del suelo que la servia de base, y casa, posadero, posadera, sobrina y viajeros, son arrojados de repente mas allá del rio: un abismo se presentó en el lugar que ocupaba.

«Apenas aquel enorme monton de tierra, de piedras, de materiales y de hombres cayeron al otro lado del rio, se escavan nuevos cimientos, y el mismo edificio no es mas que una confusa mezcla de ruinas. La destruccion de la sala principal ofrecia particularidades notables: la pared á que estaba arimada la cama cayó hácia la parte exterior; la de la puerta, situada enfrente de la cama, se inclinó primero hácia lo interior de la sala, y luego cayó como la otra hácia fuera. El mismo efecto produjo en las paredes que formaban el ángulo donde estaban colocados nuestros cuatro jugadores, que ya no jugaban. El techo se elevó como por encanto, y fué arrojado á una distancia mucho mayor que la casa misma.

«Una vez establecida sobre su nuevo sitio y enteramente separada de todos los escombros que quitaban el efecto, la máquina ambulante presentaba á la vez una escena curiosa y horrible. La cama estaba en el mismo sitio y se habia deshecho por sí misma; el posadero se habia despertado y creia dormir todavía. Su muger, durante aquel estraño viaje, que ni siquiera sospechaba, creyendo solo que el brasero se deslizaba bajo sus pies, se habia bajado para retenerlo; y aquella accion habia sido la sola y única causa de su caída en el suelo; pero cuando se levantó, cuando vió al abrirse la puerta objetos y sitios nuevos, creyó soñar tambien y poco faltó para que se volviera loca. La sobrina, abandonada por su tia en el momento en que ésta se bajaba, corrió desatentada hácia la puerta, que cayendo en el momento en que tocaba al dintel, la aplastó en su caída. Lo mismo habia sucedido á los cuatro viajeros: antes que hubiesen tenido tiempo de levantarse de sus sitios, eran cadáveres.

«Cien testigos oculares de aquella catástrofe inaudita, existen todavía en el momento en que escribo; la informacion de donde está sacada esta relacion, fué instruida algun tiempo despues sobre el terreno, robustecida con las declaraciones del posadero y su muger, que sin duda viven todavía.

«Los increíbles efectos del temblor de tierra por salto, no se hacen sentir solo en los edificios; los fenómenos que producen respecto á las personas mismas, no son ni menos violentos ni menos admirables; y lo que hay de mas estraño es que esta particularidad, que

en cualquier otra ocasion es la causa inmediata de la pérdida de los edificios y de las personas, se convierte á veces en un origen de salvacion de los unos y las otras.

«Un médico de aquella ciudad, el señor Labbe-Tarverna, habitaba una casa de dos pisos, situada en la calle principal, cerca del convento de Santa Catalina. Aquella casa comenzó por temblar, vaciló en seguida, luego las paredes, los techos y los pisos se elevaron, se hundieron, y en fin, fueron arrojados fuera de su sitio natural. No pudiendo el médico sostenerse de pie, quiso huir, y cayó como atontado en el suelo. En medio del trastorno general, en vano trata de adquirir el vigor necesario para observar lo que pasa á su rededor; todo lo mas de que se acuerda en seguida, es que lo primero que cayó en el abismo que se abrió bajo él, fué la cabeza, quedando suspendido con los muslos cogidos entre dos vigas. De repente, en el momento en que cubierto por los escombros de su arruinada casa, estaba próximo á perecer ahogado con el polvo que de todas partes caía sobre él, una oscilacion contraria á la de que es victima, separando las dos vigas que le tienen cogido, las eleva á una grande altura y las arroja con él en una ancha grieta formada por los escombros hacinados delante de la casa. El desgraciado médico se libró á pesar de eso sufriendo violentas contusiones y un terror fácil de concebir.

«Otra casa de la misma ciudad fué teatro de una escena mas sensible, mas trágica todavía, y que gracias á la misma circunstancia, no tuvo un fin funesto.

«Don Francisco Zappia y toda su familia quedaron como encerrados en el ángulo de una de las piezas de aquella casa, á consecuencia de la caída repentina de los techos y las vigas; el estrecho recinto que protegía todavía sus dias estaba cercado de modo que era tan imposible respirar allí el aire necesario á la vida, como forzar las paredes artificiales: la muerte, y una muerte tan lenta como horrorosa, fué, pues, durante algun tiempo la única esperanza de aquella familia. Ya la esperaban todos con impaciencia, como el único remedio á sus males, cuando de repente el suceso mas feliz, como tambien el mas inesperado pone fin á aquella angustiada situacion: una violenta sacudida rompe las paredes de aquella prison, y elevándolos con ella, los lanza á la vez fuera; ninguno de ellos perdió la vida.

«Los árboles mas robustos no estuvieron exceptuados de aquella emigracion particular: el siguiente ejemplo lo prueba. Un habitante de la aldea de Molochiello, llamado Antonio Avati, sorprendido por el temblor de tierra en las inmediaciones de la misma ciudad, se refugió sobre un castaño de una altura y una corpulencia notables. Apenas se acomodó en él, cuando es el árbol violentamente conmo-

vido. De repente arrancado de la tierra que cubre sus enormes raices, es arrojado el árbol á doscientos ó trescientos pasos de distancia, donde reciben sus raices un nuevo lecho, mientras que agarrado fuertemente á sus ramas, viaja con él el pobre aldeano por los aires, y ve al fin con él el término de su viage.

«Otro hecho existe muy semejante á este, y aunque se refiere á otra época, merece sin embargo, reunirse á los ejemplos citados de temblores de tierra por salto. La relacion de este hecho se encuentra en una antigua narracion de 1639. El padre Tomás de Rossano, religioso dominico, dormía tranquilamente en el convento de Soriano. De repente la cama y el fraile son lanzados por la ventana en medio del rio Veseo. El piso sigue felizmente el mismo camino que la cama y el que en ella dormía, y fué la balsa que le salvó. El historiador no dice si el fraile se despertó en el camino.

«La ciudad de Casalnovio no padeció menos que la de Terranova; iglesias, monumentos públicos, edificios particulares, todo fué igualmente destruido. Entre la multitud de victimas, debemos citar la princesa de Garane, cuyo cadáver se sacó de entre las ruinas, conservando aun las señales de dos anchas heridas.

«La ciudad de Oppido, que si se ha de creer al geógrafo Cluverino, sería la antigua Mamertium, esta ciudad, digo, tuvo la suerte reservada á todas las mugeres bonitas: objeto de envidia en su juventud, de repugnancia en su vejez, de horror despues de su muerte.

«No intentaré pintar aqui las ruinas y las pérdidas de todo género cuya escena presentó aquel lugar; me limito á decir que tal fué el estado de confusion en que el terrible azote envolvió á edificios y personas, que solo el espectáculo de tantas ruinas y males, sería un mal terrible; y en fin, tal fué el estado deplorable de aquella desgraciada ciudad, que entre el pequenísimo número de victimas libradas de la mortandad general, no se encontró uno que pudiese conseguir despues reconocer las ruinas de su propia casa entre las ruinas de la casa de otro. Citaré un ejemplo al acaso entre otros.

«Dos hermanos, don Marcelo y don Domingo Quillo, ricos habitantes de esta ciudad, tenían una bellissima propiedad, situada en uno de los extremos de la calle Canna-Maria, es decir, fuera de la ciudad. En esta propiedad se comprendian muchos edificios, entre otros una casa compuesta de siete habitaciones, una capilla y una cocina, todo en el primer piso. El bajo contenia tres grandes cuevas; debajo un vasto almacén, donde tenían á la sazón ochenta tinajas de aceite; colindantes con aquella casa habia otras cuatro casitas de campo que pertenecian á otros habitantes; algo mas distante, una especie de pabellón destinado á servir de asilo á los amos y criados durante los temblores de tierra; este pabellón

contenia seis piezas elegantemente amuebladas. Mas lejos, en fin, habia otra casita con una sola alcoba y un salon de una longitud inmensa y una anchura proporcionada.

«Tal era todavia antes del 5 de febrero, la situacion de los sitios de que se trata. En el momento mismo de la sacudida, todo vestigio de tantas y tan diferentes casas, de tantos materiales, de muebles de utilidad, de lujo y de elegancia, todo habia desaparecido; todo, hasta la misma tierra, habia cambiado de tal modo de aspecto y de lugar, de tal modo se habia borrado todo del sitio y de la memoria de los hombres, que ninguno de sus propietarios pudo reconocer despues de la catástrofe ni las ruinas de su casa, ni el sitio donde habia existido.

«La historia de los desastres de Sitizzano y Cusoletto, ofrece los dos hechos siguientes:

«Un viagero fué sorprendido por el temblor de tierra, que cambiando la situacion de las rocas, de las montañas, de los valles y llanos, habia hecho desaparecer naturalmente todo rastro de camino. Se sabe que en la madrugada del 5 habia salido á caballo para ir de Cusoletto á Sitizzano. Esto fué todo lo que se pudo saber de él; ni el hombre ni el caballo volvieron á aparecer mas.

«Una jóven aldeana, llamada Catalina Polystene, salia de la primera de esas ciudades para reunirse á su padre, que trabajaba en el campo. Sorprendida por aquel gran trastorno de la naturaleza, la jóven doncella busca un refugio en la pendiente de una colina que acaba de salir á su vista de la convulsiva tierra, y que de todos los objetos que la rodean es el único que no cambia ni se mueve al parecer. De repente, en medio del triste silencio que sucede por intervalos al ruido sordo de los elementos confundidos, se eleva la voz de un ser viviente y llega hasta ella. Esta voz es el quejido de una cabra perdida, extraviada, aterrada; aquel quejido reanima el espiritu de la doncella; el pobre animal huia tambien al aspecto de la muerte por las tierras, las rocas, y los árboles arrancados, hendidos ó hechos pedazos. Apenas la cabra vió á Catalina, corrió hácia ella balando; la desgracia reúne á los seres, hace desaparecer hasta las señales aparentes de las especies, y aproximando el hombre al bruto, los arma á la vez contra ella con los auxilios de la razon y del instinto. La cabra, menos asustada ya á la vista de la jóven aldeana, se aproxima á ella; ésta por su parte, adquiere mas valor con su presencia; el animal recibe con alegría las caricias, luego olfatea balando la calabaza que la jóven tiene en la mano: este lenguaje es expresivo, y la jóven le comprende. Vierte agua en el hueco de su mano y da de beber á la sedienta cabra, y luego parte con ella la mitad de su pan mojado, y terminada la comida, mas animosas las dos, las dos mas confiadas, vuelven á ponerse en camino, marchando la cabra delante

como un guia protector: las dos andan errantes largo tiempo entre las ruinas de la naturaleza, sin objeto determinado, trepando por las rocas mas escarpadas, abriéndose paso á través de las veredas mas impracticables, deteniéndose la cabra cada vez que la fatiga detiene á la jóven lejos de ella, y dejando tiempo á que se reuniera á ella, ó guiándola con sus balidos. En fin, los dos seres, despues de muchas horas de marcha, se encuentran en medio de las ruinas, ó mas bien sobre el terreno trastornado y desocupado de la ciudad que ha dejado de existir.

«La pequeña ciudad de Seido fué igualmente destruida, siendo tambien teatro de los mas espantosos sucesos.

«Amenazados de la caída de su vacilante casa don Antonio Ruffo y su muger, se olvidan de sí mismos para no pensar sino en su hija, jóven de tierna edad. Se precipitan hácia su cuna, la oprimen contra su pecho, é intentan huir con ella fuera de la casa, próxima á aplastarse sobre ellos. En medio de un monton de escombros llegan á la puerta; pero en el momento en que pisan el umbral, cae la casa y los aplasta. Algunos dias despues, escavando entre las ruinas para sacar de ellas los cadáveres, se reconoció que la niña no estaba todavia muerta. Con gran trabajo la desprendieron de los brazos de sus padres; quienes se habian reunido para protegerla, y efectivamente la habian salvado la vida, recibiendo ellos los golpes. Esta niña vive todavia, y hoy está casada y es madre de dos niños.

«En el centro de un pequeño canton llamado la Conturella, no lejos de la aldea de San Procopio, se elevaba una antigua torre cerrada por una verja de madera; toda la parte superior de la torre cayó á plomo sobre el terreno. Mas en cuanto á los cimientos, al principio elevados á lo alto, luego vueltos á caer, fueron arrojados á mas de sesenta pasos de allí. La puerta fué á caer á gran distancia; y lo que hay de mas notable es que los gonzones sobre que giraba, los clavos que reunian las vigas y las tablas, fueron sembrados por todas partes sobre el terreno como si hubiesen sido arrancados con fuertes tenazas. Que los fisicos espliquen, si pueden, este fenómeno.

«Otra ciudad, llamada Seminara, fué un ejemplo muy notable de la insuficiencia de todas las precauciones del hombre contra la fuerza de los elementos que cree domiar y le dominan. Todas las casas de esta ciudad, una de las mas opulentas de las dos Calabrias, estaban construidas de madera; las paredes interiores están hechas de juncos fuertemente unidos y cubiertos de una capa de almálica ó yeso, que sin quitar nada de la elegancia, daba precisamente una solidez suficiente á la seguridad de los habitantes. Esta especie de construccion parecia, pues, deber ser mas

propia para garantizarlos de los peligros del temblor de tierra, porque no oponia á las oscilaciones del suelo sino la fuerza estrictamente necesaria para resistir cediendo. ¡Inútil cálculo del hombre contra un poder incalculable! La tierra se agita y Seminara desaparece. Se hubiese dicho que la naturaleza se complacía allí en variar sus horribles juegos: la parte montañosa se convirtió en un valle profundo, y el barrio mas bajo formó una alta montaña en medio de las murallas de la ciudad.

«A la puerta de una de las casas de esta ciudad, estaba colocada una piedra de molino: en el centro de aquella piedra habia hecho crecer el acaso un enorme naranjo. Los amos de la casa tenian costumbre de sentarse en el verano en aquel sitio, y la piedra de que hablamos, sostenida por un pilar de cantería, estaba rodeada por un banco semejante. En el momento de la sacudida del 5 de febrero, las ramas del naranjo fueron el asilo de un hombre que huyendo despavorido, se encaramó á ellas; el pilar, la piedra, el banco, el árbol y el hombre fueron levantados y trasportados juntos un tercio de legua mas allá.

«La destruccion de Bagnara presenta al filósofo y al naturalista hechos menos maravillosos acaso, pero no menos interesantes: durante las conmociones de la tierra, todos los manantiales y todas las fuentes de la ciudad se secaron súbitamente; los animales mas feroces fueron acometidos de un terror tan grande, que un jabali escapado del bosque que dominaba la ciudad, se precipitó voluntariamente desde lo alto de una roca escarpada en medio de la via pública. En fin, se notó que por una eleccion inexplicable sin duda, la naturaleza pareció complacerse en dañar con mas especialidad á las mugeres, y entre estas á las jóvenes; solo las ancianas se salvaron y sobrevivieron á aquella catástrofe.

«Tales son los principales fenómenos de aquel suceso, tal fué la situacion de las victimas, tal es la destruccion fatal que sufrieron los calabreses; tal es, en fin, al cabo de treinta y cinco años de tranquilidad, el estado en que el pais se encuentra todavía hoy (1).»

Sin que la ciudad de Castiglione hubiese sido teatro de sucesos tan extraordinarios como los que acabamos de referir, los accidentes habian sido sin embargo, bastante deplorables y variados para que el dia se nos pasase rápidamente entre aquella desgraciada poblacion. Despues de haber visto sacar de los escombros dos ó tres cadáveres de personas y una docena de bueyes y caballos muertos ó heridos, despues de tomar nosotros mismos parte en las escavaciones para relevar los cansados brazos, abandonamos á eso de las cinco la aldea de Castiglione, que como Cosenza, tenia su sucursal de barracas; solo que las bar-

racas de los fastuosos habitantes de la capital eran palacios en comparacion de las de aquellos desgraciados aldeanos, algunos de los que habian quedado completamente arruinados.

Habia estado lloviendo todo el dia sin que fijásemos en ello nuestra atencion; tan preocupados nos tenia el espectáculo que se presentaba á nuestros ojos; mas á la vuelta forzoso nos fué pasar de la impresion moral á las sensaciones físicas: los arroyos mas insignificantes se habian convertido en torrentes, y los torrentes en rios. Al primer obstáculo de este género que encontramos, lo vencimos cual sibaritas, y aceptamos la proposicion que nos hizo nuestro guia, mediante retribucion, de que nos habia de trasportar de un lado á otro sobre sus espaldas; por tanto, atravesé el primero y llegué á la orilla sin accidente. Pero cuando estaba ocupado en explorar el paisage para ver si nos quedaban pasos semejantes que atravesar, oí un grito y vi á Jadin que en vez de ser trasportado como yo sobre las espaldas del guia, pugnaba con gran trabajo por salir del agua: al volver para pasarle, se le habia escurrido un pie al pobre diablo, y la violencia de la corriente era tal, que se iba rodando Dios sabe donde, cuando Jadin se habia metido en el agua hasta la cintura y le habia detenido. Acudí al punto para prestarle mano fuerte, y al fin conseguimos sacar al buen hombre medio desmayado á la otra orilla.

Desde entonces ya no se trató mas, como se deja conocer, de emplear aquel defectuoso sistema de locomocion. Por otra parte, como estábamos mojados por el agua del torrente desde los pies á la cintura, y por el agua de la lluvia que nos habia caido encima todo el dia desde la cintura hasta el pelo, ya no teniamos que tomar mas precauciones contra el accidente que acababa de suceder á nuestro guia. En consecuencia, cuando se presentaron nuevos rios, nos contentamos con atravesarlos fraternalmente, prestando y recibiendo cada uno de nosotros mutuamente apoyo por medio de nuestros pañuelos atados á la muñeca, y con los que hicimos una cadena. Mediante esta ingeniosa invencion, llegamos á nuestro carruage sin accidente grave, pero chorreando como perros de aguas.

Se comprende que al llegar al hotel esperimentamos mas que nunca el deseo de nuestras camas; así que rehusamos el reiterado ofrecimiento de nuestro huésped de irnos á acostar á las barracas, y todavía desafiamos el futuro temblor de tierra que nos amenazaba desde las doce á la una.

Nuestro valor tuvo su recompensa: no sentimos ninguna sacudida, no oímos los gritos de terremoto! y no despertamos hasta el dia siguiente, en que nos sacó de nuestro sueño el sonido de las campanas.

Nuestras camas habian hecho sus evolu-

(1) Mr. de Gourbillon escribia su viage á Calabria hácia el año de 1818.

ciones ordinarias y se encontraban en medio de la habitación.

Como he dicho, debía haber en Cosenza, dos días después del sermón tan extraño y animado del capuchino, una procesion espia-toria en el caso de que los temblores de tierra no cesasen. Los terremotos iban cediendo, es verdad, pero todavía no cesaban, y los capuchinos, que se habían hecho los editores responsables de la ciudad pecadora, se disponían á cumplir su palabra.

Por tanto, desde las siete de la mañana redoblaban las campanas sus sonidos, y las calles de la ciudad estaban llenas no solo de cosentinos, sino también de los desventurados aldeanos de los territorios comarcanos que habían sufrido todavía más que la capital: todos acudían para tomar parte en aquella especie de jubileo, y de todas las aldeas habían llegado: la promesa hecha por los capuchinos había atraído fieles.

Como el mozo distraído con aquellos preparativos no iba á tomar nuestras órdenes, llamamos: subió y le preguntamos si había olvidado que teníamos la invariable costumbre de almorzar á las nueve en punto. Nos respondió que como había ayuno general en la capital de las Calabrias, no creía que las órdenes dadas para los demás días debieran regir en este. La razón no nos pareció estrechamente lógica, y le hicimos saber que no perteneciendo á la feligresía, y teniendo bastante con nuestros propios pecados, no teníamos ánimo de ninguna manera de cargar con una parte de los que tenían los habitantes de Cosenza; que por consiguiente le advertíamos no hiciese diferencia alguna para nosotros entre aquel día y los demás, y que nos sirviese un almuerzo, no extraordinario, pero si lo conveniente.

Apurada tarea fué nuestro almuerzo: el cocinero había ido á rezar, y era preciso esperar á que volviese; cuando volvió dijo que habiendo hecho abstracción temporalmente de las cosas de la tierra, por la perfecta contrición que acababa de sentir, le causaría gran disgusto trabajar en sus hornillas. Algunos carlinos quitaron sus escrúpulos y á las diez, debiendo haber sido á las nueve, nos sirvieron el almuerzo.

Comimos apresuradamente porque no queríamos perder nada del curioso y característico espectáculo que nos esperaba. Un repique de campanas nos anunció que iba á comenzar. Comimos á dos carrillos, y con el bocado en la boca corrimos hácia la iglesia de los Capuchinos.

Todas las calles estaban llenas de hombres y mugeres ataviados con los trages de día de fiesta, en medio de los que se dejaba un estrecho paso para la comunidad: no pudiendo ni queriendo colocarnos en primera fila, nos subimos sobre marmolillos y esperamos.

A las once en punto se abrió la iglesia:

estaba iluminada como para las grandes solemnidades. El prior de la comunidad apareció el primero: iba desnudo hasta la cintura como todos los frailes; marchaban uno á uno llevando en la mano derecha una cuerda llena de nudos: entonaban el *Miserere*.

A su aspecto se levantó un gran rumor entre la multitud: era éste formado por las exclamaciones de dolor, por las manifestaciones de contrición, y de murmullos de reconocimiento; además había entre el gentío padres, madres, hermanos y hermanas que reconocían á sus parientes entre aquellos treinta ó cuarenta frailes y que los saludaban con un grito de familia, si es permitido decirlo así.

Pero mucho peor fué cuando apenas habían bajado los escalones de la iglesia, se les vió levantar la nudosa cuerda que tenían en la mano derecha y disciplinando sin interrumpir sus versículos, las espaldas del que iba delante, y esto no como una flección de flagelación sino á golpe tendido y con toda la fuerza del que daba. Entónces los gritos, los clamores y los lamentos redoblaron; los circunstantes cayeron de rodillas, golpeando la tierra con sus frentes y golpeándose el pecho á puñetazos; los hombres daban gritos espantosos, las mugeres sollozaban, y no contentas con imponerse á sí mismas penitencia, azotaban desafortadamente á los desgraciados niños que habían acudido como se va á una fiesta, y que pagaban de aquel modo su contingente de espia-cion por los pecados que sus padres habían cometido. Era una flagelación universal que se extendía de pariente á pariente, que se comunicaba de un modo casi eléctrico, y en la que nos costó un grandísimo trabajo impedir á nuestros vecinos nos hiciesen representar un papel á la vez activo y pasivo. Así pasó la procesion por delante de nosotros, marchando á paso lento, sin dejar de cantar y azotándose sin descanso; reconocimos al predicador del domingo anterior, que con los ojos levantados al cielo desempeñaba su oficio de disciplinante y disciplinado, solo que, sin duda por su recomendación, el que le seguía, y que por tanto era el que le azotaba, había añadido á los nudos generalmente adoptados, gruesos clavos que á cada golpe que recibía el desgraciado fraile dejaban en sus espaldas una sangrienta huella: mas todo aquello parecía no tener sobre él otra influencia, que sumirle en un éxtasis mas profundo: cualquiera que fuese el dolor que debía sentir, su frente no se alteraba, y se oía su voz sobresalir entre las demás voces.

Tres veces salimos al encuentro de la procesion metiéndonos por las calles adyacentes así que había pasado; tres veces por consiguiente, asistimos á aquel espectáculo; y en cada una de ellas, la fe y el fervor de los disciplinantes parecían aumentarse; la ma-

por parte de ellos tenían sus hombros y espaldas en un estado deplorable; nuestro predicador tenía hecha una llaga toda la parte superior de su cuerpo. Todos decían á gritos que era un santo hombre, y que no habia justicia si no era canonizado al punto.

La procesion, ó mas bien, el martirio de aquellas buenas gentes, duró tres horas. Habiendo salido de la iglesia á las once en punto, volvian á entrar en ella á las dos dadas. Nosotros estábamos asombrados al ver fé tan ardiente en una época como la actual. Es verdad que esto pasaba en la capital de la Calabria; pero la Calabria habia permanecido ocho años bajo la dominacion francesa, y creia yo, que ocho años de dominacion nuestra, sobre todo de 1807 á 1815, eran mas que suficientes para secar las creencias hasta en sus mas profundas raíces.

La iglesia permaneció abierta, para que orase allí el que quisiera todo el dia, y ni un instante dejó de estar llena. Confieso que por mi parte, hubiese visto de cerca con mucho gusto al fraile, para preguntarle sobre su vida pasada, y sondearle sobre sus esperanzas en el porvenir. Pregunté al guardian si podia hablarle, pero me respondió que al volver se habia sentido malo y se habia encerrado en su celda, advirtiéndome que no bajaria al refectorio, deseando pasar el resto del dia en oracion.

Volvimos á la fonda á eso de las cuatro; volvimos á encontrar allí al capitán, á quien preguntamos si habia tomado parte en los actos generales de devocion: pero el capitán era demasiado buen siciliano para orar por los calabreses. Ademas creia que la suma de los pecados que se cometian desde Pestum á Reggio era tan extraordinaria, que todas las comunidades religiosas de la tierra, azotándose durante un año no librarian á cada súbido continental de S. M. el rey de Nápoles de la centésima parte del tiempo que tenia que permanecer en el purgatorio.

Como permaneciendo mas tiempo entre semejantes pecadores no podiamos menos de concluir por contagiarnos nosotros mismos, fijamos el momento de nuestra marcha para la mañana del siguiente dia: por tanto el capitán partió en el mismo momento, á fin de que al llegar á San Lúcido encontrásemos corriente nuestra patente, y no pudiese retardar nada nuestra marcha.

Empleamos el dia en hacer una visita al baron Mollo y en dar un paseo por las barracas. Tal es por lo demas, en Italia el poder de esa ley que se llama hospitalidad, que en medio de las desgracias de la ciudad que habitaba, desgracias en que habia tenido su buena parte, el baron Mollo no nos habia abandonado un solo instante, y habia estado con nosotros lo mismo que si hubiesen sido los tiempos tranquilos y dichosos.

Quise asegurarme por mí mismo de la in-

fluencia que habia tenido sobre el futuro temblor de tierra de la noche la procesion espíritoria del dia. Jadin deseó hacer la misma experiencia. Tenia yo que poner mis notas en orden, y él que acabar sus dibujos, porque hacia quince dias éramos tan desgraciados en nuestras paradas que ni uno ni otro habiamos tenido valor para trabajar. A media noche nos despedimos del baron Mollo; volvimos á entrar en el hotel y para poner en ejecucion nuestro proyecto, nos sentamos cada uno á su lado de la mesa en que teniamos costumbre de comer, yo con mi album, él con su cartera, y un reloj entre nosotros dos para no ser sorprendidos por la sacudida.

La precaucion fué inútil: las doce, la una, las dos llegaron sin que sintiésemos el menor movimiento ni oyésemos el menor clamor. Como las dos era la hora del término fatal, presumimos que esperaríamos en vano, y que no habia nada por la noche: en consecuencia, nos acostamos y nos dormimos muy pronto con aquella seguridad.

Al dia siguiente, nos despertamos en el mismo sitio donde nos habiamos acostado, lo que era la primera vez nos sucedia. Un instante despues, nuestro huésped á quien habiamos mandado recado para que fuese á arreglar su cuenta con nosotros á las ocho, entró triunfante, y nos anunció que gracias á las flagelaciones y á las oraciones de la víspera, habian cesado completamente los temblores de tierra.

En realidad el hecho es positivo: espíquelos quien pueda.

REGRESO.

A las nueve nos despedimos con un profundo reconocimiento de la morada del Reposo de Alarico; yo no sé si era por comparacion por lo que habiamos llegado á ser tan apasionados de ella, pero parecia que á pesar de los temblores de tierra, en los que, como se ha visto, no habiamos sufrido personalmente ninguna parte, era el sitio de la tierra en que encontramos un reposo mas completo. Acaso tambien, en el momento de abandonar la Calabria, simpatizábamos á pesar de todo lo que habiamos sufrido allí, con aquellos hombres tan curiosos de estudiar en su primitiva rudeza, y con aquella tierra de vista tan pintoresca en sus continuos trastornos. Sea lo que quiera, nos alejamos con un vivo pesar de aquella ciudad tan hospitalaria en medio de su desgracia; y dos veces despues de perder-

la de vista volvimos atrás para darle un último adiós.

A una legua de Cosenza próximamente dejamos el camino real para dirigirnos por un sendero que atraviesa la montaña. El paisaje era sumamente escabroso, pero al mismo tiempo de un aspecto lleno de grandeza y pintoresco. El tinte rojizo de las rocas, la forma airosa que las daba la apariencia de campanarios de granito, los encantadores bosques de castaños que á trechos nos encontrábamos en el camino, un sol puro y alegre que sucedía á las tormentas é inundaciones de los días precedentes, todo contribuía á que nos pareciese el camino uno de los mas agradablemente variados que habíamos andado.

Unase á esto la relacion de nuestro guia, que nos refirió en aquellos mismos lugares una historia que ya he publicado bajo el título de *Los hijos de la Madona*, y que se encontrará en las *Memorias de Antony*; la vista de dos cruces elevadas en el sitio en que, el año anterior, y tres meses antes, dos viajeros habían sido asesinados, y se tendrá una idea de la rapidez con que pasaron las tres horas que duró nuestro viage.

Al llegar á la vertiente occidental de las montañas, nos hallamos de nuevo ante aquel magnífico mar Tirreno resplandeciente como un espejo y en medio del que veíamos elevarse como un faro aquel Stromboli que jamás llegábamos á perder de vista, y que á pesar de su aspecto tranquilo y el modo enteramente paternal como arrojaba su humo, sospechaba si entraría por algo, con su abuelo el Etna y su amigo el Vesubio, en todos los temblores que la Calabria acababa de sufrir: acaso me engañaba, pero ha hecho tantas de las suyas en este género, que sufre las consecuencias de su mala reputación.

A nuestros pies estaba San Lúcido, y en su puerto, semejante á uno de esos pequeños navios que los niños hacen flotar en el estanque de las Tullerías, veíamos balancearse nuestro elegante y airoso Speronare, que nos esperaba.

Una hora despues estábamos á bordo.

Siempre era un momento de bienestar supremo, cuando despues de una ausencia, nos volvíamos á encontrar sobre el puente en medio de las buenas gentes que componian nuestra tripulación, y pasábamos á nuestro pequeño camarote tan limpio, y por tanto tan diferente de las habitaciones sicilianas y calabresas que acabábamos de ver. Hasta el mismo Milord hizo extraordinarias fiestas á su amigo Pietro, y le refirió, por los mas variados y mas expresivos aullidos, todas las tribulaciones que habia sufrido.

A los diez minutos de estar á bordo levamos ancla. El viento, que venia de Sudeste, era excelente tambien: apenas desplegamus las velas, lanzó al Speronare como una ave marina.

Todo el día estuvimos costeano la Calabria, siguiendo con los ojos todas las graciosas sinuosidades de sus costas y las ásperas desigualdades de sus montañas. Pasamos sucesivamente revista á Cetrauro, Bélvedere, Diamante, Scalea y el golfo de Policastro; en fin, á la noche nos encontramos á la altura del cabo Palinuro. Recomendamos á Nunzio vigilase mejor que el piloto de Eneas para no caer como él en el mar con su timon, y nos dormimos fiados en las estrellas.

Al día siguiente despertamos á la altura del cabo Licosa, y á la vista de las ruinas de Pestum.

Estaba convenido de antemano con el capitán que tomaríamos tierra una hora ó dos cerca de aquellas magnificas ruinas; pero en el momento de desembarcar encontramos una doble dificultad: la primera fué que nos tomaron por coléricos que llevábamos la peste de la India, y la segunda que sospecharon éramos contrabandistas con cargamento de cigarros de Córcega. Aquellas dos dificultades se zanjaron presentando nuestros pasaportes visados en Cosenza, y entregando un peso acuñado en Nápoles, y al fin pudimos desembarcar en la costa donde Augusto, segun dice Suetonio, habia desembarcado dos mil años antes que nosotros, para visitar aquellos famosos templos griegos, que ya en su tiempo, pasaban por antigüedades.

Un hemistiquio de Virgilio ha hecho célebre á Pestum, como un verso de Propercio ha deshonrado á Baia. No hay viagero que al aspecto de aquella estensa llanura espuesta á los calientes rayos del sol; que al ver aquellos bonitos templos de dorados matices, no invoque los campos de rosas que florecian dos veces al año, y que no abra la boca para respirar aquel aire templado que desflora á las doncellas antes de su pubertad. El viagero se engaña en su doble esperanza: el *Biserique rosaria Pæsti* no es mas que un pantano infecto y tercianario, cubierto de espesas yerbas, en el que, en lugar de una doble cosecha de rosas, se hace una doble recolección de peras y cerezas. En cuanto al aire antivirginal que se respiraba allí, ya no existen en aquel sitio doncellas que desflorar; porque no admito que los tres ó cuatro bipedos que habitan la alquería inmediata á los templos, tengan sexo alguno ni pertenezcan siquiera á la especie humana.

Y sin embargo, aquel reducido espacio, abrazando ocho ó diez millas de circunferencia á lo mas, era en otro tiempo el paraíso de los poetas, porque no es solo Virgilio el que habla de él; tambien Propercio al despuntar la aurora, ha visitado aquellos divinos campos de rosas (4); Ovidio tambien conduce allí á

(4) Vidi ego odorati victura rosaria Pæsti
Sub matutino cocta jacere Noto.

(Prop. lib. IV, elegia 7).

Miscele, hijo de Alemon, y le hace ver á Leucosia, y las templadas y embalsamadas llanuras de Pestum (1); Marcial compara los labios de su querida á la flor que han ilustrado ya sus predecesores (2); y en fin, mil quinientos años mas tarde, el Taso conduce al sitio de la Ciudad Santa el pueblo ilustrado que ha nacido sobre el suelo donde abundan las rosas encarnadas y donde las ondas maravillosas del Silaro petrifican las ramas y las hojas que caen en su cauce (3).

He aqui lo que nos refiere Herodoto, el historiador poeta:

«Era bajo el reinado de Atys. Se padecia una hambre terrible en Lidia, reino poderoso del Asia Menor. Los lidios resolvieron dividirse en dos partidos, y cada partido tomó por gefe uno de los dos hijos del rey. Estos dos hijos se llamaban, el mayor Lido, y el menor Tirreno.

«Verificada esta division, los dos gefes echaron suertes sobre quien quedaria en las posesiones paternas y quien iria á buscar otros hogares. La suerte del destierro recayó en Tirreno, quien partió con la parte del pueblo que habia seguido su suerte, y abordó con ella á las costas de la Ombría, que desde entonces fueron las costas tirrenas.»

Estos fueron los fundadores de Possidonia, la madre de Pestum.

Asi los templos de la antigua ciudad de Neptuno son la desesperacion de los arqueólogos, que no saben á qué orden conocido atribuir su arquitectura: algunos ven en ellos una de las antiguas construcciones caldeas de que habla la Biblia, y los hacen contemporáneos de los muros ciclópeos de la ciudad. Estos muros, compuestos de piedras anchas, lisas, oblongas, colocadas unas sobre las otras, y unidas sin argamasa, forman un paralelogramo de dos millas y media de circunferencia. Un trozo de aquellos muros se mantiene todavía en pie, y de las cuatro puertas de Pestum, colocadas en ángulo recto, queda la puerta del Este, á la que un bajo relieve, representando una sirena cogiendo una rosa, ha hecho dar el nombre de *puerta de la Sirena*: es un arco de cuarenta y seis pies de alto, construido todo de piedra.

En cuanto á los templos, que son en número de cuatro, pero de los que uno está de tal modo destruido que es inútil hablar de él, estaban consagrados, el uno á Neptuno y el otro á Ceres; el tercero, no sabiendo á qué

dios hacerle los honores de él, le han llamado la Basilica.

El templo de Neptuno es el mas grande; se subia á él por tres escalones que siguen todo alrededor. Tiene de largo ciento noventa y dos pies: no solo es el mas grande, como hemos dicho, sino tambien, segun toda probabilidad, el mas antiguo de todos. Como está construido de piedras sacadas en gran parte del sedimento del Silaro, y este sedimento se compone de pedazos de madera y otras sustancias petrificadas, parece edificado de corcho, aunque por la fecha á que se remonta puede desafiar al mas duro granito.

El templo de Ceres es el mas pequeño de los tres, pero tambien es el mas elegante. Su forma es un cuadrado de cien pies de largo por cuarenta de ancho; presenta dos fachadas cuyas seis columnas dóricas sostienen un cornisamento y un fronton. Cada parte lateral, que se compone de doce columnas estriadas, sostiene tambien un cornisamento y descansa su base sobre el pavimento.

La Basilica, cuyo destino primitivo se ignora, como hemos dicho, tiene ciento sesenta y cinco pies de longitud, por setenta y uno de ancho; presenta dos fachadas, cada una de las que está adornada de nueve columnas estriadas de orden dórico sin base; sus dos lados presentan cada uno diez y seis columnas de diez y nueve pies de alto, comprendiendo en esa medida el capitel.

Existe aun en las cercanias algo que se parece á un teatro y como un anfiteatro, pero todo tan arruinado, tan desconocido, y aun añadiré casi invisible, que no vale la pena de hablar de ello.

Algunos dias antes de nuestra llegada, el rayo, celoso sin duda de su indestructibilidad, habia caido en el templo de Ceres; pero casi habia perdido su tiempo: todo lo que habia podido hacer era marcar su paso por su fronton de granito, llevándose algunas piedras del ángulo mas agudo de él: el hombre habia puesto manos á la obra para hacer desaparecer al instante toda huella de la cólera de Dios, y la eterna Babel, en la época en que la visitamos, no tenia mas que una cicatriz que se reconocia por la interrupcion de aquel bello color de hoja seca que coloraba el resto del edificio.

Los aldeanos nos vendieron petrificaciones de flores y nidos de pájaros, de que hacen un gran comercio, y que el rio, que ha conservado su antigua virtud, les proporciona sin otro gasto que el colocar en él el objeto mismo que quieren convertir en piedra. Este rio, que contiene una gran cantidad de sal calcárea, se llamaba Silarus en tiempo de los romanos, Silaro en la época del Tasso, y se llama hoy Sele.

Estaba decidido que en cualquier parte donde tropezásemos, chocariamos con alguna historia de ladrones, sin encontrar jamás los

(1) Leucosiam petit tepidique rosaria Posti.

(Ovidio, lib. XV, v. 708).

(2) Pæstanis rubeant œmula labra rosis.

(Martial, lib. IV).

(3) Qui vi insieme venia la gente esperta
D'al suol che abbonda de vermiglie rose;
Là ve come si narro, e rami e fronde
Silaro impetra con mirabil' onde.

(Tasse, Ger. lib.; lib. I, ch. XI.)

actores de aquellos formidables dramas que hacian estremecerse á los que nos los contaban. Un inglés llamado Hunt, yendo con su muger de Salerno á Pestum, poco tiempo antes de la expedicion que hicimos nosotros allí, fué detenido en el camino por salteadores que le pidieron su bolsa. El inglés, viendo lo inútil que era hacer ninguna resistencia, se la dió; y todo, salvo aquel préstamo forzoso, iba á componerse amistosamente, cuando uno de los bandidos vió una cadena de oro que llevaba la inglesa al cuello; alargó la mano para cogerla; el inglés tomó aquel movimiento de codicia por un movimiento de lujuria, y rechazó violentamente al bandido, el cual contestó á aquel arranque brusco con un pistoletazo que hirió mortalmente á monsieur Hunt.

Satisfechos con aquella venganza, y temiendo sin duda sobre todo, que acudiesen al ruido de la detonacion, se retiraron los bandidos sin hacer daño alguno á miss Hunt, á quien encontraron desmayada sobre el cuerpo de su marido.

Eran las tres próximamente cuando nos despedimos de las ruinas de Pestum. Como para desembarcar, se vieron obligados nuestros marineros á tomarnos sobre sus espaldas para llevarnos á la barca. Habíamos llegado ya Jadin y yo, y ya no quedaba mas que el capitán que trasportar, cuando en el trasporte faltó el pie á Pietro que cayó arrastrando consigo á su camarada Giovanni, y el capitán encima de ellos. Para probarles que había llegado hasta el fondo, volvió el capitán á la superficie trayendo en cada mano un puñado de chinitas que les arrojó á la cara. Por lo demas, era tan buen muchacho, que él fué el primero en reirse de aquel accidente y en dar de este modo completa libertad á la tripulacion que deseaba hacer otro tanto.

Nos dirigimos hácia Salerno, donde debíamos dormir. Había juzgado mas prudente volver de Salerno á Nápoles tomando un calesino, que entrar en nuestro Speronare, que debía llamar mucho mas la atencion que el pequeño carruaje popular al que pensaba confiar mi incógnito. No se olvidará que yo viajaba bajo el nombre de Guichard, y que estaba prohibido á Mr. Alejandro Dumas, bajo las penas mas severas, entrar en el reino de Nápoles, por el que viajaba, á pesar de eso, con mucha tranquilidad hacia tres meses.

Así, despues de haber visto tan detalladamente la Sicilia y la Calabria, hubiese sido muy triste no llegar á Nápoles mas que para recibir la orden de salir de allí. Esto era lo que yo queria evitar con la humildad de mi entrada, humildad que me era imposible conservar á bordo del Speronare, que tenia un airecillo de los mas esbeltos y aristocráticos. Hice, pues, como se dice en términos de náutica, dirigir la proa hácia Salerno, donde llegamos á eso de las cinco. La patente y la vi-

sita de los pasaportes nos ocuparon hasta las seis y media; de modo que siendo ya casi de noche, nos fué imposible ver nada aquella misma tarde. Como queríamos visitar á todo trance Amalfi y la iglesia de la Cava, dejamos nuestra marcha para de allí á dos dias, citando para el dia siguiente á nuestro capitán, que debía encontrarnos en la fonda de la Victoria, donde habíamos parado tres meses antes.

Salerno, como la mayor parte de las ciudades italianas, vive con su antigua reputacion. Su universidad, tan floreciente en el siglo XII, gracias á la ciencia árabe que se habia refugiado allí, no es hoy mas que una especie de escuela destinada al estudio de las ciencias exactas, y donde algunos estudiantes de medicina aprenden medianamente á matar á sus prójimos. Su puerto, construido por Juan de Prócida, como lo atestigua una inscripcion que se ve en la catedral, podria ser de alguna importancia en tiempo de Roberto Guiscard ó de Roger; mas hoy el de Nápoles le absorbe todo entero, y apenas es visitado cinco ó seis veces al año por artistas que, como nosotros, van á hacer una peregrinacion á la tumba de Gregorio el Grande, ó por algunos patronos de barcos genoveses que van á comprar macarroni.

En la iglesia de San Mateo es donde debe buscarse la tumba del único papa que ha merecido á la vez el título de grande y de santo. Despues de su prolongada lucha con los emperadores, el apóstol del pueblo fué á refugiarse á Salerno, donde murió diciendo estas extrañas palabras, que con mil doscientos años de intervalo, son la continuacion de las de Bruto. «Amo la justicia, aborrezco la iniquidad; he aquí por qué muero en el destierro:» *Dilexi justitiam, et odivi iniquitatem; propterea morior in exilio.*

Se ha consagrado una capilla á aquel grande hombre, cuya memoria ha llegado casi á oscurecer á San Mateo, y se ha apoderado de toda la iglesia como ha hecho del resto del mundo. Está representado de pie sobre su sepulcro, última alusion del artista á la inalterable constancia de ese Napoleon del pontificado.

A pocos pasos de este sepulcro está el del cardenal Caraffa, quien por un último rasgo de independencia religiosa, quiso le enterraran á su muerte cerca de aquel de quien en vida habia sido constante admirador.

Por lo demas, la iglesia de San Mateo es mas bien un museo que una catedral. Allí es donde se encuentran las columnas y los bajos relieves que faltan en los templos de Pestum, y que Roberto Guiscard arrancó con su mano á la antigüedad para adornar con ellos la edad media; despojos de Júpiter, de Neptuno y de Ceres, de los que el vencedor normando hizo un trofeo al historiador y al apóstol de Cristo.

Ademas de su catedral y su colegio, Salerno posee otras seis iglesias, una casa de huér-

fanos, un teatro y dos ferias; lo que en marzo y setiembre vuelve algunos días á la Salerno moderna la existencia galvánica de la Salerno de otro tiempo.

No teníamos tiempo de ir hasta el monasterio de la Trinidad, pero quisimos al menos visitar la pequeña iglesia que se encuentra en el camino, y á la que va unida una de esas poéticas tradiciones que los soberanos normandos escribían con la punta de su espada. Un día que Roger, primer hijo de Tancredo y padre de Roger II, que fué rey de Sicilia, subió al monasterio de la Trinidad con el papa Gregorio VII, éste, fatigado del camino, bajó de la mula que montaba y se sentó sobre una roca. Entonces Roger se apeó también de su caballo, y sacando su espada, trazó una línea circular alrededor de la piedra donde descansaba el soberano pontífice, y trazada aquella línea, dijo:

—Aquí habrá una iglesia.

La iglesia se edificó, como dijo el gran conde, según le llamaban; y hoy, delante del altar del medio del coro, todavía se ve sobresalir la punta de la roca donde se sentó Gregorio el Grande.

Véase lo que hacia Roger, el gran conde, por un papa desterrado y fugitivo: era entonces la época del poder de la Iglesia. Cien años despues, Colonna abofeteaba á Bonifacio VIII sobre el trono pontificio.

Al bajar de la iglesia encontramos felizmente á nuestro Speronare en el puerto de Salerno. Nos habíamos informado de los medios de ir á Amalfi, y supimos que un carruaje, aunque fuese un calesino, no podia llevarnos mas que hasta la Cava, y que desde aquí nos sería preciso andar á pie cinco ó seis millas para llegar á Amalfi, cuya población, comunicándose comunmente por mar con Salerno, su vecina de la izquierda, y Sorrento, su vecina de la derecha, ha juzgado completamente inútil hacerse un camino de ruedas para trasladarse de una á otra de dichas ciudades; pasamos, pues, á bordo, y al caer la noche salimos del puerto de Salerno para amanecer en el de Amalfi.

Amalfi, con sus doscientas ó trececientas casas esparcidas por la ribera, sus rocas que la dominan, y el arruinado castillo que domina sus rocas, tiene un aspecto encantador para el viagero que llega allí por mar; se presenta en anfiteatro, y desarrolla á un golpe de vista todas sus bellezas, que la han valido ser citada por Boccaccio como una de las mas deliciosas ciudades de Italia; porque en tiempo de Boccaccio era Amalfi casi una reina, al paso que hoy apenas es una esclava. Es verdad que conserva sus bosques de mirtos y sus frondosos naranjos; es verdad que despues de cada lluvia de estío recobra sus bellas cascadas, pero esos son los dones de Dios que los hombres no han podido quitarla: todo lo demas lo ha perdido, y no la queda mas que el recuer-

do de lo que ha sido, es decir, lo que sería el gusano del féretro al cadáver, si el cadáver pudiese sentir que el gusano le roe.

En efecto, pocas ciudades tienen un pasado como el de Amalfi.

En 4135 se hallan allí las *Pandectas* de Justiniano.

En 1302 Flavio Gioja inventa allí la brújula.

En fin, en 1622 Masaniello ve por primera vez allí la luz del día.

Así, el principio de toda ley, la base de toda navegacion, el germen de la soberanía popular, tienen origen en aquel pequeño rincón del mundo, que no tiene ya hoy para consolarse de todas sus grandezas pasadas mas que la reputacion de confeccionar los mejores macarroni que se amasan desde Chamberi hasta Reggio, desde el monte Genis al monte Etna.

Entre sus cascadas hay una ferrería donde se trabaja el hierro que se saca de la isla de Elba, ese otro reino degenerado, que no subsistirá en la historia sino por haber servido durante diez meses de pedestal á un gigante.

En Atrani, pequeña aldea situada algunos centenares de pasos de Amalfi, es donde nació Tomás Aniello, de cuyo nombre, por una contraccion comun en el language napolitano, se ha hecho Masaniello. Ademas de este recuerdo, del cual volveremos á tratar, contiene Atrani uno de los monumentos artisticos mas curiosos de Italia: los bajo relieves en bronce de las puertas de la iglesia de San Salvatore, que datan de 1087, época en que la república de Amalfi habia llegado á su apogeo. Estas puertas, consagradas á San Sebastian, las mandó hacer Pantaleone Viaretta, por la salvacion de su alma: *pro mercede animæ suæ* Pregunté, aunque inútilmente, cual era el crimen cometido por el alma del señor Pantaleone que estaba en pecaño mortal; lo habian olvidado, creyendo sin duda, que cualquiera que fuese, estaba dignamente rescatado.

Por mas popular que sea en Francia el nombre de Masaniello, debida esa popularidad al poema de Scribe, á la música de Auber y á la revolucion de Bélgica, permitido nos será, detenernos en la plaza del Mercado Nuevo de Nápoles, cuando lleguemos allí, para dar algunos detalles, ignorados acaso, sobre ese héroe de los lazzaroni, rey durante ocho dias, insensato durante cuatro, asesinado como un perro, arrastrado al patibulo como un tirano, que recibió la apoteosis como un grande hombre y fué reverenciado como un santo.

El castillo que domina la ciudad, y del que ya hemos hablado, es un antiguo fuerte romano, desde cuyas ruinas se abraza un panorama admirable. Serian las tres de la tarde, cuando vimos detrás de nosotros al Speronare que aparejaba y que se alejó al momento de la costa para ir á esperarnos á Nápoles.

Hicimos señas al capitán, quien viendo flotar pañuelos desde lo alto de la antigua torre á que habíamos trepado con gran trabajo, calculó que nadie mas que nosotros podia ser bastante inocente para arriesgar la vida en semejante ascension, y nos respondió con seguridad. Tambien fuimos vistos por Pietro que se puso á bailar una tarantela en honor nuestro. Era la primera vez que le veíamos entregarse á aquel ejercicio despues de la derrota que habia sufrido en San Giovanni, en la noche del famoso terremoto.

Por lo demas, por una de esas particularidades inexplicables que tan frecuentemente se verifican en casos semejantes, aunque el origen de ese cataclismo se hallase probablemente en los subterráneos hornos del Vesubio y del Etna, Reggio, próxima á una de estas montañas, y Salerno á la otra, no habian experimentado mas que una ligera sacudida, mientras que, como se ha visto, Cosenza, situada en medio de esos dos volcanes, habia quedado casi completamente arruinada.

No tuvimos necesidad de volver á bajar hasta Amalfi para hallar un guia. Dos jóvenes pastores guardaban algunas cabras por bajo de una iglesia inmediata al fuerte romano; uno de ellos encargó el cuidado de su pequeño rebaño al otro; y sin querer ajustar el precio, dejándolo á la generosidad de nuestras escelencias, echó á correr delante de nosotros, por el camino presunto de la Cava, digo presunto, porque ningun rastro existia al principio de comunicacion de ninguna clase entre los dos paises; por fin llegamos á un sitio donde comenzaba una especie de sendero á distinguirse casi imperceptiblemente; aquella apariencia de sendero era el camino; dos horas despues estábamos en la ciudad querida de Filangieri, que compuso en ella la mayor parte de su célebre tratado de la ciencia de legislacion.

En recompensa de su trabajo recibió nuestro guia la suma de cinco carlinos; por su alegría conocimos que nuestra generosidad sobrepajaba mucho á sus esperanzas: él mismo nos confesó que en toda su vida se habia visto poseedor de semejante cantidad; y faltó poco para que se le trastornase el juicio como á su compatriota Masaniello.

En la misma noche nos ajustamos con el propietario de un calessino, quien debia conducirnos al dia siguiente á Nápoles mediante un duro. Como hay doce leguas desde la Cava á la capital del reino de las Dos Sicilias, una de las condiciones del tratado fué que á la mitad del camino, es decir, en Torre dell'Anunziata encontraríamos un caballo de refresco para terminar el viaje. Nuestro calesero nos juró por todo lo mas sagrado que precisamente en aquel sitio tenia una cuadra donde encontraríamos, no uno, sino diez caballos, y mediante esta seguridad recibimos su señal.

No sé si he dicho ya que en Italia, al

contrario que en Francia, no son los viajeros sino los caleseros los que dan señal; sin esto, sea capricho ó pereza, sea que pudieran encontrar mejores proporciones, jamás podria estarse seguros de que marchasen.

Esta es la ocasion de decir algo sobre este maravilloso vehiculo que se designa desde Salerno á Gaeta bajo el nombre de *calessino*, y que no creo se encuentre en ninguna otra parte del mundo.

El calessino, segun todas las probabilidades, ha sido destinado por su inventor al trasporte de una sola persona. Es una especie de tilburi pintado de colorines, y cuyo asiento tiene la forma de una gran paleta de fuelle á la que se añadiesen los dos brazos de un sillón. Cuando el calessino se hallaba en su infancia, el primitivo propietario se sentaba entre sus dos brazos, se recostaba en aquella paleta, y le guiaba él mismo: esto es á lo menos lo que he podido inquirir de mis profundas investigaciones sobre los primeros tiempos del calessino.

En nuestra época de civilizacion perfeccionada, el calessino, arrastrado siempre por un solo caballo, y sin haber cambiado en nada su forma, conduce generalmente de diez á quince personas, minimum y maximum. Véase como se verifica esto. Comunmente, un fraile grueso, de vientre voluminoso y rubicunda faz, ocupa el centro de la aglomeracion de seres humanos que el calessino lleva consigo por entre la nube del polvo que levanta en el camino. Detrás del fraile, al que todo se refiere y corresponde, está el cochero guiando de pie, teniendo en una mano la brida y en la otra una larga fusta; sobre una de las rodillas del fraile va casi siempre una fresca nodriza con su niño; sobre la otra, una bella aldeana de Sorrento, de Castellamare ó de Resina. Sobre cada uno de los brazos del fuelle donde está sentado el fraile, hacen juego dos hombres, maridos, amantes, hermanos ó primos de la nodriza y de la aldeana. Detrás del calesero se elevan, á la manera de lacayos de gran casa, dos ó tres lazzaronis, con las piernas y los brazos desnudos, cubiertos con una camisa, unos calzoncillos y un chaleco; su gorro encarnado en la cabeza, y su amuleto al cuello. Sobre las dos varas se agarran dos aprendices, guias aspirantes, cicerones supernumerarios que conocen el Herculeano al pie de la letra y tienen su Pompeya en la punta de las uñas. En fin, en una red colgada debajo del carriage, hormiguea entre las dos ruedas, una masa informe, que ríe, que llora, que canta, que se queja, que tose, que aulla; es una nidada de chicos de cinco á ocho años, que no se sabe á quien pertenecen, que viven no se sabe como, y que no se sabe donde van. Todo esto, fraile, calesero, nodriza, aldeana, aldeanos, lazzaronis, aprendices y chicos componen un total de quince seres: sumad y vereis que es cabal la cuenta.

Lo que no impide al infortunado caballo que vaya siempre al galope tendido.

Pero si ese paso tiene sus ventajas, tambien tiene sus incomodidades; sucede algunas veces que el calesino pasa sobre una piedra y envía todo su cargamento á uno de los barrancos que hay á los lados del camino.

Entonces nadie se ocupa mas que del fraile. Acuden á él, le levantan, le tientan, se informan de si se le ha roto alguna cosa; y cuando están seguros de que no le ha sucedido nada, la nodriza se ocupa de su cria, el calesero de su caballo, los parientes de sus parientes, los lazzaronis y los aprendices de si mismos. En cuanto á los chicos de la red, nadie se toma cuidado de ellos; si falta alguno tanto peor: la poblacion es tan abundante en la buena ciudad de Nápoles, que siempre se encontrarán otros.

En una máquina de ese género debíamos hacer nuestro viage de la Cava á Nápoles; oprimiéndonos un poco, podíamos ir Jadin y yo, en el asiento; el calesero debia ir como de costumbre de pie detrás de nosotros, y Milord tendido á nuestros pies.

Ademas, y por un exceso de precaucion, debíamos, como queda dicho, cambiar de caballo en Torre dell'Anunziata, estas eran las condiciones acordadas, para garantir las de que nos habia dado señal el calesero.

A las siete, hora señalada, el calesino estaba á la puerta del hotel. No habia nada que decir por la exactitud; por otra parte el asiento estaba desocupado y las varas solitarias; el desgraciado caballo que no podia creer semejante fortuna, menaba sus cascabeles con un aspecto de alegria mezclado de duda. Subimos Jadin y yo, y Milord; ocupamos nuestros puestos, el calesero ocupó el suyo, produjo con los labios un sonido semejante al que hace el cazador para hacer volar las perdices, y partimos como el viento.

A poco rato manifestó Milord inquietud: pasaba inmediatamente debajo de él algo que no le parecia natural. Pronto se oyó un gruñido sordo, seguido de un fruncimiento de hocico que descubria sus dos mandíbulas desde los primeros caninos hasta las últimas molares: era una señal que no dejaba lugar á engañarse, así casi inmediatamente, dió Milord una vuelta. Pero con gran admiracion nuestra cayó perpendicularmente como un nabo: su cola habia pasado á través de la regilla que formaba el piso del calesino, y una fuerza superior le impedia volver á entrar en posesion de aquella parte de su cuerpo, de la que, por lo general, se mostraba muy celoso.

Las careajadas que siguieron inmediatamente al infructuoso movimiento de Milord, nos hicieron venir en conocimiento de lo que se sucedia. No nos habiamos cuidado de mirar la red colocada debajo del carruage, y mientras esperaba á la puerta se habia llenado de su ordinario cargamento,

Jadin estaba furioso por la humillacion que acababa de sufrir Milord; pero le tranquilicé con las palabras de Jesucristo: dejad á los niños que se acerquen á mí. Pero nos detuvimos, y se establecieron condiciones con los usurpadores; quedó convenido que se los dejaria en su red, y que permanecerian en ella completamente inofensivos con respecto á Milord. Concluido el trato volvimos á partir á galope.

No habiamos andado diez pasos, cuando vimos á nuestro calesero dialogar con otro que con su caballo; nos volvimos y vimos otra cabeza por encima de su hombro: era un marinero de Pouzzoles que habia aprovechado el momento en que nos habiamos detenido para sacar partido de la ocasion que se le presentaba de ir hasta Nápoles con nosotros. Al primer momento encontramos el paso un poco mas atrevido, y estuvimos para spulicarle se bajara, pero antes de que hubiésemos abierto la boca, habia dado los buenos dias á nuestras escelencias en un tono tan meloso, que no pudimos responder á tan politica salutation con un modo áspero; le dejamos, pues, en el puesto que habia conquistado por su urbanidad, pero recomendando al calesero limitase á lo hecho su liberalidad.

Un poco mas allá de Nocera saltó un aprendiz sobre una vara, preguntándonos si nos detendriamos en Pompeya, y ofreciéndose á nuestra disposicion. Le dimos gracias por su proposicion generosa, pero como entraba en nuestros proyectos ir directamente á Nápoles, le invitamos fuese á ofrecer sus servicios á otros; entonces nos pidió permiso para permanecer donde se habia acomodado, hasta Pompeya. La peticion era muy poco exigente para que la negásemos: el aprendiz permaneció en su vara. Pero llegado á Pompeya, nos dijo que, pensándolo mejor, era en Torre dell'Anunziata donde tenia que hacer, y que con nuestro permiso no nos dejaria hasta allí. Hubiésemos perdido todo el mérito de nuestra buena accion no llevándole hasta el fin. El permiso se estendió hasta Torre dell'Anunziata.

En Torre dell'Anunziata nos detuvimos, como estaba convenido, para almorzar y cambiar de caballo. Almorzamos primero regularmente, compensando el lágrima-Cristi el fatal aceite con que estaba sazonado todo lo que se nos sirvió; luego llamamos á nuestro calesero, que se presentó con el aire mas des-envuelto del mundo. No dudábamos que nos pondriamos inmediatamente en camino, cuando nos anunció, siempre con su aire risueño, que no sabia en qué consistia, pero que no habia encontrado en Torre dell'Anunziata la parada con que habia creído poder contar. Verdad es, si se le habia de creer, que eso no importaba nada, y que con una hora que descansase el caballo, volveríamos á marchar mas apresuradamente que habiamos ido hasta allí. Por lo demas, nos aseguré que el acci-

dente era uno de los mas dichosos, puesto que nos ofrecia una ocasion de visitar á Torre dell' Anunziata, una de las ciudades, á su parecer, mas vistosas del reino de Nápoles.

Nos hubiéramos incomodado sin conseguir nada. Por otra parte, preciso es decirlo, no hay un pueblo respecto del que sea mas difícil incomodarse que el pueblo napolitano; es tan zalamero, tan gesticulador, tan grotesco, que vale tanto disputar con él como con un polichinela. En vez de reprender á nuestro frasco de lágrima-Cristi; luego pasamos á la cuadra, donde hicimos que delante de nosotros diesen doble racion de avena al caballo; en fin, para seguir el consejo que acabábamos de recibir, fuimos en busca de las curiosidades de Torre dell' Anunziata.

Una de las cosas mas curiosas de la aldea es la aldea misma. Tomando su nombre de una capilla erigida en 4319, y de una torre que hizo clevar Alfonso I, ha sido abrasada no sé cuantas veces, por la lava del Vesubio, y como su vecina la Torre del Greco, reedificada siempre en el mismo sitio. Además, y sin duda para complicar mas su destino y aumentar las probabilidades de destruccion, el rey Carlos III estableció allí una fábrica de pólvora; de modo que en la última erupcion los pobres diablos que la habitaban, colocados entre el volcan de Dios y el de los hombres, volaron y se abrasaron á la vez, lo cual, gracias á la prevision de su soberano, ofrecia al menos á su muerte una variedad que las otras no habian tenido.

El único monumento de Torre dell' Anunziata, aparte del que le ha dado su nombre y del que no quedan ya mas que ruinas, es su esbelta iglesia de San Martín, verdadera taza de plata por el esbilo de Nuestra Señora de Loreto. Los frescos que la cubren y los cuadros que la enriquecen, son de Laufranc, del Españolito, de Stanzioni, del caballero d'Arpino y de Guido; este último, sorprendido por la muerte, no tuvo tiempo de concluir el lienzo del Nacimiento, que pintaba para el altar mayor.

Encima de la puerta está el famoso Descendimiento de la Cruz, por Stanzioni, el cual debe su reputacion mas todavía á los celos que causó al Españolito, que á su mérito real. Llegaron á tal punto aquellos celos, que habiendo aconsejado este último á los frailes dueños del lienzo que le limpiasen, mezcló al agua de que se sirvieron un líquido corrosivo que le quemó en muchos sitios. Stanzioni hubiera podido reparar aquel accidente, los atribulados frailes se lo suplicaron, pero siempre se negó á ello, á fin de dejar aquella mancha en la vida de su rival.

Por lo demas, eran una cosa curiosa esos odios de pintar á pintar, que no se encuentran mas que entre ellos. Masaccio, el Dominicano y Barroccio, mueren envenenados; dos

discipulos de Geni, discípulo á su vez de Guido, atraidos á una embarcacion, desaparecen sin que jamás se haya podido saber lo que hubiese sido de ellos; el Guido y el caballero d'Arpino, amenazados de una muerte violenta, se ven obligados á huir de Nápoles, dejando sus trabajos interrumpidos; en fin, el Giorgino debe la vida á la cota que lleva sobre su pecho, y el Ticiano al cuchillo de monte que lleva al costado.

Tambien es verdad que aquel era el tiempo de las obras maestras.

Al volver al hotel encontramos nuestro calessino enganchado. El pobre caballo habia tenido un descanso de dos horas y doble racion de avena, pero su carga se habia aumentado con dos lazzaroni y un segundo aprendiz.

Vimos que era inútil protestar contra la invasion, y resolvimos por el contrario dejarlo sin oponernos á ello. Al llegar á Resina estábamos completos, y nada nos faltaba para sostener la competencia con los nacionales, ni aun la nodriza y la aldeana; por lo demas, sea costumbre, sea efecto de la doble racion de avena, la carga siempre creciente, no habia impedido á nuestro caballo ir siempre á galope.

A medida que nos aproximábamos, oíamos aumentarse el rumor de la ciudad. El napolitano es sin contradiccion el pueblo de la tierra que hace mas ruido: sus iglesias están llenas de campanas, sus caballos y sus mulas adornadas de campanillas, sus lazzaroni, sus mugeres y sus niños tienen collares de cobre; todo esto suena, toca y grita eternamente. Aun por la noche, en las horas en que las demas ciudades duermen, siempre hay alguna cosa que se mueve, se agita, y estremece en Nápoles. De cuando en cuando, una voz poderosa hace el duo, dominando todos aquellos rumores: es el Vesubio que ruge y que toma parte en aquel eterno concierto; pero por mas esfuerzos que hace, no consigue hacerle callar, y no es mas que un ruido mas terrible y mas amenazador mezclado á todos aquellos ruidos.

Nuestro acompañamiento nos dejó como se habia unido á nosotros, olvidándose de darnos un adios como se habia olvidado de darnos los buenos dias, no comprendiendo sin duda que no tuviese cada uno derecho á su parte en el calessino, como se tiene á su parte en el sueño. En el puente de la Magdalena, los dos cicerone se bajaron de las varas; en la fuente de los Carmelitas nos detuvimos para que se bajasen la nodriza y la aldeana; en el Mole se deslizaron al suelo nuestros dos lazzaroni; en la Mergellina desapareció nuestro pescador. Al llegar al hotel creíamos ser ya los únicos poseedores con los chicos de la red, cuando mirando bajo el carruage, vimos que la red estaba vacía. Gracias á nosotros, cada uno habia llegado á su destino.

Por nuestro equipage y nuestro acompa-

ñamiento, no se habia fijado nadie en nosotros, y entramos en Nápoles sin que se nos pidieran siquiera nuestros pasaportes.

Como cuando llegamos la primera vez, nos apeamos en el hotel de la Victoria, el mejor y mas elegante de Nápoles, situado á la vez sobre Chiaja y sobre la mar; y en la misma noche á la claridad de la luna, creimos reconocer nuestro Speronare, que se balanceaba anclado á cien pasos de nuestros balcones.

No nos habiamos equivocado. Al dia siguiente, apenas nos levantamos, nos anunciaron que el capitan nos esperaba, acompañado de toda su tripulacion. Habia llegado el momento de separarnos de nuestros bravos marineros.

Es preciso haber vivido tres meses aislados en el mar, y con una vida que no está exenta de peligros, para comprender los lazos que unen al capitan á su navio, al pasajero á la tripulacion. Aunque nuestras simpatias se

habian fijado principalmente en el capitan, en Nunzio, Giovanni, Filippo y Pietro, todos en el momento de la separacion eran nuestros amigos; el capitan lloraba al tomar su dinero, los marineros lloraban al recibir su propina, y nosotros, ¡Dios me perdone! por mas esfuerzos que hicimos para conservar nuestra dignidad, creo que tambien lloramos.

Desde entonces no los hemos vuelto á ver, y acaso no los volveremos á ver jamás. Pero hábleseles de nosotros, pregúnteseles por dos viajeros franceses que han dado la vuelta á la Sicilia en el año 1835, y estoy seguro que nuestro recuerdo estará tan presente en su corazon, como su memoria lo está á nuestra imaginacion.

¡Libre Dios, pues, de toda desgracia al lindo y pequeño Speronare que navega de Nápoles á Messina bajo la invocacion de la *Madona del pie de la Gruta!*

FIN DEL CAPITAN ARENA.

ÍNDICE.

	<u>PAGS.</u>		<u>PAGS.</u>
La casa de locos.	4	El profeta.	57
Costumbres y anécdotas sicilianas. . .	40	Terencio el sastre.	63
Escursion á las islas Eolias.—Lipari. .	47	El Pizzo.	74
Escursion á las islas Eolias.—Vulcano.	20	Maida.	84
Escursion á las islas Eolias.—Stromboli.	27	Bellini.	87
La hechicera de Palma.	34	Cosenza.	94
Una tromba.	37	Terremoti.	97
La jaula de hierro.	43	Regreso.	405
Scylla.	53		